

Selecta

ROSS CALLUM



EL CORAZÓN
DEL HIGHLANDER



El corazón del Highlander

Bilología La bruma del tiempo 1

Ross Callum

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

I

LA PROMETIDA

Jessica Grant no había tenido un buen día. Tumbada en el sofá Chester de su apartamento de Manhattan, observaba el anillo de platino con el diamante tallado en *radiant* de dos quilates. No era una experta en piedras preciosas, pero sabía que a su prometido le había costado una verdadera fortuna. Su transparencia era purísima. Los bordes rectangulares multiplicaban la luz a través del forro de seda blanca del estuche. Lo cerró y lo introdujo en un sobre acolchado mientras pensaba que aquel trozo de carbono cristalizado, con más de setenta facetas, se asemejaba mucho al hombre que se lo había regalado. Atractivo, rico y brillante, Víctor Abbott III era socio, a los treinta y dos años, del prestigioso bufete de abogados de Manhattan, Banks, Payne & Abbott. Y también era un cretino embustero. Pero ese era un detalle que solo le concernía a ella. A ella y a Rachel, maldita sea.

Todo había ido demasiado rápido. Pero así suelen ser los flechazos. Y así era Víctor. Directo, certero y sólido como aquella gema. «Créeme, Jess. El tiempo es solo un convencionalismo para los débiles e inseguros. No necesito un período de prueba para saber que te quiero y que puedo hacerte feliz. Acéptame, y te juro que no te arrepentirás».

Esas fueron sus palabras tres meses después de conocerse en una fiesta benéfica de la fundación John Van-Patten, presidida por el magnate de la industria farmacéutica del mismo nombre y marido de la exuberante Rachel.

Jessica había acompañado a sus padres, Philip y Sarah, ambos investigadores en el campo de la biología, a los que John había confiado un sustancioso proyecto sobre medicina regenerativa.

Prometía ser una velada memorable. ¡Y vaya que si lo fue! Subirse a una montaña rusa en ayunas y con síndrome premenstrual no podría haberle causado más vértigo que la refulgente imagen de Víctor aquella noche. Con un elegante esmoquin tan negro como su cabello, era la viva imagen de la masculinidad. Alto y de complexión atlética, se desenvolvía con una sobriedad de movimientos que contrastaban con su espléndida presencia.

Jessica también estaba radiante. Enfundada en un sexi vestido de *cocktail* comprado a última hora y con su precioso y largo cabello rubio, había provocado la admiración de muchos de los invitados masculinos y más de un pisotón bajo la mesa de sus irritadas acompañantes.

Víctor se había dirigido directo hacia ella y, después de una animada charla, la tomó de la mano para sacarla de la sala atestada de humo de cigarros habanos de cuarenta dólares la unidad y llevarla a un rincón apartado del jardín contiguo, donde acabaron besándose junto a un rosal.

Pero aparte de algún que otro momento de intimidad, nunca llegaron más allá, y ahora se preguntaba si habría cambiado algo de haberlo hecho. Para empezar, no seguiría siendo virgen con veintiséis años.

En honor a la verdad, Jessica lo había intentado.

Era muy consciente de su naturaleza sensual. Se había estremecido al contacto de ese fuego que fluía hacia su interior a través de cada poro de su piel, hasta que, en algún momento, se veía inmersa en la ilusión de un espejismo, una pobre imitación del calor que anhelaba en su corazón.

Podía escuchar el rumor de un eco lejano al que trataba de alcanzar desesperadamente. Pero siempre acababa perdida en un sentimiento de vacío, muy parecido a la nostalgia.

Como la posibilidad de ser carne de psiquiatra no le resultaba muy sugestiva, decidió achacar su problema a no haber encontrado aún a la persona

adecuada. Con Víctor, todo parecía encajar. Con él no había sitio para espacios en blanco o preguntas sin respuesta. Una equilibrada mezcla de seguridad, estabilidad y emoción sin sobresaltos. Él no había intentado nada, y ella no tuvo valor para afrontar una nueva decepción.

Solo su mejor amiga, Abigail Parker, conocía su pequeño secreto.

Habían sido compañeras de habitación en la universidad, donde se licenciaron en periodismo. Congeniaron desde el primer momento, quizás por ser tan distintas.

Jessica admiraba su carácter fuerte y displicente, sobre todo frente a los hombres, a quienes trataba con la misma delicadeza de un asesino con motosierra. Libre de cualquier prejuicio de género, era capaz de cambiar de novio como de calcetines. Los elegía, los usaba y, cuando ya estaba cansada de su tacto o de su olor, los desechaba con toda naturalidad, sin sentirse obligada a pagar ninguna cuota de romanticismo extra.

«¡Por supuesto que me gustaría encontrar el amor de mis sueños! —solía decirle Abby con fingida indignación—. Pero no voy a permanecer en letargo como la Bella Durmiente durante mil años, solo por un triste beso. Esto es la vida real, Jess querida, y aquí el tiempo no se detiene. No puedes esperar fuegos artificiales si no prendes antes la mecha».

Jamás encontraría a alguien tan digno de confianza. Podía sumergirse como un buceador en apnea en los más recónditos vericuetos de su mente y de su corazón, para sacarlos después a la superficie con un tirón entusiasta e implacable.

Al principio, Abby se había alegrado por ella al ver que su relación con Víctor superaba el penoso récord de quince días. Después, trató de advertirle cuando este le consiguió un *verdadero* empleo como relaciones públicas en la fundación, con lo que dejó atrás los viajes con los gastos a su cargo como fotógrafa *freelance*. Pero Jessica no la escuchó. Cambió sus viejas deportivas por unos tacones de aguja y el improvisado recogido por una maquiavélica plancha del pelo.

Intentó despejar su mente, al menos, el tiempo necesario para poder hacer un café con éxito, después de poner dos veces al fuego la cafetera vacía.

«Está bien, Jess, tranquila —se dijo a sí misma—, no vas a volverte loca. Cuando lo hagas, que sea por un hombre que merezca la pena». Al fin, se acomodó en el sofá con la relajante sensación del café caliente entre sus manos y su gatito Voltaire, que siempre estaba ansioso por subírsele encima y frotarse contra ella con total adoración, en el regazo.

Era un regalo de Víctor. Sin embargo, pensó con ironía, resultó ser mucho más fiel. Acarició al extasiado minino mientras recordaba por última vez la escena.

Había abierto la puerta del apartamento con su copia de la llave. Caminó a oscuras, guiada por los sonidos entrecortados, hasta el dormitorio, donde los encontró juntos. Estaba segura de que Víctor no la vio parada en el umbral con lágrimas en los ojos. Rachel estaba encima de él. De repente, esta giró la cabeza y clavó sus ojos en ella.

A Jessica le bastó el desprecio y la pasión de su mirada para volver sobre sus pasos en silencio, con un dolor en la garganta que le atenazaba como un puño.

Para colmo, aquella dichosa nota aún estaba de cuerpo presente arrugada sobre la mesa. No la leería de nuevo. A su reciente y extraordinaria experiencia vital no iba a añadir el masoquismo. De todas formas, sabía de memoria su contenido.

Víctor te engaña. No se encuentra fuera de la ciudad como te ha dicho.
Acude esta noche a su apartamento. Con cariño, una amiga.

Sin pensarlo dos veces, hizo una bola con el papel y la lanzó a la papelera. En ese instante, sonó la voz profunda de Nina Simone, con su *Sinnerman* como tono de llamada en su teléfono móvil. Se incorporó de un salto y contestó con una sonrisa.

—Hola, serendipia mía. Supongo que es una tontería que te diga que estaba

pensando en ti.

—*Ya sabes que sí, ¿por qué crees que te llamo? ¿Algo anda mal?* — preguntó Abby.

—*¿Insinúas que solo te dedico mis pensamientos cuando estoy de bajón?*

—*¿Lo estás? Creía que tu flamante prometido mantenía tu cuerpo y espíritu en un estado de perpetuo nirvana* —respondió Abby burlona. Acto seguido sonó una cachetada y un ronroneo ahogado—. *Ah, perdona, olvidaba que no acostumbras a darte cierta clase de alegrías. Aún no te lo has tirado, ¿cierto?*

—*¿Estás con alguien?* —dijo Jessica poniéndose en pie—. *¿Nunca te han explicado el concepto «intimidad»?*

—*Oh, sí. Es aquel que te permite charlar con tu mejor amiga sobre su vida sexual mientras te comes un delicioso cruasán. Mmm... deberías ver sus abdominales, podrías rallar queso en ellos. ¿No te parece íntimo? Y no hace falta que contestes a mi pregunta, sigues tan quisquillosa como siempre. ¿Cuándo vas a decírselo, en la misma noche de bodas?*

—No creo que eso ahora le preocupe mucho...

—*Quizás tiene cansancio acumulado, todavía recuerdo aquella portada de la fiesta en su yate. Espabila, Jess, un hombre así no cambia de la noche a la mañana. ¿Has pensado en la posibilidad de que te la esté pegando con otra?*

Jessica suspiró.

—Te invito a comer, Abby. Tenemos que hablar.

II

SERENDIPIA

Abby se levantó de la cama para dirigirse hacia la ducha. Dejó a su «cruasán», que la observaba entre las sábanas caminar desnuda, dispuesto para otro asalto. Pero ella nunca había sido capaz de terminarse un postre. Su relación con los hombres le recordaba una fantasía que tenía de niña. Pasar una noche entera encerrada en una pastelería y probar tantos dulces como su estómago y su glotonería le permitiesen. A sus veintisiete años, ya sabía que, después del primer bocado, el sabor prometido se convertía en unas migajas insípidas y artificiales. No era ninguna *gourmet*, no había carecido de un modelo masculino en su infancia ni provenía de una familia desestructurada. Era solo el mundo que le había tocado vivir, superficial, lleno de aditivos e imitaciones. Y no conocía otro.

—¿Ya te has cansado? ¿No irás a marcharte ahora? —le preguntó el musculitos contrariado.

Abby lo miró de soslayo.

—Por favor, cierra la puerta cuando salgas. Te llamaré.

Aparcó su Suzuki GSX junto a la entrada del Salvation Burger. Se quitó el casco y echó hacia atrás el cabello oscuro con un gesto rápido. Entró en el bar

decorado con paneles de madera y vio a Jessica sentada al fondo en una mesa para dos. Tenía la cabeza inclinada sobre la carta de comidas y los rizos dorados le ocultaban la cara. La levantó de pronto y la saludó con una mueca.

—No le veo la gracia a venir a la Tercera Avenida solo porque tú quieras comerte una hamburguesa doble de dieciocho dólares —le espetó Jessica con un bufido.

—Primero, deberías comprarte una moto —dijo Abby mientras colocaba el casco sobre la mesa—. Segundo, aquí puedes pastar esa comida vegetariana que tanto te gusta y, tercero, ¿se te ha roto la plancha del pelo?

—Sabes que los domingos descanso.

—¿De freírte la melena? —se burló Abby a la vez que llamaba a la camarera con una seña.

—En la fundación. —Jessica negó con la cabeza y pidió una ensalada de lechuga con ajo tostado y anchoas.

—¿Y Víctor? ¿También estás descansando de él, o está haciendo horas extra junto esa lapa pelirroja de su jefa? —Abby hizo su pedido y luego miró a Jessica esperando que reaccionara a sus puyas.

—Necesito salir de Nueva York, lo antes posible y tan lejos como pueda —declaró esta de pronto con tono monocorde.

—¿De qué estás hablando?

—No puedo casarme con él. —Jessica esbozó una sonrisa y habló con rapidez—. Esta mañana dejé una nota en su casa y le devolví el anillo. Seguro que te he alegrado el día.

—Te lo digo en serio, Jess, me estás asustando, solo falta una semana para la boda, ¿qué ha hecho ese esnob arrogante ahora?

—Es la vieja historia de siempre. Me ha estado engañando de mala manera y lo he pillado. Punto final.

—¿El muy desgraciado se estaba tirando a otra mientras tú te hacías la maldita *Princesa Prometida*, cinturón de castidad incluido?! —estalló Abby, haciendo volver las cabezas de los clientes de la mesa contigua.

—¿Quieres dejar de gritar? ¡No hace falta que toda la ciudad de Nueva York se entere de que soy una cornuda, patética ingenua y, lo que es peor... virgen!

—De acuerdo, no hay que perder los nervios —terció Abby, que en ese momento habría matado por poder encender un cigarrillo—. ¿Estás segura de lo que dices?

—¡Los vi con mis propios ojos! Quiero decir... él no sabe que yo estaba allí, y no voy a humillarme contárselo, pero ella sí... y no ha perdido el tiempo en asegurarme que nada de lo que yo haga o diga va a cambiar algo.

—Estás hablando de esa zorra de Rachel, ¿verdad?

—Me llamó hace unas horas para amenazarme con acusar a mis padres de malversación de fondos si no mantengo el pico cerrado y actúo según exige la dignidad en estos casos.

—No se atreverá. —Abby la cogió de la mano sobre el mantel.

—Es muy capaz. No está dispuesta a renunciar a su lucrativo matrimonio por un ruinoso divorcio por infidelidad, y yo no estoy dispuesta a poner a mis padres en peligro si puedo evitarlo. —Jessica rebuscó en su bolso algo parecido a un pañuelo.

—¿Les has dicho algo a ellos?

—Solo que me precipité al juzgar mis sentimientos y que, por ahora, su hija va a permanecer soltera. No quiero preocuparlos —concluyó Jessica limpiándose las lágrimas con la servilleta del restaurante.

—Dios, cómo odio tener siempre razón —masculló Abby al mismo tiempo que se colocaba un cigarrillo en los labios—. ¿Sabes algo de Víctor?

—Ahora mismo debe de estar furioso, buscándome por todas partes para exigirme una explicación que no le pienso dar. Seguramente, piensa que soy una idiota a la que puede convencer con el pretexto adecuado.

—Él es el único idiota, y tú te mereces un hombre que te haga feliz.

—Pensé que lo era, por primera vez —afirmó Jessica sosteniéndole la mirada—. Si Víctor no es el hombre de mi vida, entonces es que ese hombre

no existe.

Abby la observó unos segundos. Luego, con un ademán resuelto, extrajo de su chaqueta un sobre con el logotipo de una agencia de viajes y lo colocó sobre la mesa.

—El vuelo sale hoy a las 19:40. Si eres rápida en hacer el equipaje, tendrás tiempo de sobra. Solo tienes que cambiar el nombre.

Jessica la miró con gesto interrogante, abrió el sobre y estudió su contenido. United Airlines. Vuelo nocturno y sin escalas. Destino: Glasgow, Escocia. También flotaron ante sus ojos las palabras «demasiado bueno para ser verdad».

—Abby, estas son tus vacaciones, llevabas semanas haciendo planes... Estoy desesperada, pero, lo siento, no puedo aceptar —alegó con firmeza guardando de nuevo los billetes.

—Tus tres primeras afirmaciones son muy ciertas —soltó Abby en tono burlón—, aunque no se trata de un regalo. El trato consiste en realizar un reportaje fotográfico para ilustrar una guía de viajes de las Highlands a cambio de comida y alojamiento, por cortesía de Publicaciones Parker. ¿Qué me dices ahora?

Jessica sintió una corriente de excitación ante la idea de volver a utilizar su querida cámara fotográfica, calzarse sus viejas zapatillas deportivas y vivir de nuevo la emoción de esperar cada día lo inesperado. O simplemente vivir.

Sin agendas ni compromisos sociales. Sin más mentiras. Sin Víctor. Solo ella y su propia determinación de seguir adelante y no mirar atrás.

—Querida Abby. —Jessica la miró fijamente con sus ojos azul turquesa—. Es justo lo que necesitaba, no sé cómo darte las gracias.

—Tonterías. Ya visitaré Escocia en otro momento. Además, tenemos un lío horrible ahora en la editorial, y así mataremos dos pájaros de un tiro —afirmó la morena con un guiño—. Aunque, pensándolo bien, sí que puedes hacerme un favor. Ya es hora de que empieces a alimentarte como Dios manda —concluyó con una mueca de asco cuando la camarera llegó con la comida.

—Disculpe, no está permitido fumar en el interior —dijo la empleada devolviéndole el gesto.

—¿No ve que no está encendido? —Abby desplegó una sonrisa inocente—. Por favor, sea buena y llévese esa ensalada. Mi amiga acaba de dejar a su novio vegetariano y necesita con urgencia una buena ración de carne sonrosada y jugosa.

—¡Abby! ¡Voy a matarte!

Jessica estaba intentando sacar la maleta del ascensor cuando vio a Víctor hablando en el vestíbulo con Eddy, su portero. Resguardada tras una tupida kientia, no podía oír la conversación, pero era innecesario.

El bueno de Eddy estaba tratando de darle largas, como habían acordado, con un exagerado despliegue de encogimiento de hombros y ojos en blanco, aunque sin demasiado éxito, a juzgar por la creciente insistencia de su prometido.

De pronto, Víctor pareció cansado. Durante unos segundos que se hicieron eternos, permaneció con las manos aferradas al mostrador y la cabeza gacha.

Jessica acalló un grito cuando lo vio alzar el puño y golpear con furia contra el mármol. Pudo distinguir la sangre que manaba de la herida y su expresión vacía cuando se encaminó a la salida, haciendo caso omiso de un balbuciente Eddy que trataba en vano de ofrecerle un pañuelo.

Sintió cómo el corazón le martilleaba en el pecho. Una sacudida de emociones la había atravesado de arriba abajo, y ahora luchaba por mantener su delicado equilibrio. ¿Qué le estaba pasando? ¿Era miedo lo que había sentido, o puro y genuino dolor? ¿Por qué sus pies se empeñaban en estar clavados al suelo y al mismo tiempo quería salir corriendo tras él?

—Señorita Grant, ¿se encuentra bien? —preguntó el empleado mientras la ayudaba con el equipaje.

—Sssí... sí, estoy perfectamente, solo algo nerviosa. Gracias, Eddy, no tiene

por qué preocuparse —mintió con una mueca poco convincente.

—Oh, yo creo que sí hay para preocuparse —bufó el portero mientras se rascaba la cabeza en un intento de ordenar sus ideas—. No sabe el mal trago que el tipo me ha hecho pasar. No había conocido a nadie tan tozudo en mis sesenta años de vida. Si usted hubiese aparecido ahí fuera cinco minutos antes, creo que habría sido capaz de llevársela a la fuerza. Y eso no está bien. No, señor, nada bien.

—¿Qué le dijo para ponerlo tan furioso? —quiso saber Jessica, que se negaba en esos momentos a evaluar la posibilidad de ser secuestrada por su exprometido.

—Verá, al principio, lo que usted me pidió, que no se encontraba en casa. Pero insistió en que le permitiera subir, y entonces la cosa se fue liando un poco. Tuve que improvisar diciéndole que se había trasladado indefinidamente. Pero no tiene nada que temer, la he enviado a más de tres mil millas de aquí —afirmó con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Solo por curiosidad... ¿A dónde se supone que he ido?

—A Escocia, por supuesto. Mi familia proviene de allí, ¿sabe? No se me ocurrió un lugar mejor.

—Gracias por todo, Eddy —dijo Jessica resignada—. Tiene razón, no podría haber elegido mejor.

III

EL CHICO DE HARVARD

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Abby al ver la alta figura de Víctor irrumpir en su despacho a la mañana siguiente—. ¿Por qué no entras y te pones cómodo?

—Te aseguro que en estos momentos no voy a tolerar tus ironías. Las cartas boca arriba, Abby. Dime ahora mismo dónde está Jess y qué diablos es esto.

—Sus ojos azules la taladraron al tiempo que ponía sobre la mesa un papel doblado por la mitad.

—Mmm, déjame pensar... ¿tus votos matrimoniales? —se burló ella.

—¡Maldita sea, pequeña idiota! —Víctor barrió de un manotazo la pila de periódicos y revistas que había sobre el escritorio. Después se dejó caer en un sofá frente a la ventana. La luz del sol lo tomó por sorpresa y bajó la cabeza mientras hundía los dedos en su negro cabello.

Abby observó confundida el extraño giro de su comportamiento.

—Los dos sabemos que es una sucia mentira —dijo Víctor por fin cuando levantó con decisión el rostro hacia ella.

—No te lo crees ni tú.

—Por favor, deja de fingir. Alguien le ha dicho a Jessica que me acosté con Rachel la otra noche en mi apartamento. Yo ni siquiera estaba en la ciudad.

—¡Claro que no! Por supuesto, Jess pilló a Rachel con tu hermano gemelo en tu propia casa. ¿A quién tratas de engañar?

—¿Vas a decir que Jessica estuvo allí y me vio con sus propios ojos? —la instó impaciente, levantándose de un salto del sofá.

—Os vio a los dos. A Rachel y a ti —respondió Abby con frialdad.

—¡No! —bramó Víctor—. No sé a qué extraño juegucito crees que estás jugando, pero no voy a dejar que te salgas con la tuya, ya que parece que el maldito objetivo de tu vida es que Jessica me odie.

—Si hay alguien a quien le gustan los juegucitos es a ti, por desgracia para Jess. Pero no está sola, ¿sabes? Al menos yo quiero que sea feliz...

—¿De qué estás hablando? Yo daría la vida por ella —dijo Víctor rotundo, cercándola con las manos apoyadas en los brazos de su asiento.

—Bonitas palabras. Solo necesitas acompañarlas de alguna prueba de autenticidad. Por ejemplo, ¿dónde pasaste la noche?

—En Albany. He comprado una casa en el campo, lejos del tumulto de Nueva York. Estuve instalando un estudio fotográfico y un laboratorio para Jessica. Quería dejarlo terminado y darle una sorpresa.

—Lástima que no puedas apoyar tu coartada con una factura de hotel ni nada parecido. Muy conveniente para ti, he de reconocer —lo retó.

—Pregúntale a Rachel. Fue quien me sugirió la idea. Por cierto, el sábado asistió con su marido a una cena de gala en el Madison Square Garden. ¿También crees que es una coartada? Quizás deberías consultarlo con John, aunque no creo que lo hagas.

—¿Estás tratando de acusarme de algo? —preguntó Abby incrédula.

—Pudiste quitarle a Jessica las llaves de mi casa en un descuido y haber montado el numerito del dormitorio con cualquier imbécil.

—¡Estupendo! Típico de ti. Además de una golfa despiadada, soy tan estúpida como para creer que podría engañar a Jess con un montaje tan burdo.

—Desde el principio has hecho todo lo posible para minar su confianza en mí. Solo necesitabas darle el golpe de gracia para que huyera sin más. Muy conveniente para ti, he de reconocer.

—¿De veras piensas que haría daño a mi mejor amiga solo porque no creo

que la ames como se merece? Debes de estar loco —bufó ella con desgana.

Víctor permaneció en silencio. Recogió del suelo la nota de Jess y la rompió en pedazos. Acto seguido guardó el anillo en uno de los bolsillos de la americana.

—Siento mi comportamiento —dijo en tono ausente—. Puede que tengas razón. Esto es una locura.

Abby lo observó dirigirse hacia la puerta. De pronto, una sospecha ridícula pero terrible tomó forma en su agitada cabeza.

—Espera, Víctor. ¿A qué hora te dijo Rachel que estuvo cenando con su marido?

—A las diez y media, ¿por qué?

—Según Jess, os encontró juntos a las nueve, y no hay más que dos manzanas de distancia. Tiempo suficiente —respondió mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—¿Puedo saber qué tratas de decir?

—Reconozco que me has sorprendido, Víctor Abbott III. No solo es posible que estés siendo sincero, sino que, además, pareces tan ingenuo como arrogante. Muy mala combinación —lo provocó con un mohín.

—Expíciate, o voy a sorprenderte con algo más que arrogancia —dijo él devolviéndole la bravata.

—Bueno, quizás tengas razón sobre el juego de llaves viajero y el numerito con el imbécil en la alcoba, pero te has equivocado de fulana. ¿Qué tal tu querida Rachel? ¿Sabías que ha amenazado a Jess?

—Abrígate, creo que va a haber tormenta —declaró Víctor con voz helada, al tiempo que cogía una gabardina color frambuesa del perchero y se la arrojaba encima—. Y espero que no digas una palabra hasta que lleguemos —la desafió. Luego le agarró la mano y tiró de ella a toda prisa.

—¿Ni siquiera para decirte dónde está?

—Te juro por lo más sagrado que no existe lugar sobre la Tierra donde pueda esconderse de mí. Y ella sabe que la encontraré. Debo hacerlo, tiene

que saber la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —Abby frenó en seco encarándose con él.

—¿Es necesario decirlo? Acompáñame y lo sabrás.

—¡Heyy, tranquilo! —gritó Abby al ver el indicador de velocidad del Porsche rojo de Víctor—. Ya sé que te encantaría borrarame del mapa, pero ¿también quieres suicidarte?

—Oh, sí. Bajar contigo al infierno sería toda una revelación. Los dos desnudos en medio de las llamas, con nuestros abominables pecados al descubierto. —Él le dedicó una sonrisa que no incluía sus ojos y pisó a fondo el acelerador.

—¡Ja! Fuera de contexto, como siempre —exclamó Abby nerviosa, con los dedos aferrados al asiento.

—¿Nada de infierno entonces? —Víctor apartó la vista de la carretera y fijó su atención en ella, que temblaba de pies a cabeza—. ¿Es que ya estoy redimido? —preguntó con un guiño mientras encendía la calefacción.

—Me refiero a que no utilices ciertos conceptos en una misma frase, como «tú y yo» o «desnudos»; ni en tus mejores sueños. ¡Y haz el favor de mirar por dónde vas! —gritó Abby, al ver cómo se aproximaban peligrosamente al BMW que circulaba delante.

—¿Lo ves? En todo caso sería mi peor pesadilla —dijo Víctor reduciendo la velocidad—. Solo te preguntaba qué falta he cometido para merecer este castigo. Mejor dicho, para no merecer a Jessica. Y, por cierto, no esperaba que bajo esa capa de hielo tuvieses una mente tan calenturienta —afirmó riendo para sí—. Gracias, pero tengo que rehusar, soy un hombre comprometido.

—Eres un... egoísta engreído, ¿satisfecha tu curiosidad? Y hablando de revelaciones, si eres inocente como un corderito, ¿cómo sabías que Jessica cree que la engañaste con Rachel? Estoy segura de que ella no te dio

explicaciones antes de marcharse.

—Fue la propia Rachel. Me telefoneó el domingo a mediodía hecha un mar de lágrimas. Yo aún estaba en Albany. Me dijo que Jessica acababa de llamarla para montarle un escándalo. Le habló del anónimo y la acusó de ser mi amante. Bueno, al parecer no usó esa palabra en concreto.

—¿Te dijo que Jess hizo qué? ¡Pero será hija de...! Oh, yo sí que sabría cómo llamar a esa bruja...

—Intenté contactar con ella —continuó Víctor—, pero tenía el móvil apagado. Entonces regresé a toda prisa a Nueva York. Al llegar a casa me di cuenta de que había perdido las llaves, tuve que buscar al conserje para poder entrar. Allí encontré su nota y el anillo. Después fui a su apartamento. El portero me dijo que se había marchado. A Escocia nada menos. ¿Vas a decirme si es cierto?

—Ya lo veremos —contestó Abby con gesto desafiante.

Víctor giró con brusquedad para tomar la calle de acceso al aparcamiento privado de la fundación. A las diez de la mañana todas las plazas estaban ya ocupadas, excepto la suya. Salió del coche y abriendo la puerta del copiloto invitó a salir a Abby.

—Subamos antes a mi despacho, hay algo que quiero comprobar —la urgió de camino a los ascensores.

—Espero que todo esto sirva para algo. Te advierto que no estoy en el mejor momento como para encontrarme con tu querida Rachel.

—No es mi querida Rachel. Confía en mí, aunque sea por una vez. Y ahora, quédate calladita como una niña buena.

Abby puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos mientras lo observaba introducir la llave en la cerradura. Cuando Víctor soltó una maldición al comprobar que estaba atascada, intervino apartándolo a un lado.

—¿Me permites? —Abby se quitó un ganchillo del pelo, lo usó como ganzúa y consiguió abrir en cuestión de segundos—. No hay obstáculo que se resista a mi encanto femenino —afirmó con una seductora sonrisa.

—Tus habilidades delictivas no dejan de impresionarme —se burló él, indicando con un movimiento de la cabeza que pasase al interior.

—No me ofendes —le replicó—. Es solo la experiencia adquirida cuando has vivido en un campus universitario con un horario nocturno demasiado estricto.

Víctor arqueó las cejas y le pidió que se sentase en un sofá de cuero negro a juego con la decoración de tonos oscuros. Luego fue derecho hacia su mesa, rebuscó en uno de los cajones y encontró un llavero junto a una rosa seca que guardaba como recuerdo de la noche que conoció a Jessica. Lo cogió y se dirigió a la puerta. Probó una de las llaves y el pomo giró con suavidad. Después, la extrajo y la hizo tintinear junto a las demás dentro de su mano.

—Ven conmigo —ordenó. La cogió de la mano y caminaron juntos hasta una oficina situada al final del pasillo. Entró sin llamar con Abby pegada a él.

—Por fin has llegado. Estaba empezando a preocuparme —se quejó Rachel, ignorando a propósito la presencia de la otra mujer.

—Sé que fuiste tú —declaró Víctor con serenidad.

Por una milésima de segundo, Rachel palideció y perdió el enfoque de la visión. Se aseguró un mechón de brillantes cabellos rojos en su recogido para retomar el control.

—¿De qué hablas, querido? No tengo la menor idea. ¿Y quién es ella? ¿Puedo pensar que tiene algo que ver en este asunto? —le preguntó mirando con desprecio a Abby, que luchaba por soltarse de la mano que la sujetaba.

—No la metas en esto. El mérito de haber destrozado mi vida es solo tuyo.

—¡Por Dios, Víctor! ¡Abre los ojos! —estalló Rachel—. Esa mosquita muerta que no es digna siquiera de que la compadezcas te ha dejado plantado como si fueras un patán, ¡y todavía la defiendes!

—Escúchame con atención, porque no lo repetiré. —Víctor avanzó a diez centímetros de su rostro—. Aléjate de Jess, ahora y para siempre. Si llegara a saber que intentas hacerle daño directa o indirectamente, comunicarte con ella, o que mencionas su nombre, te juro que lo lamentarás.

—¿Es que no te das cuenta? —clamó la pelirroja entre sollozos—. Yo estaría dispuesta a dejarlo todo por ti, ¿cómo puedes preferir a esa furcia ambiciosa, que de seguro se ha estado acostando con medio Manhattan todo este tiempo?

—¿A quién llamas tú furcia, condenada zorra paranoica? —gritó Abby, antes de ser interceptada por el abrazo de Víctor.

—Tranquila, no merece la pena —concluyó él con voz glacial, arrojando sobre la mesa un manojito de llaves con el logotipo de la fundación Van Patten.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rachel.

—Son de mi despacho. Las trajiste de mi apartamento por error al intentar devolver las que me habías robado. Imagino que al salir a toda prisa para encontrarte con tu marido las confundiste, tienen el mismo llavero. Ahora ya no importa, puedes quedártelas.

Víctor envolvió a Abby por la cintura y la condujo hasta la puerta. Antes de salir, los detuvo la voz de Rachel.

—Puedes correr tras ella, pero tú y yo sabemos que nunca serás feliz a su lado. Por mucho que lo desees, por mucho que lo intentes, jamás te comprenderá, no como lo hago yo. Y sabes que tengo razón.

—Sí que tienes razón —dijo él volviendo la cabeza—. Puedo correr a buscarla, y es exactamente lo que voy a hacer.

Luego se giró hacia Abby y le tendió la mano a modo de reconciliación.

—¿Me harías el honor de acompañarme?

Ella lo miró a los ojos, de un azul puro y cristalino como un manantial, y encontró la respuesta.

—Será un placer.

IV

BIENVENIDOS A ESCOCIA

Jessica salió de la terminal principal del Aeropuerto Internacional de Glasgow para cruzar al aparcamiento de coches de alquiler situado enfrente.

En Newark, su avión había despegado a las ocho de la tarde, por lo que ahora, para ella eran las tres de la madrugada. Pero, a pesar de haber volado durante casi siete horas atravesando cinco husos horarios en dirección Este, en lugar de estar cansada, se sentía eufórica.

Con el móvil apagado y la ayuda de un antifaz, pudo echar una cabezadita e incluso soñar, cosa que no lograba desde hacía tiempo. Para su sorpresa, no soñó con Víctor, sino con un completo desconocido. Lo único que recordaba eran unos hermosos ojos negros, una espada y agua. Mucha agua. ¿Qué demonios podía significar?

Al contrario que su estado de ánimo, el clima en aquella mañana de finales de octubre no era demasiado festivo. De un cielo gris y opaco caía una densa lluvia que parecía subir del suelo por la acción del viento. Jessica observó el panorama bajo el porche de la terminal.

—¡Fantástico! Bienvenidos a Escocia —exclamó, mientras pensaba en añadir a su lista de compras urgentes un práctico y simple paraguas—. Solo son las ocho de la mañana, quizás más tarde mejore un poco —se trató de consolar—. Eso, o a partir de ahora me puedo sacar un sueldo extra como clarividente.

Unos minutos después, llegó a la conclusión de que, en un país donde existen más de cincuenta expresiones diferentes para describir la lluvia, más tarde podría ser tanto como hasta mayo.

Decidida a no dejarse afectar por tan mustio paisaje, se armó de valor y completó en una carrera con su maleta a rastras los escasos metros que la separaban de su objetivo.

Por suerte, su automóvil ocupaba el estacionamiento más cercano a la entrada. Abby le había reservado por Internet un formidable Toyota Highlander. ¿Era una broma? Lo que sí era seguro era que se trataba de un artículo de lujo. La amable empleada que la atendió no soltó las llaves antes de comprobar en su pasaporte que era mayor de veinticinco años.

Abrió el maletero a toda prisa, lanzó dentro el equipaje y corrió hacia su asiento antes de que muriera ahogada en el aeropuerto.

Jessica consultó el folleto de la oficina de turismo que había encontrado en un expositor y buscó algo que llamara su atención. Se había prometido a sí misma que nunca más estaría sujeta a agendas ni planes prefijados. A partir de ese momento, haría lo que le apeteciera, lisa y llanamente.

Ajustó el destino en el GPS. Loch Awe, en Argyll. Un buen sitio para comenzar.

En poco más de una hora podría disfrutar de las comodidades de uno de los típicos *Bed & Breakfast* tan populares entre los turistas británicos.

—Está bien, allá vamos, castillos y lagos de Escocia, espero que este sea el comienzo de una gran amistad.

Antes de ponerse en marcha, observó el espacioso interior del todoterreno con siete plazas vacías.

—Dios mío, Abby. ¿Creías que iba a hacer la ruta con medio equipo de la selección escocesa de rugby? Como mucho, quizás me tope con algún guapo *highlander* haciendo *auto-stop*. ¡Si es que deja de llover alguna vez...!

Sus deseos se vieron cumplidos. En parte. Cuando tomó el desvío de salida de la autopista A-85 y circulaba por las estrechas y tortuosas carreteras que se

adentraban en las inmediaciones del *loch*, la lluvia cesó por completo. Pero los únicos nativos con los que se cruzó –literalmente– fueron las imponentes vacas autóctonas de las Highlands, con sus enormes cuernos y largas melenas pelirrojas.

—¡Eh, preciosas! ¿Os importaría apartaros? —gritó Jessica tras bajar el cristal de la ventanilla. Como respuesta, una de aquellas maravillas con flequillo la observó unos instantes, soltó un soberbio mugido, y la ignoró de nuevo para seguir a sus compañeras, que continuaban su marcha impasibles.

En vista de que aquella comitiva solo entendía el gaélico, Jessica optó por esperar en uno de los pasos laterales cuyo fin es facilitar el tráfico en las carreteras de un solo sentido de las Tierras Altas.

—Supongo que me lo tengo merecido, por aventurarme en un camino de cabras. Sin ánimo de ofender... —susurró con recelo al ver al temible ejemplar que pasaba en silencio frente a ella justo cuando salía del coche.

Pero cuando desvió su mirada con la esperanza de pasar desapercibida, ella también se quedó sin palabras. Acostumbrada a la interminable cortina forestal que había flanqueado ambos lados de la carretera durante los últimos kilómetros, no estaba preparada para lo que vio.

En un estado casi hipnótico, abandonó el coche a su suerte y cruzó la calzada para buscar un acceso entre los alisos y el brezo. Por fin encontró un sendero de tierra embarrada. Jessica descendió excitada un buen trecho sin prestar atención a los charcos y las piedras resbaladizas.

Cuando llegó a la orilla jadeando y llena de fango, el *loch* se mostró ante ella en todo su esplendor.

Con veintiséis millas de longitud, sus dormidas aguas bordeadas por una hilera de majestuosas coníferas competían con el cielo por apropiarse de un azul purísimo. A Jessica le pareció un enorme zafiro engastado en jade.

Al Norte, la inmensa mole del Ben Cruachan, con la cima coronada de nieve, se alzaba arrogante sobre el lago, como una madre orgullosa de su hijo. Al Oeste, las nubes se movían a través de una bóveda infinita. Jessica sintió

que podría viajar con ellas hacia el cercano mar, o hacia otro mundo.

Sin saber por qué, notó cómo sus ojos se inundaban en lágrimas. El síndrome de Stendhal, recordó. El ser humano no puede digerir tanta belleza sin descubrir lo insignificante de su condición, por más que esta sea la única capaz de apreciarla.

Jessica rio histérica ante la idea de sentir envidia de sus amigas bovinas, inmunes a su desvarío psicossomático.

—Mi querida Abby, ojalá pudieras ver esto. Bueno, no todo —rectificó, al imaginarla burlándose de ella sin ninguna compasión. Al menos, había hecho el ridículo en la más completa soledad.

—¿Todo va bien, señorita?

Se giró como un resorte. A su derecha había un hombre alto, de unos sesenta años, pero que aún conservaba la apostura y el vigor de la juventud.

Tenía el aspecto del típico caballero escocés de campo. Vestido de verde de pies a cabeza, llevaba un anticuado impermeable Mackintosh, botas de agua Hunter, por las que asomaban unas gruesas polainas de lana, y pantalones y gorra de *tweed* a juego.

Jessica, turbada, solo acertó a pensar que a ese doble de Sean Connery le faltaba un paraguas.

—No lo vi llegar —contestó, culpando de ello a su mimético atuendo—. Disculpe si lo he preocupado. Es un paisaje impresionante, y yo soy muy impresionable —agregó con una sonrisa.

—No me cabe la menor duda, *lassie* —dijo él divertido—. Pero no se sienta avergonzada. No es la primera vez que veo a un turista caer bajo el hechizo del lago.

—Pues espero que no se presente siempre así, me ha dado un susto de muerte —afirmó Jessica secándose las lágrimas con disimulo.

—Permítame entonces que lo haga como es debido. Mi nombre es Ian Alexander MacArthur —añadió extendiendo la mano para estrecharle la suya.

—Jessica Grant, de Nueva York, es un placer. Y no soy una turista, soy

fotografía. He venido por motivos de trabajo. —Se apresuró a aclarar.

Su contacto era fuerte y agradable, reconfortante. Le trajo enseguida el recuerdo de su padre, Philip. Una sombra de melancolía cubrió su rostro.

—*Èisd ri gaoth nam beann gus an traogh na h-uisgeachan* —dijo su nuevo amigo al notar su estremecimiento.

—Lo siento, señor MacArthur, pero mis conocimientos de gaélico se reducen a «no me aparto porque no me da la gana».

—Veo que ha conocido a mis pequeñas —dijo él soltando una sonora carcajada—. Pero, por favor, llámeme Ian.

—¿Qué significa lo que ha dicho?

—Es un viejo proverbio. «Escucha el viento sobre las colinas hasta que las aguas se calmen». Vendrán tiempos mejores, por así decirlo.

—¿De veras es un proverbio escocés? Pues creo que voy a tener que esperar mucho, porque hace un frío espantoso ¡y está empezando a llover otra vez! —se quejó Jessica mientras levantaba las solapas de la gabardina sobre su cuello.

Ian la miró de arriba abajo.

—No es una buena idea llevar *jeans* en las Highlands —apuntó—. El algodón mojado pesa como un fardo y tarda mucho en secarse.

—Sí, gracias, lo he notado —dijo Jessica castañeteando los dientes—. ¿Sería tan amable de indicarme cómo volver a la carretera? No tengo la menor idea de dónde estoy, y me temo que voy a entrar en hipotermia de un momento a otro.

—Haremos algo mejor. Le ruego que acepte mi hospitalidad. Es lo menos que puedo hacer para compensarla por el sobresalto.

—No tiene por qué molestarse, no ha sido nada.

—No es ninguna molestia, más tarde iré a buscar su coche, el mío está ahí al lado. Además, la señora MacArthur no me perdonará si no le ofrezco un té caliente, un poco de *pudding* y ropa seca. Y créame, Lilly me lo hará pagar de una forma u otra. Usted no querrá vengarse de mí de una forma tan horrible,

¿no es cierto? —agregó con el ceño fruncido.

—Sus ojos son negros... —Jessica lo miró absorta sin poder evitarlo.

—Sí, siempre lo han sido, es cosa de familia. Está bien, basta de parloteo. —Ian la tomó con suavidad por el codo—. Me parece que el frío la está empezando a afectar, pongámonos en marcha antes de que sus pantalones se congelen y no pueda dar un paso.

—Gracias, señor MacArthur —dijo Jessica tiritando—, creo que aceptaré su oferta.

—No me dé las gracias tan pronto, aún no ha probado el *pudding* de Lilly —añadió el escocés con una mueca de complicidad.

Jessica le devolvió el gesto.

—¿Dónde vamos?

—A Broch Miadhail.

—Bonito nombre, ¿es un pueblo?

—No. —Ian sonrió—. Es mi casa. Y, por favor, considérela también la suya.

Jessica subió la colina envuelta por el ensueño de esas antiguas palabras, de una espada, del lago y de unos ojos negros que la sondeaban con la misma profundidad de sus aguas.

V

BROCH MIADHAIL

Tras veinte minutos de caminata en ascenso y dos zambullidas de sus Nike que casi le provocan un esguince, Jessica se sentía como si le hubiese pasado un camión por encima.

—Debo de estar horrible. Parece que he salido de una lavadora estropeada.

—Ah, su cabello. Igual que Bheithir corriendo entre el brezo —afirmó Ian mientras la ayudaba a saltar un charco.

—Me refería a mi ropa —alegó Jessica picada—. ¡Espero que ese Bheithir no sea la mascota de la familia!

—Nada de eso. —Él rio—. Bheithir es la diosa de las estaciones y el trueno, que vive en la cima de la montaña. Al final del invierno se sumerge en el lago para detener el tiempo y recobrar su juventud. Cuando sale a la superficie es de nuevo una hermosa doncella. Ese día marca el inicio de la primavera —concluyó conciliador.

—Le agradezco el cumplido, pero no puedo dar un paso más. Y ni siquiera hemos llegado aún —replicó ella, dejándose caer sobre un murete de piedra cubierto de musgo y líquen.

—Otra vez se equivoca. Está sentada en el adarve exterior de Broch Miadhail, o lo que queda de él. Para ser más exactos, está pisando una *crois cheilteach* protectora del clan.

—Oh, ¡cuánto lo siento! —Jessica se apartó a un lado al descubrir oculta

entre los cardos una roca resquebrajada, en la que unas devotas manos habían tallado una cruz celta, con su característico anillo en la intersección.

—No tiene por qué. Fueron los condenados Campbell, hace más de más de cuatrocientos años.

—¿Hubo una batalla?

—Más bien una venganza. No nos paremos aquí —dijo el escocés con el ceño fruncido—, solo faltan unas yardas más detrás de aquellos alerces. Pero prométame que esta vez no se va a impresionar, no he traído pañuelos.

—¿Nunca le han dicho que puede ser de lo más irritante?

—Por supuesto, Lilly lo hace a diario.

—Creo que la señora MacArthur me va a caer bien —respondió Jessica, ya en camino hacia el otro lado del muro.

Ian la alcanzó antes de entrar en el bosque de alerces y píceas. Los árboles, de hasta cincuenta metros de altura, le daban el aspecto de un antiguo templo, oscuro y desolado. Caminaron juntos en silencio, como Orfeo y Eurídice entre los muertos, sorteando las apretadas columnas que apenas reflejaban un brillo espectral.

Cuando salieron a la mortecina luz de la mañana, Broch Miadhail se alzaba solemne entre la bruma. Una torre de planta circular, almenada y con aspilleras, delataba su origen medieval. Dominaba una construcción de tres pisos anexada en forma de L, con atalayas esculpidas en voladizo en las esquinas. Agudos hastiales de estilo renacentista soportaban los tejados de pizarra a tres aguas, de los que sobresalían seis robustas chimeneas. Una estela de humo, que escapaba del ala Este, otorgaba a la imponente fortaleza la calidez de un hogar.

Jessica admiró las ventanas en ajimez, con sus vitrales multicolores. Todos estaban encerrados tras gruesos barrotes de hierro, excepto el más oriental, que miraba hacia la torre. De pronto, un suave resplandor iluminó los cristales con un movimiento en zigzag, como la oscilante luz de una vela. Cuando se apagó al cabo de unos segundos, la ventana se abrió con un ruido sordo. Un

lamento profundo cruzó el aire y llegó hasta ella. Jessica lanzó un grito y buscó a Ian, que la observaba perplejo.

—Ha sido peor de lo que me temía. Habría preferido las lágrimas —dijo este con los brazos en jarras.

—¿De qué está hablando, es que no lo ha oído? Oh, no, no, no. A mí no me va a tomar por loca.

—Tranquila, no está loca. Solo quería asegurarme. Me pregunto por qué lo ha escuchado usted.

—¿Y por qué no debería? ¡Ha sido un alarido de mil demonios!

—Porque no es una MacArthur. Solo un miembro del clan puede hacerlo.

—Bien, es suficiente —afirmó Jessica—. Creo que tomaré ahora un poco de ese *pudding*, necesito asentar mi estómago para responderle a eso.

—¿Ian? Has vuelto pronto. Espero que hayas traído las compras que te encargué.

La señora MacArthur apareció en el vestíbulo con un paño en las manos con el que trataba de limpiarse las incontables manchas de su delantal.

—He traído algo mejor. Ella es Jessica Grant, de Nueva York, y será nuestra invitada por unos días.

Jessica miró a Ian confundida.

—De veras, no es necesario, puedo encontrar un alojamiento.

Lilly, una pelirroja de gesto enérgico pero dulce, estudió a la recién llegada con aire maternal a través de sus lentes.

—Es una idea excelente, será agradable tener compañía y, si mi marido está decidido a que se quede, sepa usted que no lo convencerá. Puede ser terco como una mula.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó el aludido—. En fin, ahora estoy en minoría.

—¿Perdón? —Las dos mujeres se volvieron al unísono.

—Y hablando de sartenes —dijo Ian risueño mientras se dirigía a la cocina—. ¿Qué tal unos huevos con crujiente *bacon*, Jessica?

—¿Aún no ha desayunado? —preguntó Lilly—. Pues tenemos que ponerle remedio, pero nada de *bacon*. Por suerte, he preparado tu *pudding* favorito, querido. —Un estruendo de cristales rotos se oyó a continuación.

—Será mejor que vaya a ver —dijo la señora MacArthur con los ojos en blanco—. Por cierto, ¿qué le ha pasado a su pelo?

—Tiene una pequeña intolerancia a la humedad y el viento —confesó Jessica, con la sospecha de que debía de parecer un perro de lanas y no una bucólica diosa celta—. Antes me empeñaba en alisarlo, pero solo conseguía aparentar ser lo que no era. Eso ya terminó...

—Bien dicho —dijo Lilly, convencida de que había algo más tras su discurso—. Tiene unos hermosos rizos, lo único que necesita es una toalla y un buen cepillado. Es una joven preciosa, nunca trate de cambiar ni de esconderse.

—No lo haré —declaró Jessica, con una agradable sensación de seguridad—. Gracias, señora MacArthur.

—Lilly, por favor —dijo esta, dándole unas suaves palmadas en la mano—. Y ahora, a desayunar, antes de que Ian acabe con todo.

Una hora más tarde, Jessica subió a deshacer su equipaje. Sacó el teléfono móvil de la mochila y observó que había olvidado conectarlo al aterrizar en Glasgow.

Cuando lo encendió, tenía quince llamadas perdidas, veinte mensajes y cuatro correos electrónicos de Abby. Quería que se pusiera en contacto con ella. Debía de estar preocupada por el estado en que se encontraba cuando se despidieron en Nueva York.

También la había llamado Víctor, aunque eso ya lo esperaba.

Marcó el número de su amiga, pero saltó el contestador. Se conformó con

dejarle un mensaje para informarle de su paradero y que todo iba bien. Ya la llamaría más tarde.

La alcoba era preciosa. Las paredes estaban decoradas con un papel cubierto de delicadas rosas rojas y ruiseñores con las alas extendidas que parecían tener vida propia. Una enorme cama con dosel de caoba miraba hacia la ventana, en la que una vidriera exquisita representaba una escena de amor cortés.

Jessica se acercó para contemplar los detalles del caballero y su dama. Este le entregaba una rosa mientras yacía moribundo atravesado por una espada. El gesto de eterno dolor de su amada la conmovió en lo más profundo. De pronto, advirtió que no había barrotes tras los cristales.

Era la habitación que había visto a su llegada. La habitación del fantasma. El recuerdo del terrible gemido y la imagen del vitral la envolvieron en un halo de tristeza que trató de rehuir. No había viajado hasta aquí para sucumbir ante una simple sugestión.

Decidió tomar una estimulante ducha y ponerse en marcha lo antes posible. Enfundada en unas cálidas mallas y un jersey *shetland*, se recogió el cabello en una sencilla trenza, y corrió escaleras abajo con su equipo fotográfico y el apetitoso tentempié que le había preparado Lilly.

Estaba ansiosa por ver las ruinas del castillo de Kilchurn, en el extremo Noreste del lago, una de las principales atracciones turísticas de la región.

Buscó a Ian para despedirse y lo encontró leyendo el periódico matinal en la suntuosa biblioteca.

—Siento molestarlo, solo quería avisarle que saldré ahora hacia el lago. Debo empezar mi trabajo.

—No me molesta en absoluto —dijo él quitándose las gafas—. ¿Se encuentra cómoda en su habitación?

—Muy cómoda, gracias —se limitó a contestar—. Por cierto, ¿a qué se refería cuando dijo aquello de los MacArthur?

—Después de todo, no es imposible... —murmuró Ian tras exhalar una

aromática nube de humo de su pipa de brezo.

—¿Qué no es imposible?

—Bueno, supongo que al ser usted de ascendencia escocesa, bien puede estar emparentada con nuestro clan. Su apellido, Grant, es originario de las Tierras Altas, a orillas del lago Ness.

—¿Insinúa que soy pariente suyo?

—No todos los apellidos de aquí tienen el prefijo Mac. Creí que lo sabría.

—No sé nada de esa ascendencia. Mis padres trazaron el árbol genealógico de la familia y no llegaron más allá del año 1800. Se trataba de un clérigo que vivió en Nueva York.

—Apuesto mi pipa a que era presbiteriano, de la iglesia de Escocia.

Jessica pasó por alto el argumento al captar su atención un objeto colgado en la pared junto a la enorme chimenea. Era una espada antigua, espléndida y aterradora, de casi un metro y medio de longitud.

Ian siguió su mirada y la descolgó con veneración.

—Es un *claymore*. Significa «gran espada». Extienda las manos.

Debía de pesar cinco libras por lo menos. El frío del acero se convirtió en una oleada de calor que le subió por los brazos hasta el pecho. Era exactamente igual a la que había visto en su sueño.

—¿Puedo tomarla prestada? Me gustaría fotografiarla en el exterior.

El escocés la miró con sus brillantes ojos oscuros. Por un momento, Jessica pensó que iba a negarse.

—Está bien, es suya. Espero que no la pierda, la encontré en la orilla Sur frente a Inishail después de permanecer enterrada durante cinco siglos.

—Es extraordinario —dijo ella admirando la reliquia—. Descuide, la protegeré con mi propia vida. Y, a propósito, ¿por qué me ha dado ese dormitorio?

Ian hizo de nuevo una pausa para responderle.

—No se preocupe, la pobre lady Janet no la va a molestar más. Solo se deja escuchar en una fecha muy concreta, en la víspera de *Samhaim*, el día de

Todos los Santos o Halloween, como lo llaman ustedes en Norteamérica. Mi abuelo solía decir que también lo hace para advertir cuando un MacArthur se encuentra en peligro, pero no es el caso.

—Porque hoy es 31 de octubre —dijo Jessica con alivio—. Pero ¿quién era ella?

— Lady Janet Campbell. La esposa de Duncan MacArthur de Tirivadich. Vio morir a su esposo y a dos de sus hijos, Iain y Finlay, en 1567, de la manera más trágica y vil que se pueda imaginar.

—¿Cómo fue? —le preguntó con un hilo de voz.

—Fueron ahogados en la orilla del lago que va usted a visitar. Creo que esta espada perteneció a uno de los combatientes, uno de mis antepasados. Por favor, cuídela.

—Tiene mi palabra de que se la devolveré intacta —prometió Jessica, y sintió que era una premonición.

VI

LOCH ODHA

Era casi mediodía cuando Jessica aparcó su coche junto al embarcadero privado de Broch Miadhail.

La historia sobre Inishail la impresionó de tal manera que le había pedido a Ian instrucciones concretas para localizar su ubicación. El afamado castillo de Kilchurn y sus turistas podían irse al diablo.

El escocés había mostrado cierta reserva ante la idea. La previsión del tiempo anunciaba tormenta y no quedaban muchas horas de luz. Por no mencionar que el motivo de su excitación descansaba sobre una isla rocosa en medio del lago.

Al ver los botes amarrados mecidos por las negras aguas, se preguntó qué bicho la había picado. Ian había insistido en acompañarla y ofrecerle su ayuda, pero ella rehusó con simulado aplomo.

En un instante fugaz de lucidez, reconoció que un suceso violento sufrido por unos desconocidos personajes hacía más de cinco siglos la había empujado a mentirle a Ian y a sí misma, pues, a decir verdad, no había manejado una embarcación en toda su vida.

Jessica pensó mientras salía del coche que no debía de ser tan difícil. Después de todo, tenía sangre escocesa. Quizás sus ascendientes habían vivido junto a un lago igual a este, y ella había heredado esa impronta en sus genes. O quizás no, y en ese caso, este podía ser un buen día para un naufragio y el

último de su viaje a las Highlands.

Lo que sí podía afirmar era que, tras escuchar el desdichado relato, un acuciante deseo de llegar a aquel lugar se había apoderado de ella, entrelazado por un cúmulo de sensaciones que la atraían como una nebulosa a miles de años luz. Aunque, pensándolo bien, nada había sido normal o casual desde que había puesto un pie en Escocia.

Su propio encuentro con Ian MacArthur. El lamento de lady Janet. El extraño de mirada ardiente y la espada de su sueño. ¡La espada!

Jessica abrió el maletero. Del improvisado envoltorio hecho con un *plaid* de lana de su anfitrión, sobresalía la gran empuñadura, con la guardia formada por dos gavilanes inclinados hacia el centro y rematados por delicadas volutas en forma de hojas de tomillo. Era magnífica y desoladora al mismo tiempo.

Ian le había dicho que pudo pertenecer a uno de sus antepasados. Un miembro del clan MacArthur, con sus mismos ojos negros, bellos y profundos.

¿Qué suerte habría corrido en la batalla? ¿Habría perdido el acero en el lodo junto a su último aliento o, por el contrario, consiguió sobrevivir? Nunca lo sabría. De todas formas, su portador llevaba casi quinientos años muerto.

Pero en el momento en que su piel rozó la gastada banda de cuero que la recubría, la suavidad de su tacto se fundió en un aura de vida, cálida y palpitante.

Con el propósito de escapar a su fascinación, cerró los ojos y levantó el arma con firmeza. ¡Dios, cómo pesaba! La cargó con ambas manos y echó a caminar hacia el muelle, atenta a no tropezar.

Se decidió por un bote de madera pintada de verde. Disponía de un motor fuera borda además de un par de remos, los cuales tenía la esperanza de no tener que utilizar. Por lo poco que sabía, podría cambiar de sentido gracias a un pequeño timón.

Sin perder más tiempo, subió a bordo y aseguró la espada entre las tablas de proa que hacían la función de asientos. Una vez acomodada ella misma en la popa, desató los amarres y estudió el motor con el ceño fruncido. Vio la

cuerda del tirador que servía para arrancarlo. Estupendo, no era eléctrico, tendría que encontrar el circuito de la gasolina y abrirlo. Hecho. Consiguió que funcionara a la tercera tentativa y, a continuación, giró el mango del acelerador. Con una brusca sacudida se puso en movimiento. Genial. Hizo la V de la victoria con la mano que tenía libre, y viró rumbo Noreste, hacia Dalavich.

Navegó durante diez minutos a velocidad constante, rompiendo la calma de las tranquilas aguas y de un grupo de ánades de cuello oscuro, que emprendieron el vuelo justo sobre su cabeza. A más altura, planeaba en dirección Sur un águila pescadora con una enorme trucha en el pico. Agradeció al ave rapaz que no confundiera uno de sus empapados rizos pegados al rostro con un escurridizo y succulento aperitivo. Y es que, a medida que se alejaba de Broch Miadhail, la humedad se hacía más y más insoportable.

Unas nubes nada alentadoras comenzaron a descender en forma de neblina. Pero no era eso lo único que le preocupaba. Hacía rato que no escuchaba ningún sonido procedente del bosque. El rítmico piqueteo del pájaro carpintero había cesado. Las alondras, con su ruidoso gorjeo, también se habían quedado mudas. Además, parecía ser la única con intención de dirigirse al Norte. Incluso estuvo a punto de atropellar a una nutria despistada que logró cruzar bajo el casco en el último momento.

En cuestión de segundos, la niebla se hizo tan espesa que no le dejaba ver a un palmo de sus narices, y no tuvo más remedio que darle la razón a Ian.

Acababa de tomar la decisión de volver atrás, cuando un espeso bosque de abetos y matorrales emergió del opaco vapor de agua. Jessica apagó el motor y lo contempló absorta, acunada por el suave vaivén de la embarcación.

Entre un tupido manto de hiedra, asomaban las ruinas de una antigua fortaleza, con sus muros de piedra ajados y vencidos por el tiempo, pero todavía altiva y orgullosa de su pasado esplendor.

Una fina lluvia empezó a caer y sacó a Jessica de su abstracción. Hora de

regresar.

—Mala suerte, mi valiente y misterioso guerrero. Tu espada tendrá que esperar una mejor ocasión para su retorno —dijo contemplando aquella especie de sudario que descansaba en la proa ante la lóbrega silueta emergida del lago.

En un impulso repentino, Jessica avanzó con cuidado para llegar hasta ella. Deslizó el tejido que la protegía y la hoja de doble filo quedó desnuda. Gruesas gotas de lluvia corrieron como lágrimas a lo largo de la acanaladura.

A su paso, unas intrincadas formas se materializaron ante sus ojos. Jessica parpadeó dos veces. Tenía que ser una ilusión óptica. Tal vez se trataba de la refracción del agua en las ondulaciones del acero. Estaba segura de no haberlas visto en Broch Miadhail.

La profusión de nudos continuos y círculos concéntricos no dejaban un solo espacio hueco. El *horror vacui* del arte celta, el horror al vacío, identificó al instante. Bajo las tres espirales unidas de un *triskelion*, símbolo del ciclo eterno de la vida, la muerte y el renacimiento, había tres palabras. Jessica supuso que era gaélico.

—*Eisd, O'Eisd* —pronunció hasta tres veces para memorizarlas. En caso de desaparecer, no se perdonaría perder la oportunidad de preguntar a Ian su significado. Eso suponiendo que le creyera. Al menos, no la acusaría de estar bajo los efectos de una insolación.

Se arrodilló y acarició con sus dedos cada una de las hendiduras y agudas aristas que atravesaban el metal. Eran muy reales. Húmedas y lacerantes, igual que una herida.

Igual que una herida... Jessica se estremeció. De un profundo corte en su dedo corazón comenzó a brotar la sangre, que fluyó espesa al interior del *triskelion*.

Se le nubló la vista en un espectro rojo y vibrante. Sintió que era empujada hacia un abismo sin fondo, denso y opresivo y, al mismo tiempo, lanzada en millones de fragmentos etéreos e intangibles. Apenas podía respirar.

Entonces estalló la tempestad. Un resplandor eléctrico rasgó la bruma y levantó olas enfurecidas contra la pequeña nave, que se sacudió a la deriva.

Desplomada en su fondo, Jessica dobló las rodillas contra su pecho. La cabeza le daba vueltas y estaba a punto de vomitar. La debilidad se esparció como un veneno por su cuerpo mientras la tormenta arreciaba con creciente intensidad. No entendía lo que estaba sucediendo, pero sabía que tenía que hacer algo, y pronto.

Tenía que llegar hasta el motor y ponerse a salvo. Y también a la espada.

Había hecho una promesa y no iba a quebrantarla. Ian esperaba que se la devolviera intacta. Se preguntó quién la esperaba a ella. Sus padres, por supuesto, y Abby.

Víctor no, desde luego. ¿Solo tres personas en el mundo la echarían de menos? ¿Solo ellos sufrirían por su ausencia? Luchando contra las náuseas, pensó que, si hoy moría allí, no habría dejado sino una leve huella en el mundo.

Abrazó aquella arma antigua y lloró como no lo había hecho jamás. ¿Dónde estaba el amor? ¿Por qué le estaba a ella vedado? Siempre se había sentido tan sola y, sin embargo, podía palpar su presencia dentro de su corazón. Tan lejos y tan cercano a la vez.

Pues bien, no se rendiría. No le importaba el tiempo ni la distancia que tuviese que recorrer. Lucharía por él, aunque le llevase una vida entera o mil vidas. Pero nunca dejaría de buscarlo.

A través del ensangrentado paño de tartán, el fuego intenso y penetrante respondió de nuevo a su contacto. «Qué agradable sería dejarse llevar», pensó con los sentidos embotados.

El rugido espantoso de un trueno sobrevoló la erizada superficie del lago, arrastrando otro fragor aún más lejano, de dolor, muerte y gritos de guerra. Y también la arrastró a ella y la hundió inerme en las insondables aguas.

VII

SIT TIBI TERRA LEVIS

Innis Chonnel, Tierras Altas de Escocia
Año de Nuestro Señor de 1567

—¿Es que intentas aprender ese libro de memoria?

Patrick MacArthur se dirigió a su hermano en un tono que pretendía ser trivial.

Keillan, sentado bajo un aliso, percibió con fastidio la ansiedad de su voz.

—Es la *Divina comedia* de Dante. Mi memoria no aguantaría el asalto de sus cuatro mil quinientos versos —le contestó sin alzar la vista.

—Tu memoria es un adalid voluble y desleal. Debes olvidar y seguir adelante, Keillan. Ya ha pasado tiempo suficiente.

—Y yo he traspasado el noveno círculo del infierno —dijo este, cerrando de golpe el pesado volumen—. Pero no temas, aún hay un purgatorio reservado para mí.

Patrick le sostuvo la mirada, sin saber qué decir. Siempre había estado a su lado, allá donde fuera. Habían luchado, habían reído y también habían sufrido, pero siempre había permanecido junto a su hermano más joven para ayudarlo. El único que le quedaba. Y ahora no podía hacer nada por él.

—Dime qué quieres y, si está en mi mano, lo tendrás.

Keillan lo observó plantado enfrente.

—Si yo fuera Diógenes y tú Alejandro Magno, diría que solo necesito que te apartes para no ocultarme la luz. Pero no soy un filósofo, soy un *highlander*, y por más que tú seas el capitán de Innis Chonnel, aquí no brilla un maldito rayo de sol —dijo con una sonrisa traviesa, que formó un hoyuelo en su mentón—. Nada me gustaría más que un buen combate antes de regresar a casa.

—¿No es demasiado pronto?

—Es demasiado tarde —le contestó poniéndose en pie—. Y ardo en deseos de hacerte morder el polvo.

Patrick lo escudriñó, convencido de su falso entusiasmo. Asintió con una inclinación de cabeza y fue donde estaban los caballos en busca de las armas.

Keillan caminó hacia una loma que dominaba el valle. La temperatura había caído bruscamente. La húmeda brisa del Norte le golpeó el rostro cincelado como el de una estatua griega y cubrió sus largas pestañas con diminutas perlas de rocío. Se recogió con una tira de cuero el negro cabello, que le caía rebelde sobre los hombros anchos y vigorosos, y contempló el horizonte. La luz del atardecer proyectaba sobre cada hoja y cada roca un brillo de fuego. La misma fortaleza refulgía como una llama inverosímil rodeada de agua. Todo estaba tranquilo. No habría ningún ataque ese día, no se atreverían. Pero cómo lo ansiaba. Tenía todo el tiempo del mundo para esperar. Era lo único que poseía ya. Su verdugo y su liberación.

Apretó el crucifijo que colgaba de su cuello en una fina cadena de oro. Su padre, Duncan MacArthur, señor de Tirivadich, se lo había entregado en su séptimo cumpleaños. Junto a él, oculto bajo el jubón de redecilla de acero, un modesto cordón sostenía una delicada talla de madera. Tres espirales que partían de un mismo punto.

«Llévala siempre. Es tu linaje y tu destino, es la muerte y la vida. Protégela. Ella te salvará», le había dicho aquella mujer con los ojos nublados por la fiebre y la agonía, justo antes de morir.

Un simple trozo de madera. Ese había sido el precio de la ruina de su

familia. El suyo sería vivir con el peso de la culpa sobre el vacío que antes ocupaba su corazón. Ni siquiera descansaría cuando la ahogase con la sangre de los Campbell, tal y como ellos hicieron con su padre y sus hermanos.

—¡Mi señor! ¡Un bote viene hacia aquí!

El grito de alarma lo impactó como un rayo. Con todo su cuerpo en guardia, intercambió un gesto con su hermano. Recogió en el aire la espada que este le lanzó y corrieron colina abajo.

Una veintena de soldados de la guarnición se les unieron en la amplia y pedregosa ribera, en posición defensiva. Esperaron durante un tiempo que se hizo eterno, hasta que la débil corriente acortó la distancia que los separaba.

—Hay alguien dentro —dijo Keillan arrojando su arma al suelo.

—¡No! ¡Espera! —gritó Patrick al verlo descender por la abrupta pendiente—. ¡Arqueros! ¡Dispuestos! Angus, vayamos tras él, puede ser una trampa.

Keillan se abrió paso con dificultad en el agua que le llegaba a la cintura. Al alcanzar la maltrecha embarcación, vio que no se había equivocado.

En su interior, cubierta de jacintos y lilas de agua, yacía una muchacha con el cabello enredado sobre la piel de alabastro. Le apartó los mechones dorados con delicadeza. Sus rasgos eran serenos y bellos, claros como una mañana de invierno. Pero estaba tan fría... Keillan temió por su vida, si era que esta no la había abandonado ya.

Observó su indumentaria. Debía de ser una extranjera. Un lienzo color índigo moldeaba las torneadas piernas, a la usanza masculina. Sin embargo, nunca había oído de ninguna doncella que no se complaciera en vestir como tal. Era posible que estuviese huyendo de algo y se hubiera visto obligada a utilizar un disfraz para poder escapar.

—¿Qué fatalidad la habrá empujado hasta aquí? —dijo Patrick al llegar a su lado—. Demasiado joven y hermosa para dormir en este sepulcro.

—¿Y cuándo la muerte ha desdeñado la inocencia o la juventud? —preguntó Keillan con voz amarga.

Sin esperar respuesta, la tomó en sus brazos. El gélido roce de su cuerpo,

perfecto y vulnerable, lo atravesó como una estocada sobre una antigua herida.

—Deja que yo lo haga —le pidió Angus agarrándolo por el codo—. Tu costado. No me gustaría tener que coserlo de nuevo.

—Y a mí no me importaría que tuvieras que hacerlo cien veces. —Keillan lo retó con una mirada de advertencia, y Angus cedió a su pesar.

Llegó a la orilla seguido de los dos hombres. La depositó con suavidad en la arena húmeda, y apoyó la cabeza sobre ella para encontrar su latido. No escuchó nada. Lo intentó una vez más. Se incorporó y miró a su hermano, inclinado junto a él con una rodilla en tierra.

—Ya es demasiado tarde. No hay nada que podamos hacer, aparte de darle cristiana sepultura —dijo Patrick persignándose.

Keillan cogió la mano de la desconocida y la apretó contra su pecho al encuentro de la cruz.

—*Sit tibi terra levis*, que la tierra te sea ligera, tú lo has sido para ella —dijo a modo de oración—. La llevaremos en un carro —ordenó sin soltarla aún—. Angus, busca al padre Stewart, él se ocupará de todo. Pero sé generoso. Forastera o no, ha muerto en nuestras tierras.

—¡No creo que lo fuese, mi señor! —exclamó el soldado que se había ocupado de encallar la barca, mientras sujetaba en alto un tartán con los colores negro y verde oscuro de los MacArthur. Patrick acudió a inspeccionar el hallazgo. Era cierto, la joven no parecía venir de muy lejos. Apartó las flores y las algas y encontró una espada. La misma que había perdido su hermano en el fondo del lago hacía poco más de un mes.

Keillan se giró hacia él y lo miró confundido unos segundos. Después, percibió el familiar olor a cobre, tibio y aceitoso.

—Los muertos no sangran... —murmuró con amargura, al ver el talismán y el crucifijo teñidos de púrpura.

La muchacha abrió los ojos. Él se hundió en su azul profundidad y ella se aferró a la luz que brillaba en sus pupilas.

—¿Ian? —preguntó esta con voz débil.

Keillan bajó la vista hacia su jubón inundado en sangre.

—Ian está muerto —contestó antes de desmayarse.

—¡Se le ha abierto la herida! —gritó Angus a lo lejos—. ¡Bruja! ¡Apártate de él, enviada del infierno!

Patrick corrió hasta ellos. Se arrodilló junto a Keillan y le alzó la cota de acero. El amplio corte en el lado izquierdo de su pecho era una fuente que manaba violenta y atroz, tan fresca como si nunca hubiese cicatrizado. Angus se apresuró a levantarlo por los brazos y lo apoyó contra su cuerpo.

—Rápido, Patrick, el tartán.

Patrick recogió del suelo la pieza de tela que había encontrado en la barca y la presionó contra la herida. El tejido comenzó rápidamente a absorber la hemorragia. Los dos hombres miraron hacia la mujer, que se había levantado por su propio pie y los observaba con una mirada ausente y vacía.

Patrick le hizo un gesto a Angus para que ocupara su lugar y avanzó hacia la extraña.

—¿Quién eres? —le preguntó, dirigiendo a su cuello la punta de la espada.

Jessica tomó conciencia de repente de todo lo que la rodeaba. La cúpula infinita por encima de la montaña. El ulular del viento sobre la inmensidad del lago que había dejado atrás. Y las decenas de guerreros y jinetes apostados frente a ella a lo largo de la orilla de Innis Chonnel.

—No lo recuerdo —contestó ella con serenidad—. Pero sé que no pertenezco a este lugar.

—Ignoro qué clase de magia has convocado para surgir de la nada con la espada de mi hermano y poner su vida en peligro. Pero te juro por mi honor que no voy a dejarte marchar hasta descubrirlo.

Jessica miró hacia el bosque de píceas y alerces. Le pareció ver la silueta de una niña, que inclinó la cabeza y acercó un dedo a sus labios en señal de silencio.

VIII

EL CARRO DE LA AURORA

El hombre corpulento de barba espesa y larga cabellera, tan rojas como las llamas de su antorcha, la vigilaba con una sonrisa mordaz, que dejaba en evidencia la falta de varios dientes. Iba embozado en un amplio tartán, de cuyos pliegues asomaba el brillante filo de una daga. Reconoció los colores al instante. Verde pálido, casi grisáceo, y negro. Los colores del clan MacArthur.

Jessica se estremeció, de pie en medio del claro. El viento helado de la noche, el miedo y la confusión estaban apoderándose de ella. Cruzó los brazos sobre su pecho con el propósito de conservar la temperatura corporal y la cordura. En su mente se agolpaban las imágenes como un collage de escenas superpuestas, caóticas y sin sentido. Codificarlas en esa telaraña de espejismo y realidad no iba a ser tarea fácil.

Era posible que tampoco sirviera de algo. No eran más que jirones imposibles de recomponer, vestigios de una vida anterior que no podría recuperar entre los restos de aquel naufragio.

«Me llamo Jessica Grant. Nací en Nueva York hace veintiséis años. Hoy salí a navegar, y una tormenta me arrastró a un abismo en el que solo existía oscuridad y silencio». Era todo lo que sabía y lo único que no podía contar a nadie.

Pero había vuelto de aquellas tinieblas y aquí estaba ahora, a merced de la violencia y superstición de aquellos extraños.

Por mucho que hubiera perdido la noción del tiempo, o la cabeza, algo iba muy mal. Teniendo en cuenta que lo peor que podría ocurrir era que la acusaran de brujería y la arrojasen a una hoguera, pensó que su mejor opción sería estar muerta y que eso fuese una especie de limbo irracional y paranoico.

Eso lo explicaría todo. Estaba evocando sus últimos recuerdos. Como el de aquel hombre moreno, cuyos ojos no habían dejado de perseguirla desde que inició su viaje. Ahora por fin la había encontrado.

Jessica vio que tenía las manos bañadas con su sangre. No sintió miedo ni repulsión.

Tenía la certeza de que él la había llamado a través de la bruma, que la había rescatado de aquel sueño tan parecido a la muerte en el que cayó cuando se hirió con su espada. Pero ¿despertar de una pesadilla para caer en otra peor? Si algo así era posible, vista su mala suerte, solo podía ocurrirle a ella. Al menos, se alegró de no haber dedicado a Víctor el último de sus pensamientos. No soportaría tener que pasar la eternidad reviviendo como un bucle todas sus mentiras.

—Mi señora, el capitán ha ordenado que me acompañéis —le dijo un hombre alto y apuesto, que se aproximó a ella con una expresión tranquilizadora en sus risueños ojos verdes.

Jessica tuvo que mirar hacia arriba para abarcar su estatura. Unos mechones tan rubios como los suyos se ondulaban sobre su camisa color azafrán. Al igual que los demás, llevaba un *plaid* de lana, que cruzaba sus marcados pectorales, sujeto a la cintura para luego caer casi hasta las rodillas. Sus piernas eran recias y firmes como dos columnas, y también iba armado con lo que supuso que era un puñal, por el mango de ébano que sobresalía de una de sus botas de cuero crudo.

El recién llegado intercambió unas palabras en gaélico con el pelirrojo guardián que la custodiaba. Este la miró una vez más con recelo y se marchó mascullando unos sonidos ininteligibles.

—Vuestras manos —exigió el rubio en tono urgente.

Jessica alzó la barbilla en un gesto desafiante y le mostró las muñecas, a la espera de ser maniatada. Empezaba a dudar que todo aquello fuera un simple delirio. Nunca podría tener una imaginación tan desbordante ni tan retorcida.

—No es un sueño... —susurró al ver de nuevo aquellas manchas ya secas y oscuras.

—No, mi señora. Pero, si lo fuera, yo mismo encadenaría el carro de la Aurora a los infiernos para que no amaneciera. Soy Dougall MacArthur de Querlane y estoy a vuestro servicio —le dijo con mirada apreciativa.

—Puede ahorrarse el cumplido. ¿Acaso no soy una prisionera? —se encaró Jessica sin bajar los brazos.

—Cabalgaréis conmigo —dijo el rubio eludiendo la pregunta—. Y ahora, apoyad el pie izquierdo y dadme vuestras manos —repitió con las cejas arqueadas al ver sus palmas extendidas—. ¿O preferís subir en este semental sin ayuda?

Sostenía con dificultad la brida de un caballo de guerra, negro como el azabache, que sacudía la testuz con brío y hacía ondear las crines sedosas y brillantes con un reflejo de azur sobre el musculoso cuello. Tenía una mancha blanca en forma de estrella en la frente. El lomo era casi tan alto como ella, y sobre él descansaba una silla de cuero ricamente labrada y tachonada de plata.

Jessica se cogió los codos, paralizada ante la inquietante perspectiva.

—Es hermoso —acertó a responder—. Pero gracias, creo que prefiero caminar. No sé montar y los caballos me aterran.

Dougall la evaluó con sorpresa y diversión a partes iguales.

—Perdonadme, pero no tenemos todo el día —dijo por fin, y agarrándola por la cintura la alzó en volandas sobre la grupa.

No tuvo tiempo de reaccionar. Un grito de protesta murió en su garganta cuando lo vio acomodarse en la montura delante de ella.

—Agarraos bien. No es una larga distancia, pero el camino es escarpado y esta noche hay luna negra. Además, Fitheach es el caballo de mi primo, y dudo que esté muy contento hasta que no consiga derribarnos.

Dougall hizo una ligera presión con sus rodillas y se pusieron en marcha. Jessica se aferró a él sin decir una palabra. No podía dejar de temblar. La menor de sus preocupaciones era caer al suelo y ser pateada por aquellos temibles cascos. Ni siquiera el suave calor que emanaba el cuerpo de esa especie de dios vikingo la confortó.

Los jinetes habían formado una columna y encabezaban la partida, avanzando con cautela entre los tojos y las aulagas que crecían dispersos sobre la ladera que conducía a la cresta de la colina. Los que iban a pie cerraban dos filas en la retaguardia en torno a un sencillo carro, tirado por un caballo pequeño pero robusto.

—¿Dónde está? —preguntó Jessica.

—¿Keillan? —adivinó Dougall al girarse y sorprender la dirección de su mirada—. Ahí solo va su espada, junto a las otras armas. Un *claymore* es demasiado grande y pesado para llevarlo en una vaina.

Keillan. Así se llamaba entonces. La clase de nombre que se podía esperar de un guerrero *highlander*, con su rotunda y mágica sonoridad celta. Pero saber que pertenecía a un hombre real, que sentía, sufría, que tal vez amaba y era amado, con un corazón, sangre y carne como los suyos, no la tranquilizó en absoluto.

Porque ahora estaba segura de que ese hombre era Keillan MacArthur de Tirivadich, que combatió en aquella misma orilla hacía exactamente 448 años de su tiempo. Al que pertenecía y al que debía regresar a toda costa. Tenía que encontrar la manera y, de algún modo que no lograba entender, sospechaba que aquella espada con sus extraños símbolos y su propietario eran la respuesta. Si lograba acercarse a él y esquivar el cerco que lo protegía, al menos, tendría una posibilidad.

—Tengo que verlo, ¿dónde está? —repitió Jessica con la voz más enérgica de que fue capaz.

Dougall tensó los músculos de sus hombros.

—Viaja en la misma carreta que iba a llevaros al lugar de vuestro último

descanso. Ahora es él quien lucha por su vida y, si en algo apreciáis la vuestra, os ruego que no insistáis más.

Jessica sintió cómo le ardía la cara de rabia y frustración. Por supuesto. Esos montañeses ignorantes y primitivos la tomaban por una bruja. Tampoco de Dougall, que la había tratado con cierta amabilidad, recibiría ningún tipo de ayuda.

No podía culparlos, dadas las circunstancias. Pero tampoco podía rendirse. Tendría que valerse por sí misma y trazar una línea de acción, representar un papel que la mantuviera a salvo mientras tanto.

Cinco siglos de diferencia deberían darle alguna ventaja. ¿Qué sabía ella de las Tierras Altas de Escocia? Rebuscó en su memoria toda la información que pudiera serle útil. Sus estudios en arte e historia eran una buena baza. Y también, contra todo pronóstico, el gran estante repleto de novelas románticas de su apartamento en Nueva York. A partir de ese momento, tenía que obligarse a hablar y actuar como uno de sus personajes si no quería que su plan fracasase antes de comenzar.

—¿También pensáis que soy la causa del daño de vuestro primo? —Excelente. Esta vez consiguió que su voz sonara dulce y aterciopelada, no como un graznido ansioso.

—Pienso que podríais condenar a un hombre con el hechizo de vuestra mirada —dijo Dougall riendo—. Pero no, mi señora. No es de mí de quien debéis preocuparos. Soy un hombre de armas, y me he enfrentado a la muerte demasiadas veces como para creer en otra cosa que no sea el poder de una espada. Lo que hoy le ha ocurrido a Keillan no tiene nada que ver con la magia.

—¿Por qué estáis tan seguro? —aventuró Jessica.

—Porque estaba a su lado el día en que casi le atraviesan el corazón. Conozco sus heridas, y son grandes. Y temo que no dejará de desafiar a la muerte porque no siente ningún deseo de cerrarlas. Si hoy se le escapa la vida por ellas, no será por vuestra culpa.

Jessica no esperaba esa clase de respuesta. Ignoraba qué podía atormentar a Keillan, aparte de la tragedia que había golpeado a su familia. Sin embargo, su dolor la traspasó como un grito en la niebla, abriéndose camino entre las débiles defensas que había levantado para protegerse.

—¿A dónde vamos? —preguntó, con la voluntad pendida de un hilo.

—A Broch Miadhail. Abandonad vuestros temores. Lady Janet os atenderá como corresponde a una dama del clan, y Angus no os molestará en tanto no os acerquéis a su cachorro, lo cual no puedo decir que me desagrade —declaró con énfasis seductor—. Pero os lo advierto —añadió, volviendo la cabeza para clavarle los ojos verdes esmeralda—, debéis contar la verdad sobre quién sois y cómo encontrasteis la espada. Mi primo Patrick sabrá si estáis mintiendo y, entonces, más os valdría no haber arribado nunca a estas tierras.

Jessica apoyó su frente contra la espalda del jinete. Cuando alzó la vista, un viento suave agitaba las ramas de los robles con una caricia. A través de ellas, distinguió la figura de una *crois cheilteach*, que se erguía majestuosa ante el alto adarve de piedra de Broch Miadhail.

«Puedo hacerlo. Es solo el principio. Puedo hacerlo».

IX

DE ACUERDOS Y MENTIRAS

La lluvia hizo su aparición cuando estaban a las puertas de la fortaleza, lanzando sobre ellos unas ráfagas violentas y punzantes como esquirlas de cristal.

Jessica revivió su anterior llegada como si fueran unos recuerdos ajenos, pertenecientes a una extraña que había dejado la estela de su pisada mucho tiempo atrás. El eco de tiempos pasados, aún por llegar, se le escapaba fugaz y difuso, igual que las ondas de una piedra arrojada al agua.

Caminaba sobre la misma tierra, pero todo era diferente. El bosque, con sus macizos robles seculares, destinados a desaparecer en favor de las jóvenes coníferas que ya avanzaban por la orilla opuesta, le parecía ahora mucho más feral. El sendero embarrado que había recorrido junto a Ian no terminaba, como antes, frente a un montón de rocas derruidas y abrojos. Y aquellos muros y torres, que hacía solo unas horas la habían saludado regios y luminosos como su estado de ánimo, no eran sino una oscura mole de roca fría que la contemplaba imperturbable a través del aguacero.

Se estremeció ante la evidencia de la realidad. Aunque algo no había cambiado. Estaba empapada y tiritando, como siempre.

—Os agitáis con tanta violencia que temo que encabritéis al caballo —dijo Dougall sin mirarla—. Y no puedo permitirlo. Keillan me aplastaría como al *porridge* si algo le ocurriera a Fitheach. —Rio con dudosa convicción, y acto

seguido se giró para izarla de nuevo como si fuera una pluma y sentarla delante de él.

Jessica respiró con dificultad. ¿Dónde había aterrizado? Y no se refería al hecho de tener las caderas rodeadas por unas piernas desnudas que eran todo músculo duro como el pedernal.

La imagen de aquel otro *highlander*, capaz de aplastar a este como fruta madura, le hizo tomar conciencia de la dificultad de su empresa y de su precaria situación. Y también preguntarse qué diablos comían estos superhombres.

Quizás por asociación de ideas, pensó en Abby. ¿Qué haría ella en su lugar para ganarse su confianza? Descartado. Abby era Abby, en ese siglo y en los venideros, y se relamería como un gatito después de zamparse un jugoso ratón. Aunque ese ratón midiese casi dos metros y pesase noventa kilos. Pero ella nunca había sido un felino, y no era diestra en ese juego en el que sin ninguna duda llevaría las de perder.

Con las mejillas encendidas por la posibilidad de que el rubio guerrero descubriese sus exaltados pensamientos, decidió morderse la lengua y pensar con rapidez al ver los pesados portones abrirse ante una orden emitida a gritos desde la vanguardia.

—Permitidme que os cubra con la capa de mi tartán. —Dougall la envolvió enseguida en el suave manto de lana—. Tenéis vuestros extraños ropajes pegados al cuerpo, y no pienso batirme contra todo el que ponga los ojos sobre vos. Los moradores de Broch Miadhail son más de un centenar — declaró con un falso suspiro que serpenteó alrededor de su cuello.

Jessica tuvo el presentimiento de que debía mantener una equilibrada distancia con Dougall si quería conseguir lo contrario con Keillan.

—No hace falta que matéis a nadie, y tampoco os he pedido que seáis mi defensor.

—Creedme, me necesitáis, y es mi privilegio. Os he librado de la furia de Angus.

Jessica maldijo su intuición. Tendría que estar alerta, no podía renunciar a un valioso aliado, pero tampoco alentarle si no quería verse atrapada en la vida de una vulgar cortesana, en el mejor de los casos. Sabía que bastaba con un simple desliz. Las Highlands escocesas, en el siglo XVI, no eran el lugar ni el momento más seguro para una mujer, y mucho menos si estaba sola y desarraigada como ella. Necesitaba una garantía según las costumbres de aquellas gentes. Un símbolo de poder y seguridad. Algo como una familia. Un clan. Recordó las palabras de Ian.

—Mi nombre es Jessica Grant. Las tierras de mis padres ocupan las dos orillas del lago Ness. No necesito vuestra protección.

Dougall se revolvió en su montura.

—Ahora estáis muy lejos de allí.

No volvió a dirigirse a ella. Recorrieron en silencio el resto del trayecto, y Jessica casi se sintió feliz cuando pasaron bajo las dovelas que formaban el arco de entrada. El patio central era un hervidero de actividad. Algunos soldados trataban de tranquilizar a sus caballos, que golpeaban el suelo empedrado nerviosos por la proximidad de la tormenta. Los mozos de cuadra y algunas mujeres corrían a su encuentro con antorchas en la mano que crepitaban bajo la lluvia. Otros, al abrigo de unas techumbres de brezo y una fogata, bebían de unos pequeños odres de cuero. A juzgar por las evidentes muestras de satisfacción y excitados gruñidos en gaélico, no debían de contener simple agua corriente. Algunas miradas curiosas los siguieron a medida que avanzaban hacia el interior. Pero no fue tan grave como esperaba. Los pocos rostros con que se cruzó tenían impresos una mezcla de escepticismo e indiferencia. Uno de ellos destacó sobre los demás. Habría distinguido su hosca expresión y la descuidada mata de pelo negro entre una multitud. Se trataba de Angus. Jessica estudió sus facciones, pero solo encontró las huellas del cansancio salpicadas por el agua.

—Lo siento, mi señora, pero necesito mi tartán. No puedo cubriros por más tiempo sin escandalizar estas nobles piedras —dijo Dougall, al tiempo que

retiraba el paño de sus hombros y desmontaba con un salto ágil.

De pronto se encontró sola a lomos del animal, y un grupo de hombres fijó su atención en ella con manifiesta lascivia.

Mientras observaba a Dougall sujetarse al pecho la tela de una sola pieza con un broche de plata, sopesó si debería buscar una respuesta ingeniosa o una vía de escape. Pero no llegaría muy lejos, de tener algún sitio a donde ir.

Él despejó sus dudas al instante al tomarla por la cintura y bajarla sin previo aviso. Parecía que no iba a desaprovechar ninguna oportunidad de ponerle las manos encima.

—Angus se acerca —le dijo inclinándose junto a su oído—. Como os he dicho, ayudaros sería un privilegio y no suelo hablar en vano. Decidme, ¿estáis dispuesta a confiar en mí, sin más quejas ni reproches?

Sus verdes pupilas tenían motas doradas. «Como un campo de trigo besado por el sol», pensó. A pocos pasos, los ojos de Angus eran oscuros e inciertos como aquella noche sin luna.

Jessica asintió con un leve movimiento de cabeza.

Dougall le sonrió y atrapó su mano para besarla, ante la atónita mirada de Angus.

—Estás aquí, viejo zorro —dijo Dougall—. Aunque esta vez tu olfato te ha jugado una mala pasada. La joven ha recobrado la memoria, y no es lo que pensabas.

—¿Y bien? —preguntó Angus sin mostrar ninguna emoción.

—Deja que te presente a lady Jessica MacArthur, una pariente lejana, de Loch Lomond. El resto lo sabrás a su debido tiempo.

—Puedes estar seguro de ello, Dougall. Ya veo que goza de plena salud. Nuestro *laird* se alegrará de que pueda comparecer ante él.

—No antes de que haya descansado. Yo mismo la llevaré. Pero cuidado, Angus. *Tha i mo leannan. Innsidh mi dha* —le dijo en un susurro, interponiéndose entre los dos.

Angus lo miró incrédulo. Luego hizo una ligera reverencia y aferró la

empuñadura de su espada.

—Os doy la bienvenida, lady Jessica. Creo que también os alegrará saber que Keillan sigue con vida. Y así será mientras haya algo de aliento en mí.

—¿Cómo está? —preguntó ella, tratando de controlar los nervios a punto de estallar.

—Ha perdido mucha sangre. Pero es fuerte, más que todos nosotros. Más que ninguna maldición.

—Suficiente, Angus —advirtió Dougall—. La dama está agotada. Déjanos un momento, y ahora subiré a ver a mi primo.

—No tardes, ha preguntado por ti —le contestó mirando a Jessica una vez más antes de marcharse.

La esperada tormenta desvió su curso hacia el Este, incapaz de superar la barrera de las montañas. Una fina llovizna, plácida y mansa, comenzó a caer sobre las lajas de piedra.

—¿Por qué habéis mentido? —preguntó Jessica—. ¿Por qué no habéis dicho mi verdadero nombre?

—Para protegeros, aunque ni siquiera agradezcáis el riesgo que estoy corriendo. Que todos corremos... —murmuró, con una sombra en su mirada de jade—. Vos sois protestante, y estáis a punto de entrar en una casa católica, cuyos inquilinos se ven obligados a profesar su fe tras sus gruesas paredes. Nunca deben saber que sois una Grant.

De modo que era eso. La Reforma Protestante de Escocia. Con su confesión, había tomado partido sin ser consciente de ello. En un tiempo en que estar de uno u otro lado podía significar la diferencia entre la vida y la muerte, se preguntó si debía dejar de hacer más preguntas cuyas respuestas quizás no querría conocer.

—Os equivocáis, estoy agradecida. No haré nada que pueda poneros en peligro, ni tampoco a ningún miembro de esta familia.

Dougall la observó pensativo.

—Ahora debéis actuar con cautela, no cometáis ningún error. Os llevaré

ante lady Janet. Solo tendréis que actuar un poco si la situación lo requiere, estoy seguro de que no os falta carácter —concluyó con una sonrisa.

Jessica comenzó a tener otra vez la impresión de estar viviendo un sueño dentro de otro sueño, una mentira dentro de otra, como una de esas *matryoshkas* o muñecas rusas que de niña tenía en su habitación.

Si todo era cuestión de carácter y cautela, había llegado el momento de dejar atrás su vida anterior. La nueva Jessica, lady Jessica MacArthur, no viviría con más dudas, miedo o arrepentimiento, por más que esta fuera una vida prestada.

X

ALEA IACTA EST

Al pie de las escaleras, Dougall interceptó a una sirvienta que llevaba apoyado en su regazo un cesto trenzado y le hizo una pregunta en gaélico.

La muchacha, vestida con una falda y corpiño de lanilla de color azul, miró a Jessica con unos ojos como platos, hizo un ademán de comprensión y, dejando su carga en el suelo, se puso a rebuscar en un arcón adosado a la pared.

Jessica vio que la cesta contenía una camisa desgarrada, manchada de sangre.

—*Seo a-nis, mo bantighearna*[1] —dijo la criada, ofreciéndole una especie de manta.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —preguntó Jessica.

—Es solo un *earasaid*, una prenda humilde, pero práctica. Al menos os cubrirá por completo —contestó Dougall, dirigiendo una mirada a sus ceñidas mallas—. Ya hay demasiadas explicaciones que dar por esta noche.

Jessica aceptó, intentando mostrarse aturdida. Acababa de cometer un error. El primero y el último, se prometió. Por suerte, su rubio protector había tomado por escrúpulos o vanidad lo que en realidad era ignorancia.

—Tenéis razón. Lo mejor es terminar cuanto antes, estoy exhausta —le contestó, mientras se embozaba en el largo manto verde oscuro que llegaba casi hasta los pies.

—Ahora parecéis uno de los nuestros —observó Dougall—. Solo espero que llevéis este tartán como garantía de vuestra sinceridad. Es el único pago que os pido si voy a mentir por vos.

Jessica hizo un gesto para mostrar su acuerdo y ascendió junto a él las escaleras que conducían al piso superior del ala oriental.

Los peldaños de piedra eran angostos y resbaladizos. Ya los había subido en otra ocasión, pero aquella vez estaban cubiertos con una tarima de roble. «Una reforma posterior», pensó, hecha por alguno de los sucesivos propietarios en un período más abundante y menos convulso.

Atravesaron un largo pasillo, cuyas paredes de estuco de un blanco amarillento estaban iluminadas por varias antorchas colocadas en soportes de hierro.

—Mi tía ya estará al tanto de vuestra llegada, dejad que hable yo primero. Contestad si se dirige a vos, pero, por Dios, no digáis la verdad.

Jessica podía palpar la tensión en las finas arrugas de su frente. Apretó los labios y esperó a que girase el tirador de bronce adornado con dos flores de lis.

Dougall abrió la puerta y se detuvo bajo el umbral. El resplandor de la chimenea se filtró a través de la tenue penumbra de la estancia.

—Adelante, primo. Te estaba esperando.

Patrick MacArthur estaba de pie delante de una gran mesa cubierta con un hermoso tapiz de brocado. Al fondo, se sentaba una dama de mediana edad.

Llevaba un vestido de rico terciopelo negro, rematado en el cuello por una delicada golilla de encaje blanco, y de su cintura colgaba un rosario de plata. Una cofia de viuda dejaba entrever el pelo castaño surcado por un grueso mechón gris. Sus facciones eran hermosas y delicadas, pero marcadas por la extenuación que suele causar el sufrimiento. Jessica supo por sus ojos enrojecidos que había estado llorando.

—Patrick —saludó Dougall—. Tía, me alegra veros de nuevo —dijo inclinando la cabeza—. Regresé a Querlane en contra de mi voluntad y muy

afligido por vos.

—Cuarenta días han pasado desde que perdí a mi esposo y a mis hijos, y todavía resuena en mis oídos el sonido de los cascos de sus caballos sobre esas piedras del patio donde los vi por última vez. Fue desde esta misma ventana —dijo la dama con un timbre sosegado, apartando la vista de los pequeños cristales verdosos unidos por filamentos de plomo—. Cuarenta días sin recibir el favor de la justicia ni el bálsamo de la venganza. Y, aun así, doy gracias a Nuestro Señor Misericordioso por no haberlo perdido todo.

—Madre, esta es la joven que hemos encontrado hoy en el lago —intervino Patrick incómodo.

— Lady Jessica. —Dougall la tomó de la mano—. Ella es mi tía, lady Janet MacArthur Campbell, viuda de Duncan MacArthur, señor de Tirivadich, y madre de Keillan y Patrick, el actual *laird* de Broch Miadhail.

Jessica dio un paso adelante y efectuó una reverencia lo mejor que pudo.

—Es un placer conocerlos. Debo agradecer al *laird* haberme invitado a venir —dijo mirando a Patrick con intención.

—¡Pobre muchacha! —exclamó lady Janet con un visible cambio de humor—. Estáis pálida y descompuesta. Mi hijo me ha dicho que casi perdéis hoy la vida, aunque hay quien afirma que la recuperasteis milagrosamente...

—Angus debería escuchar menos sermones y tener más juicio, en lugar de ir contando historias de comadres —declaró Dougall.

—Y tú deberías ser más prudente —le contestó Patrick—. Bien sabes que hay ciertas cosas que no se deben airear ante extraños.

— Lady Jessica es católica. Es una MacArthur de Loch Lomond. Por el momento, es lo único que recuerda —dijo Dougall escueto.

—Entonces, tampoco podrá explicar esto.

Patrick se apartó a un lado. La espada de Keillan estaba allí mismo, sobre la mesa, más real y auténtica que nunca.

Jessica decidió que era el momento de actuar. No iba a dejar que siguieran hablando de ella como si estuviera ausente. Respiró hondo y caminó hacia el

centro de la estancia.

—No puedo satisfacer toda vuestra curiosidad, pero sí deciros la verdad hasta donde soy capaz.

—Mi primo ha entendido mis palabras a la perfección —la interrumpió Dougall—. Nos os torturéis más, mi señora. No es necesario y no voy a permitirlo —dijo colocándose junto a ella.

—Deja que hable, Dougall —exigió Patrick—. En caso contrario, mañana a primera hora se le proveerá con los medios suficientes para que vuelva a Loch Lomond.

—Te digo que no voy a forzar su memoria —le contestó, arrastrando las palabras—. Ya veo que Angus no te lo ha dicho todo.

—Angus no me ha dicho nada, tú no dices nada y aun así quieres que lo acepte de buen grado... ¡Te recuerdo que fuiste tú quien arrancó a Keillan de las garras de esos asesinos! —estalló Patrick, con los nudillos transparentes por la fuerza de la presión—. No te engañes, Dougall. Sabes que no descansarán hasta destruirlo. Han enviado un mensaje de muerte, y tu dama es la única que puede darme la clave.

—Ella no va a darte nada, primo. Partiremos esta misma noche, si es lo que quieres.

—No lo haréis hasta que yo obtenga respuestas. ¡No voy a dejar que se me amenace en mis propias tierras!

—Tu obstinación determina la mía, entonces —dijo Dougall con voz helada—. Os suplico que me acompañéis, mi señora. Querlane os dará el refugio que aquí se os niega.

—¡Decidme quién os la entregó! —gritó Patrick, blandiendo el arma ante ella.

Jessica sintió las náuseas subiendo por la boca de su estómago. La tenía justo a su alcance. Quizás no tuviera otra ocasión como esta. ¿Se atrevería a tocarla de nuevo? Sin pensarlo más, posó sus dedos sobre la fría hoja, rozándola apenas. El aire se curvó entre ellos en ondas de calor, subiendo

como un remolino exterminador a través de su brazo.

Dougall la recogió antes de tocar el suelo.

—¿Es que quieres matarla? ¿Dónde está tu honor?

—¡Basta! ¡Los dos! —ordenó lady Janet poniéndose en pie—. Recuéstala aquí, sobrino —dijo señalando un sillón de terciopelo rojo—. Patrick, trae un poco de agua y aparta esa espada, ya ha causado suficiente daño —declaró con un halo de melancolía en sus ojos azules—. Después podéis marcharos.

Los dos hombres la miraron reacios, pero obedecieron. Patrick pasó por delante de Dougall, que se demoró junto a la puerta y pudo ver con alivio que Jessica había recuperado el color de sus mejillas. Pero eso también significaba que debería enfrentarse ella sola a su tía, y eso le preocupó tanto o más que si tuviese que hacerlo ante su primo.

—Puedes irte, sobrino, ya no es necesaria tu presencia —dijo lady Janet, mientras arrimaba una copa de plata a los labios de Jessica.

—Esperaré fuera —contestó él como una declaración de principios.

El frescor del líquido corrió por su garganta y la hizo toser. Un destello metálico reverberó en la negrura a través de sus largas pestañas. «Otra vez no», pensó Jessica aterrada.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó aquella mujer vestida de luto que sujetaba una cruz de plata.

«No, no me encuentro bien», le habría gustado gritar, en lugar de tener que contener las lágrimas. Estaba atrapada en el pasado, en una tierra extraña, lejos de todo lo que amaba y sin posibilidad de regresar. Había vuelto a caer en el vacío, a ser golpeada contra sí misma como un peso muerto e ingrátido. Pero esa horrible sensación se había interrumpido, igual que una máquina que sufre un cortocircuito porque carece de una pieza esencial. Tenía que descubrir cuál era, no podía permitir que la alejaran de aquel lugar. Si Patrick quería la verdad, ella se la daría. Pero jugaría con sus propias reglas.

— Lady Janet —dijo Jessica tomando el crucifijo en sus manos—, os juro por esta cruz que lo que ha dicho Dougall es cierto. Vengo de muy lejos y lo he

perdido todo por el camino. No sé por qué he llegado hasta aquí, pero no puedo volver a casa. Vuestro hijo menor se compadeció de mí y me salvó la vida. No soy ninguna espía.

—Os creo —afirmó la viuda—. Yo misma tuve que escapar de un destino cruel en mi juventud. Y aunque me rebelé y gané el derecho a la felicidad por un tiempo... no pude librar a mis hijos de él. Si mi propia sangre se ha vertido por ayudaros, no dejaré que sea en vano, ni que nadie os culpe por ello.

—¿Patrick? Creo que no me tiene en mucha estima...

—Me refiero a Keillan. Fue él quien me lo contó todo. Cualquiera que sea el peligro del que huis, es su deseo que permanezcáis bajo nuestra tutela.

El corazón de Jessica comenzó a palpar a un ritmo frenético. No solo había esquivado el desastre de ser enviada a Loch Lomond o a Querlane, sino que también contaba con dos nuevos apoyos, tan inesperados como poderosos. Patrick y Angus ya no se interpondrían en su camino, y ahora tenía una remota posibilidad de encontrar la forma de regresar.

—No sé cómo daros las gracias. Os prometo que no os causaré ninguna molestia mientras esté bajo vuestro techo —dijo Jessica con una punzada de remordimiento. Sabía que, si conseguía su propósito, sería traicionando la confianza de esta mujer generosa que había sufrido tanto.

—No me las deis a mí, sino a mi hijo. Mañana, después de la misa. Ha pedido veros. Pero antes, tenéis que prometerme una cosa —dijo enlazando sus manos con las de Jessica—. Su espada. Esta noche se guardará a buen recaudo. Jamás debe empuñarla, ni siquiera saber que ha aparecido. ¿Puedo confiar en vos?

—Podéis hacerlo —mintió Jessica, pensando que la suerte estaba echada y que, en aquel juego de dados, había perdido su primera apuesta.

—Entonces os doy la bienvenida de todo corazón, lady Jessica. Espero que seáis feliz en Broch Miadhail.

XI

LO VOLVERÍA A HACER

Un haz de luz que se filtró a través de la estrecha ventana bañó el rostro de Jessica con su roce tibio y luminoso, como los suaves dedos de un amante. No había dormido demasiado bien, y lo más probable era que hoy también llegase tarde al trabajo. Aunque no le importaba gran cosa, para lo que hacía allí...

Todavía amodorrada, extendió el brazo y palpó a su izquierda en busca del despertador. Lo que encontró fue un objeto de frío metal, cilíndrico y pesado. Abrió los ojos para descubrir que tenía en la mano un candelero de plata con una vela de auténtica cera virgen, amarilla y agotada, que la había alumbrado la noche anterior antes de caer desfallecida sobre el mullido colchón de plumas.

Con la claridad del nuevo día, los oscuros rincones y las sombras de la alcoba cobraron una nueva perspectiva. Las sábanas eran de fino hilo de Holanda, al igual que la *chémise* de dormir que llevaba puesta y, sobre ellas, había dos pesados *plaids* de lana con sendos cobertores de fustán y terciopelo azul oscuro. Observó las cortinas de seda de Damasco del mismo tono, anudadas a los sinuosos pilares de caoba de la cama, y el tapiz flamenco de Arrás, que reproducía el pasaje de la Anunciación y ocupaba la mayor parte de la pared opuesta. Sería imposible contar los colores de sus apretados hilos, ni tampoco el valor que alcanzaría en cualquier casa de subastas dentro de quinientos años.

A pesar del fuego que ardía en la chimenea de estilo gótico, la habitación le pareció fría e impersonal, como si no hubiese sido ocupada en mucho tiempo.

—¿Estáis ya despierta? —Una jovencita pelirroja y vivaracha entró sin pedir permiso, con una jofaina y un aguamanil de peltre en las manos.

Jessica reconoció a la sirvienta que la había guiado la noche anterior hasta su alcoba y le ofreció después un poco de queso, leche de cabra y unas galletas de avena tan duras que dejó sin tocar.

—¿Qué hora es? —quiso saber Jessica.

—El reloj del Gran Salón dice que son las seis, acaba de amanecer. Esta mañana brilla el sol como no lo hacía en mucho tiempo. Es un buen augurio..., pero debéis daros prisa, la misa es a las siete —dijo la bonita muchacha, mientras vertía un generoso chorro de agua.

—La misa... —pensó Jessica en voz alta.

Nunca había asistido a un rito católico. Como miembro de la Iglesia Presbiteriana de América, solo conocía la Cena del Señor, que se celebraba una vez al mes a lo sumo, o eso creía, ya que ni siquiera era practicante. Iba a ser todo un reto, pero no más de lo que le esperaba después: Keillan, quien, a buen seguro, la escrutaría con una sarta de preguntas tan penetrantes como su mirada.

Jessica escuchó quejarse a su estómago que, aun estrangulado por los nervios, pedía su dosis de cafeína matinal.

—¿Podría tomar un poco de café o té, por favor? —preguntó con expresión dolorida.

—Pero, mi señora, ¡no podéis tomar nada! ¿Es que en Loch Lomond no respetan el ayuno antes de la eucaristía? Aunque si os sentís enferma, es distinto... ¡Avisaré a lady Janet ahora mismo! —exclamó la criada, soltando la jofaina en el acto para salir corriendo.

—¡No! ¡Espera! ¡Estoy perfectamente! —gritó Jessica, dando un salto de la cama a modo de demostración.

—¿No queréis un té de raíz de genciana? Es amargo como la hiel de un

arenque, pero muy eficaz contra los cólicos.

—Me encuentro bien, de veras, no hace falta que molestes a tu señora.

—Ahora vos sois mi señora, lady Janet me ha encomendado a vuestro servicio. ¿Queréis que os ayude a vestiros? —La pelirroja señaló un baúl a los pies de la cama.

—Gracias, pero puedo hacerlo sola —dijo Jessica con firmeza.

La criada asintió decepcionada.

—Soy Elspeth. Podéis llamarme cuando me necesitéis. Por cierto —dijo girando sobre sus talones—, ¿qué cosa es «café»?

Jessica sintió que el alma se le caía a los pies. No había contado con que la aromática bebida podía no haber llegado todavía a Europa.

—No tiene importancia. Basta con que me digas qué tengo que ponerme.

La muchacha hizo una apresurada reverencia y la estudió con franco entusiasmo.

—¿Llevaréis un verdugado? Entonces hará falta una cofia francesa con velo. ¿O preferís un *breid caol*? No estáis casada, pero puede servir.

Jessica tragó saliva. Contempló el arcón y la puerta, preguntándose qué otras sorpresas la aguardaban tras los pesados goznes.

—Creo que sí voy a necesitarte. ¿Me ayudas a vestirme, por favor?

La capilla privada estaba ubicada en un extremo del ala Oeste. Era un recinto de medianas dimensiones, suficiente para albergar la totalidad de los ocupantes de la fortaleza, incluida la servidumbre. Las oscuras paredes, de piedra ordinaria y desnuda, recibían la luz de dos altos vitrales con escenas de la *Biblia* presididas por San Andrés.

Jessica caminó con Elspeth pegada a sus faldas por el estrecho pasillo que separaba a hombres y mujeres en grupos diferentes, consciente de ser el centro de atención. También sabía que el ceñido escote de su vestido de terciopelo aguamarina con bordados de plata no era el único motivo, ni tampoco los

voluptuosos rizos dorados que llegaban hasta su cintura, visibles bajo el finísimo velo de seda negra.

Lady Janet, de rodillas frente al altar, le hizo una seña para que ocupase un reclinatorio junto al suyo. Si Jessica, o alguno de los presentes que permanecían de pie tras ella, albergaba alguna duda sobre su posición en la casa, aquel gesto de deferencia la había despejado por completo.

El culto transcurrió con relativa normalidad para los estándares a los que se estaba habituando, a excepción de la constante vigilancia de Angus, la inesperada indiferencia de Patrick y la ausencia de Dougall.

La campanilla de plata que anuncia la consagración sonó tres veces. Jessica despertó del aturdimiento provocado por la monótona cadencia del latín, el incienso y la saturación de aromas florales mezclados con sudor corporal. No hubo cánticos ni himnos como en el rito protestante. Recibió la Sagrada Forma y se dejó llevar por una momentánea sensación de paz, hasta que el capellán pronunció el «*Ite, Missa est*», y lady Janet le dio un suave tirón del brazo para que se levantara.

—Espero que hayáis descansado bien —le dijo esta en tono afectuoso—, y que Elspeth os haya sido de ayuda.

—No sé qué habría hecho sin ella —contestó Jessica con más sinceridad de la que su protectora podía imaginar—. Os doy las gracias, y también por el vestido. Es precioso.

—Me complace que lo llevéis, si no os importa que sea mío... Dios solo me concedió hijos varones, pero su misma Providencia ha querido que pueda usarlo una muchacha gentil y agraciada como vos. Aunque el escote es demasiado pronunciado —añadió frunciendo el ceño—. Tendremos que arreglarlo, al igual que los demás.

Jessica hizo una pequeña reverencia para ocultar su rostro, pensando que tenía una idea muy distinta a la de lady Janet sobre cuántos vestidos iba a necesitar.

—No os ruboricéis, es lo menos que puedo hacer por una dama de vuestra

condición. Mi sobrino ya me ha explicado... Pero dejemos eso. Id a desayunar, yo me quedaré un rato aún.

Dougall. Con toda seguridad le había contado que era una rica heredera de Loch Lomond o algo parecido. La mentira es una planta trepadora que puede escalar el muro más alto y arraigar en lo más profundo. ¿A dónde la llevaría a ella? En cualquier caso, no podía permitirse echar raíces para tener que arrancarlas luego de cuajo.

—Me gustaría ver antes a Keillan, si no os importa.

Si a lady Janet le tomó por sorpresa su petición, no lo demostró.

—Como queráis, puedo dejar mis oraciones para después. Iré con vos.

Elsbeth, que había permanecido en la última fila con los demás sirvientes, llegó a tiempo de escuchar el diálogo.

—Yo la acompañaré, lady Janet.

—Está bien —contestó la dama tras una breve reflexión—. Conduce a tu señora hasta mi hijo, yo subiré después.

Lady Janet observó a Jessica a Jessica dirigirse hacia la puerta, captando a su paso la mirada de los hombres.

«Demasiado bonita», pensó. Después, se arrodilló ante una imagen de la Virgen, hizo la señal de la cruz y rezó implorando ayuda.

Jessica atravesó el corredor del piso principal con sentimientos encontrados. Oscilaba como un péndulo, desde el rencor más visceral, hasta otra clase de emoción que no conseguía definir.

—Esta es la alcoba de Keillan. Creo que Dougall está con él —dijo Elspeth, parada frente a la última puerta del largo pasillo.

—¿Dougall? No lo vi en la capilla.

—No ha venido a misa, subió antes de que empezara.

Jessica observó los enrevesados adornos del pomo de bronce.

—¿Harás algo por mí?

—Por supuesto —declaró la muchacha con vehemencia—. ¿Qué tengo que hacer?

Dougall se puso en pie cuando Jessica entró en la habitación.

— Lady Jessica, él es mi primo, Keillan MacArthur de Tirivadich, el que se obstina en burlar a la muerte para seguir afligiéndonos a los vivos con su testarudez.

Keillan estaba sentado con la espalda apoyada sobre los almohadones de una sencilla cama sin baldaquín ni cortinas, mirándola fijamente. Jessica apartó la vista para recorrer la estancia, que destilaba idéntica sobriedad. Un sillón con brazos y un escritorio de roble bajo la ventana, lleno de libros, papel, un tintero y varias plumas para escribir. Abandonado en una esquina, un instrumento de cuerda reposaba bocabajo, igual que un animal muerto, con la caja de resonancia abombada en forma de lágrima y veteada en madera de arce. El mástil de ébano se inclinaba en su extremo hacia arriba, implorante, como un Lázaro que espera la mano que le devolverá la vida. En la chimenea, vio los restos de un gran tronco del que ya solo quedaban las ascuas, y se sintió traspasada por un profundo abatimiento, hasta que se giró hacia él.

Tenía el torso desnudo excepto por el vendaje que le envolvía el musculoso pecho, sobre el que reposaba flexionado su brazo izquierdo, dejando a la vista unos poderosos bíceps. Lucía una incipiente barba y ya no llevaba el pelo largo como ella recordaba. Pero su mirada la traspasó con la misma intensidad del día anterior, ardiente como las llamas de una almenara a través la noche. Aquella luz la había guiado en esa ocasión, aunque también podría cegarla y estrellarla contra las rocas.

Dios. Era tan hermoso...

—Habéis venido —dijo Keillan ignorando la chanza de Dougall.

—¿Lo dudabais? —respondió Jessica—. Me salvasteis la vida, ¿qué clase de persona creéis que soy?

—No lo sé. Decídmelo vos.

Dougall la miró de soslayo. ¿Por qué estaba siendo tan brusca?

—Lady Jessica es católica, como nosotros —explicó este—. Huyó de Loch Lomond para escapar de un acuerdo matrimonial que no deseaba.

Ella dio un respingo. ¿Lo llevaba escrito en la frente?

—¿Estáis prometida? —preguntó Keillan.

—Creo que escabullirme en medio de la noche con un bote robado significa que no.

—Perdonadme —dijo él apretando los labios por el dolor al intentar incorporarse—. No pretendía turbaros ni ser indiscreto. De todos modos, ahora estáis a salvo.

Jessica lo dudaba mucho. Su voz le sonó a música, con una nota de melancolía que invitaba a ser consolada.

—Mi primo tiene razón —sentenció Dougall, al acecho como un ave de presa—. Siempre que os mantengáis lo bastante alejada. Ya sabéis que en Querlane tenéis las puertas abiertas.

Keillan consiguió levantarse y arqueó una ceja.

—Vives solo en Querlane, ¿qué clase de protección le podrías brindar?

—Una del todo honesta.

¿Qué demonios hacía Dougall?, pensó Jessica. Había empleado un tono demasiado firme y posesivo. Tenía que pararlo, pero Keillan se adelantó.

—No creo que sea necesario, ni lo más conveniente.

—En todo caso, dejemos decidir a la dama —lo retó el rubio.

Ella miró alternativamente a los dos hombres. Si querían una decisión por su parte, no los haría esperar más. Entonces sus ojos se cruzaron con los de Keillan.

—Lady Jessica ya ha aceptado la hospitalidad de la casa de Tirivadich —dijo este sin apartar la vista de ella.

—¿Es eso cierto? —preguntó Dougall.

Jessica se volvió hacia la puerta. ¿Cuánto iba a tardar esa chiquilla?

— Lady Janet es muy generosa —se limitó a contestar.

Por fin, Elspeth entró con las mejillas encendidas y sin resuello.

—¡Mi señor! ¡Vuestro caballo! ¡El necio de Bryden lo ha dejado escapar!

Dougall emitió un sonido gutural y se situó junto a la muchacha de una zancada.

—¿Por dónde ha huido?

—Creo que corría hacia el bosque, no estoy segura.

—Vendrás conmigo, tienes que indicarme el lugar exacto.

—Pero, mi señor, debo cambiar el vendaje de vuestro primo —protestó Elspeth sin demasiado empeño.

—Yo lo haré. —Jessica simuló un suspiro y cogió el pequeño cesto que llevaba la muchacha.

—Si yo fuera tú, no me quedaría ahí quieto como un pasmarote —intervino Keillan con una mueca malévola—. Seabhag no es tan veloz como Fitheach, pero está aún más endemoniado.

Dougall lo miró con una mezcla de furia y fastidio.

—Te dejo en buenas manos, primo. Procura que no tenga que arrepentirme y cortarte las tuyas. Mi señora —se despidió, tomando el borde de la amplia manga de su vestido para depositar un fugaz beso.

Jessica resopló incrédula y se dirigió a Keillan cuando fue capaz de reaccionar.

—¿Siempre os comportáis así? Actuáis como niños.

—La franqueza de los niños es proverbial. Y también sus mentiras, sobre todo cuando les interesa el mismo juguete o tienen algo que ocultar —le contestó clavándole sus ojos negros.

—¿Y yo soy ese juguete? —Jessica se sentó junto a él al filo de la cama y se dispuso a desenrollar una madeja de suaves tiras de lino.

—Mi padre me enseñó que es peligroso jugar con fuego —respondió Keillan, con una expresión indescifrable—. Pero también que a veces es necesario mentir. ¿Habéis mentido alguna vez?

—Solo cuando trato con mentirosos —dijo ella en un tono casual.

—¿Como vuestra pequeña sirvienta? —Sus labios se curvaron en una sonrisa capaz de derretir el hielo.

—¿Elsbeth? —Jessica estuvo a punto de tirar el canasto al suelo.

—Bryden partió hace dos días con cien cabezas de ganado para venderlas en la frontera.

—Quizás se haya equivocado... —argumentó mientras fingía que ordenaba las bandas de tela.

—Parecía muy segura.

—¿Me permitís? —concluyó ella, señalando el vendaje manchado de sangre.

—Por favor —susurró Keillan.

Jessica comenzó a retirar las vendas. Las manos le temblaban.

—Os he visto en mis sueños —dijo él de pronto.

—El efecto de la fiebre, seguramente.

—Entonces he tenido fiebre toda mi vida.

Simuló no haberlo oído. Intentó concentrarse, pensar en algo agradable, bello y suave. Como la piel que estaba acariciando. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. ¿Dónde podía esconderse? No daba crédito a lo que acababa de hacer.

—¿Tanto desagrado os causo, o es la visión de la sangre lo que no podéis soportar?

¿Estaba jugando con ella? Casi sentía haber despedido a Dougall. Al menos con él sabía lo que podía esperar.

—No os mováis o desharéis el nudo.

—Entonces tendríais que empezar de nuevo, Dougall se preguntaría por qué habéis tardado tanto y yo sería pasto de su cólera. Una tragedia digna de Sófocles.

—No tiene ningún derecho sobre mí —replicó Jessica.

Keillan aferró sus dedos y los encerró en su mano. Era una mano hermosa,

fuerte, masculina, capaz del poder más destructivo y también del roce más cálido. Ella vio que estaba surcada por pequeñas cicatrices recientes.

—No necesitáis explicarme nada, pero quiero que sepáis que siempre podréis acudir a mí. Ni yo mismo sé por qué, pero me siento responsable de vos desde que os vi por primera vez.

Toda la tensión acumulada cedió ante su voz, plácida y profunda como un sueño. Si lo miraba, no podría evitar las lágrimas.

—No sabéis lo ciertas que son vuestras palabras —murmuró, segura de que él no entendería el doble sentido.

—Tened por seguro que nunca miento —afirmó Keillan—. Hoy lo he hecho, y ya tengo remordimientos de conciencia. Aunque, sin duda, lo volvería a hacer.

—¿Y cuál es esa mentira tan terrible?

—Decirle a mi primo que, si estuviera en su lugar, saldría corriendo de vuestro lado.

No, Keillan no podía saber que estaba allí por un error, que lo culpaba por eso, y que haría cualquier cosa con tal de regresar.

Pero tampoco ella consiguió entender por qué durante un breve fragmento de tiempo, el mismo en que sus manos permanecieron unidas, le había importado tan poco.

XII

LA SALAMANDRA EN EL FUEGO

Jessica cogió el cesto de Elspeth, se excusó con una torpe despedida y salió de la habitación a toda prisa. «¡Al diablo!», dijo para sí, mientras huía hacia el piso inferior en busca de la muchacha. Apenas llegó al final de las escaleras, se encorvó sobre el pasamanos, boqueando igual que un pez fuera del agua.

«Felicidades, Jessica, eres una completa imbécil, ¿qué crees que estás haciendo, tan necesitada estás?». Si hubiese tenido las manos libres, se habría dado de bofetadas.

—Entonces soy vuestro humilde servidor —declaró una voz masculina a sus espaldas.

Dougall. Genial. Ahora incluso comenzaba a hablar sola. ¿Cuánto habría escuchado?

—¿Cómo os atrevéis? —le espetó ella a la cara.

El imponente guerrero dio un paso atrás al ver su expresión furibunda.

—Shhh... *Fèath nan cun*[2] —murmuró este después de lanzar un silbido.

—¿Y ahora me susurráis como si fuera un caballo?

—¿Algo va mal? —preguntó Dougall, volviendo la cabeza hacia la planta superior.

—Al contrario, todo está bien, ¡perfecto!

—Perfecto —repitió él, mirándola de hito en hito—. Por un momento creí

que mi primo os había hecho enojar. Keillan es todo un conquistador, espero que no se haya tomado demasiadas libertades... ¿Debo subir a aplicarle un castigo?

Jessica intentó responder, pero solo consiguió abrir la boca y cerrarla antes de que sus pensamientos tomaran de nuevo la delantera. ¿Estaba hablando en serio? ¡Si era ella la que casi se le había abalanzado encima! Después, recordó la forma en que la había mirado y sus dulces y elocuentes palabras.

«Sí. Es muy posible que esté hablando en serio, y yo he caído como una colegiala», pensó con mortificación.

—No temáis. No es él precisamente quien se toma libertades o hace ofrecimientos fuera de lugar —dijo Jessica, volcando en él todo su enfado.

—¿En qué os ofendido? Solo pretendo ayudaros.

Jessica le entregó el canasto con un empujón.

—¡Bien! Pues ya que estáis, ¡ocupaos vos mismo de Keillan y encontrad café!

Dougall se quedó parado como una estaca, mientras la veía alejarse con el vestido arremangado para poder caminar más aprisa. ¿Había dicho «joder»?

Arrojó el cesto al suelo y fue tras ella. Necesitaba un motivo que justificara encubrirla a costa de su palabra. Empezaría por lo que había ocurrido arriba y continuaría con el asunto de Seabhag. Bryden no había tenido nada que ver, y dudaba mucho que su primo fuese capaz de tal estratagema. Era demasiado noble y honesto, aunque esta vez le fastidiase reconocerlo.

Los centinelas la detuvieron en las puertas. Uno de ellos volvió la cabeza hacia el patio de armas y Dougall le indicó con un gesto que le permitiera salir. Jessica hizo una mueca impaciente y se dirigió al exterior ajena a su intervención. La siguió a través de la hilera de casuchas de piedra que se repartían por la explanada cercana a la fortaleza, abriéndose paso entre el

ir y venir de aldeanos que transportaban grandes cestos con cereales, productos de caza y ruidosas parvadas de gansos y gallinas. Un carro cargado de forraje para las caballerizas obligó a Jessica a apartarse del camino, y se coló en medio de una chiquillada que la enredó en un juego de risas y persecuciones. De pronto, una pequeña de unos seis años cayó ante sus pies, justo en un charco lleno de barro, lo que provocó la burla de los demás.

Dougall se paró en seco. Aquella belleza arisca se había arrodillado en el fango para rescatar a la niña, sin importarle embadurnar su costoso vestido.

La oyó consolarla con una voz arrulladora que lo envolvió en una calidez desconocida. Sería una buena madre, pensó. Él no había conocido a la suya, y se preguntó si estaría ahora a la deriva de haber tenido una como ella. «Una protección del todo honesta», le había dicho a su primo. El pasado aún pesaba sobre él, y esta mujer estaba revolviéndolo todo. Al fin, decidió que no lo habría convertido en mejor persona. Eran las caricias de una amante lo que él necesitaba, no las de una esposa.

Pero cuando Jessica se subió la falda y dejó expuestas sus hermosas piernas, echó a andar hacia ella con los puños apretados, fulminando con un gesto a un grupo de hombres que trataban de acercarse.

—¿Qué se supone que estáis haciendo? —le preguntó.

Ella lo miró sin entender.

—Intento cortar una tira de mi chèmise para sacar una venda, ¿es que no lo veis?

—Lo he visto yo y medio clan. No sé en el vuestro, pero aquí las damas no muestran sus encantos de forma tan pródiga.

—¿Tampoco muestran un poco de compasión? Entonces, prefiero no ser una dama.

Dougall quedó desarmado. Su expresión era inocente, casi ingenua, y advirtió las huellas del cansancio bajo sus ojos azules como la flor de la

salvia. Se quitó el jubón de cuero, lo dejó sobre una broza de ramas y hojarasca, y arrancó un trozo de su propia camisa con un tirón enérgico.

—¿Cómo te llamas? —dijo agachándose junto a la niña.

—Mary —contestó ella entre pucheros.

—Mary, tenéis nombre de reina, y una reina no se rinde a la primera dificultad. Además, vuestros vasallos os están observando...

Dougall se giró hacia el resto de mocosos que se agolpaban detrás de Jessica llenos de temor y admiración. Ella se cubrió y lo premió con una sonrisa que lo atrapó igual que una luciérnaga en una redoma de cristal.

—No soy una cobarde —dijo la niña. Los sollozos entrecortados le sonaron lejanos. Dougall consiguió desasirse de aquel encantamiento y bajó la cabeza para examinar la rodilla lastimada.

—Claro que no —afirmó él con un guiño—. Es solo una raspadura. La vendaré, pero habrá que lavarla después con un poco de *whisky*.

Cuando terminó, se levantó con la pequeña en brazos y la puso en pie con delicadeza.

—Mi señora, Dougall MacArthur de Querlane, a vuestro servicio —dijo después de hacer una estudiada reverencia.

Mary lo miró fascinada, imitó su gesto con gracia y cojeó orgullosa hasta sus compañeros, que la recibieron entre murmullos de asombro.

—Eso ha sido encantador —dijo Jessica, todavía sentada en el barro—. Algún día seréis un padre maravilloso.

Dougall le tendió la mano pensando que tal vez era una verdadera bruja.

Ella observó el vello dorado que suavizaba el aspecto curtido de la piel. Era muy parecida a la de Keillan, pero no presentaba ninguna herida, sino unas marcas antiguas de color nácar. Aceptó su ayuda, y Dougall tiró con un poderoso impulso que la hizo chocar contra su pecho. Jessica trastabilló y él la sostuvo por la cintura. Sintió sus dedos deslizarse sobre la seda y la sutil caricia de su aliento.

—Antes tendría que encontrar a la dama adecuada —replicó él,

manteniendo la presión.

Jessica dio un paso atrás para soltarse.

—Creo que primero deberíais encontrar vuestro caballo.

—Todo está en orden —le contestó bajando el brazo—. Pero os equivocáis respecto a mis prioridades.

—Puede, pero no soy la única.

Dougall entrecerró sus ojos verdes.

—¿Por qué lo decís?

—Os pedí que no os entrometierais, y habéis hecho que me sienta como una pieza de ganado en la feria. Quiero quedarme en Broch Miadhail, ¿está claro?

—Está bastante claro —le respondió. El recuerdo de una traición le alteró la voz y la conciencia.

—Ahora, si me disculpáis, iba a dar un paseo. —Jessica dio media vuelta y Dougall la cogió por el codo.

—También yo os pedí que me contaseis la verdad, y aún no lo habéis hecho.

—Me escapé para huir de mi prometido y no puedo volver, esa es la verdad —dijo ella con expresión cansada.

—Vamos, podéis hacerlo mejor.

—Dejadme ir.

—¿Por qué teníais la espada de mi primo?

—No lo sé, soltadme.

—¿Cómo llegasteis aquí?

—¡No lo sé! —gritó Jessica—. ¡No puedo recordar nada!

Dougall miró a su alrededor. Algunas mujeres que hilaban lana a las puertas de las casas dejaron el huso y lo observaron con reproche.

—Venid conmigo, estamos atrayendo demasiada atención —dijo liberándola.

—¿Y eso os preocupa? —preguntó Jessica—. Pues dejad que me marche o empezaré a gritar.

—Me preocupáis vos —declaró él con voz dura inclinándose sobre ella—.

Olvidáis que Angus os quiere lejos de Broch Miadhail, o quizás algo peor. Si os encuentra aquí fuera, ni lady Janet ni Keillan podrán protegeros. Lo siento, mi señora, me temo que solo contáis conmigo.

Ella volvió la cabeza hacia la línea suave del horizonte. No le serviría de nada gritar, pero tampoco llorar. Aunque hubiese encontrado el camino que llevaba al lago, no tenía ninguna garantía de hallar sus efectos personales. La mochila donde guardaba una foto de sus padres se había perdido para siempre, igual que la imagen de sus caras acabaría siendo barrida por el paso del tiempo.

Dougall extendió el brazo de nuevo.

—Por favor, confiad en mí.

Jessica pensó en Keillan. Él también le había pedido su confianza, pero recordó el estremecimiento irresistible de su contacto y juró que no se expondría otra vez. Le dio la mano a Dougall y dejó que la llevase de regreso a la fortaleza sin que le temblara el pulso lo más mínimo.

Elsbeth la recibió con su habitual entusiasmo. Cuando vio que venía con el señor de Querlane, se frotó las manos, ansiosa.

—Mi señora, os estaba buscando... —le dijo evitando mirarlo.

—Salí a dar un paseo, Dougall me encontró por casualidad —respondió Jessica.

Este hizo una mueca y besó su mano.

—Si bajáis esas escaleras, encontraréis las cocinas. La señora Muckairn os dará algo para comer. Debéis de estar desfallecida —añadió mientras le indicaba una pequeña puerta al fondo del vestíbulo.

—Gracias —contestó ella para zanjar la conversación—. Seguro que habrá algo útil que pueda hacer, no quiero apartaros de vuestros deberes.

Él trazó una media sonrisa. Jessica no sabía si de incredulidad o suspicacia. Cualquiera de las dos serían acertadas, porque no tenía ni idea de por dónde

iba a empezar.

—Estaré entrenando en el patio de armas, ahora os dejo al atento cuidado de vuestra doncella. —Elspeth palideció—. Que tengáis un buen día.

Jessica le deseó lo mismo y escondió las manos detrás de la espalda por si se le ocurría volver a besarlas. Nunca le gustó ese gesto. Lo consideraba un vestigio de sumisión femenina, y en las últimas veinticuatro horas lo había experimentado tantas veces que pensó que debería buscarse unos guantes. En su siglo, estaban reñidos con ese protocolo, aunque no estaba segura de que le sirviera de algo en este. En realidad, no estaba segura de nada.

Dougall se marchó por fin, y la joven pelirroja respiró aliviada.

—Me parece que tenemos un problema —declaró la muchacha con aire pensativo.

Jessica no tenía ánimos para preguntar, pero aun así lo hizo.

—¿Puedo saber cuál es?

—Hacía tiempo que no veía a mi señor interesarse por una dama, y vos lo habéis conseguido.

—Estás fantaseando, Elspeth, ya te he dicho que mi encuentro con Dougall ha sido fortuito, no hay ningún problema en absoluto. —Jessica se esforzó en creer sus propias palabras.

—No hablaba solo de Dougall, ese es el problema.

No quería saber más. Miró hacia la estrecha escalera que bajaba hasta el sótano. Podría refugiarse en las cocinas y no salir de allí hasta que diese con el paradero de la espada. Debió hacerse pasar por una simple sirvienta. Hacer la colada en agua hirviendo y restregar los suelos con sosa cáustica sería mucho más seguro que caminar entre el fuego cruzado de estos dos *highlanders*.

—No voy a escucharte, y espero que no vuelvas a sugerir nada por el estilo.

—Como queráis, lady Jessica, pero Keillan sí que os espera para la cena. Os ruega que lo acompañéis esta noche, y no podéis negaros, lady Janet está de acuerdo —replicó Elspeth con una risita.

Jessica se despidió de la muchacha y se adentró en el oscuro pasillo con el estómago encogido. Los escalones de piedra, que descendían en espiral, eran estrechos y resbaladizos. Agradeció que sus pequeños escaarpines de piel de ciervo provistos de una suela de corcho se pegasen al piso. No tenía nada a lo que asirse, aparte de las húmedas paredes que la cercaban en medio de las sombras. Había dejado atrás el resplandor de la última antorcha anclada al muro y podía caer en cualquier momento. Había dejado atrás tantas cosas...

Una tenue claridad que flotaba al final de la galería le dio aliento para seguir adelante, como ese extraño fulgor al fondo del túnel que suelen describir quienes regresan de la muerte. ¿Conseguiría ella recuperar su vida algún día?

Llegó a la sala con la pregunta latiendo en sus sienes. El aire impregnado de vapor de agua y humo de leña quemada era sofocante. Las escasas ventanas rectangulares cerca del techo no bastaban para ventilar la espaciosa sala, y Jessica sufrió un inoportuno acceso de tos.

Una mujer de aspecto robusto dejó de dar órdenes a tres criadas con los brazos hundidos hasta el codo en baldes de agua grasienta. Apartó las gotas de sudor que corrían bajo el cabello canoso y cubierto por un pañuelo blanco de muselina para clavarle una mirada hosca y aguda.

—¿Qué puedo hacer por vos, muchacha?

Las sirvientas la observaron expectantes.

—Soy lady Jessica, llegué ayer desde Loch Lomond —respondió ella sin dejarse intimidar.

—Y yo la señora Muckairn, ama de llaves y curandera de Broch Miadhail. Sé muy bien quién sois, ¿vais a decirme qué os trae a mis cocinas?

Magnífico. Tenía delante un hueso duro de roer. Pero ya contaba con suficientes enemigos y no le convenía indisponerse con la persona de más autoridad en la fortaleza después de los propios señores. Y lo más importante, la única que conocería todas las dependencias y podría permitirle el libre acceso a ellas, incluyendo el depósito de armas. Probó de nuevo.

—Lo siento, señora Muckairn —dijo con aire compungido—. Me preguntaba si ha sobrado algo de desayuno, estoy muerta de hambre.

La oronda cocinera murmuró algo en gaélico en un tono nada esperanzador, se giró hacia la enorme chimenea de piedra manchada de hollín, y removió el contenido de un caldero de cobre dispuesto sobre unos morillos de hierro que mantenían las brasas encendidas y la comida caliente. En menos de un minuto, Jessica estuvo servida con un burbujeante cuenco repleto del famoso *porridge* escocés. Se sentó en una sencilla banqueta y contempló la superficie grumosa. En el centro, una cuchara de asta permanecía tesa desafiando la fuerza de la gravedad. Intentó darse ánimos pensando que solo eran gachas, y alzó la vista para comprobar que la señora Muckairn la observaba con gesto imperioso mientras blandía un cucharón de madera en alto. Jessica tuvo la impresión de estar de vuelta en el parvulario. Comenzó a comer antes de que la atizara con el palo, pero sin demasiado entusiasmo, por temor a ser premiada con una ración doble.

—Así me gusta —declaró satisfecha la corpulenta mujer—. Elspeth me dijo que dejasteis la cena casi entera. Estáis demasiado delgada. Si no os alimentáis como es debido, lady Janet tendrá serias dificultades para encontraros un esposo.

Jessica notó cómo la avena quiso retroceder sobre sus pasos. Al ensueño inicial de descubrir que en este siglo no necesitaría contar calorías, le siguió la demoledora certeza de cuál iba a ser su destino. En el Renacimiento, los matrimonios eran acordados por los padres o tutores, y lady Jessica ostentaba ahora ese derecho, con la responsabilidad y cargas que conllevaba, como el pago de una dote. Al menos, no acabaría recluida en un convento. Tragó con dificultad. No iba a acabar recluida en ninguna parte.

Empujó hacia delante el cuenco vacío, se levantó y dio las gracias a la señora Muckairn por sus atenciones. Si se precipitaba, no conseguiría nada de ella, a no ser levantar inútiles sospechas.

Subió las escaleras sin saber a dónde se dirigía. Lady Janet había ordenado

esconder la espada en un lugar seguro, pero era posible que solo estuviese oculta junto a las demás. A veces, la opción más sencilla es la más probable, pensó, y no le costaría más esfuerzo que el espiar a los soldados cada mañana. Una chispa saltó en su cabeza al mismo tiempo que llegaba a la iluminada antesala. No tenía que esperar al día siguiente. Dougall se encontraba en ese momento en el patio de armas y, aunque la presencia de una dama de seguro no sería nada apropiada, intuía que él no pondría ninguna objeción, sino más bien al contrario. En el amor y en la guerra todo vale, se dijo a sí misma. Sobre todo, cuando se trata del amor al hogar, a la familia y a la propia identidad. Si tenía que utilizar a aquel gigante rubio, no lo iba a pensar dos veces. Justo como haría Abby.

El recuerdo de su amiga le arrancó una sonrisa, que se congeló al llegar al umbral de la puerta.

—¿Puedo saber el motivo de vuestra dicha? ¿Quizás es por la mejoría de Keillan? —Angus la atravesó con una mirada fría y acusadora.

—Dejadme pasar. —Jessica se sentía fuerte. Las cosas habían cambiado bastante desde la noche anterior.

—Si creéis que todo os está saliendo como planeáis, estáis equivocada. No conseguiréis embaucarlo, os iría mejor con Dougall.

—Apartaos de mi camino.

Angus tensó los labios y se movió apenas un paso. Jessica tuvo que deslizarse a través del pequeño espacio entre él y la pesada hoja cubierta con remaches de hierro. Sintió la aspereza de la madera contra su cuerpo, pero no se detuvo ni cedió un ápice.

Cuando el guerrero vio que ella alcanzó el patio, recogió un fino pañuelo de color aguamarina que había quedado enganchado en uno de los metales.

Dougall estaba de espaldas, sosteniendo con las dos manos un formidable *claymore*, atento al próximo ataque de su oponente, un hombretón pelirrojo

ataviado con una sencilla camisa de color azafrán y el tartán de los MacArthur. Un grupo de soldados, de la misma guisa, habían formado un amplio círculo a su alrededor y estudiaban cada movimiento en silencio. De pronto, Dougall hizo una señal con la mano para indicar una pausa y, quitándose acto seguido el recio jubón de cuero y la camisa, los arrojó sobre las lajas de piedra sin ningún miramiento.

Jessica lo contempló absorta. Tenía un aspecto salvaje e indómito, pero al mismo tiempo irradiaba una delicada belleza, con sus largos cabellos dorados agitados por la brisa sobre los imponentes músculos de los hombros. La amplia espalda describía una línea perfecta que descendía estrechándose con armonía hasta la cintura. La capa de su tartán le ocultaba las piernas, pero sabía que sus cuádriceps esperaban tensos bajo una aparente calma.

El murmullo de varios guerreros hizo que Dougall se girase en su dirección justo cuando el pelirrojo descargaba un golpe con su espada. La afilada hoja le rozó el brazo a la altura del codo, de donde comenzó a brotar la sangre de un rojo brillante y aparatoso.

—Lo siento, Dougall —dijo el soldado chasqueando la lengua—. Las mujeres no deberían asomar por aquí sus curiosas narices.

—No es nada, Alec —contestó él, mientras cubría la herida con la mano—. Seguid sin mí.

El sonido del acero contra el acero inundó el patio de nuevo. Jessica pensó que había echado raíces entre las pulidas piedras del patio.

—Ha sido por vuestra culpa —afirmó Dougall, parado frente a ella.

Jessica escudriñó sus ojos. Nunca sabía cuándo bromeaba o cuándo hablaba en serio.

—No era mi intención, lo lamento de veras.

—Ahora tendréis que curarme.

—La señora Muckairn lo haría mucho mejor.

—Puede, pero tiene un humor infernal. Además, ya contáis con cierta experiencia.

A Jessica no le pasó por alto la nota de ironía en su voz.

—Keillan, ¿verdad? —le preguntó irritada—. ¿Esto es alguna clase de competición? ¿Cómo va el tanteo?

—No sois justa.

—Lo siento, pero mi humor también deja mucho que desear.

La vio marcharse de nuevo hacia el interior de la fortaleza, pero esta vez no la siguió. Ya había encontrado la única respuesta que necesitaba. Dougall dejó de presionar el corte mientras Angus se aproximaba a él con un pañuelo de seda oculto en la mano.

Jessica huyó a su alcoba, se tumbó sobre el cobertor de terciopelo azul de la cama y contempló las curvas tornasoladas del baldaquín de Damasco, hasta que se hicieron borrosas y una palpitación detrás de sus ojos le anunció la llegada de una intensa migraña. Pronto, el más mínimo halo de luz sería insoportable y explotaría en millones de fragmentos que la atravesarían como la metralla. Ya no podía recurrir a sus cápsulas de triptán, que regulaban el flujo de serotonina a niveles suficientes para mantener la consciencia. Con algo de suerte, la oscuridad y el sueño servirían como sustitutos.

Se levantó para echar las cortinas y el aura de motas brillantes la transportó en un giro continuo como el carrusel de un parque de atracciones. Intentó asirse a las colgaduras, pero las anillas saltaron de una en una con un chasquido repetitivo y siniestro. Cayó al suelo hecha un ovillo y cerró los párpados. Antes de perder el sentido, pensó en Keillan. Cuando se apagaron las luces, lo último que vio fueron sus ojos.

El sol debía de haberse puesto hacía varias horas. A través de los cristales, la luna, que ya comenzaba a crecer, asomaba cerca de una estrella resplandeciente en medio del resto de los luceros, quizás extinguidos miles de

años atrás. Puede ser que ella también hubiese muerto hacía tiempo, igual que aquellas estrellas, y aún tuviese un largo camino por recorrer antes de desaparecer para siempre.

—Pero es tan brillante... —dijo en voz alta, girándose sobre su costado. El simple movimiento la aturdió.

—Si os referís al astro, se trata de Venus, aunque no es comparable a vos. Me alarmasteis, ¿cómo os encontráis?

Keillan la observaba de pie al otro lado de la cama. Tenía una expresión desconcertada y dulce que casi parecía tristeza. No era deseo y, si lo fuera, no había duda de que trataba de reprimirlo. Ese pensamiento la hirió más de lo que esperaba. Él también estaba herido y, sin embargo, había acudido junto a ella, seguramente alertado por Elspeth. La delgada camisa no conseguía ocultar el vendaje de su pecho.

—Se supone que soy yo quien tendría que hacer esa pregunta —le contestó ella en tono desabrido—. Esta mañana apenas podíais moveros.

—Tengo una naturaleza fuerte, no tenéis que preocuparos por mí. ¿Qué os pasó?

—Fue solo una migraña.

—¿Migraña? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Dolor de cabeza. Ya las padecía de niña, lo que no es muy común.

—Nada en vos es común en absoluto.

Jessica apartó la vista. Sintió que le faltaba el aire y decidió levantarse para abrir la ventana, cuyas cortinas habían sido colocadas de nuevo. Retiró hacia atrás el cobertor y descubrió que estaba vestida. Gracias a Dios, aunque la ajustada cotilla amenazaba con asfixiarla por completo. Caminó tres pasos y creyó que la diabólica prenda había ejecutado su propósito. Las piernas se negaron a sostenerla y tuvo que agarrarse a los pilares de la cama. Keillan dio un rodeo y llegó hasta ella.

—No debisteis incorporaros de esa manera. ¿Me permitís ayudaros?

—Dadme un momento —respondió Jessica, con la frente apoyada en uno de

los retorcidos postes de caoba.

—Os daría todo el tiempo del mundo. —Keillan puso su mano sobre la de ella y cubrió el espacio entre sus dedos con los suyos.

Su voz era un susurro, pero el tacto de su piel la impactó como una descarga eléctrica. El malestar desapareció de inmediato y abrió los ojos.

—Aunque no demasiado, o la cena se enfriará —bromeó él, enarcando una ceja hacia una mesa y dos robustos sillones que alguien había dispuesto cerca de la chimenea.

Jessica vio la fuente con tapa de plata, acompañada de dos copas del mismo metal y una botella llena de algún tipo de licor. El cristal esmerilado emitía iridiscencias multicolores bajo un gran candelabro de tres brazos. Igual que las facetas de un diamante, como el de su anillo de compromiso. Víctor se lo había entregado en otra cena a la luz de las velas. Un ceremonial de mentiras. Retiró la mano y Keillan aprovechó para atraparla en el aire.

—Venid, no os molestaré mucho. Tengo un hambre voraz. —Le dedicó una mueca traviesa y tiró de ella con suavidad, marchando delante sin soltarla—. Sentaos, enseguida encenderé el fuego.

Jessica lo obedeció. Keillan la retuvo un momento, hasta que por fin la liberó con un gesto taciturno. Luego cogió una varilla de madera de un cesto del suelo, la prendió en el candelabro y se acuclilló frente al hogar para introducirla bajo algunas ramitas colocadas junto a la leña.

Las llamas comenzaron a lamer los troncos lentamente y lo envolvieron en un cálido resplandor. También vestía un *kilt*, como la mayoría de los hombres que había visto hasta ese momento, como Dougall, si bien advirtió que la combinación de los hilos difería un poco de la de su primo. La postura dejaba sus poderosas piernas al descubierto y Jessica alzó la vista nerviosa, antes de que la sorprendiera observándolo. Entonces descubrió que era él quien la contemplaba con los brazos relajados sobre las rodillas desnudas.

—¿Os agrada? —preguntó Keillan.

—¿Queé...? —Jessica no podía sentirse más estúpida.

—El fuego. Dicen que si se mira con fijeza es posible distinguir las criaturas de su elemento, las salamandras, pero no es muy recomendable hacerlo.

—¿Por qué motivo?

—Porque entonces se adueñarían de tu alma y consumirían tu corazón con su yugo ardiente.

—¿Las habéis visto alguna vez? —preguntó Jessica como maniobra de distracción.

Keillan se levantó y clavó sus ojos en ella.

—Así lo creo. En este momento.

—Y yo creo que os burláis —le contestó vencida. Se puso en pie, cogió un afilado trinchete que había junto a la bandeja y retiró la tapadera. Era un asado de ave con guarnición de cebollas, que flotaba en una salsa espesa de color *cognac*—. Dijisteis que estabais hambriento. ¿Muslo o pechuga? —preguntó cuchillo en mano.

—Estáis temblando —dijo él—. Por favor, dejadme a mí, no quiero que ninguno de los dos salga malparado. Ni siquiera el faisán —concluyó con una sonrisa.

—Como queráis, pero no estoy temblando. —Jessica apartó la vista del gracioso hoyuelo de su mentón, puso el cubierto sobre el mantel de hilo blanco y se dejó caer en el asiento.

—Ni yo estaba mintiendo. Ya os dije que nunca lo hago.

—«Nunca» es decir demasiado —declaró ella cogiéndose los codos. El maldito asiento no tenía reposabrazos.

—No soy ningún santo. —Keillan comenzó a trinchar ayudado por una especie de tenedor con dos largas púas—. Pero mis pecados no han sido por falta de sinceridad, sino por soberbia.

—Eso sí lo puedo creer.

—Hacéis bien —le respondió, pidiéndole con un gesto que le alcanzara su plato.

Jessica lo miró confundida. Su expresión era lo opuesto a la vanidad.

—Todavía no os he dado las gracias.

—¿Por qué? Tal vez os pida algo a cambio. —Keillan se sentó y vertió el vino en las copas.

—Ya me previnieron contra vos —contestó Jessica.

—Me juzgáis mal, y también a Dougall. Él sí que miente de vez en cuando —afirmó él en tono jocoso.

—¿Qué queréis entonces? —resopló Jessica.

—Solo quiero saber por qué sufrís.

Ella se echó hacia atrás. El duro respaldo de madera tallada la frenó como una pared.

—¿Qué os importa si sufro, suponiendo que fuese cierto? No soy más que una desconocida que encontrasteis por casualidad.

—Traté de explicároslo esta mañana —dijo Keillan soltando el cuchillo—, pero huisteis de mí.

—No podía quedarme.

—Pero queríais hacerlo.

Touché. Jessica centró su atención en el ave de caza que reposaba en la fuente. También había sido libre antes de caer abatida por una flecha. Y la suya venía volando directamente hacia ella.

—No lo entendéis —le respondió levantándose de la mesa. El vino se volcó sobre el mantel y se expandió con una gran mancha roja.

Keillan tensó la mandíbula y fue a su encuentro.

—Entiendo que tenéis miedo, yo también lo tengo. Os tuve en mis brazos, sin vida, pero cuando tocasteis mi corazón, este se paró. Luego escuché vuestra voz en las sombras, y sé que también escuchasteis la mía. Sí que os conozco, mi señora, aunque no sepa nada de vos.

Jessica retorció la seda de su vestido. Solo tenía que levantar su mano una pulgada y encontraría la suya.

—No escuché nada —declaró mirándolo a los ojos.

—No podéis engañarme. Sois como un libro abierto.

Ella intentó imaginar su cara. «Bobalicona» no le pareció un término muy literario.

—Y vos un pésimo lector, deberíais practicar más.

—Mi hermano opina justo lo contrario, no lo repetáis en su presencia. — Keillan le sonrió y apoyó las manos en las caderas—. Hablo y escribo un perfecto francés, latín, griego y, por supuesto, inglés y gaélico. Ah —dijo inclinándose hacia ella—, también un poco de español e italiano.

—¿Algo más? —Jessica observó que su rostro se había iluminado al hablar de Patrick y lo alentó para entrar en una zona más segura.

—Mucho más. Si volvéis a la mesa, os mostraré mis virtudes sin ahorrar detalles.

—La modestia no es una de ellas. —Jessica sabía que era una vil mentira. El hombre que tenía delante carecía de cualquier rasgo de afectación o suficiencia. Desprendía una superioridad tan natural como fascinadora, y lo único cierto era que no se sentía con fuerzas para esquivarla ni estaba en una zona segura.

Keillan dejó de sonreír.

—Entonces sí que me conocéis.

Jessica creyó ver unas siluetas llameantes en el fondo de sus pupilas. Pensó en espíritus elementales que se adueñaban del corazón y consumían el alma. ¿O era al contrario?

—Lo siento, no tengo apetito y no deseo compañía.

—Mi compañía, querréis decir —le espetó él.

Ella notó que el fuego se apoderaba de sus mejillas, pero no lo dejaría avanzar.

—Podéis pensar lo que queráis, no me importa.

Keillan apretó los labios como si temiera decir algo más. Al fin, los curvó en una sonrisa que se convirtió en una simple mueca.

—Siento haberos importunado. Por favor, disfrutad de la cena.

Le dio la espalda y salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Jessica miró la mesa puesta para dos; Keillan le había servido una gran porción del delicioso asado, pero él apenas había llenado su plato. Se sentó en el lugar que había ocupado antes de marcharse, sopló sobre el candelabro y comenzó a comer sola, sin dejar de repetirse «estúpida, estúpida».

XIII

MO CHRIDHE

A la mañana siguiente, Jessica encontró sobre el arcón una camisa limpia, una falda y un corpiño de lana de color verde oscuro, y el *earasaid* que una criada le había entregado a su llegada. Elspeth debió de entrar antes de que despertase. Anudó las cintas delanteras del corpiño sobre la camisa, se puso la falda y los escaarpines de piel de ciervo que había dejado a los pies de la cama y desechó el enorme manto de tartán. Necesitaba respirar, salir de aquellos muros que tenían ojos y oídos, y estar sola, aunque fuese por un momento. Se refrescó la cara en el aguamanil y aplacó sus rizos con un sencillo peine de asta. Suficiente. Bajó a toda prisa las escaleras y atravesó el Gran Salón sin mirar hacia la enorme tabla dispuesta al fondo sobre caballetes ni a la docena de comensales que la observaron pasar como una exhalación. Por el rabillo del ojo vio a Patrick sentado junto a Angus. No iba a detenerse para saludar.

Cruzó el patio de armas repleto de soldados que ya se preparaban para el entrenamiento con las espadas, y llegó a la puerta principal. La presencia de dos guardias la frenaron en seco.

—*¿Càit a bheil thu a' dol, mo bantighearna?* —le preguntó un joven moreno, con una nota de preocupación.

—*'S urrainn dhomh a' dol còmhla riut...* —añadió el otro, de pelo rubio, entornando unos ojos azules como el mar. Aparte del color del cabello, eran

casi idénticos. «Hermanos mellizos», pensó Jessica, con la mente completamente en blanco. O aprendía pronto un gaélico básico, o su papel de noble dama de las Highlands tendría menos futuro que un helado en un horno.

—*Aye*—contestó con la mejor de sus sonrisas. Esperaba que aquellos dos le estuviesen preguntando si se disponía a salir, porque el único vocabulario al que podía echar mano de su bagaje literario era ese «sí».

El gesto de sorpresa y repentina felicidad del rubio centinela no presagió nada bueno.

—*¡Falbh bho mo bhean-ual!* —exclamó Elspeth, plantándose junto a Jessica con los brazos en jarras—. Niall, si sabes lo que te conviene, ahora mismo vas a quitarte de en medio y dejarnos pasar.

—No te enfades conmigo, pelirroja, tengo órdenes que cumplir.

Elspeth puso los ojos en blanco, agarró a Jessica por el codo y pasó delante de él ignorándolo por completo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Jessica en cuanto cruzaron el portón.

—¡Oh, señora! Sois demasiado confiada —contestó la muchacha sin aminorar el paso—. ¿Cómo se os ocurre aceptar? No sé cómo será en el lugar del que venís, pero aquí, si un hombre os propone acompañaros fuera a solas, no debéis fiaros. ¡Y de Niall menos que nadie!

—Tengo algo que confesarte —dijo Jessica con un nudo en la garganta, mientras intentaba seguir su ritmo—. No he entendido una sola palabra de lo que ha dicho.

— Lady Janet me habló de vuestra pérdida de memoria —se lamentó la muchacha moviendo la cabeza—, pero no imaginé que llegase a ese extremo. ¡Olvidar el gaélico!

Su proclamada amnesia. Aunque podía ser un medio para ocultar la verdad, también era un obstáculo para estar al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor. De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Crees que podrías enseñarme sin que los demás lo sepan? Puede que aún no lo hayan advertido, y ya me siento lo bastante observada y

compadecida.

—Será un placer ayudaros a recordar. No temáis, lady Jessica, os guardaré el secreto todo el tiempo que haga falta. Para empezar, también os he guardado vuestro desayuno —añadió, mostrándole un hato que colgaba de su brazo—. ¡No debéis correr por ahí sin nada en el estómago!

—Ya que lo mencionas, ¿dónde está el fuego?

—¿Fuego? No os entiendo...

—Quiero decir, ¿por qué estamos corriendo? —rectificó Jessica con un bufido.

Elsbeth se detuvo junto a la cruz de piedra que marcaba las lindes de Broch Miadhail.

—Tenéis razón cuando decís que sois observada. Creo que Angus os vigila. Lo vi levantarse de la mesa y salir después de vos. Por eso vine a avisaros. Además, todos se extrañan de que no hayáis asistido hoy a misa.

—¿Dónde está? —preguntó Jessica girándose hacia las murallas.

—Pude alcanzaros antes que él en el patio, pero aún no ha traspasado las puertas. Supongo que está hablando con Rodric y Niall.

Maravilloso. Además de una bruja, Angus la habría catalogado a esas alturas como una impúdica casquivana. No tardaría mucho en irle con el cuento a Keillan y, después de su desplante de la noche anterior, lo más seguro era que le creyese a pies juntillas. Comenzó a sentir una sorda opresión en el pecho. ¿No era eso lo que buscaba?

—Por favor, no estéis triste. Estoy segura de que todo se arreglará —la consoló Elspeth.

—No estoy triste, estoy furiosa.

La pelirroja asintió y soltó una risita malévola.

—Entonces hagamos que no seáis la única. Conozco un lugar donde Angus no podrá encontrarnos.

Se adentraron en el bosque que crecía a poca distancia hacia el Oeste. Después de cambiar varias veces de sentido, Elspeth la guio a través de un

estrecho sendero semioculto entre las hojas caducas que tapizaban el suelo mojado.

Cuando giraron por última vez junto a un enorme roble de ramas tortuosas y lánguidas, llegaron a un pequeño claro cubierto con flores de color púrpura y arbustos llenos de pequeñas bayas negruzcas. El sol se filtraba entre las altas copas de los rojos arces, y creaba una red de siluetas en las que flotaban minúsculas partículas doradas.

—Es mágico —afirmó Jessica sorprendida.

—Es el Claro de las Hadas. Muchos afirman que está embrujado, no todos se atreven a venir.

—¿Tú sí?

—Una amiga me enseñó a reconocer ciertas hierbas... —dijo Elspeth a modo de respuesta—. ¿Veis esas campanillas? Son rosas de Sharon, ayudan a cicatrizar las heridas. Es raro verlas en esta época del año, me parece que cogere unas cuantas. Desde que ocurrió todo, no había vuelto por aquí —concluyó, mordiéndose el labio inferior.

Elspeth caminó hacia el centro del prado, se sentó con la falda recogida entre las piernas y se dispuso a desatar los nudos del pequeño envoltorio. Jessica la imitó y tomó un trozo de pan de centeno que la joven le ofreció, untado con una miel ambarina y fragante.

—Debió de ser terrible —declaró Jessica con cautela—. Sobre todo, para lady Janet.

—Mi pobre señora.... Si no hubiese sido por Keillan, creo que habría perdido la razón.

—¿Qué pasó exactamente?

—Un pequeño de los MacVicar llegó dando gritos de alarma aquella mañana —explicó la muchacha con una voz neutra—. Había visto que Keillan luchaba solo contra un puñado de Campbells a orillas del lago. Su padre y sus hermanos acudieron en su ayuda. El resultado ya lo conocéis.

—¿Le tendieron una emboscada?

Elsbeth bajó la vista y negó con la cabeza. Cuando Jessica ya creía que no iba a contestar, comenzó a hablar con la mirada perdida entre los árboles.

—Rodric se cruzó con Keillan en los establos al amanecer. Cuando se percató de que trataba de ocultar su *claymore* bajo la montura de Fitheach, le preguntó a dónde iba, pero no le respondió. Dice que nunca olvidará el odio que había en sus ojos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jessica, sintiendo cómo se le erizaba la piel.

—Rodric cree que fue Keillan quien inició la contienda, y no deja de lamentarse por no haberlo detenido a tiempo.

Jessica sintió que el velo se había roto. El aire se hizo más frío, y un dolor que no le pertenecía se derramó por cada fibra de su ser como si fuera propio.

—Keillan tiene que estar sufriendo un remordimiento espantoso...

—Nadie sabe esto, lady Jessica. Antes me pedisteis que os guardara un secreto. ¿Haréis lo mismo ahora por mí?

—¿Por qué me lo has contado, Elspeth? Apenas me conoces, y quizás no deberías confiar en una extraña como yo.

—Sí que debería, me lo dice el corazón, y por eso os ruego que me ayudéis. He visto cómo os mira Keillan, y sé que él también confiará en vos. Sois la única que puede descubrir la verdad. Amo a Rodric —declaró con los ojos humedecidos—, y no puedo soportar verlo así. No imagino una tortura peor que el sentimiento de culpa. Decidme que me entendéis.

—Te entiendo muy bien —afirmó Jessica tomando su mano—, no llores, por favor. Te prometo que al menos lo intentaré.

—Gracias, lady Jessica —dijo Elspeth, entre risas y llanto—. Estoy en deuda con vos.

—Puedo decir lo mismo, estuviste de lo más convincente con Dougall —apuntó Jessica con un guiño—. Yo misma creí que su caballo ya estaría al otro lado del Ben Cruachan.

—No me extrañaría, porque corría como alma que lleva el diablo cuando lo

solté.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jessica poniéndose en pie—. ¡Me alegro de haberte pedido que le distrajeras nada más que cinco minutos!

—Si necesitáis otro favor, solo tenéis que decirlo —replicó la pelirroja con una sonrisa mientras se enjugaba las lágrimas.

—Sí, Elspeth, hay otra cosa. Mantente lejos de Dougall todo el tiempo que puedas. Mil años, por lo menos.

Desandaron el camino cuando el sol ya estaba alto. Unas pocas nubes, como girones de algodón, flotaban bajo el cielo de un azul immaculado y translúcido. Jessica aspiró el verde perfume de los brezales y el tomillo. El aire, con su carga de iones negativos, estaba repleto de ozono, como las playas de su niñez en Los Hamptons. Se dejó acariciar por la fresca brisa con los ojos cerrados, sabiendo que, cuando los abriese, aquellos recuerdos se disolverían como una fotografía sobreimpresionada.

Y la imagen resultante no era nada alentadora.

Angus cabalgaba en su dirección por la inclinada pendiente que bajaba desde la fortaleza, y no tenían ninguna posibilidad de escabullirse en aquel espacio abierto.

Al llegar hasta ellas, el jinete bajó del caballo y se aproximó con parsimonia llevándolo de las riendas.

—Es peligroso que vaguéis sola por el bosque. Podríais tener un encuentro desafortunado.

—Yo misma no lo habría expresado mejor —contestó Jessica desafiante.

—Lady Jessica no estaba vagando ni estaba sola —dijo Elspeth exaltada—, sino ayudándome a recoger estas plantas medicinales. Son para tu señor —añadió con una nota burlona.

Angus la miró como si hubiese dicho que la nieve es fría.

—En tal caso, será mejor no hacerlo esperar —respondió este levantando una ceja.

—Nada más lejos de nuestra intención. Démonos prisa, Elspeth, no tenemos

tiempo que perder —dijo Jessica sin disimular su desdén.

—Vos no, solo la muchacha.

Jessica recordó la advertencia de Dougall y tuvo que hacer acopio de valor para no mostrar su miedo.

—¿Qué queréis decir? ¿Creéis que podéis darme órdenes?

En lugar de contestar, Angus la tomó por el brazo y lo retorció hasta que Jessica no pudo contener las lágrimas a causa del dolor y la humillación.

—¡Suéltame, pedazo de cabrón ignorante!

El guerrero entrecerró sorprendido sus ojos oscuros, tan parecidos a los de Keillan, y mantuvo la presión con más ahínco.

—De modo que no estaba equivocado. Vuestra lengua me acaba de confirmar que no sois una dama. No me engañaréis como a Dougall —susurró entre dientes junto a su oído—. Es más, creo que me agradecerá haberle evitado el ridículo cuando acabe con vos.

Jessica sintió que le flaqueaban las fuerzas. Rodeada por aquellos brazos de hierro y la inminente sensación de peligro, se giró con gesto suplicante hacia Elspeth, inmóvil entre las flores desparramadas, y gritó:

—¡Corre!

Cuando llegaron al lago, sus lágrimas se habían secado dejando un reguero invisible de rabia. Quiso agarrarse a ella, pero había sido engullida por un monstruo diabólico y feroz. No le serviría de nada pedir auxilio. No había nadie para escucharla, salvo los sauces que agitaban sus ramas plateadas y las aves que se escondían en ellas para despedir con su canto las últimas luces del día.

—Desmontad —dijo Angus con urgencia.

Jessica dudó que las piernas le respondieran. Bajó del caballo sujetándose a la silla. Una roca se interpuso entre su tobillo y el suelo y se derrumbó lastimosamente con todo su peso sobre el pie.

—De nada os valdrán vuestras artimañas. ¡Levantaos! —gritó Angus.

—No lo haría, aunque pudiera —dijo Jessica con una mueca de sufrimiento—. Me habéis hecho daño y me habéis insultado. Antes mencionasteis a Dougall. Espero que sepáis lo que estáis haciendo.

—Alguien dejó escapar su caballo —señaló el moreno con gesto acusador—. Por mucho que lo hayáis embaucado, apostarí a mi espada a que no sois quien él dice.

Jessica se replegó sobre sí misma. No tenía una gran tolerancia al dolor y, si volvía a emplear la fuerza contra ella, estaba segura de que acabaría contándolo todo.

—Lady Janet y Keillan sabrán de esto —intentó de nuevo.

—No si nunca volvéis —dijo Angus en un tono que le heló la sangre—. Habéis traído con vos la desgracia y no voy a permitir que Keillan corra ningún riesgo esta vez. Marchaos como vinisteis, no os llevaréis nada. Usad aquel bote y no regreséis jamás.

Jessica miró con horror la solitaria embarcación que la esperaba en la orilla. Trató de pensar con rapidez.

—No sé de qué habláis, ni tengo nada que ver en vuestra guerra con los Campbell. Pero si eso es lo que os preocupa, os prometo que no deseo dañar a Keillan en ningún modo.

—Pero sí que deseabais quedaros con él a solas ayer, cuando despedisteis a vuestra doncella, y sabéis muy bien de lo que os hablo. ¿Por qué?

En ese momento, Jessica decidió que el alto guerrero no era tan estúpido como había creído al principio. Pero ¿cómo había conseguido averiguarlo?

—Podéis iros al infierno, ya que creéis que tengo poder para enviaros allí —dijo rendida, mientras masajeaba el tobillo que comenzaba a hincharse y a adquirir un color azulado.

De pronto, Angus la cogió por el talle con saña y le rasgó el corpiño.

Jessica se cubrió aterrada el pecho y trató de soltarse en vano. Al fin, no pudo más y estalló en sollozos y gritos histéricos.

—Hechicera, tentadora como el pecado y hermosa como una puesta de sol —murmuró él, clavándole los dedos en sus doloridos brazos—. Guarda tus encantos, bruja. No son para mí, ni tampoco para ningún hombre de mi clan.

—Quítale ahora mismo las manos de encima, Angus.

Jessica pensó, con los ojos anegados en lágrimas, que los espejismos no se limitaban al sentido de la vista. Pero al notar que ese bruto la había soltado en el acto, supo que aquella voz era muy real.

Keillan desmontó de Fitheach de un salto y avanzó directo hacia Angus.

—¿Qué significa esto? Habla, o te juro que no te librarás por mucha amistad que haya entre nosotros.

Jessica se fijó en sus ojos y evocó la imagen que le había descrito Elspeth. Si no era odio lo que había en ellos, se trataba de algo muy similar. Pero cuando él se volvió para dirigirle una mirada fugaz, la inundó una dulce sensación de consuelo.

—Es en nombre de esa amistad por lo que estoy aquí —respondió Angus sin ningún rastro de arrepentimiento—. Esta mujer solo nos traerá problemas, y sé que oculta algo.

—Y yo sé lo que he visto, y no son sus secretos lo que tratabas de descubrir. Apártate de ella y vete antes de que haga algo que pueda lamentar.

Angus no le contestó. Se dirigió hacia su caballo, montó con aire cansado y se inclinó para hablarle al pasar junto a él.

—No eres el único que ha caído en sus redes, aunque encontrarás que partes con desventaja. Cuando te hiele el corazón con sus engaños, no digas que no te advertí.

Jessica vio que Angus le entregaba algo antes de alejarse a todo galope. Keillan agachó la cabeza y permaneció inmóvil con los hombros tensos, dándole la espalda. Luego rebuscó en las alforjas de Fitheach, se giró con una pequeña manta de color pardo en las manos y echó a andar, evitando mirarla durante los pocos metros que los separaban.

—Cubrios —le pidió casi con violencia—. ¿Estáis bien?

—He estado mejor. Pero gracias por preguntar —contestó Jessica irritada. ¿Por qué le hablaba como si ella hubiese tenido la culpa?

—Elspeth dijo que Angus os lastimó —afirmó Keillan, con la voz impregnada de una distante indiferencia—. Tened por seguro que no volverá a ocurrir

—No deberíais haber venido —dijo ella, intentando mostrar la misma frialdad.

—Si lo decís porque hubieseis preferido a Dougall, lamento decepcionaros.

—No tenéis derecho a hablarme así. —Jessica no pudo evitar conmoverse. Su hermoso rostro aún seguía lívido por la pérdida de sangre.

—No, no lo tengo, pero él no está aquí, ¿verdad? ¿Debería haber dejado de acudir en vuestra ayuda? ¿Haberme quedado impasible porque el que tendría que defenderos está ausente? —Keillan se acercó a ella con los puños apretados y la obligó a retroceder contra el tronco de un roble.

—No os entiendo —dijo Jessica al borde del llanto—. Dougall no tiene ningún derecho sobre mí, ya os lo dije. Ni él ni nadie.

—Juradlo si podéis —la retó—. Sobre esta cruz. —Keillan abrió su jubón. El amuleto en forma de espiral pendía sobre el vendaje de su pecho—. ¿O acaso sois una bruja, tal y como dice Angus?

—¿Por qué me torturáis así? —preguntó Jessica, cada vez más vulnerable.

—Porque no puedo soportar la idea de que miréis a ningún otro de la forma en que me miráis ahora —dijo él con voz ronca—, ni que nadie os toque un solo cabello —añadió, acariciando uno de sus mechones dorados—. Y mucho menos que os hagan daño.

Jessica levantó la barbilla y se perdió en sus ojos, profundos y brillantes como el ónice.

—¿Y si Angus tiene razón? ¿Y si soy una hechicera, una espía o una mentirosa?

Keillan la contempló un instante, abrió la boca como si fuera a contestar, pero su cuerpo respondió por él. Tomó la cara de Jessica entre sus manos y

poseyó sus labios con una furia que avanzó fuera de control igual que un incendio en el fondo del bosque, demandando más con cada caricia, con cada contacto de sus dedos sobre su piel.

Besó su cuello, desde la suave curva de la nuca, hasta el delicado lóbulo del oído. Buscó frenético un espacio que no hubiese conquistado y, cuando llegó a la sutil oquedad de la clavícula, se hundió en ella, enloquecido por el preludio que prometía. Sus torsos estaban unidos sin una barrera que los separase, fundidos como dos metales preciosos en un crisol. Se abrasaron en su fuego y ardieron sin consumirse hasta que el sol se hundió en las profundas aguas del lago.

Keillan se detuvo, sin aliento, y la encerró con sus fuertes brazos en una prisión de la que Jessica no podía ni quería escapar. Ella escuchó su voz, susurrante como las olas del océano.

—Correré el riesgo, *mo chridhe*[3]. *Os he esperado largo tiempo, y no estoy dispuesto a perderos.*

Cuando Jessica se enfrentó a su mirada, cálida y posesiva, ya había olvidado cuál fue su pregunta.

XIV

EL PRECIO DE UN BESO

El delgado filo de la luna creciente ya era visible por encima de los reflejos del crepúsculo. Jessica calculó que apenas habían pasado unas pocas horas desde el mediodía y, sin embargo, muchas cosas habían cambiado desde entonces.

La oscuridad de la noche ya no le parecía tan amenazadora. El cielo estaba plagado de estrellas y los sólidos muros de Broch Miadhail brillaban con destellos de plata, como si fuera el castillo encantado de un cuento.

Pero no estaba dentro de una historia de hadas. Jessica se replegó contra Keillan, envuelta en la capa de su tartán. El calor de su cuerpo no era una fantasía, y tampoco lo eran sus besos y sus caricias. No era un príncipe de ensueño que ella pudiera convocar a su antojo, con solo abrir y cerrar las tapas de un libro. Y ahora estaba jugando con sus sentimientos, porque su deseo de regresar seguía tan firme como siempre.

Ya habían transcurrido cuarenta y ocho horas, suficientes para que la policía de Nueva York emitiera una orden de búsqueda a través de Interpol. No podía quitarse de la cabeza la angustia que estarían sufriendo sus padres. ¿Qué fotografía suya habrían entregado a los detectives? Seguramente, la de su último cumpleaños, en la que aparecía con un jersey de lana azul tejido por su madre. Sarah la había enmarcado para colocarla sobre la chimenea. Ahora estaría colgada en el tablón de anuncios de cualquier comisaría, como uno de

tantos carteles de personas desaparecidas.

Jessica pensó en lo que Dougall le había dicho sobre su primo: Keillan era todo un conquistador.

¿Y si fuese él quien estaba jugando con ella? Casi sería lo mejor, le dijo su mente racional. Solo tendría que andar con cuidado. No había viajado quinientos años para perder la virginidad en un remoto rincón de las Highlands a manos de un depredador.

Pero en el fondo de su corazón, sabía que no era cierto. Y esa certeza que la había transportado al séptimo cielo, también la precipitaría al infierno si no hacía nada para evitarlo.

Keillan tomó las riendas con una sola mano y la abrazó con la otra por la cintura al notar cómo temblaba. Desde su altura, se inclinó para darle un prolongado beso sobre su cabello.

—Hemos llegado a casa, mi señora. Enseguida ordenaré que os preparen un baño caliente. Os prometo que os compensaré por lo que ha ocurrido hoy.

«A casa», repitió Jessica para sí. Qué hermosas sonaban esas simples palabras pronunciadas por sus labios. Esto le iba a resultar más difícil de lo que había imaginado.

—No fue vuestra culpa —alegó ella, sin poder decir nada más.

—Tenía que haberme dado cuenta de las intenciones de Angus. Pero en mi defensa diré que mis sentidos estaban en otra parte —dijo Keillan, entrelazando sus dedos con los de Jessica.

—Estabais enfermo...

—Me temo que mi enfermedad es incurable —declaró él riendo—. Solo hallaré la cura si me hacéis una promesa.

Jessica se alegró de que no pudiera verla palidecer.

—¿Qué clase de promesa?

—Una muy sencilla de cumplir. Que no volváis a separaros más de mí. Quiero teneros siempre donde mi vista os alcance.

Keillan buscó el cuello de Jessica y lo acarició con sus labios.

—Miradme —exigió—. ¿Lo haréis?

—Lo intentaré... —balbuceó ella hipnotizada por su cercanía, que él aprovechó para robarle un beso.

—Angus tenía razón —sentenció Keillan con voz grave.

—¿De qué habláis? —preguntó Jessica inquieta.

—Sois una hechicera redomada. —Sus brazos la estrecharon con firmeza—.

Ya comienzo a sentirme mucho mejor.

Jessica se acurrucó de nuevo contra él. Realmente, el infierno no era un lugar tan terrible.

Angus los estaba esperando de pie junto a la enorme chimenea del Gran Salón. Para su sorpresa, se dirigió a ella con una solemne reverencia.

—Mi señora.

—¿Qué ocurre, Angus? —preguntó Keillan sin rodeos.

—Es lady Janet. Ha sufrido una indisposición. Está en sus aposentos y quiere verte.

—¿Es grave?

—Parece que es su corazón. Lo lamento.

—Id con ella —dijo Jessica al ver la expresión alterada de Keillan—. Buscaré a Elspeth, debe de estar muy preocupada.

Él tomó su mano y la apretó sobre su boca.

—Quedaos en vuestra alcoba. Luego iré a buscaros —le dijo, mientras dirigía una mirada de advertencia al otro hombre.

Lo observó subir las escaleras como si tuviese alas en los pies, hasta que desapareció entre las débiles luces del piso superior.

—Lady Jessica —la llamó Angus cuando ella le dio la espalda—. Siento lo de vuestro corpiño. No pretendía romperlo, me temo que no medí bien mi fuerza.

Ella se giró y le lanzó una mirada acusadora.

—¿Tampoco queríais romper mi brazo? Pues casi lo lográis. Pero tenéis razón, no habéis medido bien vuestras fuerzas. Espero que no os sintáis frustrado, porque no vais a conseguir lo queréis —le espetó antes de darse media vuelta y dejarlo allí plantado.

—No, mi señora. No me siento en absoluto frustrado —masculló Angus, mientras se servía una copa de vino y la alzaba en su dirección.

—¿Elspeth! No puedo dar un paso más, ¿puedes ayudarme, por favor? —preguntó Jessica, al ver a través de la puerta entreabierta que un agradable fuego ardía en la chimenea.

—Tendréis que conformaros conmigo —declaró Dougall, tomándola en brazos sin darle tiempo a protestar—. ¿Estáis herida o solo exhausta?

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —Se quejó Jessica golpeándole el pecho—. ¡Soltadme enseguida! ¿Y quién os ha dado permiso para entrar aquí?

—Vuestra doncella está algo descuidada últimamente. Parece que ha tomado por costumbre dejar las puertas abiertas.

—Gracias por la observación, hablaré con ella y, ahora, soltadme de una maldita vez.

—Si me lo pedís con esa dulzura, os complaceré —replicó Dougall, dejándola caer a plomo sobre la cama.

—¡Sois un bruto! ¿Qué demonios ocurre con los hombres aquí?

—¿Habláis en serio? —Dougall comenzó a pasear arriba y abajo como una fiera enjaulada—. ¿Todos los MacArthur somos unos animales? Basta de disimulos, mi señora. Sé a ciencia cierta que no opináis de todos por igual.

—¡Mi opinión no es cosa vuestra! —gritó Jessica furiosa—. ¡No me obliguéis a hablaros más claro!

—¡Lo es! ¡Desde el preciso momento en que mentí a mi familia por vos! —bramó él, más alto aún—. Me lo prometisteis —dijo retomando el control—. Me prometisteis que seríais sincera y que confiaríais en mí.

—Y confío en vos —contestó ella mirándolo a los ojos.

—¿Y de qué sirve que lo afirméis, si en cuanto me doy la vuelta arrojáis mi confianza en el lodo y retozáis con Keillan como una perra en celo?

—¿Qué habéis dicho?! Sois... sois un... —Jessica se mordió los nudillos, pero el dolor no la ayudó a contener las lágrimas, que se convirtieron primero en sollozos, y luego en un llanto desconsolado que trató de ahogar sobre la almohada.

Dougall se mesó los cabellos y levantó la cabeza, como si la respuesta a sus males estuviese escrita en el techo.

—Perdonadme —le susurró—. ¿Es que no os dais cuenta? Keillan nunca os desposará, sois protestante. ¿Cuánto tiempo podréis mantener el engaño? Y creedme que lo averiguará. Cuando sepa que le habéis mentido, ya no seréis bien recibida en esta casa. Ni siquiera lady Janet os aceptará. Y en el caso de que os perdonase, ¿os conformaréis con ser solo su amante? Yo... no puedo dejar que eso ocurra. Me importáis demasiado. Ahora ya lo sabéis.

Jessica levantó la cabeza y le miró con desesperación.

—No deseo casarme con él, no puedo y no voy a hacerlo.

—¡Por Dios Todopoderoso! —Dougall se envaró como si lo hubiese mordido una serpiente—. Os aseguro que no os entiendo. ¡Debería alejarme de vos y vivir en paz como lo había hecho hasta ahora!

—¡Hacedlo, nada os lo impide! —gritó Jessica sin dejar de llorar.

—¿Y qué sería de vos? ¿Volveríais a casa?

—No puedo... —repitió ella con un hilo de voz.

—Decidme por qué, me lo debéis.

—¡No puedo volver! Esa es la única verdad, tanto si os gusta como si no. —Jessica cruzó el *plaid* de Keillan sobre su pecho para ocultar el corpiño rasgado, agachó la cabeza y comenzó a acunarse entre sollozos igual que una niña.

Dougall se quedó paralizado observándola. De pronto hizo un gesto resuelto y se arrodilló junto a ella.

—Al diablo, Keillan no merece que derramáis por él estas lágrimas —dijo deslizándolas entre las yemas de sus dedos—. Pero para mí son preciosas. Casaos conmigo, y os juro que no dejaré que nadie os desprecie. Soy el señor de mis propias tierras, y en Querlane seréis más que una reina. Dejadme haceros feliz. Aquí no hay nada para vos.

Jessica sorbió por la nariz. ¿Cómo había llegado a esto?

—¿Ha sido Angus? Creí que me espiaba por orden del *laird*. ¿También lo tenéis a sueldo?

—Aún no lo entendéis. —Dougall le sonrió con amargura—. Estas colinas han bebido ya demasiada sangre, y no podemos bajar la guardia si queremos sobrevivir. Nuestro clan posee todas las tierras al Oeste de Argyll y somos católicos en un tiempo en que es un crimen serlo. Si los Campbell pudiesen probarlo, nos despojarían de todo lo que amamos y sería nuestro fin. Yo no os juzgaré, Jessica. Pero tampoco juzguéis vos a mi familia. Hemos perdido lo suficiente para ganarnos ese derecho.

Jessica cerró los ojos. Ella mejor que nadie debería entenderlo. Una espada manchada con sangre había subsistido a través de los siglos, testigo de aquel horror. Había creído que podía mantenerse al margen, contemplar la vida de los otros como un ser superior. Qué importaba lo que ocurriera, si en quinientos años todo se convertiría en polvo.

Entonces comprendió que era un peón más a merced del destino, y que también ella desaparecería en el olvido. Qué importaba otra mentira, si nada habría de perdurar, salvo las verdes colinas y los azules lagos de estas tierras.

Una mentira más y sería libre para volver a su tiempo sin que nada se lo impidiese. Y mucho menos algo de lo que ni siquiera estaba segura. Sus propios sentimientos o los de Keillan.

Jessica observó a Dougall a través de su mirada empañada. Sus pupilas tenían el color diáfano e intenso de aquellas praderas después de la lluvia.

—Me casaré con vos, pero tengo una condición. Esperad a que pase el invierno y lady Janet se recupere del todo. Mientras tanto, permaneceré a su

lado.

—Se hará como deseáis —dijo él apresando su mano—, confío en vuestra promesa, pero recordad que solo debéis confiar en mí.

—¿Puedo ser el primero en felicitaros?

Keillan estaba parado bajo el umbral de la puerta, con los ojos clavados en Jessica igual que dos puñales de hielo.

—Espero, primo, que no te importe si beso a la virginal novia.

Dougall se puso en pie y fue a su encuentro.

—No voy a negarme, Keillan, porque será la última vez que la toques.

—Puedes estar seguro de ello —afirmó este, volviéndose hacia ella—. ¿Me concedéis el honor, lady Jessica?

Jessica sintió un dolor físico al percibir el frío de su mirada. Luchó contra un sentimiento de vacío al reconocer que ni siquiera recibiría su odio. Había aspirado a la nada, y ahora tenía su premio. Hizo un breve gesto de asentimiento y Keillan se acercó con gesto inexpresivo. Se sentó en el borde de la cama y le apartó un mechón de cabello húmedo. La besó con una ternura infinita, pero tan breve que, cuando Keillan se retiró, ella aún permanecía con los ojos entornados y la boca sedienta, como un náufrago que apura las últimas gotas de agua. Él cogió su mano en un rápido movimiento. Jessica notó la presencia de un pequeño objeto. Keillan se inclinó sobre su cuello y le susurró al oído con una voz átona:

—*Tha mo chridhe briste*[4]. *Aceptad esto, en pago por vuestros servicios.*

Jessica emitió un sonido ahogado y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

Keillan cerró los ojos al recibir el golpe. Se levantó y ya no volvió a mirarla.

—*Que seas muy feliz, primo* —dijo dirigiéndose a Dougall—. *Realmente, vale su precio.*

Jessica lo vio salir, pensando que se había llevado todas sus lágrimas con él. Abrió su mano para descubrir el sencillo amuleto que representaba el símbolo del triskelion y lo aferró entre sus dedos. Aún tenía huellas de su

sangre.

XV

LACHRIMAE

Jessica estaba sentada en la tina de cobre abrazando sus rodillas. Sus pensamientos flotaban a la deriva, chocando unos con otros igual que las hojas de tomillo y lavanda sobre el agua humeante.

—¿Dais vuestro permiso? —preguntó Elspeth desde la puerta.

Jessica barrió con la mano el puñado de hierbas aromáticas y le indicó con una sonrisa que entrara.

—Disculpadme, lady Jessica. Han llegado invitados, y nunca hay manos suficientes para preparar las alcobas. No sabía que habíais pedido un baño —añadió subiéndose las mangas hasta el codo.

—No fui yo, sino Keillan —dijo Jessica con voz monocorde.

—Oh, ¡es tan galante! —exclamó la joven con expresión soñadora—. No es extraño que siempre tenga un enjambre de muchachas a su alrededor.

—No lo dudo. Ya había oído hablar de su fama de seductor.

—Quizás antes lo fue —afirmó Elspeth, sorprendida por el tono de su señora—. Sufrió un desengaño terrible, hasta el punto de hacerlo marchar a Francia para luchar como mercenario. Cuando regresó, ya no era el mismo —concluyó, mientras frotaba en sus manos una pastilla de jabón con olor a rosas.

—¿Keillan sufrió un desengaño?

—Estaba prometido —explicó la muchacha—. Nunca he visto a un hombre más enamorado. Pero aquella frívola ambiciosa rompió el compromiso por un

mejor postor. Nada menos que un conde, tan viejo como acaudalado. Ahora es una rica viuda, y no creo que tarde en encontrar un nuevo marido. Quizás lo intente con Dougall —dijo agitando la cabeza—. Siempre le puso ojitos la muy desvergonzada, incluso delante de Keillan.

—¿Quién era ella? —quiso saber Jessica.

— Lady Elizabeth de Lorne, una de las mayores bellezas de todo Argyll. Y tendremos el placer de contar con su distinguida presencia por todo un mes — manifestó Elspeth con sorna, a la vez que aplicaba la cremosa espuma en el cabello de Jessica.

—¿Es una de los recién llegados? —preguntó esta, volviendo la cabeza hacia atrás.

—Ahora mismo se encuentra en el Gran Salón charlando animadamente con Keillan, como si nada hubiese pasado. Sin duda mi señor es un hombre excepcional, demasiado noble como para sentir rencor ni tomarse la revancha. Pero no temáis, lady Jessica, él no tiene ojos para nadie más que vos.

Jessica estaba temblado y le ardían los ojos. Debía de haberle entrado jabón.

—Aclárame el pelo, Elspeth. El agua comienza a estar fría.

—Estáis bellísima —declaró satisfecha la doncella dando un paso atrás—. El color marfil de esta seda os sienta de maravilla. Le da a vuestros cabellos reflejos de platino bajo el tocado y os hace aún más pálida, tal y como debe ser una dama. Lástima que esta noche vuestros hermosos rizos queden ocultos por el velo. Nunca necesitaréis tenacillas calientes para simularlos. ¡Sois muy afortunada!

«Según los cánones de este siglo», pensó Jessica con ironía, al recordar la plancha del pelo y las tediosas sesiones de rayos UVA en la primavera.

—Sí, soy afortunada. De contar con tu ayuda, Elspeth. Te agradezco mucho que hayas arreglado este vestido tan rápidamente, aunque creo que el escote no

será del agrado de lady Janet...

—Mientras esté aquí esa engreída, se quedará tal cual —sostuvo Elspeth con decisión—. Ya era hora de que alguien le bajara los humos. Cuando lady Elizabeth vea cómo os mira Keillan, va a ponerse verde de envidia —dijo risueña.

—Elspeth, tengo algo que decirte...

Unos ligeros golpes sonaron a sus espaldas. Elspeth se disculpó y corrió a abrir la puerta. Dougall entró sin mirarla ni pedir permiso, pero no avanzó mucho más al ver a Jessica.

—Sois tan hermosa... —declaró él con los ojos brillantes—. Ahora temo que el presente que os he traído se opacará ante vuestra belleza.

—No necesito ningún regalo —dijo Jessica incómoda.

—Permitidme —la interrumpió Dougall, abriendo una arquilla de plata. De su interior sacó un collar de pequeñas perlas muy blancas, alternadas con flores de lis en oro.

Jessica contempló absorta la delicada joya, con la extraña impresión de haberla visto antes.

—Son perlas escocesas de agua dulce —dijo él—, más bellas y transparentes que las orientales. Las compré hace un tiempo en Edimburgo, y son una copia exacta de las que posee la reina Mary. Ya empezaba a creer que no saldrían jamás de este cofre —bromeó.

—Mi señora, no debéis... —murmuró Elspeth, tan blanca como las cuentas del collar.

—Veo que no se lo habéis dicho —dijo Dougall dirigiéndose a Jessica. Luego se volvió hacia la doncella y la miró con el ceño fruncido—. Tu señora ha aceptado ser mi prometida, así que borra esa cara de espanto de inmediato, muchacha. Aún tenemos un pequeño asunto pendiente tú y yo.

—No, mi señor... quiero decir, sí, mi señor —respondió Elspeth, temblando igual que una hoja.

—Estáis asustándola, dejad que se marche —demandó Jessica.

—No voy a ningún sitio —afirmó la joven sobreponiéndose—. Lady Jessica no se quedará a solas con vos, por mucho que seáis su prometido. No sería honesto —terminó con un mohín.

—Me alegra que tengáis tan fiero defensor de vuestra virtud, mi señora. — Dougall rio—. No querría estar en la piel de uno de esos salvajes que están ahora mismo bebiéndose la cerveza de Patrick, en caso de que se atreviesen a molestaros.

Jessica negó con la cabeza, después de hacerle un gesto tranquilizador a Elspeth.

—No estoy segura de que deba llevarlo, es de mucho valor.

—No tanto como el vuestro. Lo luciréis durante la cena. Mi dama no va a ser menos que ninguna MacArthur de Lorne —aseguró él arqueando una ceja.

—Está bien —se rindió Jessica, con una mezcla de cansancio y vanidad femenina.

Elspeth dio un paso adelante para colocarle el collar, pero se detuvo en seco ante una señal de Dougall.

—Lo que pensaba —dijo este después de ajustar el cierre él mismo—. Ninguna perla podrá jamás competir con la pureza de vuestra piel.

Jessica palpó la suavidad de las cuentas, a falta de un espejo. En verdad, el efecto debía de ser grandioso.

—Es espléndido, os lo agradezco. —Se giró con una pizca de culpabilidad. Esperaba que aquella magnífica joya no estuviera en su poder después de la primavera.

—Mi señora —dijo Elspeth de pronto—, he encontrado esto en el suelo, ¿es vuestro?

La muchacha le entregó un cordón de cuero del que colgaba una oscura talla de madera.

—Sí, es mío —contestó Jessica en un acto reflejo. Una sombra de ira oscureció sus ojos al recordar el insulto de Keillan. Bien, si se lo había dado como moneda de pago por unos besos vacíos y su falsedad, no iba a sacarlo de

su error.

—Ayúdame a ponérmelo, Elspeth.

—Pero, lady Jessica, es solo una baratija —protestó la doncella—. No es apropiado para una dama como vos.

—Por una vez, estoy de acuerdo con ella —resopló Dougall.

—Al contrario, es muy apropiado —dijo Jessica con aplomo—. Pónmelo, Elspeth, el *laird* nos espera.

Jessica entró con su mano apoyada en el brazo de Dougall. El Gran Salón estaba ocupado por dos largas tablas colocadas a modo de mesas a cada lado, atestadas de hombres y mujeres sentados sobre simples banquetas de madera. El tartán del clan, con sus matices verdes y negros, era visible en cada rincón de la estancia, anudado al pecho de los guerreros con formidables broches de plata, o en las amplias faldas y chalecos de jóvenes y ancianas. Varias sirvientas llevaban enormes bandejas de madera, cargadas de picheles de cerveza y viandas, mientras que el sonido de una gaita, con su especial tesitura, cruzaba el denso aire aliviado por el aroma de los juncos frescos y las flores de salvia y lavanda esparcidas por el suelo de piedra.

Jessica respiró con profundidad. Al fondo, Patrick presidía una mesa ricamente engalanada sobre un estrado de madera. Keillan estaba a su derecha, escuchando con aire distraído a una hermosa mujer de cabellos negros como el ala de un cuervo.

El rumor ininteligible de voces en gaélico se transformó en murmullos de admiración cuando avanzaron por el pasillo central.

—Acostumbraos —dijo Dougall sonriéndole—, porque esta es la pleitesía que os espera a partir de ahora.

Jessica se giró para devolverle el gesto, pero, al mirar de nuevo al frente, sus ojos se encontraron con los de Keillan. Chocaron como las olas contra las rocas en una tempestad. Después de la embestida, él apartó la vista y la centró

en la dama sentada a su lado.

—Bienvenida de nuevo, lady Jessica —la saludó el *laird*—. Por favor, tomad asiento.

—Como gustéis, aunque espero que perdonéis mi pobre conversación —respondió ella, al ver que se refería al espacio vacío junto a Keillan—. Esta mañana bajé al lago a recoger hierbas, y me temo que malgasté el tiempo y mis fuerzas porque no encontré nada que valiese la pena. —Jessica se volvió hacia Keillan. Ni siquiera se había dignado a mirarla.

—Nadie lo diría —afirmó Patrick, sorprendido por la grosería de su hermano—, estáis tan radiante como la misma Venus después de recibir la manzana de oro de Paris.

—Habéis acertado, hoy me entregaron un regalo de tal valor que dudo que sea merecedora de él. —Jessica hizo una reverencia. Al inclinarse, el amuleto se cimbread sobre su pronunciado escote.

Cuando se alzó, Keillan la contemplaba con el rostro encendido como si ardiese de fiebre. Luego este se giró hacia la mujer morena y besó su mano precipitadamente.

—Perdonadme, mi señora. —Se levantó de la mesa, arrastró la silla hacia atrás con brusquedad y se dirigió hacia la puerta trasera que comunicaba con una de las habitaciones del piso inferior.

Jessica notó que comenzaría a hiperventilar de un momento a otro. No era necesario que la humillase de nuevo. Estaba claro que él no podía tolerar su presencia. ¿Cómo diablos iba a aguantar todo esto?

—Dougall, podéis sentaros junto a lady Elizabeth —indicó Patrick, haciendo caso omiso de lo sucedido—. Tengo entendido que ya os conocéis.

Una voz aflautada y sinuosa trajo a Jessica de vuelta a la realidad.

—Tal vez mi señor Dougall me haya olvidado. —La morena entornó los ojos en una expresión provocadora—. No ha mostrado la menor señal de reconocimiento.

—Ni aun poniendo todo mi empeño en ello —afirmó Dougall—. Dejad que

os presente a mi prometida, lady Jessica MacArthur. Ella es lady Elizabeth de Lorne.

—Es un placer —dijo esta con una amplia sonrisa—. Confío en que lleguemos a ser buenas amigas durante la corta estancia que pasaré en Broch Miadhail.

—Lo mismo digo —respondió Jessica, aturdida por la impactante hermosura de la mujer. Su tez lucía un sutil tono dorado que se fundía en unas mejillas rosadas como claveles. El fino arco de sus cejas se curvaba sobre unas largas pestañas que enmarcaban los ojos clarísimos y grises. Llevaba un lujoso vestido azul oscuro, un largo collar de perlas y un tocado francés a juego igual al suyo.

Jessica reconoció la familiar mordedura de los celos y se sintió mareada por enésima vez en aquel día.

—Bien, basta de presentaciones —dijo Patrick—. El primer plato tenemos que agradecerse a Keillan. Espero que vuelva a tiempo para degustarlo... —murmuró.

Mientras Jessica rodeaba la mesa, el *laird* se volvió hacia Angus.

—Me dijiste que todo estaba resuelto. ¿Voy a tener que presenciar este duelo entre ellos durante los próximos seis meses? Te aseguro que no siento el más mínimo deseo. Quiero a mi hermano, pero a veces se comporta como un insensato.

—Confíad en él —le tranquilizó Angus—. Solo es cuestión de tiempo. Cualquiera puede ver la naturaleza de esta mujer. Incluso lady Elizabeth parece una novicia a su lado. Podrá ser insensato, pero no es un necio.

Patrick iba a levantarse para ayudar a Jessica a acomodarse en la pesada silla de madera, cuando la voz de Keillan sonó a sus espaldas. Por nada del mundo se daría la vuelta.

—No te molestes, hermano. Fui a buscar mi laúd —dijo mostrándole el estilizado instrumento que sujetaba bajo el brazo—, hoy tenemos mucho que celebrar. ¿Me permitís, lady Jessica?

Ella asintió con la cabeza sin mirarlo y se sentó. Keillan la empujó hasta la mesa con un movimiento enérgico.

—Como veis, solo necesito una mano para arrastraros si me lo propongo.

Jessica dio un respingo y se enfrentó cara a cara con él. Su rostro ya no era la máscara inexpresiva que le había mostrado en su alcoba. Ahora era mucho peor, porque estaba convencida de que sufriría igualmente.

Patrick había ordenado que subiesen el mejor vino de la bodega. Cuando un sirviente apareció con un recipiente de vidrio opaco, Keillan se adelantó y se lo arrebató de las manos. Volvió a su lugar en la mesa, vertió el rojo líquido en la copa de lady Elizabeth y luego llenó la de Jessica y la suya propia hasta el borde. Por último, cedió la botella para que los demás hicieran lo mismo y se puso en pie alzando el brazo en un brindis.

—Porque el verdadero amor triunfe en estos tiempos difíciles, que lo venza todo y que todo lo perdone. Que nos libere de la esclavitud de su mandato — dijo mirando a Jessica a los ojos—, ya sea con el don de la vida o por la muerte.

Jessica se estremeció mientras lo veía apurar el vino de un solo trago. Dougall lo imitó, como el resto de los presentes, pero ella no podía ni tragar saliva.

Sirvieron la carne, y Jessica seguía con un nudo en el estómago. Más allá, Dougall estaba atrapado por lady Elizabeth y no podría escabullirse tan fácilmente.

—Probad la lengua de venado. —Keillan se inclinó para hablarle con un susurro—. Salí a cazar en cuanto supe de vuestro compromiso. Cuando hundi mi daga en su cuello, me acordé muy especialmente de vos.

Jessica se agarró al filo de la mesa. Cualquiera que fuese el símil, era de una crueldad desgarradora.

—Me refiero a que traté de hacer el menor estropicio posible en la piel — explicó él apartándose de nuevo—. Una vez curtida podréis llevarla a Querlane como recuerdo.

No le contestó. No quería darle la satisfacción de verla al borde del colapso.

Keillan buscó entonces su mirada y le recordó la escarcha al fundirse entre la bruma. Colocó su mano sobre el mantel junto a la de ella y se sirvió más vino, pero ya no la retiró.

Jessica podía sentir el calor de su piel. La atraía sin remedio, de la misma forma que el fuego necesita el aire sin el cual no puede vivir, el sueño busca la noche y los niños a su madre tras una pesadilla. Pero ella no tenía posibilidad de despertar. Si se movía, solo conseguiría agitarse y estrechar aún más el nudo que le impedía respirar. Cuando notó el roce de su mano, la recorrió una descarga eléctrica y se levantó como un resorte.

—Excusadme, no me encuentro bien.

—Esperad. —Keillan la sujetó por el brazo—. ¿No escucharéis al menos una canción antes de iros?

Dougall abandonó su sitio y acudió hasta ella con gesto preocupado.

—¿Ocurre algo, mi señora? —preguntó, a la vez que dirigía a Keillan una mirada suspicaz.

—Nada que un poco de música no pueda curar —afirmó este, poniéndose en pie para tomar el laúd de una mesita cercana.

—Estoy bien, solo algo cansada —dijo Jessica—. Escucharé tocar a vuestro primo, luego me retiraré.

Dougall asintió y esperó a que Keillan pasara junto a él.

—Ten cuidado —lo amenazó—. No voy a dejar que la lastimes.

—Descuida, no creo que eso sea posible.

Keillan bajó del estrado y cogió una banqueta de madera que situó en el centro del pasillo. Todos se giraron entre murmullos de expectación. Después de sentarse, apoyó la cabeza en el mástil con delicadeza y ajustó las clavijas de una en una, hasta que las seis cuerdas de tripa estuvieron perfectamente afinadas.

Miró a Jessica por última vez y luego cerró los ojos con una expresión

abstraída, como si pudiera ver otro universo a través de sus párpados.

Cuando los dedos de su mano derecha arrancaron las primeras notas, deslizándose igual que lágrimas encadenadas, el salón enmudeció por completo.

Abrió los ojos y acarició las cuerdas en un ciclo constante con el índice y el pulgar. El melancólico sonido se diluyó por tres veces, para volver a aparecer con la insistencia del desaliento o el dolor de la traición. Y entonces, en ese espacio sin retorno, Keillan entonó aquellos acordes con la voz más hermosa que Jessica había escuchado jamás, varonil, triste y profunda.

Fluid, lágrimas mías, brotad de vuestras fuentes.

Exiliado para siempre, dejad que llore mi pérdida.

*Allí donde el pájaro negro de la noche canta su dulce infamia,
allí viviré, triste y abandonado.*

Cesad, luces vanas, no brilléis más.

*Ninguna noche es lo bastante negra para aquellos
que, desesperados, añoran sus pasadas fortunas.*

La luz solo descubre la vergüenza.

*Mis penas nunca serán calmadas
porque la piedad se fue.*

*Y lloros, suspiros y gemidos
han privado mis cansados días de toda alegría.*

*Desde la más alta vuelta de felicidad,
mi fortuna ha sido precipitada.*

*Y miedo, dolor y pena son mi único alimento,
porque esperanza ya no hay.*

*Escuchad, sombras, que moráis en las tinieblas,
aprended a despreciar la luz.*

*Felices quienes en los infiernos
no sufren los ultrajes de este mundo.*

Pulsó las últimas notas. Estas quedaron suspendidas en el aire, hasta que se fundieron con los suspiros de las mujeres y los aplausos de los hombres.

Jessica no sintió vergüenza al descubrir que lloraba en medio de aquella multitud. ¿Qué había hecho? Él le había entregado su corazón, y ella a cambio le había hundido la daga más cruel retorciéndola sin ninguna piedad.

Cuando ambos se miraron de nuevo, no hicieron falta palabras.

XVI

NINGUNA GLORIA DEL MUNDO

Patrick contempló la escena con el codo apoyado en el brazo de su sillón y los dedos curvados sobre la boca. Pensando que iba a ser una noche muy larga, se sirvió más vino. Lady Jessica permanecía sentada a su lado, limpiándose las lágrimas con disimulo.

Keillan, ajeno a los aplausos y al tropel de lindas muchachas que lo rodeaban, se la estaba comiendo con los ojos.

Maldijo la hora en que se dejó llevar por los consejos de Angus. Nunca le gustaron los subterfugios. Desde que estaba al mando del clan, había enfrentado los problemas cara a cara, sin dar lugar a que se presentaran complicaciones. Aunque llamar a esto una complicación era quedarse corto. Lo que acababa de presenciar era un completo y verdadero desastre. Y no podía culpar a su hermano. Con una punzada de dolorosa nostalgia, se vio reflejado en él. Keillan miraba a Jessica como si le acabaran de arrancar el corazón, con la misma angustia y desconsuelo con la que él había mirado a su adorada Marion siete años atrás, cuando después de dar a luz un niño sano y hermoso tuvo que decirle adiós.

Ahora veía cada vez más lejana la posibilidad de una alianza con los MacArthur de Lorne, y sabía Dios que la necesitaba, por no hablar de la valiosa dote que aportaría lady Elizabeth tras su matrimonio.

Maldita sea, lo tenía todo planeado. Había tanteado a Lady Elizabeth y esta

no pudo ocultar su interés. Sabía que la ruptura del compromiso se había debido solo a su desmedida vanidad y codicia. Tras dos años encadenada a un viejo enfermo, era la dueña de una inmensa fortuna, y la posibilidad de reconquistar a Keillan, joven y vigoroso, después de haberlo sumido en la más triste de las miserias, sería para ella una tentación irresistible que él no iba a desperdiciar.

Pero la llegada de aquella extraña lo había cambiado todo.

¿Qué derecho tenía a condenar a su hermano a una vida sin amor él, que padecía a diario por su ausencia? Y Keillan ya había sufrido suficiente. El hecho de que amase a una bella forastera con dudoso origen no era motivo para haber actuado de manera tan cruel e implacable, por más que la hubiese encontrado navegando a la deriva junto a un arma extraviada. Keillan era su único hermano, su único apoyo, y ahora quizás se marchase de nuevo por su culpa, cuando habría bastado con emplear dos simples recursos que creía tener en abundancia. Tiempo y cautela. Pero ya dudaba mucho de poseer ni el uno ni el otro.

—No debimos meter a Dougall en esto —le murmuró a Angus.

—Dougall ya estaba dentro —contestó este, después de beber de su copa—. La noche de su llegada me confesó que lady Jessica era su prometida. Me pidió que e dejara contártelo él mismo.

—No lo hizo, ni tú tampoco —dijo Patrick fulminándolo con la mirada.

—Sabía que mentía —explicó Angus con un movimiento de la mano para quitarle importancia—. La joven estaba al margen, desde luego. Todos sabemos cómo es Dougall. Sospeché que la quería mantener apartada hasta que llegase el momento de regresar con ella a Querlane y ofrecerle un destino muy distinto. Nunca pensé que llegaría tan lejos, pero al menos nos ha permitido conseguir nuestros propósitos.

—Ruego a Dios que no acabe todo como la última vez —murmuró Patrick sin perder de vista a Keillan.

—No deberías aludir el desastre, puede que lo convoques —siseó Angus—.

Dougall se marchó hace un buen rato y, si es cierto que conozco a las mujeres, lady Elizabeth ha ido a su encuentro —declaró señalando las sillas vacías.

—Perdonadme, mi señor —dijo Jessica cuando Patrick se giró—. Ha sido un día agotador, y desearía volver a mi habitación, ¿seríais tan amable de avisar a mi doncella? Me lastimé el tobillo y parece que ha empeorado.

—Yo os acompañaré.

Keillan estaba a su lado, seguido de cerca por varias jóvenes, que cuchicheaban y soltaban risitas mientras se tapaban la boca.

—No quisiera apartaros de vuestras admiradoras —dijo Jessica con firmeza—. Elspeth vendrá enseguida.

—No lo esperéis, está en el piso de arriba —le contestó a la vez que entregaba el laúd a una asombrada muchacha rubia y pecosa—. Además, no creo que pueda cargar con vos.

Jessica solo tuvo tiempo de lanzarle un gesto de advertencia que él ignoró de pleno. Pasó el brazo bajo sus piernas y la alzó con un impulso contra su cuerpo.

Ella se agarró a su cuello y no se atrevió a mirarle. ¿Qué vería primero? ¿La suave línea de su boca o sus ojos, dulces como una promesa?

—No temáis, no voy a dejaros caer.

Pensó que sería imposible. Estaba atrapada como la Luna lo está por la Tierra, y solo un cataclismo podría alejarla de su centro de gravedad.

—Lo sé —dijo ella recostándose sobre su pecho.

Patrick vio cómo se marchaban, y comprobó con decepción que no quedaba una sola gota de vino en la mesa.

«Yo también lo sabía», dijo para sí y pidió otra botella.

Atravesó el pasillo en sus brazos, mecida por el sonido de su respiración, que llegaba hasta ella con el rumor de un oleaje fresco y vivificante. Podría dormir toda una vida al abrigo de su latido. ¿O ya estaba soñado?

Cuando estuvieron frente a la puerta, Keillan la soltó deslizando su brazo por la espalda. Su mano se detuvo en su cintura y, por un momento, pareció que iba a recorrer las huellas del sendero que ya conocía.

—Buena noches, lady Jessica.

Jessica lo miró incrédula.

—¿Buenas noches? ¿Así de fácil?

—Aquí se separan nuestros caminos. Estoy seguro de que me entendéis — contestó Keillan sin moverse una pulgada.

—¿A qué os referís? —preguntó ella con un miedo intenso.

—Estáis prometida a mi primo. Nada ha cambiado.

—No, no puedo creerlo —dijo Jessica acercándose a él.

Keillan la frenó sujetándola por las muñecas.

—Lo siento, mi señora. Ya sabía que no tenéis corazón, pero esperaba que tuvieseis alguna clase de honor. Al menos, deberíais comprender que yo sí lo tengo.

—¿Y qué me importa el honor? —explotó Jessica—. Dijisteis que me conocíais, pero no sabéis nada.

—Me equivoqué —dijo él apretando los labios—. Y ahora veo que tampoco vos me conocéis, en eso sí fuisteis sincera.

—¿Por qué me haces esto? —Jessica se desmoronó. De pronto, su tacto le pareció tan doloroso como el de Angus cuando la atacó en el lago.

Keillan la contempló un instante. Al fin, la atrajo hacia sí con delicadeza y besó la palma de sus manos.

—Solo ha sido un espejismo. Adiós, *mo bhana-bhuidseach*.^[5]

Jessica apoyó su espalda contra la puerta mientras lo veía alejarse sin mirar atrás. Lentamente, igual que sus lágrimas, fue cayendo hasta llegar al suelo.

—*Mi señora, lady Jessica... Despertad, por favor.*

Jessica se giró sobre su costado y parpadeó varias veces antes de abrir los ojos. La almohada estaba húmeda, y su chemise, empapada en sudor bajo una sábana fría y arrugada.

—Habéis tenido una pesadilla —afirmó Elspeth—. ¿Os encontráis bien? No dejabais de gritar.

—¿Lo he hecho? —preguntó Jessica levantándose como un autómeta. Cuando sus pies tocaron el gélido suelo, recordó el sueño.

Había salido a navegar al lago y su barca se hundió. Las oscuras aguas la tragarón y, cuando creía que iba a morir ahogada, unos brazos la izaron y la llevaron hasta la orilla. Allí, escuchó que alguien la llamaba con insistencia. Al abrir los ojos, descubrió a Víctor inclinado sobre ella. Cuando el aire entró en sus pulmones, la imagen de su exprometido se desvaneció como una estela de humo. Jessica sabía que era su nombre el que había repetido desesperadamente.

«¿Y cómo se sintió usted al respecto?», era la pregunta que le haría cualquier psicoanalista de Manhattan. Jessica no necesitaba pagar cien dólares la hora para saber que su reciente herida había reabierto otra más antigua. Y pensar que su subconsciente le daba a Víctor el papel de salvador... cuando lo más seguro era que a estas horas estuviera revolcándose con Rachel y la hubiese olvidado por completo.

Claro que su consciencia tampoco andaba muy acertada. La noche anterior, cometió un error de cálculo imperdonable. Había devorado las suficientes novelas románticas como para saber que un hombre del siglo XVI no pasaría por alto semejante ofensa. Keillan la había puesto en su sitio de manera fulminante, y ese sitio estaba por debajo de su familia y de su honor.

Con un halo de esperanza, pensó que quizás también la había sacrificado en contra de sus sentimientos. Pero eso ya no importaba, puesto que él no le concedía ninguno. Y tal vez fuera lo mejor. Si Keillan era un perfecto hombre del Renacimiento, ella era una neoyorkina del siglo XXI. Le daría las gracias por recordárselo, buscaría la espada y se pondría bajo la protección de lady

Janet.

Pero, ante todo, tenía que romper su compromiso con Dougall, aunque dudaba que él quisiera mantenerlo después de lo ocurrido. Era obvio que le había hecho daño, y no quería seguir haciéndoselo. No lo merecía.

—Elsbeth, ¿por casualidad no sabrás nada de Dougall?

—Solo he salido un momento y nadie ha llamado a la puerta. Oh, mi señora, ¿qué ocurrió ayer? Estabais tan abatida... y no quisisteis decirme nada —se lamentó la muchacha.

—¿Has pasado aquí la noche?

—Me senté junto a vos, supongo que me dormí sobre vuestro lecho.

—Elsbeth, no vuelvas a hacer eso, ¡debes de estar rendida!

—En absoluto —dijo esta, poniéndose en pie con energía—. Ahora comeréis algo y lo veréis todo de forma diferente. ¿Os gusta coser? Lady Janet me ha dado hilos y lienzos. Tenemos que empezar a preparar vuestro ajuar, ¡apenas hay tiempo!

Jessica la miró con el rostro desenchajado. Lady Janet ya lo sabía. Por lo visto, en este siglo las noticias y cotilleos volaban igual que en el suyo. Tendría que visitarla enseguida y buscar a Dougall después.

—No os preocupéis, yo os ayudaré —la animó la pelirroja—. Pero lo primero es desayunar. Nuestros invitados han acabado con todo el *porridge*, así que os he traído sobras de la cena. Al parecer, fue espectacular.

—Sí, puedes estar segura... —resopló Jessica, mientras destapaba el plato que Elspeth había puesto sobre la mesilla.

—Es lengua de venado. Rodric dice que mi señor Keillan es un cazador excelente. Abatió a su presa con una sola flecha.

Jessica miró la porción de carne y recordó sus palabras.

—Tiene razón, Elspeth. Lo es de verdad.

Por primera vez, vistió los colores de los MacArthur. Elspeth la ayudó a

estrechar las cintas de las mangas y el cuello de una nueva *chèmise* de lino blanco, que caía vaporosa hasta las rodillas y hacía las veces de ropa interior. Le colocó un *bodice* con las mangas unidas al torso por medio de finos cordones y ajustó el cierre de la espalda de igual manera. Tanto este como la amplia falda estaban confeccionados en el mismo tartán de lana con el patrón de cuadros verdes y negros.

—Solo falta sujetar el cabello —declaró Elspeth, satisfecha de su obra.

—¿Es necesario? —preguntó Jessica—. ¿No puedo simplemente llevarlo suelto?

—¿Lo decís en serio? Sois doncella, y tenéis derecho a llevar vuestro *stiom* —afirmó la joven, mientras le pasaba por la nuca un suave pañuelo de muselina blanca y lo enlazaba arriba a modo de diadema—. Más de una muchacha daría lo que fuera por que se le permitiera llevarlo después de haberlo perdido en los brezales. Jamás os lo quitéis, hasta el día de vuestras nupcias, claro está —concluyó tras una pausa.

Jessica tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no replicar. Aquella palabra comenzaba a darle urticaria.

—No te preocupes, no pienso hacerlo —le aseguró—. ¿Crees que puedo ver a lady Janet ahora?

Lady Janet la recibió con una sonrisa espontánea que difuminó por un momento los cercos azulados alrededor de sus ojos.

—Adelante, lady Jessica, entrad y sentaos junto a mí —dijo la viuda, dando unas ligeras palmadas sobre el cobertor de la cama que lucía los colores del clan, al igual que las colgaduras del magnífico dosel sostenido por cuatro postes salomónicos. La caoba de la estructura estaba ricamente tallada con un complicado diseño de hojas y volutas, coronado en su parte frontal por dos querubines que montaban a horcajadas sobre caballos marinos.

El resto de la estancia mostraba los mismos rasgos de suntuosidad. Un

sólido *cabinet* con idéntico tallado, una mesa que parecía ser un tocador, repleta de pequeñas vasijas de porcelana mayólica, tapices sobre las paredes y el suelo y, encajada en un rincón junto a la chimenea ojival, una pequeña capilla compuesta por un retablo con la imagen de la Virgen y un reclinatorio forrado de terciopelo rojo.

La imagen de aquella mujer postrada y enferma, pero desafiante en medio de su soledad despertó en Jessica un profundo sentimiento de admiración y afecto.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó cogiendo su mano.

—Algo cansada, aunque el reposo y la oración me están ayudando. Confío en que muy pronto estaré repuesta.

—Me alegro mucho de que os sintáis mejor —dijo Jessica con ternura—. Tenéis que perdonarme el no haber venido antes.

—El amor es egoísta por naturaleza, como también lo es la juventud — afirmó lady Janet, estudiándola con sus astutos ojos azules.

Jessica tuvo la inquietante convicción de que estaba poniéndola a prueba y que sabía más de lo que aparentaba. De pronto, sintió la necesidad de ser sincera, de tener un apoyo con el que desahogarse y confiar su secreto.

— Lady Janet, no puedo casarme con Dougall.

La dama sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Se lo habéis dicho a él?

—Debo hacerlo, pero no sé cómo. Acepté por los motivos equivocados y ahora voy a hacerle daño.

—Tendréis que decírselo cuanto antes y asumir las consecuencias, pero no os estaba preguntando por mi sobrino.

Jessica notó que la presión de su mano se hizo más fuerte. Lady Janet esperaba una respuesta y no se conformaría con una evasiva.

—Entonces, ya lo sabíais...

—No importa lo que yo sepa —le respondió—, sino que lo sepáis vos, que escuchéis a vuestro corazón. Cuando lo hayáis hecho, no dejéis que nada ni

nadie os desvíe de vuestro camino.

—Mi camino está cerrado. —Jessica la miró con impotencia—. Si no quiero que nadie más sufra, tengo que volver a casa.

—Entonces, seréis vos la que sufriréis. ¿Estáis dispuesta a vivir así en los años venideros? ¿A lamentaros en el futuro por no haber tenido fe? La vida puede ser muy larga, querida niña, y ninguna gloria del mundo es comparable a la del amor. Eso es lo que quiero para mis hijos, y también para vos.

Vivir en el futuro, sin él. No, no podría. Durante toda su vida lo había buscado. Había escuchado su eco desde una distancia insondable de quinientos años y, ahora, que por un extraño milagro lo había encontrado, no iba a ser una cobarde. No era lo que le habían enseñado sus padres. Jessica los recordó cuando la animaban a levantarse cada vez que se caía de su bicicleta nueva, cuando esperaban pacientes junto a la verja en su primer día de colegio hasta que ella se decidió a entrar sola. Alentándola frente a los fracasos y celebrando sus logros. No, sus padres no querían que huyese, ni siquiera para volver junto a ellos.

—Tenéis razón, no voy a rendirme sin luchar —declaró Jessica con los ojos brillantes—. Y voy a empezar ahora mismo —añadió, besando a una sorprendida lady Janet en la mejilla antes de correr hacia la puerta.

—¡Esperad! ¿Vendréis después?

—¡Contad con ello!

Jessica encontró en el patio a Niall, que se dirigía en ese momento a relevar la guardia, y le preguntó por Dougall. El rubio asintió con gesto pensativo, la guio hasta una construcción de piedra con techumbre de brezo y se despidió de ella con una reverencia.

A pocos pasos, reconoció el inconfundible olor acre a estiércol de los establos. Entró cegada por la luz exterior y caminó sobre la tierra apelmazada hasta que se habituó a aquel espacio cerrado. Dougall la vio avanzar a tientas. Cuando llegó a su lado, él levantó la vista de su caballo y aseguró la cincha con un enérgico tirón.

—¿A qué habéis venido? —le preguntó, mientras colocaba las abultadas alforjas y su *claymore* a lomos de Seabhag.

—¿Qué estáis haciendo? —replicó Jessica con una inesperada sensación de angustia.

—¿No lo veis? Me marcho —contesto él sin interrumpir su tarea.

—¿Qué queréis decir? ¿Por qué os vais?

—Está claro que amáis a Keillan y que él os ama a vos. —Dougall se giró y la miró con sus centelleantes ojos verdes—. Considerad nuestro compromiso nulo y sin efecto. Ahora podréis ser feliz, solo tenéis que seguir mintiendo, no creo que tengáis problema con eso.

—No sé si Keillan me ama o no —declaró Jessica—, pero no quiero que os marchéis así.

Él sacudió la cabeza.

—¿Vais a rogarme que me quede?

—Sois mi amigo, Dougall, tengo mucho que agradeceros y nunca quise heriros.

—No puedo ser vuestro amigo. —Él le dedicó una sonrisa amarga—. Cuando os conocí supe que erais distinta. Llegasteis sola e indefensa, pero valiente y orgullosa. No tratasteis de utilizar vuestra belleza en propio beneficio como otras con menos dones lo han hecho. Os juzgué por ello de ser una digna compañera y señora de Querlane, pero sois como las demás, y yo, un necio por haber creído lo contrario.

—Ya veo. Ni siquiera soy digna de que os despidieseis de mí —dijo Jessica con la voz quebrada—. De acuerdo, esperad un momento, tengo algo que os pertenece.

—¿El collar? Eso fue un regalo.

—No puedo aceptarlo —respondió ella alzando la barbilla.

—Conservadlo entonces como presente de bodas. No creo que tardéis mucho en comprometeros con Keillan. Solo quiero una prenda a cambio —dijo dando un paso adelante.

—¿Qué prenda?

—Un beso. A él se lo concedisteis. Ahora soy yo quien os lo pide.

Sin darle ocasión a que contestase, la cogió por el codo, lo dobló por detrás de su cintura y la atrajo con un fiero embate que la dejó sin respiración. Dougall apoyó su frente sobre la de ella, y Jessica sintió sobre su rostro la caricia de su cabello dorado como los pétalos de un narciso.

—Decidme que deseáis que me vaya y os juro que no volveréis a verme — demandó él con voz imperiosa—. Solo tenéis que pronunciar una palabra.

Jessica perdió la capacidad del habla. Reconoció con desaliento que no quería que se fuese. Necesitaba su mirada sincera y su risa magnánima para afrontar lo que le esperaba. Lo perdería para siempre, pero no podía engañarlo por puro egoísmo.

—Marchaos.

Èl la miró como un animal herido y dejó caer sus brazos para liberarla.

—Ahora sé a qué se refería Keillan. Los dos hemos pagado con creces vuestro valor.

Dougall le dio la espalda, montó en Seabhag y, al grito de «*¡Troit!*», salió a todo galope, pasando tan cerca de Jessica que esta perdió el equilibrio y cayó al suelo sobre su costado.

—¡Corred! —gritó ella con el cabello revuelto y salpicado de heno—. ¡Y no volváis! ¡No os necesito para nada!

Frenó junto a la puerta al notar que la había derribado. Tiró de las riendas y se giró para contemplarla un instante. Se veía tan frágil y hermosa... Pero le había pedido que se fuera, y él no iba a cambiar de opinión. Clavó sus rodillas desnudas sobre los ijares del caballo y cabalgó sin parar hasta que se perdió tras las puertas de Broch Miadhail.

XVII

LA FLECHA Y LA DAGA

Niall intentó detenerla en el portón, pero ya no iba a tolerar ningún impedimento. «Tu señor Keillan me espera», le dijo al centinela con gesto decidido. Luego siguió adelante y se sintió libre por primera vez en mucho tiempo.

Rodric le había informado de que podría encontrarlo en el lago, después de sorprenderla en los establos mientras se sacudía la tierra de su ropa. El joven guerrero quiso acompañarla, pero ella le agradeció su oferta y se negó rotunda. Lo que tenía que decirle a Keillan no requería de la presencia de ningún testigo.

Estaba exultante. El cielo de las Highlands nunca le había parecido tan claro ni el sol tan brillante. Sus fosas nasales se llenaron de un millar de nuevos aromas, frescos, agrestes, intensos y dulces como la esperanza que había crecido en ella. Había hecho lo que era justo al dejar que Dougall se fuera, y ahora tenía que serlo con ella misma y con Keillan.

Le rogaría su perdón, le suplicaría si hacía falta, pero no iba a perder al único hombre con el que quería pasar el resto de su vida, sin importar en qué siglo o lugar estuviese, siempre que fuera junto a él.

Al aproximarse a la ribera, Jessica escuchó el característico relincho de Fitheach. Cuidó que sus pasos no tropezaran con las piedras y las raíces que sobresalían del suelo, levantó con cuidado una de las ramas bajas de los

frondosos alerces y vio a Keillan, recostado contra el tronco grisáceo de un aliso. Tenía un libro en sus manos y la mirada perdida en la apacible superficie del agua. Parecía que buscaba algo entre las ondas que se deslizaban eternas hasta la orilla. Jessica se preguntó si estaría pensando en ella. Aquel perfil perfecto, igual al de un dios griego, descendió hacia su pecho y luego miró al cielo. Cuando Jessica vio la expresión abatida de sus ojos, no pudo aguantar más y salió a su encuentro.

Pero su rostro se congeló y quedó estancada como si una avalancha de nieve la hubiese sepultado. Lady Elizabeth había aparecido por la vereda que bajaba del bosque y caminaba directa hacia Keillan. Él se puso en pie al escuchar sus pasos y recibió su abrazo tomándola por la cintura, mientras ella le rodeaba el cuello con una mano y le acariciaba el rostro con la otra.

Jessica retrocedió, arañándose con las puntiagudas hojas de los acebos. Corrió hacia la espesura, sin rumbo y desorientada, como hizo en otra ocasión, a más de tres mil millas de distancia. Solo que esta vez estaba completamente sola.

No había sido nada más que un sueño, un anhelo que pintó de colores y envolvió en un papel dorado para intentar preservarlo. Aquel envoltorio se había rasgado y lo único que contenía era niebla.

Cayó desfallecida y se acurrucó entre las hojas muertas, a la vez que un agradable sopor iba entumeciendo sus miembros.

La bruma de la noche la envolvió. Jessica sintió cómo la estaba asfixiando, y pensó que la niebla tenía unos dedos fríos y brutales sobre su boca.

—No hagas el menor sonido, o te cortaré la garganta —susurró una voz junto a su oído.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos abiertos de par en par. Paralizada por el miedo, trató de tomar aire por la nariz. Un fuerte olor a sudor y alcohol le provocó una náusea que se obligó a controlar. Aquel hombre sería capaz de dejarla ahogarse en su propio vómito.

Alcanzó a ver el brazo de su agresor cubierto por una gruesa cota de malla.

Fuese quien fuese, no era del clan. Ella vestía el tartán con sus colores, y nunca sería atacada por uno de ellos. De pronto, supo que ese era precisamente el motivo.

La punta afilada de una daga se clavó en su cuello e hizo brotar un fino hilo de sangre.

—No debiste moverte, *lassie* —declaró el hombre con un resuello—. Ahora voy a soltarte, y juro que lo pasarás mal si no haces lo que te digo.

Jessica asintió con la cabeza y quedó liberada de aquel puño inmundo.

—¿Quién eres? —preguntó una voz en tono autoritario a sus espaldas.

Al volverse descubrió a dos hombres a caballo. El más joven se aproximó a ella sin desmontar. Vestía la misma cota de malla que los demás, pero bajo la almilla de fieltro asomaban unos puños y cuello de encaje. Sus ojos azules eran fríos como la bruma, y su cabello, muy corto, de un rubio trigueño y opaco. Era bien parecido y no debía de tener más de treinta años, pero su mirada era perversa y ladina como la de un diablo. Parecía ser el jefe del grupo.

—Te he preguntado quién eres —repitió, apoyado sobre el borrén delantero de la silla.

—¿Y quién sois vos? —le replicó Jessica con indignación.

El hombre rubio hizo un gesto cansado y miró al bruto que la apuntaba con la daga. Este avanzó hacia ella con una mueca maliciosa y la abofeteó con fuerza. La sangre corrió desde su labio partido hasta el interior de su boca, pero Jessica la sorbió y alzó la cabeza sin moverse del sitio.

—Mi señor te ha hecho una pregunta, perra.

—Cálmate, Cormag —dijo el jefe con una voz impostada y suave, casi femenina—. Reconozco a una ramera cuando la veo, y ella no lo es. No está bien insultar a una dama del clan MacArthur, ¿no es cierto?

Jessica se limpió con el dorso de la mano y le sonrió pese al dolor.

—No, es mucho mejor golpearla —lo acusó—. ¿Acaso lo disfrutáis?

—Quizás en otras circunstancias. —Le devolvió la sonrisa—. Pero no en un

bosque donde uno de los vuestros nos pueda interrumpir —añadió mirando a su alrededor—. Nos la llevamos —ordenó de pronto, dándole la espalda con un tirón de las riendas.

—¿La monto en mi caballo? —preguntó el que se hacía llamar Cormag—. Unas horas entre mis piernas, y su obstinación se consumirá como el rocío al sol.

—O te capará con una sola mano antes de que puedas darte cuenta —se burló el otro hombre, con una sonora carcajada.

—Que camine —dijo el rubio—. Le vendrá bien a su lengua.

Jessica se mantuvo firme mientras Cormag la amordazaba. Le ató las manos con una soga de brezo y anudó el extremo a la silla de su caballo. Cuando los jinetes se pusieron en marcha, la cuerda tensada dio un brusco tirón y las ásperas fibras se hundieron en sus muñecas. Jessica los siguió trastabillando entre las rocas y los charcos, dolorida y sangrando a través del sucio trapo, pero se juró a sí misma que no se quebraría.

Keillan volvió a Broch Miadhail al anochecer. Las puertas ya estaban cerradas, y gritó una orden para que abrieran el portón. Pasó sin mirar a los guardias, desmontó en el patio y le entregó las riendas a Niall, que lo miró confundido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Keillan.

—Mi señor, es solo que... yo creí que vos...

—Habla, Niall, estoy cansado y no tengo tiempo de acertijos.

—Es lady Jessica —dijo el joven sin saber cómo continuar.

—Dime qué ha pasado —demandó Keillan.

—¿No viene con vos?

—¿Por qué habría de venir conmigo?

—Salió al mediodía, dijo que la esperabais. Y no ha vuelto aún.

—¿No estabas con ella todo este tiempo? —Dougall avanzó hacia él con el

rostro desencajado.

Keillan miró a su alrededor. No había rastro de lady Elizabeth.

—No, no lo estaba —le respondió, sosteniéndole la mirada.

—Ya veo —murmuró su primo en tono mordaz—. Eso significa que lleva demasiadas horas fuera. —A continuación, emitió un silbido al que Seabhag contestó con un poderoso relincho desde los establos. Este apareció en el patio con un trote brioso y agitando las níveas crines de su frente. Montó de un salto sobre el lomo desnudo, pero, antes de que se pusiera en camino, Keillan lo frenó sujetando las riendas.

—Déjame ir contigo.

Dougall asintió con un gesto, y Keillan se giró para darle una orden a Niall.

—Trae mi arco.

Cabalaron hacia el lago bajo la débil luz de la luna creciente, que pendía de un cielo tan negro como las sombras que los rodeaban. Seabhag y Fitheach hollaban la tierra oscura sorteando las piedras justo antes de chocar con ellas, saltando sobre los matorrales y esquivando las traicioneras depresiones del terreno ocultas entre el brezo. Sus belfos bufaban en el frío aire de la noche convirtiéndolo en vapor de agua mientras Keillan y Dougall, inclinados sobre su cuello tenso, los instigaban con órdenes en gaélico para que corrieran aún más.

Cuando divisaron la plateada silueta del lago bordeada de alerces, aflojaron la marcha y continuaron en silencio. Dougall quiso bajar hasta la orilla, pero Keillan lo detuvo.

—No. He estado allí hasta el ocaso. Si hubiese llegado abajo, la habría visto. Tenemos que buscar su rastro por la ladera.

—Sería una buena idea de haber traído una maldita antorcha —sentenció Dougall con una mueca impaciente.

—Suerte que uno de los dos no ha saltado sobre su caballo como un picto

salvaje.

Keillan desmontó y abrió una de las alforjas.

—Hierro y pedernal. Solo necesitamos una buena rama y musgo seco.

—Eres una caja de sorpresas, primo. ¿Qué más llevas en esas bolsas? — preguntó Dougall con sorna.

—Tus pelotas, si no piensas ayudar —replicó Keillan mientras inspeccionaba en cuclillas el tronco de un sauce.

Dougall saltó del caballo, se dirigió hacia un árbol cercano y arrancó una gruesa rama sin aparente esfuerzo.

—No lo creo —dijo mientras lanzaba a sus pies la rama recién cortada.

Keillan sacudió la cabeza con incredulidad y chocó el pedernal contra la barrita de hierro. Al tercer intento, unas chispas saltaron sobre el musgo, que prendió al instante. Keillan lo rodeó con sus manos, sopló sobre él y añadió unas ramitas al incipiente fuego. Luego se quitó el jubón y la camisa y la enrolló sobre la rama de Dougall. La aseguró con un nudo y la roció con el *whisky* que llevaba en un odre de cuero.

Mientras acercaba la improvisada antorcha a las llamas, el sonido de unos relinchos rasgó el silencio de la noche. Los dos hombres se miraron y, sin mediar palabra, se dirigieron rápidamente hacia sus monturas.

—Nos acercaremos todo lo posible —dijo Keillan poniéndose el jubón sin molestarse en abrocharlo—, luego continuaremos a pie.

Dougall asintió, sacó su *sgian-dubh* de la bota y lo aseguró bajo la correa de su tartán.

—Y Dios es testigo de que no tendré piedad de quien encuentre en mi camino —juró clavando sus ojos en Keillan.

—Deprisa —lo urgió este con voz ronca—. Si han tocado uno solo de sus cabellos, no te llevarás tú solo la diversión.

Avanzaron al paso, guiados por el eco intermitente de los caballos y las huellas que habían dejado impresas en el camino enfangado. Keillan se detuvo de pronto, desmontó pasando con agilidad una pierna sobre la silla y se

agachó frente a un charco.

—Es un *stiom* —dijo Keillan, sacando del barro un pañuelo de muselina blanca medio enterrado por las pisadas de los cascos.

Dougall iba a decir algo cuando un murmullo de voces lo interrumpió.

—A pie, Dougall. Están cerca —susurró Keillan.

Despidieron a los caballos con una palmada para evitar ser descubiertos. Keillan apagó la antorcha en el agua estancada, se colgó el arco y la aljaba con las flechas al hombro y ató el *stiom* de Jessica en su brazo, anudándolo con la boca.

—¿Preparado para una cacería? —preguntó a Dougall con calma.

—Siempre estoy preparado.

Se arrastraron por la tierra mojada sobre sus codos, igual que harían para acechar un ciervo. Sus piernas desnudas, enredadas entre los pliegues del tartán, formaron surcos en el lodo, que se mezcló con la sangre al cortarse con las aristas sumergidas de los guijarros de granito y cuarzo. Después de unos metros, llegaron al límite del bosque, y el débil resplandor de una pequeña fogata surgió ante sus ojos. Eran tres hombres, a unos doscientos metros de distancia. Dougall hizo un movimiento brusco cuando vio a Jessica tirada sobre su costado junto a la hoguera, con los brazos doblados detrás de la espalda y la mayor parte de su rostro cubierto con una mordaza.

Keillan lo agarró por el brazo y lo retuvo empujándolo detrás de un roble.

—¿Quieres que nos descubran? —le preguntó mordiéndose el labio.

—No me importa, si puedo rajar la garganta de esos bastardos —escupió Dougall.

—No llegaríamos a tiempo hasta ella —insistió Keillan—. Hay demasiada distancia y muy poca luz. La única opción segura es rodearlos. Tú lo harás por detrás, puedes ocultarte tras ellos hasta que yo te dé la señal.

—¿Qué señal?

—Dispararé una flecha. Con un poco de suerte alcanzaré al que está más cerca de la lumbre. Entonces podrás cortar tantas gargantas como quieras —

explicó Keillan sin dejar de mirar al frente—. Aunque deberíamos dejar al menos uno con vida para interrogarlo.

—Claro, no hay problema —declaró Dougall con un gesto irónico.

En ese momento, el jefe del grupo se acercó a Jessica y pareció preguntarle algo.

—En menos de un minuto estaré detrás de aquel árbol. No falles —masculló Dougall, con la mirada clavada en el hombre rubio.

—No lo haré —aseguró Keillan mientras descolgaba el arco de su hombro, se colocaba una flecha entre los dientes y clavaba dos más en el suelo.

Dougall se perdió rápidamente en la oscuridad. Keillan cogió la flecha de su boca, la colocó sobre el arco y acarició la cuerda de lino encerada, a la espera de poder tensarla cuando tuviera un ángulo seguro para disparar.

—Muévete, bastardo —pidió Keillan en voz baja, con los ojos entrecerrados.

Aquel hombre se movió. Levantó a Jessica por el cabello y le asestó un golpe con el puño en el estómago que la hizo doblarse sobre sus rodillas y caer al suelo como un fardo. Luego, como si se supiera observado, se giró y miró hacia el límite del bosque.

Los ojos de Keillan se incendiaron en una furia asesina. Tensó la cuerda con todas sus fuerzas, enfocó la mortífera punta de cincel y disparó. La flecha voló cimbreada directa hacia su corazón. Antes de morir atravesado, Dougall lo agarró por el pelo como él había hecho con Jessica, empujó la cabeza sobre su hombro y le cortó la garganta con su *sgian-dubh* sin emitir un solo sonido.

Cormagh se acercó por la derecha y le amenazó con una espada. Dougall arrojó el cuerpo sin vida y miró a su izquierda. El otro hombre sujetaba a Jessica por la frente, con una daga justo bajo su barbilla. Dougall supo que estaba a punto de degollarla.

Una segunda flecha surcó el aire describiendo un arco perfecto. Atravesó su cuello limpiamente, y el puñal cayó a los pies de Jessica con un ruido sordo, como los estertores de su captor, que se retorció detrás de ella.

Dougall la miró a los ojos por un segundo, pero fue suficiente para que aquella espada lo hiriera en el costado.

Keillan salió del bosque como una bestia enfurecida, atravesó el prado en una carrera frenética y saltó la profunda hondonada que los separaba. Cuando lo tuvo a su alcance, Cormagh lo embistió con la espada en alto. Keillan se agachó con un movimiento felino, sacó su puñal y, girando su cuerpo desde el suelo, se lo hundió en el vientre hasta la empuñadura, empujándolo hacia arriba a medida que se ponía en pie. Cuando chocó contra el esternón, lo sacó de su pecho y lo derribó con un grito feroz, que se extendió como un eco de muerte por todo el valle.

XVIII

SALDAR UNA DEUDA

—Creí que querías hacer un prisionero. —Dougall apoyó la espalda sobre un tronco y se llevó la mano al vientre con una mueca de dolor.

—Ya te dije que no te iba a dejar la diversión a ti solo. ¿Estás herido? —preguntó Keillan, antes de caer de rodillas junto a Jessica.

—Solo un pinchazo. ¿Cómo está?

Keillan tensó los hombros y le respondió sin girarse.

—Esos desgraciados se han ensañado con ella, desearía que estuviesen vivos para darles una muerte más lenta.

Jessica yacía inconsciente, con la cabeza inclinada sobre el hombro. El labio inferior presentaba un profundo corte, y el pómulo izquierdo aparecía inflamado bajo una capa de sangre reseca. Los brazos laxos estaban llenos de moretones, y las muñecas, surcadas por una herida transversal en carne viva.

—Gracias, Keillan, me has salvado la vida.

—Estamos en paz, entonces —contestó este mirándolo a los ojos.

Dougall tuvo la impresión de que se refería a algo más que al saldo de esa deuda. Luego advirtió que su rostro se nublaba en un gesto de alarma.

—¿Qué ocurre?

—Está helada, y su pulso es muy débil —murmuró Keillan.

—Tenemos que llevarla a casa cuanto antes. Llamaré a Seabhag.

—No, no hay tiempo. Tiene los labios azules, si no entra pronto en calor,

puede ser fatal.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dougall con suspicacia, al ver a Keillan despojarse de su jubón.

—La abrigaré con mi cuerpo. Tú puedes alimentar el fuego, está a punto de apagarse.

—No, yo lo haré —replicó Dougall—. Tú puedes alimentar el fuego.

Keillan le ofreció una sonrisa torcida.

—En ese caso, será mejor que te quites también la camisa. Está empapada de sangre.

La madera resinosa crepitó cuando Keillan la arrojó sobre las brasas. La humedad era tan fuerte que las ramas mojadas solo prendieron unas tímidas llamas.

Keillan los contempló a través de los corpúsculos que estallaban elevándose en el aire y los celos le atacaron como una manada de lobos hambrientos.

Dougall tenía a Jessica entre sus brazos, aprisionándola contra su cuerpo, mientras le susurraba al oído tiernas palabras en gaélico.

Estaba en su derecho. Pronto sería su esposa, y él no había hecho nada para impedirlo. ¿Dónde estaban su orgullo y su sentido del honor, ahora que los necesitaba para no arrancarle la cabeza a su primo? Cuando Dougall deslizó la mano sobre sus senos, Keillan sintió un odio profundo e incontrolable y saltó hacia él empuñando su *sgian-dubh*.

—Apártate de ella. Ha perdido su *stiom*, pero no su virtud. Te guste o no, hasta el día que te la lleves a Querlane estará bajo mi protección.

Dougall le dirigió una mirada fría y sacudió la cabeza.

—Debí hacerlo. Apenas siento su latido, y todo gracias a ti.

Keillan dejó caer la daga y corrió hasta Jessica. La arrancó del lado de Dougall y, como hizo en la orilla del lago, intentó encontrar el sonido de su corazón.

—No puedo escucharlo —dijo apretando los labios. Después, cogió sus

manos y las masajó con fuerza, para continuar luego por los codos y los hombros.

—No está funcionando —declaró Dougall con una expresión sombría—. Quítate el maldito jubón, necesita más calor.

Keillan lo miró aturdido unos segundos, pero luego reconoció que él haría lo mismo si estuviera en su lugar. Se tragaría su dignidad y se atragantaría con los celos, porque era la vida de Jessica lo que estaba en juego.

Se sacó las mangas con rapidez, se tumbó junto a Jessica y pegó su torso desnudo a su espalda. La envolvió con el brazo derecho y, cogiéndole su mano, la levantó hacia él para infundirle su aliento, tan cerca de su boca que no pudo evitar besar sus dedos uno a uno. Empujó con sus piernas entre las suyas para despegarlas de los pliegues empapados de lodo de su falda. Al hacerlo, su cadera se clavó contra las voluptuosas curvas de su cuerpo y la piel le ardió bajo el tartán, como si todo el fuego del infierno se concentrase en sus poros, pugnando por derramarse sobre ella. Jessica se movió entonces y se curvó para acoplarse a él. Keillan respiraba a un ritmo acelerado y temió que pudiera perder el control de un momento a otro. Besó su cuello antes de separarse de ella y murmuró con dificultad:

—*A Dhia, cuidich mi*[6].

Dougall lo miró con las pupilas brillantes y el rostro encendido. Jessica descansaba la mejilla izquierda y la mano temblorosa sobre sus pectorales. El guerrero le apartó el pelo de la cara y habló con voz ronca.

—Es suficiente, Keillan. Su temperatura ya es normal.

«Al contrario que la mía», pensó este, preguntándose cuándo el hielo había adquirido la facultad de provocar semejante incendio.

Jessica se removió inquieta, se giró boca arriba y abrió sus ojos color turquesa, fríos y opacos, con la vista clavada en algún punto sobre su cabeza.

—Todo va bien, pequeña, estoy aquí —la consoló Dougall sin dejar de abrazarla.

Pero ella no lo oía. Comenzó a agitar las piernas y los brazos con violencia,

tratando de asirse a lo invisible mientras jadeaba como si le faltase el aire, como si se estuviese ahogando. Keillan vió con horror que realmente estaba asfixiándose.

—*Mo chridhe* —la llamó, mientras aflojaba los apretados cordones de su corpiño

Seguía llevando su talismán. A pesar de haberla humillado, lo guardaba sobre su corazón, oculto, solo para ella, no para provocarlo como la noche anterior. Keillan se inclinó para besarlo y sus labios rozaron su pecho. A su contacto, Jessica bajó los brazos y cayó en un plácido sueño. Keillan levantó la cabeza y se encontró con la mirada confundida de Dougall.

—¿Es tuyo? —dijo este señalando el medallón.

—Lo era. —Keillan se mordió los labios para no seguir hablando. Ella se había apropiado de mucho más que de aquel amuleto.

Dougall extendió un brazo y agarró a su primo por la muñeca.

—Keillan, hay algo que debes saber.

Jessica se agitó de repente e inspiró una intensa bocanada. Encontró las manos de los dos hombres y se aferró a ellas con fuerza. Después, igual que en su pesadilla, volvió a gritar aquel nombre.

—¿Quién diablos es Víctor? —preguntó Dougall, mirando a su primo con una ceja arqueada.

—No lo sé. —Keillan le clavó sus ojos oscuros—. Pero te puedo jurar que no será muy bien recibido si se le ocurre venir.

Escocia, mes de noviembre, en la actualidad.

—¡No puede habérsela tragado la tierra! —clamó Abby, tratando de enderezar el enorme folleto turístico que se obstinaba en caer doblado sobre su nariz.

—Si le ha ocurrido algo, no me lo perdonaré jamás —dijo Víctor con los dedos tensos sobre el volante, mientras conducía el coche de alquiler a través

de la autopista A-85, que unía Glasgow con la región de Argyll.

—¡Oh, hombres! —Abby puso los ojos en blanco—. ¿Por qué creéis que sois el ombligo del mundo? Esa bruja de pelo rojo es la culpable de todo. Además, eres tú quien tiene que consolarme a mí, no al revés.

—¿Porque tú la quieres más que yo? —preguntó Víctor con una mueca.

—Nada de eso. Es solo que debes ser más consecuente. Desde que salimos de Nueva York, me has llamado «pequeña» unas cincuenta veces, y me has pedido que sea «una niña buena» otras tantas. Lo que me convierte en la damisela en apuros y a ti en el caballero de brillante armadura, así que ahora no te quejes. —Abby lo miró por el rabillo del ojo. Víctor intentaba mostrarse fuerte, pero la sombra de desaliento que había en sus ojos se le clavó como una espina en el corazón.

Un sentimiento agri dulce la sacudió al darse cuenta de ello, pues era la primera vez en su vida que aquel músculo se manifestaba de otra manera que no fuese para bombear sangre.

—Muy bien, pequeña, sé entonces una niña buena y repite el nombre de ese sitio —se burló él cuando tomó la salida de la autopista—. No quiero pasarlo de largo y que me culpes por no querer preguntar. ¿No hacéis eso las mujeres?

—B-r-o-c-h M-i-a-d-h-a-i-l —deletreó Abby acercándose a él todo lo que el cinturón de seguridad le permitía—. ¿Lo tienes? Bien, me alegro —sentenció, antes de dejarse caer de nuevo en su asiento.

—Lo tengo. —Víctor rio—. Espero que no te hayas equivocado al anotar su mensaje, todos esos nombres gaélicos se parecen como dos gotas de agua.

—Tranquilo, aparece en este mapa. Por lo visto, es una antigua fortaleza del siglo XVI. Me sorprendió mucho cuando hablé con su propietario, un tal *laird* Ian MacArthur. No entiendo por qué Jess no se alojó en un hotel, hay un buen puñado de ellos repartidos a lo largo de todo el *loch*.

—¿Un lord? —preguntó Víctor sorprendido.

—No del tipo que imaginas. Según la Ley de Propiedad escocesa, solo significa que es el feliz dueño de una extensión de tierra. Por menos de

cincuenta dólares puedes comprar un metro cuadrado de terreno y convertirte en *laird* o lady Glencoe.

—Interesante, creo que es lo único que me faltaba. En Estados Unidos la gente se vuelve loca por los títulos. ¿Y ese tal *laird* MacArthur espera nuestra llegada?

—Sí. Y yo espero que nos explique muchas cosas —contestó Abby rotunda—. Hay algo muy raro en todo esto. Jess no conoce a nadie aquí, y jamás confiaría en extraños. No es propio de ella haber tomado una decisión tan impulsiva.

—Quizás no la conocíamos bien ninguno de los dos —afirmó Víctor.

—Quizás no la conocemos bien. No hables en pasado —le pidió Abby controlando las lágrimas.

Víctor la miró un instante, volvió la vista a la carretera y cogió su mano.

—No quería decir eso, de ningún modo. Jessica está viva, y te prometo que la vamos a encontrar, aunque tenga que registrar cada nombre impronunciable de ese mapa si es preciso, pero no descansaré hasta traerla de vuelta.

Abby asintió. Sus dedos la ciñeron con una presión cálida y voluntariosa. Había estado equivocada desde el principio. Ahora sabía que el problema no iba a ser confiar en él. Retiró su mano y bajó la ventanilla del coche. El aire frío la golpeó en el rostro.

—Jess es afortunada, lo es de verdad.

XIX

UN ASUNTO DE HONOR

Por suerte, los caballos no habían ido muy lejos. El bosque que rodeaba el Claro de las Hadas, sumido en una espesa niebla, no era un lugar seguro de noche. Aquellos nobles animales lo sabían, olieron el peligro y acudieron por sí solos al encuentro de sus amos.

—*Math a rinn thu, mo charaid*[7] —dijo Keillan, con su frente apoyada en la de Fitheach mientras le frotaba el cuello brillante por el sudor. Este emitió un sonido profundo desde su garganta y sacudiendo la testuz le dio ligeros empujones en la cara, como si pudiera entenderlo.

Keillan le respondió con unas palmadas y buscó en las alforjas una manta. Comprobó con decepción que el odre del whisky estaba vacío, al igual que la mirada de Jessica, hecha un ovillo al lado de Dougall y envuelta en su tartán.

—Ten —le dijo a este—. Creo que esto la ayudará más que tu sucia capa.

Dougall alzó la vista y cogió la manta sin contestarle. Presionando aún su herida, soltó una maldición en gaélico.

—No puedo abrirla con un solo brazo. —Keillan se la arrebató de las manos y se agachó junto a Jessica. Sus facciones tenían impresas un halo de confusión y temor. Seguramente, lo odiaba, y no podía culparla por ello.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella.

—Os atacaron. Dougall y yo os rescatamos de esos cobardes, ¿no lo

recordáis?

Jessica negó con la cabeza y se tocó las sienes con expresión dolorida.

—¿Quién es Dougall?

Los dos hombres se miraron a la vez. Pero Dougall desvió sus ojos y los clavó en la mujer que temblaba a su lado y que había estado a punto de perder para siempre.

—Yo soy Dougall, mi señora. Vuestro prometido.

Jessica lo contempló a través de la anaranjada luz de la fogata. Las débiles llamas treparon por aquellos cabellos dorados y alcanzaron sus ojos verdes, diáfanos y protectores, en los que se reflejó con un destello de reconocimiento.

—Dougall... Ibas a marcharte... pero yo no quería... perderos. Mis recuerdos están enredados, ¿por qué me ocurre esto?

—*Bheag agam*[8] —susurró Dougall—. *Estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte. No dejaré que nada ni nadie os haga daño.*

Keillan sabía que estaba hablando de él. Maldijo sus amenazas, se maldijo a sí mismo y maldijo a Jessica por olvidar tan pronto sus promesas. Y ahora le estaba negando con la mayor frialdad de la que era capaz. Si había conservado su regalo, sería solo para castigarlo.

—*Hay que moverse, Dougall* —dijo con voz impasible después de arrojar tierra sobre el fuego—. *Patrick estará preparando una partida para buscarnos. Coge a tu dama, parece ansiosa por que la llesves a casa.*

—*Espera, tenemos que deshacernos antes de algo* —indicó el rubio con un gesto, evitando a Jessica la visión de los tres cadáveres.

—*¡No! Se quedarán donde están para alimentar a las alimañas, si es que estas los quieren* —replicó Keillan a la vez que se colgaba el arco al hombro.

—*No sabemos quiénes son. ¿Y si vienen a buscarlos?*

—*Que vengan, entonces le harán compañía al hijo de Murray Campbell. Dougall lo miró incrédulo.*

—¿Has matado al hijo de ese asesino?

—Oí que se encontraba en Inverness cuando ocurrió todo, ahora dudo mucho que fuese cierto.

—Esto va a traer problemas —afirmó Dougall mientras ayudaba a Jessica a levantarse.

—Que así sea —dijo Keillan ya a lomos de Fitheach.

Jessica gritó de pronto. Dougall se había doblado por la cintura con la cabeza gacha.

—¿Necesitas ayuda, primo? —le preguntó Keillan sin bajar del caballo.

—No, no la necesito, pero tendrás que llevarla tú. —Dougall se incorporó con visible esfuerzo—. Si caigo, no me gustaría arrastrarla conmigo.

—Pero apenas podéis montar —protestó ella. A través de los resquicios de su quebrada memoria, la voz de aquel hombre rubio se filtraba pura y luminosa. Sabía que podía confiar en él y se resistía a abandonarlo —¿lo había hecho antes?— para ir con aquel otro que la observaba con una expresión fría y hostil.

—Estaré bien —la tranquilizó Dougall con una sonrisa—. Ahora, id con Keillan.

Jessica dudó un momento.

—Keillan... —repitió—. Lo siento, no puedo recordar.

Él movió la cabeza y le tendió la mano para ayudarla a montar.

—Soy el hermano del laird, nada más. —Se inclinó sobre ella, la agarró por la cintura y la sentó delante de él. Luego gritó «coisich», y la imagen de Dougall, de pie en el Claro de las Hadas, se fue haciendo cada vez más difusa, hasta que se perdió en la bruma.

El silencioso jinete parecía incómodo. No había pronunciado una sola palabra, y su brazo la rodeaba con una fuerza casi violenta. Jessica se armó de valor para hablarle.

—¿Por qué os buscaban esos hombres?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Keillan tras una pausa.

—Su jefe. Dijo que seguiríais mi rastro.

—¿Eso dijo? No tiene sentido. No soy nada de vos —afirmó él con rotundidad.

—Quería saber por qué llevo vuestro medallón, y yo también deseo saberlo.

Keillan dio un tirón a las riendas y frenó el caballo. La cogió de los hombros y la giró hacia sí.

—¿Es cierto lo que estáis diciendo o es otra de vuestras mentiras? Pensadlo bien porque, si solo intentáis torturarme, esta vez lo lamentaréis.

Sus ojos negros la taladraron con ira. Jessica se preguntó por qué no sentía miedo. Debería estar aterrada. Tenía la misma expresión que cuando lo vio hundir la daga en el vientre de aquel miserable. Pero detrás de esa tormenta, vio un cielo nocturno sereno y plagado de estrellas, que una vez habían brillado para ella. Luego lo traicionó y todas las luces se apagaron.

—Es la verdad. Quiso arrancármelo y yo le escupí a la cara. Entonces, me golpeó.

—Vamos a casa. Estáis temblando.

Él no volvió a dirigirle la palabra, pero su abrazo ya no era rudo ni su cuerpo evitaba su contacto.

Cuando cruzaron las puertas de Broch Miadhail, Keillan se envaró de nuevo, desmontó y la bajó del caballo con rapidez.

Patrick estaba en el patio de armas, en compañía de Angus y varios soldados a lomos de sus caballos listos para partir. Cuando el *laird* vio a su hermano, despidió a los guerreros y esperó a que llegara hasta él.

—¿En qué estabas pensando? —masculló entre dientes—. No vuelvas a desaparecer en medio de la noche sin decirme nada.

Keillan le sostuvo la mirada.

—Vete al infierno —le espetó por fin, y caminó hacia los establos llevando a Fitheach de las riendas.

—¡Maldita sea, soy tu *laird*! —rugió Patrick—. ¿Y dónde diablos está Dougall?

—Ahí tienes a su prometida. Pregúntale a ella.

Keillan traspasó la puerta de las caballerizas y se volvió hacia el patio. Jessica, descalza, se dirigía hacia la casa ayudada por Elspeth, que se deshacía en mimos y palabras de consuelo. Cómo deseaba tomarla en sus brazos una vez más, apartar a su doncella y elevarla sobre aquellas frías piedras del suelo para protegerla con todo su cuerpo y su corazón. Justo en ese momento, Patrick lo miró con gesto acusatorio y caminó hacia ellas. Pronto lo tendría encima para rendirle cuentas.

Keillan se derrumbó sobre una pila de heno y apoyó la cabeza en las ásperas tablas de la pared. La imagen de Jessica junto a Dougall se había grabado en su retina, y ni siquiera con los ojos cerrados podía desconjurarla. La había puesto en peligro al entregarle su amuleto. Murray Campbell lo codiciaba por alguna razón que él desconocía, desde el día en que acudió a la choza de la bruja y esta se lo entregó antes de morir. El mismo día que su padre y sus hermanos fueron asesinados. Él había sido el causante de aquello y, si ese día le hubiese ocurrido algo a Jessica, sería de nuevo por su culpa. Tenía que alejarse de ella, dejarla ser feliz con Dougall y olvidarla para siempre. Él sí sabría cómo protegerla, se la llevaría a Querlane, y cuanto antes aceptara que era su prerrogativa, antes dejaría de sentir el punzante dolor que lo atravesaba.

—¿Aún estás aquí? —le preguntó Patrick en tono conciliador.

—Si vienes a preguntarme por Dougall, no creo que tarde mucho. Está herido, pero eso no le impedirá reventar a Seabagh. Tiene un buen motivo para regresar.

—Dougall llegó justo después de ti —le informó Patrick sin ambages—. Llevas ahí sentado más de una hora.

—Entonces ya sabrás que hoy han muerto tres hombres —dijo Keillan poniéndose en pie.

—Angus se ha ocupado de eso. Esto tiene que acabar, Keillan, sabes que van a por ti, eres el único testigo de lo que pasó, y parece que no te importa lo

más mínimo. Deja que ella se vaya. No sabemos quién es, y no puedo pasar por alto que te has expuesto innecesariamente por su causa.

—Es la prometida de Dougall —declaró Keillan con una mueca—. Habría hecho lo mismo por cualquier dama de mi Casa.

—Me alegra saber que el bien del clan está entre tus prioridades. Tienes que darme ya una respuesta, Keillan —demandó Patrick, poniéndole la mano en el hombro—. El tiempo se acaba.

Keillan miró hacia abajo. Su hermano portaba el anillo del *laird* de Broch Miadhail, al igual que antes lo había hecho su padre. No había pedido ese honor, destinado a su hermano Finlay, ni esperaba esa carga, pero allí estaba, firme y sólido como una roca.

—Lady Elizabeth será una esposa tan buena como cualquier otra —dijo Keillan curvando la comisura de sus labios—. Tendrás la alianza que buscas.

—¿Estás seguro?

Keillan se soltó con una sacudida y recogió el arco del suelo.

—Hazlo pronto, quizás entremos en guerra. Uno de esos perros era el heredero de Auchinbreck.

Dougall se encaminó hacia el angosto pasillo que llevaba a las cocinas. Necesitaba unas pocas vendas, algunos puntos de sutura y mucho *whisky*. Se arrancó lo que quedaba de su camisa, se cubrió con el tartán y entró con la esperanza de llamar a la compasión de la señora Muckairn. La mujer estaba vertiendo en un cuenco el caldo humeante que extraía de un caldero de cobre puesto al fuego. El líquido casi transparente delataba la falta de carne. Bryden se había llevado casi todo el ganado y, del resto, solo unos pocos ejemplares serían sacrificados por San Martín. Al amanecer saldría de caza. Ahora él proveería para Jessica. Keillan tendría que dirigir las saetas de su arco y sus miradas hacia otro objetivo que no fuera su prometida. Y más le valía que no sorprendiese ninguna de las últimas, porque esta vez no lo dejaría pasar.

—¡Por San Andrés y todos los Apóstoles! ¿Vos también, muchacho?

La señora Muckairn dejó el tazón en la robusta mesa de madera y chasqueó la lengua.

—Keillan casi acaba con mi reserva de hierbas. ¿Es que siempre tenéis que seguir sus pasos?

Dougall se estremeció al sentir el roce ondulante de unos dedos sobre su espalda.

—Él sigue su propio camino. Me pregunto si sabe a dónde conduce.

Lady Elizabeth recorrió la marcada curvatura de sus brazos, continuó por el costado y se detuvo en los bordes sangrientos de la herida. Luego lo miró entornando sus ojos grises y le dedicó una sensual sonrisa.

— Lady Jessica es una dama afortunada si consigue que dos buenos hombres como vos y Keillan corran tras ella a la menor ocasión.

—Sin duda habláis por experiencia. ¿Es que añoráis aquellos días? —se burló Dougall.

La señora Muckairn soltó el cucharón con estrépito en el puchero, puso el tazón en una bandeja y caminó hacia la puerta con gesto huraño.

—Voy a llevar esta sopa caliente a vuestra prometida. No tardaré —añadió mirando a lady Elizabeth antes de salir.

Esta soltó una carcajada cristalina y vibrante como el sonido de unas campanillas y se acercó a la chimenea de piedra ennegrecida por el humo de la turba.

—Venid —dijo mientras retiraba un ramillete de lavanda de una pila de lienzos blancos colocados junto a la lumbre—. No tengo vocación de cirujano, pero puedo limpiaros el barro.

Dougall frunció el ceño y buscó una excusa para negarse. Al no encontrarla, echó hacia atrás la capa de su tartán, que quedó colgando del cinto hasta casi tocar el suelo, y fue a apoyarse contra el borde de la mesa.

—Podéis sentaros —le indicó la morena señalando un taburete.

—Prefiero estar de pie.

Lady Elizabeth elevó una ceja y se dispuso a poner agua a calentar. Luego, inspeccionó los potes de un estante hasta que identificó el aroma cítrico de la salvia. Arrojó un puñado al pequeño caldero y se volvió satisfecha hacia Dougall, que la vigilaba en un tenso silencio.

—Hay que esperar a que hierva. Mientras tanto, un poco de *whisky* servirá.

Derramó un generoso chorro sobre el paño y comenzó a deslizarlo con delicadeza por el amplio torso, arrastrando con movimientos circulares la sangre y la suciedad hasta llegar al duro contorno de su abdomen.

—No he olvidado, mi señor —le susurró—. Aún recuerdo el tacto de vuestra piel como si fuera ayer.

Dougall contempló sus labios carnosos y el brillo de sus frías pupilas.

—Os esperé toda la noche —dijo él—. Fui desleal a mi primo y a mi propia conciencia, y os reísteis de los dos. Vuestras palabras son veneno.

Lady Elizabeth hizo una mueca y bajó la vista. Algunos restos de tierra se habían quedado atrapados bajo el cinturón. Hundió una mano para retirarlos y se echó sobre Dougall.

—Y las vuestras son puro despecho —dijo ella como en un arrullo—, porque aún me deseáis. No creo nada sobre ese nuevo enamoramiento.

—No me importa lo que creáis. Apartaos de mí. Ahora.

—No, no quiero —gimió ella—. Tuve que hacerlo, no podía huir con vos sin más. Eso habría matado a mi padre y jamás me lo habría perdonado.

—Tampoco yo podía esperar el perdón de Keillan. Cada noche, después de dejar vuestro lecho, me engañaba al pensar que lo libraba de una desdicha mayor. Cumplisteis vuestra promesa con creces, mi señora. Lo dejasteis todo por lo único que amáis: la riqueza y la soberbia de quebrar la voluntad de un hombre a vuestro antojo. Apartaos o yo mismo lo haré.

—Me dijeron que podía encontrarte aquí —dijo Keillan a sus espaldas.

Dougall se tocó la frente con el dorso de la mano, dirigió a lady Elizabeth una mirada de advertencia y avanzó hacia su primo.

—Escucha, Keillan. Puedo explicarte...

—No es necesario —lo interrumpió este—. Al amanecer, en el Claro. No olvides tu espada.

XX

SECRETOS REVELADOS

*B*roch Miadhail, Escocia. En la actualidad.

Víctor se sacudió el agua del cabello y de su costoso abrigo color arena, que parecía haber cambiado de color durante el corto trayecto que había entre el coche, aparcado en una esquina del patio empedrado, y la puerta principal de la casa.

—Debiste traer un sencillo impermeable, tu elegancia te pasará factura — declaró Abby con un guiño, bajo la capucha de su gabardina comprada en Macy's.

—Tampoco contaba con que nuestros paraguas se doblaran como un origami. Ahora entiendo por qué no he visto ninguno desde que salimos del aeropuerto.

—Uhm, el viento. Muy observador. ¿Estás buscando un aldabón, o vas a gritar «Ah, del castillo»? —le preguntó ella, señalando un pequeño timbre oculto bajo la capa de hiedra que tapizaba la fachada.

Ambos se giraron cuando el enorme portón se abrió con un chirrido.

—Disculpen, siempre olvido engrasar estas viejas bisagras. Soy Ian Alexander MacArthur, *laird* de Broch Miadhail. Adelante, los estaba esperando.

Abby se acomodó junto a Víctor en uno de los dos amplios sofás de terciopelo verde enfrentados a la chimenea de la biblioteca.

Ian, sentado a su lado en un sillón con brazos y respaldo alto, les sirvió un té Earl Grey en dos tazas de delicada porcelana de Delft, decorada con sus distintivos tonos azules. Mientras Víctor conversaba con él sobre trivialidades como la inutilidad de los paraguas en las Highlands y la eficiencia de un buen aguacero escocés, Abby aprovechó para pasear la vista por la imponente sala.

Las paredes estaban cubiertas por paneles y molduras de satinado roble rojizo que se extendían hasta el techo de poca altura. Al fondo, una infinidad de volúmenes de todos los tamaños, encuadernados en cuero, descansaban en anaqueles sostenidos por pilares tallados con enrevesados motivos florales. A su izquierda, dos amplias hornacinas incrustadas en la madera albergaban un par de jarrones de inspiración china, probablemente una reproducción actual de la famosa dinastía Ming.

Sin embargo, al observar el impresionante mobiliario de estilo renacentista, cuyas formas esbeltas, pero compactas aparecían marcadas y oscurecidas por el paso del tiempo, tuvo la inquietante sospecha de que estaba ante verdaderas piezas de museo. Con una curiosidad irrefrenable, se levantó para estudiar de cerca una caja de metal cobrizo que reposaba en el estante central de la librería.

—¿Es un reloj de linterna original? —preguntó sobresaltando a los dos hombres—. Vi uno similar en el MET, y no parecía ni de lejos tan antiguo como este.

—Ha pertenecido a mi familia desde el siglo XVI —contestó Ian con naturalidad—. Creo que un antepasado lo trajo de Francia, y no se ha alterado desde entonces. Por desgracia, todos fueron modificados cuando aparecieron los primeros péndulos. Tiene la particularidad de que solo dispone de una manecilla, y el pequeño inconveniente de tener que darle cuerda cada treinta horas. Por lo demás, funciona a la perfección.

—Es extraordinario —afirmó Abby, admirando los timbres de sonería que

remataban la urna de bronce calado y el dial adornado con pequeñas flores de lis.

—No sabía que te interesara el arte y las antigüedades —dijo Víctor.

—En realidad, no sabes nada de mí —replicó ella torciendo el gesto.

—Debe perdonarme —intervino Ian dirigiéndose a Abby—. Había supuesto que este joven es su marido, o quizás su prometido.

Abby se quedó clavada en el sitio y acarició un retrato con el marco de plata mientras hacía lo mismo con semejante posibilidad.

—No, señor MacArthur —aclaró Víctor con demasiada rapidez—. Soy el prometido de Jessica. La señorita Parker es solo una amiga.

—Entiendo... —asintió Ian.

Víctor se inclinó hacia delante y juntó las yemas de los dedos dispuesto a interrogarlo cuando Abby se le adelantó.

—¿Y quién es este bebé tan hermoso? —dijo sosteniendo la foto de un niño recién nacido, en brazos de una sonriente pelirroja vestida con una blusa estampada de aire retro.

—Es mi hijo —dijo a sus espaldas la misma mujer, unos treinta años mayor que la de la imagen—. Soy Lilly MacArthur, espero que hayan tenido un viaje agradable —añadió con una sincera expresión de bienvenida.

—Lo habría sido en otras circunstancias —expresó Víctor con una sonrisa forzada—. Es un placer conocerla, señora MacArthur, pero hemos venido en busca de respuestas y no nos marcharemos sin ellas.

Un pesado silencio cayó como una losa sobre la estancia. Abby se volvió y captó una mirada de cautela entre la pareja.

—La policía cree que naufragó —dijo Abby devolviendo la foto a su estante—. Pero su bote no ha aparecido, y hay muchos islotes a los que pudo llegar y ponerse a salvo. Incluso podría haber alcanzado la orilla de Innis Chonnel antes de que estallara la tormenta, no hay tanta distancia. Quizás esté herida y desorientada, sé que Jessica no ha muerto, y nadie va a convencerme de lo contrario —concluyó con voz firme.

—Continuarán rastreando unos días más, pero toda búsqueda suele ser inútil en estos casos —sentenció Ian con el rostro sombrío—. Tienen que prepararse para lo peor...

Víctor se puso en pie y acudió junto a Abby, que lo llamó con gesto implorante. La cogió de la mano con fuerza y contestó al escocés sin inmutarse.

—No sabe de lo que está hablando. Usted no ha perdido a nadie, así que le ruego que se guarde su opinión en una de esas malditas bolsa de piel de tejón o donde le quepa.

Lilly reprimió un sollozo y miró a su marido con una mezcla de súplica y determinación.

—No lo hagas, Lilly —le advirtió este desde su asiento.

—No voy a escucharte, Ian, ya he esperado demasiado. Lo haré, con tu beneplácito o sin él.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó Víctor—. Explíquense o llamaré a la policía ahora mismo.

—Está equivocado, señor Abbot —dijo Lilly con serenidad—. Nuestro hijo desapareció en el lago hace veintiséis años. Sabemos muy bien de lo que estamos hablando.

—Siéntense, por favor —pidió Ian, frunciendo el ceño sobre sus ojos oscuros—. Se lo contaré todo.

—¿Cómo se llamaba su hijo, señora MacArthur? —Quiso saber Abby.

—Se llama Keillan, señorita Parker. Creemos que está vivo, y tenemos motivos para pensar que también lo está su amiga.

Broch Miadhail, año de Nuestro Señor de 1567

Keillan, tumbado en su lecho, alzó el brazo y dejó caer la mano sobre su frente. No había conseguido conciliar el sueño, y pronto amanecería. Echó a un lado las mantas y se sentó al borde de la cama. Estaba desnudo, pero no

sentía frío.

El fuego de la chimenea había ardido durante toda la noche, al igual que la cólera de sus pensamientos hacia su primo. Ahora solo quedaban unos rescoldos latentes y retorcidos, pero sabía que, en cuanto los removiera, volverían a prender aún con más fuerza. En unas horas se reuniría con él y le haría pagar por todas sus afrentas. Había recibido una estocada, pero su propia herida era bastante peor, y todavía podía abrirse de nuevo. Odiaría luchar con Dougall si este estuviese en inferioridad de condiciones.

Buscó su camisa de lino y la halló en el suelo junto a una botella de vidrio en la que, con un poco de suerte, quedaría algo de *whisky*. Se agachó para cogerla, la apuró de un trago y se vistió con la sensación de que un martillo le golpeaba la cabeza.

Vertió agua helada en una jofaina y sumergió la cara unos segundos. Luego se secó con un lienzo, preguntándose por qué su madre habría ordenado a Angus que le cortase el cabello mientras estaba inconsciente. Si se trataba de una superstición pagana, podía esperarlo de él, pero nunca de ella.

Apartó a un lado la idea y se dispuso a plegar en el suelo las cinco yardas de lana de su tartán. Se arrodilló sobre la tela dejando el borde a la altura de sus tobillos y comenzó a plisarla formando pequeños dobleces de unas seis pulgadas. Calculó la medida para que el otro extremo quedara también sin fruncir. Pasó el cinto por debajo a la altura de las rodillas y, tumbándose encima, se tapó primero con la parte derecha sobrante y por último con la izquierda. Después se ajustó el cinturón y finalmente se levantó para sujetar la capa exterior de su *féileadh-mór* con una hebilla de plata sobre el pecho.

Hacía solo dos días que había envuelto a Jessica con aquel tartán y ya le parecía una eternidad. No entendía la magnitud de sus sentimientos por ella. Algo se apoderó de él el primer día que la vio, cubierta de flores en el fondo de aquel bote que flotaba a la deriva, inerte y hermosa como una antigua diosa de mármol encontrada después de siglos de olvido.

Cuando ella abrió sus ojos en la orilla, a él no le habría importado que lo

arrastrase dentro de aquel abismo de azul oscuridad. Aunque viajaba hacia la muerte, por un instante, sus almas se habían cruzado, y él se llevaría al infierno ese recuerdo imposible. Pero todo había sido producto de su imaginación, un engaño producto de la pérdida de sangre. Ella se había entregado a él como antes lo habían hecho muchas otras, y lo había traicionado como lo había hecho una sola.

Ahora se debía a su clan. Su corazón lo mantendría en pie el tiempo suficiente para salvarlo del peligro al que él mismo lo había expuesto. Lo que ocurriera después lo tenía sin cuidado, pero no viviría sin honor, pues era lo único que le quedaba. Y Dougall sería el primero en saberlo.

Se colocó la espada con su funda sobre la espalda para poder cabalgar sin estorbo. Se inclinó ante el crucifijo de ébano y plata colgado en un nicho de la pared y murmuró una oración.

Cuando entró en las caballerizas, Dougall le salió al paso.

—¿Por qué has venido? Aún es temprano —dijo Keillan.

—Tenemos que hablar.

Keillan lo miró con desprecio.

—¿Dónde está tu espada?

—No voy a luchar contigo, Keillan. Merezco que me odies, incluso que me atraveses como a un lechón, pero debes escucharme.

—No estás en condiciones de pedirme nada. Ve por un arma. Si Rodric nos sorprende, entonces tendré que esperar a mañana. ¿O es eso lo que estás buscando?

—Me mintió —explicó Dougall caminando hacia él—. Juró que me amaba y que jamás sería tu esposa. Fui un egoísta por pensar que así tendrías la oportunidad de ser feliz tú también, y un estúpido por caer en su lazo. No podía escapar, y sabe Dios que lo intenté.

—Así que debo estarte agradecido —resopló Keillan.

—Quise decírtelo, pero me rogó que la dejara romper el compromiso sin hacerte sufrir con la verdad. Nos engañó a los dos, pero yo sí lo merecía.

Keillan se descolgó del hombro la espada con su funda y la arrojó al suelo.

—En guardia, Dougall —dijo sacando su *sgian-dubh* de la bota—. No es necesario que vayamos al bosque. Será solo un minuto.

—No es por Elizabeth todo esto. Se trata de Jessica, ¿verdad? —afirmó Dougall sin moverse del sitio.

—Coge tu puñal. —Keillan avanzó con el suyo en la mano.

—¿Por qué no lo aceptas? Ni siquiera te recuerda, no me obligues a luchar por ella, porque lo haré. —Dougall sacó entonces el arma y apuntó la afilada hoja en su dirección.

Keillan tensó los músculos de su cuello, gritó una maldición en gaélico y se lanzó contra él sin darle tiempo a esquivar el ataque. Un profundo corte en el brazo hizo que Dougall soltara la daga como acto reflejo.

—Cógela —clamó Keillan entre dientes—. No debiste meter a Jessica en esto. ¡Cógela!

Dougall se agachó para coger el arma. Cuando su primo esperaba que se alzara con ella, lo embistió con todo el peso de su cuerpo.

Ambos cayeron y rodaron bajo los cascos de Fitheach, que se levantó sobre sus patas traseras, asustado por los gritos y resuellos de los dos hombres. Keillan giró con un impulso y empujó a Dougall fuera del cubículo, le inmovilizó el brazo sano y le clavó la punta del *sgian-dubh* en su yugular.

—Dame una sola razón para perdonarte la vida —masculló Keillan con el rostro desencajado.

—No voy a rogarte —lo desafió Dougall con la cabeza echada hacia atrás—. Haz lo que quieras, pero no me tortures con tus diatribas.

Keillan bajó la frente para limpiarse el sudor sobre la mano que sujetaba la daga.

—Está bien, yo te daré un motivo. No vuelvas a acercarte a Elizabeth. Ni la mires siquiera. Dame tu palabra, aunque no valga nada.

—Puedes engañarte a ti mismo, pero no lo intentes conmigo —le advirtió Dougall—. No es a esa páfida a quien tratas de proteger, sino a Jessica.

Crees que, porque a ti te traicioné, voy a hacer lo mismo con ella.

—Dame tu palabra antes de que me arrepienta. —Keillan aumentó la presión del puñal.

—La tienes si antes me das la tuya. Jessica es mi prometida, espero que no lo olvides.

Dougall aprovechó la conmoción que causaron sus palabras para intentar zafarse apoyándose sobre el codo. Pero Keillan reaccionó a su movimiento y le estrelló el puño en la cara.

—*Taing dhut*[9] —*farfulló Dougall escupiendo un hilillo de sangre—*.
Solo tienes que decir «de acuerdo» y habremos terminado.

Keillan se apartó de él, jadeante, y lo miró con expresión de derrota.

—*Tenemos un acuerdo, primo.*

XXI

GUARDAR LAS APARIENCIAS

Keillan y Dougall descansaron un instante, ocultos bajo las sombras del establo. El sol saldría pronto, pero una vez más, se desvanecería ahogado por las negras nubes que ya habían comenzado a descargar una fina lluvia sobre el valle.

Keillan miró el cielo oscuro a través de las estrechas claraboyas de la pared de piedra, y pensó que era un certero presagio para ese día. Había jurado a su primo que no se interpondría entre él y Jessica y, al mismo tiempo, había conseguido asegurar el futuro de su clan, arrancándole a él la misma promesa respecto a Elizabeth. Eso era lo único que le importaba. Sepultaría las palabras de Dougall en el fondo de su corazón, junto a la esperanza. Jessica se marcharía con él, serían felices y, si Dios lo ayudaba, no tendría que ser testigo de ello.

—Alguien viene —dijo Dougall mientras guardaba su *sgian-dubh* y advertía a Keillan con un gesto que hiciera lo mismo.

—Creo que es Rodric. Confío en él, no hay de qué preocuparse.

—No estaría tan seguro. Parece que ha traído a una *lassie* —añadió Dougall, al ver que el recién llegado les daba la espalda para recibir un apasionado beso de una silueta con larga cabellera pelirroja.

—Movámonos, antes de que comience a mostrarle a Elspeth las virtudes de un semental de las Highlands —declaró Keillan impaciente.

—Espera —dijo Dougall con voz estrangulada.

Rodric había dado un paso atrás. Un hermoso muchacho de unos veinte años, vestido con un tartán de Querlane, estaba parado frente a este con una sonrisa traviesa.

Dougall empuñó la daga y se puso en pie.

—¿Qué vas a hacer? —Keillan se levantó con rapidez y le sujetó por el brazo.

—Le ordené a ese bastardo que se quedara en Querlane. Ahora tengo doble motivo para arrancarle las entrañas.

—Déjalo en paz. Es tu hermano, Dougall.

—Pero el otro no es nada mío, y va a pagar por los dos.

Dougall se soltó de un tirón y avanzó hacia ellos con los puños apretados. Rodric se giró sorprendido al escuchar el sonido de sus pasos. El pelirrojo, que lo había visto acercarse, levantó la barbilla y desenfundó su espada.

—No des un paso más, te lo advierto.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí?

Patrick estaba parado detrás de Rodric, seguido de un grupo de soldados.

—Es solo un entrenamiento que se nos ha ido de las manos —explicó Keillan situándose junto a Dougall.

—Pues parece que no habéis salido muy bien parados —manifestó Patrick al reparar en el lamentable estado de ambos—. Guardad vuestras fuerzas para los Campbell. Una comitiva viene hacia aquí.

—Ya era hora —dijo Keillan con los ojos brillantes de excitación—. Salgamos a darles la bienvenida que se merecen.

—Tú no irás a ninguna parte —le ordenó el *laird*.

—Opino lo mismo —intervino Dougall—. Cuando empiece a correr la sangre, aprovecharán la mínima distracción para ir a por él. Es imposible proteger a alguien todo el tiempo —añadió sin apartar la vista de Rodric.

—Nadie te ha preguntado, Dougall —le contestó Keillan, mientras se cruzaba la funda con la espada sobre el pecho y la echaba hacia atrás—. No

volverán a cogermme por sorpresa. Ni a mí ni a ninguno de los míos —le advirtió con una amenaza velada.

—Estoy con él —dijo el pelirrojo—. No tienes ningún derecho a opinar, hermanito.

—Cierra tu boca, Ewan —masculló Dougall—. Ya la has abierto bastante por hoy.

—No estás en Querlane, Dougall, deberías recordarlo —dijo Rodric adelantándose.

—Y da gracias por ello, o no verías la luz del día.

—¡Basta! —gritó Patrick—. Vine a pedirlos que mantengáis la calma, no quiero una guerra abierta ahí fuera con los Campbell, y la encuentro entre los muros de mi propia casa.

Angus entró en ese momento y clavó sus ojos en Keillan.

—Murray Campbell ha enviado un emisario. Tiene a Bryden y quiere hacer un canje.

—Ese sucio canalla —escupió Patrick—. Está loco si cree que voy a entregarle a mi hermano.

—Puede que él sí desee esa guerra —dijo Keillan—. Y yo digo que no debemos defraudarlo.

—No es a ti a quien quiere, Keillan. No es tan estúpido —dijo Angus.

—No lo entiendo —dijo Keillan.

—Habla, Angus —exigió Patrick—. ¿Qué es lo que quiere Murray?

—A lady Jessica.

Dougall sacudió su cabeza en una enérgica negación.

—¿Qué tiene ese maldito que ver con ella?

—Es un mal asunto, Patrick, quizás deberíamos hablar en privado —aconsejó Angus.

Patrick lo miró con gesto cansado.

—Dougall, Keillan, venid conmigo. Rodric, no me importa cómo lo hagas, pero entretén a esos bastardos todo el tiempo posible.

Keillan, sentado en un extremo de la mesa del Gran Salón, observaba a Dougall, rojo de ira, enfrentarse a su hermano.

—Me da igual lo que diga Murray, es imposible. Cuando la encontramos llevaba nuestro tartán, no los malditos colores de los Campbell.

—Si acude al conde de Argyll antes de que podamos reunir las pruebas contra él, Su Gracia creerá que lo acusamos por venganza —dijo Patrick—. Y no voy a dejar que el asesinato de mi familia quede impune por una muchacha que ni ella misma sabe quién es.

—¡No es una Campbell! —clamó Dougall—. Y mataré a quien se atreva a afirmarlo.

—No hay otra opción, no puedo retenerla —sentenció Patrick sosteniéndole la mirada.

—Sí hay otra opción —dijo Keillan—. Que se case con Dougall, hoy mismo. Si la lleva a Querlane como su esposa, ya no podrán reclamarla.

—¿Es eso cierto? —preguntó Dougall.

—Más bien lo empeoraría todo —contestó Angus—. Lo acusarían de raptó y a nosotros de encubrimiento. Lady Jessica no puede salir de Argyll en tanto no se aclare su situación.

Patrick se sirvió un vaso de *whisky* y contempló pensativo el líquido de color ámbar.

—Tenemos que evitar la guerra o que nos lleve a juicio. Hay que buscarle un marido, y tendrá que ser un MacArthur de Tirivadich.

—No lo permitiré —declaró Dougall encarándose a él.

—Por lo que a mí respecta, lady Jessica pertenece a mi Casa, no a la de Querlane.

—¿Acaso la quieres para ti? —le acusó Dougall.

—Ten cuidado, Dougall, no sabes lo que dices —advirtió Patrick—. No puedo casarme con ella porque soy el *laird*. Si algo saliera mal, involucraría a todo el clan. Pero tampoco puedo entregarla a cualquiera, es demasiado peligroso.

—Yo lo haré. Yo me casaré con ella.

Patrick miró a su hermano sin evidenciar sorpresa. Angus sufrió un ataque de tos y Dougall se quedó pálido como la cera.

—No estás hablando en serio —articuló este.

—No la tocaré, primo. Puedes estar seguro. Hablo de un matrimonio a prueba. Tiene validez legal durante un año y un día. Tiempo de sobra para que podamos llevar a Murray Campbell ante el conde de Argyll.

—No es tan fácil, Keillan —alegó Angus—. Aunque los Campbell tarden un año en descubrir que no has consumado el matrimonio, deberás guardar las apariencias. Ya sabes a qué me refiero.

—¡Sí, yo también —rugió Dougall—, y no permitiré que duermas bajo su mismo techo!

—Hay otra posibilidad —terció Angus—, un acuerdo por el que un hombre rico ofrece su protección a una mujer sin recursos, pero sería tentar a la suerte.

—Eso no nos sirve —dijo Patrick revolviéndose en su asiento—. No podemos correr ningún riesgo. Está decidido.

Dougall rio incrédulo. Fue hacia Patrick, lo rodeó por detrás para coger la botella de *whisky*, y se sentó a la mesa junto a Keillan con el rostro abatido.

—¿Y qué hay de lady Elizabeth? ¿Y de nuestro acuerdo?

—Tengo que vengar a mi familia. Lo demás sigue en pie.

Dougall curvó sus labios en un remedo de sonrisa y bebió un largo trago de la botella.

—Si me traicionas, te mataré.

Rodric salió al encuentro de Patrick cuando este apareció en el patio de armas acompañado de los demás hombres. La lluvia, igual que una muchacha caprichosa, había desaparecido de repente, dejando solo unas pocas huellas en las ropas del soldado y algunos charcos dispersos.

—Murray Campbell está ahí fuera, quiere una audiencia —le informó al

llegar al portón.

—No atravesará estos muros —masculló Keillan.

—¿Qué opinas, Angus? ¿Crees que sospecha algo? —preguntó Patrick.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Además, tenemos que negociar un rescate, aunque me temo que va a ser una fuerte suma.

—¿Cuánto podemos ofrecerle? Sin el dinero de la venta del ganado, nuestras arcas están casi vacías.

—No se conformará con menos de las rentas de un año.

—No podemos afrontar ese pago —declaró Patrick con impaciencia.

—¿Por qué pagar con libras? —preguntó Dougall—. Hagámoslo con la misma moneda, el robo y el secuestro. No será difícil, y al menos obtendremos algo de diversión.

—Olvidalo, Dougall —respondió Keillan—. Solo conseguiremos que nos denuncie. Hay otra forma de conseguir el dinero. Es más cara, pero más segura.

—¿Un préstamo? Nadie nos dará un chelín —afirmó Patrick—. Murray correrá la voz de que lo hemos perdido todo. Las cosechas se han agostado en los últimos años y nuestros arrendatarios están aún más necesitados que su *laird*.

—Hay alguien —dijo Keillan—. Lo conocí en Francia y viajó conmigo desde Calais. Abraham Ben David.

—Un judío... Solo a Keillan se le podía ocurrir algo así —manifestó Dougall.

—Ya lo pensaremos más tarde —zanjó Patrick—, ahora, abrid el portón. Y vosotros dos —añadió mirando a Dougall y Keillan—, mucho cuidado con lo que decís.

—Hay algo más —dijo Rodrick—. Quiere ver a lady Jessica.

—Dios nos asista. —Patrick reflexionó unos segundos y luego se dirigió a Angus—. Prepárate, tienes que officiar una ceremonia.

Todos se volvieron hacia Dougall. Este desenfundó su daga y avanzó hacia

Keillan con paso decidido.

—Úsala para el rito de la sangre, que sea tu testigo. Yo no voy a serlo.

Keillan tensó la mandíbula y asintió con la cabeza. Cogió el *sgian-dubh* y le dio la espalda. Frente a él, las puertas de la casa estaban abiertas de par en par. Las atravesó preguntándose qué le esperaba al otro lado. El comienzo del fin, o simplemente un comienzo.

XXII

TIENES MI BENDICIÓN

Keillan subió las escaleras como si llevara el peso del mundo encima. Todo se estaba desmoronando a su alrededor, y a él le había tocado sujetar sus cimientos.

No estaba preparado para esa carga, pero tenía que hacerlo. Si Murray se atrevía a reclamar a Jessica, debía de tener un buen motivo. Pero solo cabían dos posibilidades, y ambas representaban un problema. O estaba mintiendo, o en realidad era una Campbell. Angus le había advertido de sus engaños y, sin embargo, ahora iba a unirlos él mismo con un juramento. Pues bien, él también sería capaz de cumplir su parte.

Cuando llegó hasta la puerta de Jessica, la golpeó con decisión por dos veces.

A través de la recia madera, creyó escuchar unos gemidos seguidos de un pesado silencio. La hoja se abrió por fin y Jessica apareció ante él, pálida y con los ojos enrojecidos. Lo miró fijamente y dijo su nombre en un susurro.

Keillan no pudo evitar tocarla.

—No lloréis, por favor —dijo alzándole la barbilla.

Jessica se zafó de un manotazo y dio un paso atrás.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿No querías que recordase? Pues te diré algo que no sabes. Fui a buscarte, pero estabas con ella, y ahora preferiría olvidarlo todo.

Keillan se puso rígido. A través de sus palabras, duras y extrañas, supo que sentía celos por él. Luchó contra el impulso de besarla para hacerla callar y así amordazar su propio corazón. Se concentró en sus ojos, que encerraban todas las perfecciones del mundo. Más tarde, cogería una pluma para descargar sobre el papel todo lo que no podía confesarle. Pero era ella quien tenía que dar algunas explicaciones.

—El *laird* de Auchinbreck está aquí. Quiere llevaros con él y vais a decirme por qué.

Jessica se cogió los codos y lo miró con calma.

—Un soldado llegó al bosque. El hombre rubio lo envió de vuelta con un mensaje. Dijo que tenían que saberlo en Auchinbreck.

Keillan movió la cabeza con suspicacia.

—¿Que habían encontrado a su pariente, o a su espía?

Jessica agarró el cordón del amuleto y se lo arrancó para arrojárselo a la cara.

—Sus palabras exactas fueron «he encontrado a la bruja». Dejad que me vaya si lo deseáis —dijo sobreponiéndose—. Al menos, él me acusa sin conocerme.

Keillan atrapó el medallón y retrocedió hacia la puerta.

—Llamad a vuestra doncella. Tiene que ayudaros a vestiros.

—¿Vais a entregarme a él?

—No, mi señora, siento no poder complaceros. Vais a casaros conmigo.

Angus hizo una mueca cuando Keillan se reunió con él en la capilla.

—No pareces un novio demasiado feliz. Pensándolo mejor, ni siquiera pareces un novio —declaró al observar su desastrada indumentaria.

—No es a ti a quien hay que convencer, sino a los Campbell. Firmaremos el contrato y seguiremos adelante con nuestro plan. Ya sabes para qué estamos aquí.

—¿Y lady Jessica? ¿Lo sabe? Si está conforme, puede que aún sea peor de lo que imaginaba.

Keillan negó con un gesto y rio con desgana.

—No, Angus, no puedes imaginarlo.

Elsbeth y la señora Muckairn encontraron a Jessica mirando a través de los cristales opacos de la ventana.

—Es un día hermoso, ha salido el sol —dijo esta como si observara el paisaje de un cuadro, irreal y lejano.

—Rápido, mi señora, el *laird* está furioso. Apenas tenemos tiempo para prepararos debidamente —se lamentó el ama de llaves, mientras depositaba en el suelo un balde con agua caliente y hojas de tomillo, y se agachaba para descalzarla.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Jessica confundida.

—Por mucha prisa que tengamos, no os enviaré sin alejar antes la mala suerte. Allá donde os lleven vuestros pasos, que sea un camino de felicidad. El pasado y todas sus tristezas quedarán en el agua —afirmó la mujer con convicción—. Y debe hacerlo una mujer casada, así que dejad que lave vuestros pies.

Jessica miró a Elspeth. La muchacha parecía que iba a estallar de alegría. En sus brazos llevaba un vestido de seda de color blanco, con incrustaciones de minúsculas perlas y brocado de plata.

—Estaba con lady Janet cuando Keillan entró para darle la noticia. Mi señora me mandó que os trajera enseguida su propio vestido de bodas. Yo misma he limpiado el metal con alumbre. Luciréis como una estrella —explicó orgullosa, a la vez que depositaba el traje sobre la cama—. Habéis hecho bien en aceptarlo. Dougall no os merecía —añadió con el ceño fruncido.

—Dougall —repitió Jessica—. Tengo que explicarle lo ocurrido, tiene que saber...

—No tenéis que explicarle nada, muchacha —intervino la señora Muckairn—. No me gustan los cotilleos, pero a quien Dougall merece es a esa hipócrita de lady Elizabeth y, por favor, no me preguntéis por qué.

Jessica iba a hacer precisamente eso cuando Elspeth cogió los bordes de su *chèmise* y la alzó sobre su cabeza.

—No penséis más, lady Jessica. Hoy es el día de vuestra boda y nada va a estropearlo. Keillan os espera. Es lo único que importa.

El padre Stewart llegó sin aliento y con la estola ladeada sobre sus delgados hombros.

—¡Esto es de lo más irregular! —exclamó sentándose sobre un banco con las manos en las rodillas y los ojillos exaltados fijos en Keillan—. Si no fuera por el aprecio que tengo a vuestra madre y el recuerdo de vuestro padre, no me prestaría a estos manejos.

—Habéis olvidado mencionar el miedo a nuestro *laird* —apuntó Angus.

—¿Qué hacéis aquí, padre? —preguntó Keillan.

—El *laird* no tiene nada que ver —dijo el capellán dirigiéndose a Keillan—. Lady Janet me envió a la iglesia parroquial a colgar la proclama de esta boda, y tal proclama tiene fecha de quince de octubre, ¿lo entendéis?

Keillan lo miró incrédulo.

—¿Mi madre os ha pedido que oficiéis mi casamiento?

—Eso es lo que ha hecho, ¡y sin esperar los tres domingos reglamentarios! Me juró sobre la *Biblia* que es una cuestión de extrema importancia, que el futuro del clan está en juego... ¿qué otra cosa podía hacer?

Keillan se volvió hacia Angus y siguió la dirección de su mirada.

—Ya viene —dijo este—. Y debo admitir que nunca vi una novia tan hermosa.

Estaba parada bajo el umbral acompañada de Ewan. Su visión actuó en él como una fuerza de la naturaleza, arrastrándolo igual que una cascada después

de romper un dique. Cuando Jessica lo miró a los ojos, Keillan supo que estaba perdido. Arrancó una tira de tartán del borde de su capa y caminó hacia ella en medio de un silencio sepulcral.

—¿Por qué no suenan las gaitas, Ewan? —preguntó Keillan—. Avisa a Alec.

Ewan le contestó con un guiño, besó la mano de la novia y corrió a cumplir la orden.

Jessica pensó que iba a desfallecer, pero Keillan la sostuvo con su mirada. Entonces se acercó a ella y anudó la banda de lana en su cintura.

—Este es el símbolo de nuestro clan. Sois una MacArthur, no lo olvidéis.

Jessica asintió con un nudo en la garganta y Angus carraspeó a sus espaldas.

—Ya que no podemos contar con el padre ni con el *laird*, creo que yo debo entregar a esta dama. ¿Me hacéis el honor, mi señora?

Jessica dudó un momento, pero Keillan movió la cabeza en señal de acuerdo y la animó con esa sonrisa que ya creía que no iba a volver a ver jamás. Luego se despidió de ella con una breve inclinación y caminó a grandes pasos hacia el padre Stewart para decirle algo al oído.

El quejido de una gaita reverberó entre los muros de piedra. Elspeth apareció con un ramillete de flores de brezo y se lo entregó a su señora.

—*Mi a 'guidhe ort a dùrachd*[10]—le dijo la muchacha con devoción.

Angus tiró de Jessica sin darle tiempo a responder y la condujo por el pasillo hasta el altar. A punto de llegar, le habló con voz helada.

—Él os ha dado su nombre antes de la ceremonia. Si le hacéis daño, yo mismo os devolveré a los Campbell y, creedme, será para celebrar otra muy distinta.

Angus la liberó por fin y Jessica comenzó a temblar como una hoja. Keillan, de pie a su izquierda, parecía igual de nervioso. Pero él no le ocultaba ningún secreto, ni había sido egoísta como ella. No le había mentado ni se había aprovechado de su posición o de sus sentimientos para conseguir ningún fin. Y ahora estaba aquí, arriesgándolo todo por una mentira, tan noble y hermoso

que le dolía el corazón. Tan inocente y digno de ser amado que sintió que no lo merecía.

—No tenéis nada que temer. Nunca más —le dijo Keillan sonriéndole de nuevo. A su lado, la amenaza de Angus se diluyó como el agua entre las rocas, y Jessica solo pudo devolverle el gesto.

Ewan ocupó el lugar de los testigos junto a Angus. El padre Stewart se removió con impaciencia y le hizo una señal al gaitero. Luego estiró el cuello como si fuera una tortuga y se dirigió a Jessica con una expresión beatífica.

—Estáis muy bella, mi señora.

—¿Podemos empezar de una vez? —preguntó Angus—. El tiempo apremia.

—Por supuesto, por supuesto... —respondió el sacerdote volviendo a encoger el cuello—. Estamos hoy aquí para unir en santo matrimonio a Keillan MacArthur de Tirivadich y a... ¿cómo se llama la novia?

Keillan la miró y contestó en tono enérgico.

— Lady Jessica MacArthur de Tirivadich.

A partir de ese instante, a Jessica le pareció que todo comenzaba a desdibujarse como si flotara en una nube. Las palabras del padre Stewart resonaban huecas y sin sentido, aunque tuvo la vaga percepción de que no estaba utilizando el latín. De pronto, oyó una voz que la llamaba en gaélico. Keillan esperaba su respuesta mostrándole la palma de su mano derecha abierta. Ella puso la suya encima y él la envolvió con una suave presión.

—Yo te tomo, Jessica, por esposa, para amarte y protegerte, desde este día en adelante, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida, según la santa ordenanza de Dios.

Jessica repitió la fórmula sin reconocer su propia voz.

Cuando terminó, Keillan soltó su mano, se quitó un anillo de oro con un pequeño rubí y deslizó la sortija en su dedo anular. Era demasiado grande, y ella tuvo que arquear los dedos hacia arriba para que no cayera al suelo.

Angus se adelantó y le ofreció a Jessica otro anillo. Ahora era su turno. Lo

introdujo en el dedo de Keillan y se ajustó perfectamente. El padre Stewart siguió con la ceremonia, hasta que terminó con el consabido «puedes besar a la novia».

Keillan se aproximó a ella y acarició un mechón de sus cabellos, que corrían libres bajo una diadema de rosas de Sharon. Luego la besó rozándole apenas los labios.

—¿Podréis perdonarme? —le preguntó apoyando su frente en la suya—. Por todo el daño que os he hecho...

Jessica recordó el golpe en el estómago que recibió en el bosque. No fue tan doloroso como lo que acababa de escuchar. ¿Por qué le pedía perdón? Era ella quien tenía que suplicarle.

—No tengo nada que perdonaros —logró responder.

El rostro de Keillan se iluminó y se apartó a un lado sin soltarla.

—Será rápido —le prometió, dejando que Angus tomara la mano de Jessica. Este hundió la punta de una daga en su piel y unas pequeñas gotas de sangre afloraron a la superficie. Después desató la tira de tartán de la cintura de Jessica y unió su mano con la de Keillan, muñeca contra muñeca, envolviéndolas con varias vueltas de la banda de color verde y negro. Cuando solo quedó un cabo, lo anudó con un fuerte lazo.

—Esto se suele recitar en gaélico, pero sé que no lo recordáis —dijo Keillan dirigiéndose a Jessica—. Quiero estar seguro de que entendéis cada una de las palabras que voy a pronunciar.

Ella respiró con dificultad y le hizo una señal para indicar que estaba preparada.

—Te prometo mi amor y todo lo que poseo. Te prometo el primer bocado de mi carne y el primer sorbo de mi vino. A partir de este día, solo tu nombre gritaré en la oscuridad de la noche, y por tus ojos sonreiré cada mañana; yo seré un escudo para ti como tú eres el mío, no habrá entre nosotros ninguna palabra severa, ni ningún extraño oirá mi queja. Eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso. Te doy mi cuerpo, para que podamos ser uno. Te doy mi

espíritu, para que podamos ser uno. Por encima de todo, te valoraré y te honraré, en esta vida y en la siguiente.

Jessica repitió cada voto con voz entrecortada, y un murmullo de aprobación se propagó entre los presentes. Ewan desató el nudo con una expresión soñadora y vertió un chorro de *whisky* sobre sus heridas.

—Es hora de irse —intervino Angus—. Siento recordártelo, pero Murray Campbell no se marchará sin ver a lady Jessica.

—Querrás decir a la esposa de Keillan MacArthur.

Dougall desenfundó su espada y caminó en dirección al altar.

—Te dije que te mataría si me traicionabas, y ni siquiera has esperado a que llegue la noche para hacerlo. ¿Tanta prisa tienes en morir?

—Dougall, estás pisando suelo sagrado —le advirtió Angus.

—Juro por Dios que no te entiendo —respondió Dougall—. Fuiste tú quien me avisó de lo que había pasado entre ellos, quien acusó a Keillan y quien después la disculpó para empujarme a sus brazos. ¡Maldito seas! ¡¿Por qué has permitido que ocurra esto?!

Keillan dio un paso adelante interponiéndose entre él y Jessica.

—Este no es el momento ni el lugar, Dougall. Lucharemos si es lo que quieres, pero no aquí ni ahora.

—¿Con esta espada? Te juré que destruiría a todos tus enemigos con ella. Ahora puedes quedártela, y también a esa ramera —le espetó, arrojando el arma en su dirección. La espada cayó al suelo y al patinar produjo un chirrido metálico que murió al llegar a los pies de Keillan.

—Márchate —dijo este con frialdad—, y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

—¡Dougall! —Jessica corrió hacia él sin que Keillan pudiera evitarlo—. No había tiempo, quise explicártelo yo misma, pero tampoco puedo hacerlo. ¡Oh, Dougall, si tú supieras!

Dougall movió la cabeza y la taladró con los ojos brillantes como el jade.

—Solo sé que tenéis el extraño don de sacar lo peor de mí. Volved con

vuestro marido, yo tampoco deseo que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Jessica sintió una conmoción. No sabía si provenía de su interior o del fondo de la capilla y se volvió para averiguarlo. El reclinatorio en el que se había arrodillado hacía solo unos minutos yacía tirado en el suelo, y Keillan caminaba hacia ellos empuñando la espada de Dougall, junto con Angus y Ewan, que portaban el *sgian-dubh* ceremonial a falta de otras armas. Alec se les unió con el gesto descompuesto como si hubiera visto al mismo diablo. Cuando Jessica se giró hacia la puerta, pensó que tal vez fuera así.

—Los Campbell tenemos un dicho. Una boda no es una boda si no hay una buena pelea, una buena borrachera y un amante celoso. Por lo que veo, solo falta un tonel de *whisky* para rubricar este enlace.

Patrick entró acompañado de un hombre alto y rubio, de unos cincuenta años, vestido de terciopelo rojo bajo un jubón de cuero sin mangas. El desconocido estudió a Jessica con una mirada que desmentía la expresión jovial de su rostro. Ella había visto antes esos mismos ojos, azules y crueles.

Cuando Keillan le hizo una señal para que se marchara con las mujeres, obedeció, ansiosa por alejarse de aquel hombre que le provocaba escalofríos. La señora Muckairn la rodeó con sus rollizos brazos y la sacó de la capilla acompañada de Elspeth. Keillan vio con alivio que Murray Campbell la observaba alejarse sin decir nada. Cualquiera que fuese la cuestión que lo había traído hasta allí, estaba claro que no pensaba tratarla con ella.

—El sonido de la gaita de Alec os ha delatado, hermano —bromeó Patrick y luego se dirigió al otro hombre—. Keillan parte mañana hacia Edimburgo por un asunto urgente, y no quería hacerlo sin la compañía de lady Jessica, de ahí esta boda tan precipitada.

—Más que precipitada, secreta, diría yo —dijo Murray Campbell—. ¿Es que temáis que robasen a la novia? —se burló volviéndose hacia Dougall—. Y todavía parece que queréis ocultarla...

—¿Igual que hacéis vos con Bryden? —lo acusó Keillan.

—Ya hemos llegado a un acuerdo sobre eso. —Patrick arqueó una ceja para

pedirle prudencia.

—Supongo que un acuerdo muy caro —resopló Dougall.

—Cállate, primo —advirtió el *laird*—. El muchacho es inexperto. Al parecer, condujo el ganado por las tierras de nuestro vecino y causó ciertos destrozos. Pronto estará con nosotros a cambio de una compensación.

—No lo dudo —declaró Keillan—. Os ruego que me disculpéis, mi esposa sufrió ayer un accidente y debo estar a su lado.

Patrick y Angus intercambiaron una mirada de alerta.

—Siento oírlo —dijo Murray Campbell después de una pausa—. Eso explica su turbación, pero no el hecho de que huyese de Loch Lomond para casarse sin mi consentimiento. En todo caso, ya está hecho.

—Como decís, ya está hecho —contestó Keillan desafiante. El señor de Auchinbreck frunció la boca y después dedicó a Dougall una mueca sarcástica.

Este se inclinó en una reverencia forzada.

—Yo también debo retirarme —le dijo—. Nos veremos en otra oportunidad, hasta entonces, os ruego que saludéis de mi parte a vuestro hijo.

Patrick lo fulminó con la mirada. Murray Campbell permaneció impasible, aunque no consiguió detener el acto reflejo de buscar la espada ausente. Dougall hizo lo mismo, pero la suya estaba en poder de su primo, que se adelantó y lo sujetó por el brazo. Keillan lo miró con una punzada de arrepentimiento. Él había dudado de la sinceridad de Jessica, mientras que Dougall le había creído desde el principio, y no pudo sino admirar su gesto de provocación y compartir sus motivos.

—Hermano, espero verte a mi regreso —dijo ofreciéndole el arma por la empuñadura. Dougall le dedicó un gesto de reconocimiento y apretó su mano con fuerza al coger la espada.

—Que tengas buen viaje, Keillan. Cuida bien de ella.

—Lo haré.

Dougall cogió la espada y se dirigió hacia la puerta. Keillan se volvió entonces hacia Murray Campbell.

—Disculpadme, mañana nos espera un largo viaje.

—¿No brindaréis conmigo por mi sobrina? Ahora somos parientes —dijo el rubio señalando la herida en la muñeca de Keillan, que aún sujetaba el *sgian-dubh*.

—Entonces os haréis cargo de que esta casa está de luto.

Patrick se apresuró a tomarle la palabra.

—Sube y descansa, ya lo celebraremos cuando vuelvas.

El hombre vestido de rojo entrecerró sus ojos inexpresivos.

—Un mes, Patrick, o acudiré al conde Argyll para reclamaros la deuda... y tal vez algo más.

Keillan no pudo contenerse y se precipitó sobre él. Angus y Ewan, que habían permanecido vigilantes, se alinearon en torno suyo.

—Tendréis lo que queréis, pero os juro por esta daga que ha derramado la sangre de mi esposa que, si intentáis algo contra ella, será lo último que hagáis.

Murray dio un paso atrás.

—Disfrutad de vuestra noche de bodas. Ya sabéis, *carpe diem*, cortad la flor del día mientras podáis... —dijo con afectación, y siguió los pasos de Dougall.

Ewan soltó un bufido en cuanto lo vio perderse bajo la arcada.

—Me alegro de que mi hermano te lanzara su espada, Keillan, o ahora habría un bonito charco a nuestros pies haciendo juego con el terciopelo de ese cobarde. Tu autocontrol es más que loable.

—¿A esto lo llamas autocontrol? —dijo Patrick—. Los dos han sido unos insensatos. Si Murray albergaba alguna sospecha sobre la desaparición de su hijo, ahora tiene la certeza más absoluta.

—En ese caso, me alegro —respondió Keillan—. Lo estaré esperando.

—No lo entiendes, Murray no parará hasta clavarte un puñal por la espalda y, si no lo consigue, se vengará por medio de Jessica. Lo mejor es que os marchéis una temporada.

Keillan dejó a un lado su rabia. Su hermano tenía razón.

—¿Dónde puedo llevarla? Los Campbell tienen espías y aliados por todas las Highlands, y nosotros solo contamos con un puñado de amigos. No habrá nadie que se arriesgue a escondernos.

—Sí que lo hay —afirmó Angus—. No se me ocurre nadie con más experiencia en ocultarse que un judío.

—No estoy seguro —repuso Patrick—. Keillan, ¿le confiarías tu vida y la de Jessica?

—Yo salvé la suya en Francia —le respondió con decisión.

—Está bien. No hagas esperar más a tu esposa.

Keillan miró a su hermano. Algo había cambiado en él desde que le hablara el día anterior en los establos. Se despidió con gesto nervioso y se dirigió hacia las escaleras renegando de las miradas divertidas de Ewan y Alec.

—¡Espera! —lo llamó Patrick.

Keillan hizo una mueca impaciente desde el descansillo.

—¿Hay algo más?

—*Tha mo bheannachd-sa agad.*[11]

Keillan asintió con una sonrisa y besó el *sgian-dubh* antes de asegurarlo bajo el cinto de su tartán.

—Gracias, mi *laird*, pero ya lo sabía.

XXIII

UN JURAMENTO

Jessica estaba sentada frente a la chimenea, contemplando la danza caprichosa de las llamas mientras Elspeth le secaba el cabello al calor del fuego. Lady Janet no había perdido el tiempo. Ordenó que le preparasen un delicioso baño caliente y que amueblasen su desolada alcoba con un tocador equipado con perfumados aceites florales, cosméticos como el bermellón, el blanco de plomo y un cepillo y peine de plata.

Aparte de estos inocentes hallazgos, también encontró una tupida alfombra de pieles, cuyo tacto, voluptuoso y cálido, sentía bajo sus pies descalzos, además de sábanas de lino blanco cubiertas de pétalos de rosas de Sharon. Ni siquiera Abby lo habría hecho mejor, pensó, con una mezcla de nostalgia y excitación.

—Estáis muy callada, lady Jessica —observó Elspeth—. Espero que no estéis nerviosa, aunque en realidad, yo misma no sabría cómo actuar en mi propia noche de bodas. Pero la señora Muckairn dice que la ignorancia es la mejor dote de una muchacha. Rodric sabrá todo lo necesario, así que lo mismo se puede aplicar para vos.

—Creo que la señora Muckairn tiene toda la razón —murmuró Jessica, cada vez más convencida de haber nacido en el siglo equivocado. Si era inexperiencia lo que se esperaba de ella, no iba a defraudar a nadie. Pero esa reconfortante idea desapareció en cuanto escuchó los golpes que sonaron en la

puerta.

Elspeth hizo una pausa y continuó arreglando su cabello como si nada.

Jessica se giró a mirarla inquisitiva.

—Dejad que espere —dijo la muchacha—. ¿No querréis que crea que estáis ansiosa por franquearle el paso?

—No, claro que no —contestó Jessica, al mismo tiempo que se clavaba las uñas en la palma de las manos.

La pelirroja se dirigió entonces hacia la puerta y comenzó a levantar los dedos uno a uno. Cuando llegó hasta diez, Jessica se puso en pie, incapaz de permanecer sentada por más tiempo. Elspeth se encogió de hombros y por fin abrió después de hacer una graciosa reverencia.

—Mi señor —dijo esta a modo de saludo y despedida, y echó a correr hacia el pasillo.

Keillan se apartó a un lado con expresión divertida.

—¿Le ocurre algo a vuestra doncella?

Jessica casi deseaba imitarla. Dios. ¿Estaba esto ocurriendo de verdad? Contó las horas que habían pasado a solas y eran tan escasas que sintió un miedo profundo ante la fuerza de sus sentimientos y el tormento desgarrador al estar separados. Esta vez no lo dijo en voz alta, pero no pudo evitar contraer el gesto al reconocer que era el mismo desconsuelo que había sufrido toda su vida. Ahora por fin podía ponerle nombre, Keillan, y era su esposo.

—*Mo chridhe*, ¿os encontráis mal? —le preguntó él alarmado.

—Creo que estoy algo mareada...

—¿Puedo pasar?

Jessica tenía la garganta seca y las manos sudorosas. Dio un pequeño traspié y asintió aturdida.

—Bien. —Keillan entró como una tromba. Cerró con un súbito portazo y la cogió en brazos con la misma rapidez—. Os prometí que no os dejaría caer.

Jessica prefirió no contestar. Pensó en el día de su llegada. Creyó que había muerto y despertado en el limbo o en el infierno. Keillan podía ser un ángel o

un demonio, pero su abrazo era lo más parecido a tocar el cielo.

La depositó con cuidado en la cama y apartó a un lado el cobertor de tartán. Los pétalos volaron sobre Jessica y algunos se posaron en su pecho, que se agitaba bajo la transparente seda de su *chèmise*.

—Nunca vi la rosa sobre el volcán —dijo él con la voz ronca.

Jessica alzó la mano y la posó en su mejilla. La piel le ardía, y sus oscuras pupilas brillaban como dos agujeros negros capaces de devorar todo el espacio a su alrededor.

Keillan aferró su muñeca y besó la línea púrpura de la herida.

—*Thabharfainn fuil mo chroí duit...* Os daría toda la sangre de mi corazón. Y si os vuelvo a fallar, permita Dios que esta vez el hierro lo atravesara.

—No habléis así. —Jessica sintió un escalofrío.

—Eso no ocurrirá, porque deseo pasar a vuestro lado el resto de mi vida, ahora que le habéis dado un sentido. Y también os deseo a vos.

Jessica se dejó acariciar por aquella mirada apasionada y profunda que había añorado tanto. Trató de incorporarse, pero Keillan la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí con un gruñido. Al impactar contra su pecho, lanzó un grito de dolor que hizo que él se apartara en el acto.

—¿Qué os sucede?

—No es nada, ya pasó...

Keillan apretó los labios al comprender.

—Estáis herida. Y yo soy un bruto y un necio por no recordarlo. Perdonadme, me habéis encendido como una tea y solo pensaba en apagar mi fuego —dijo cogiendo sus manos—. ¿Me permitís veros?

Ella movió la cabeza afirmativamente y Keillan le soltó la cinta que cerraba el fruncido del escote. Con una suavidad extrema, deslizó la seda sobre sus hombros.

—¿Quién os hizo esto? —preguntó él con la voz contenida.

—Ahora ya sabéis por qué no me importó devolveros vuestro regalo. Parece que lo llevaré junto a mi corazón para siempre.

La triple espiral de un *triskelion* brillaba con el color de la sangre reseca sobre la pálida piel de su seno izquierdo.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—No esperaba que lo descubrierais —contestó Jessica. Para su sorpresa, no se sentía intimidada por su desnudez, sino arropada por la forma acariciante y protectora en que él la miraba. Su semblante expresaba la determinación de un guerrero dispuesto a defender lo que ama y la ternura de un niño al mismo tiempo. Pero también reflejaba miedo.

—Keillan, no me han hecho daño, y ya ha terminado todo.

—Sí, os lo han hecho —le respondió a la vez que se ponía en pie—, y esto solo acaba de empezar —añadió caminando hacia la chimenea.

—Murray Campbell ha perdido —declaró Jessica mientras lo observaba contemplar el fuego—. Ahora no puede tocarme. Me habéis salvado más de una vez.

—Solo os he puesto en peligro —dijo Keillan sin apartar la vista de las llamas—. Os enviaré lejos, al continente. En Francia, e incluso España, tengo algunos buenos amigos.

Jessica sintió que el aire de pronto se había congelado. Se echó sobre los hombros el cobertor de la cama y se dirigió hacia él envuelta en el suave tartán.

—¿Vais a dejarme? Creo que acabáis de prometer justo lo contrario.

—El hijo de ese maldito os ha marcado como a una res. Nunca debí entregaros el medallón.

—¡No! —explotó ella—. También es a mí a quien busca. Soy una bruja, y parece que una muy valiosa, ¿no lo recordáis?

—Os marcharéis mañana —dijo Keillan rotundo—. No hay más que discutir.

—¿Es por lady Elizabeth? ¿Qué ocurrió en el lago?

—No sabéis lo que estáis diciendo...

—No, no lo sé, pero no quiero ser un estorbo ni causaros más molestias. Le

pediré a Dougall que me lleve a Querlane. Al menos él me quiere de verdad. Creo que podré vivir con eso.

Keillan contrajo su expresión y se acercó tanto que Jessica pudo sentir el ardor de sus labios.

—No haréis tal cosa, ¿cómo os atrevéis?

—No ha habido consumación. Le pediré al padre Stewart que solicite la nulidad.

—Estaba dispuesto a partir al alba hacia Auchinbreck y matar a Murray Campbell con mis propias manos. Solo quería alejaros por si las cosas no salían bien.

—Queréis decir si no regresabais...

—Esa sería la única forma de apartarme de vos —susurró él, cogiendo uno de sus rizos—. Ya no soy el dueño de mi voluntad, y este es el bramante de oro con el que me habéis apresado. ¿Vais a liberarme ahora? Porque no podré vivir ni morir si no lo hacéis.

Jessica dejó caer el cobertor a sus pies y, lentamente, bajó su *chémise* hasta la cintura. Keillan murmuró unas palabras en gaélico, cogió su rostro entre sus manos y mordisqueó sus labios con una intensidad creciente hasta que se adueñó de su boca por completo. Ella enterró los dedos en los cortos cabellos de su nuca y luego los deslizó bajo la camisa de lino.

—Dejad que os la quite —le pidió mientras desataba el cordón del cierre.

Él esbozó una sonrisa y se sacó la prenda con impaciencia. El pecho ancho y vigoroso estaba surcado por un vello castaño claro no demasiado abundante. Su piel brillaba con un reflejo dorado a la luz de las llamas. Jessica apoyó la palma de su mano sobre sus pectorales y tuvo la impresión de que podía quemarse. Recorrió la hendidura central y continuó hasta encontrar el cinto que sujetaba el tartán. Abrió la hebilla, retiró la banda de cuero y esta cayó al suelo junto al *kilt* con un ruido sordo.

Tenía el cuerpo más perfecto que había visto jamás. Sus músculos eran alargados y compactos al mismo tiempo, con una gracia tan armoniosa que

parecía sobrehumana. Jessica bajó la vista hacia la sedosa pelusa del pubis. Su virilidad era una imagen de suavidad y fuerza. Cuando lo miró a los ojos, un fuego oscuro la sacudió por dentro y recordó aquellas salamandras que antes había rechazado, pero ya no les tenía ningún miedo.

—*Bidh gaol agam ort fad mo bheatha, thusa 's gun duine eile* —dijo Keillan aprisionando su mano.

—¿Qué significa?

—Significa que os amaré por siempre, solo a vos y a ninguna otra. No ocurrió nada en el lago, lo juro.

—Más vale que sea cierto porque, si no, yo sí que juro que te mataré.

—Ya lo habéis hecho, mi hechicera rubia. —Keillan la levantó por la cintura y la apoyó a horcajadas sobre sus caderas. Una marea cálida la recorrió hacia el mismo centro de su vientre, fluyendo como un venero que acaba de brotar. Luego la empujó desde las nalgas contra la fuente de su masculinidad y la arrastró con él sobre la mullida alfombra de pieles, sin dejar de besarle el cuello y los hombros.

Rodaron delante del fuego con las piernas entrelazadas, en un afán por dominarse mutuamente. Keillan ganó la batalla cuando la inmovilizó entre sus codos y sus poderosas piernas. Separó las de Jessica con una presión de su rodilla y la fricción ascendente de sus dedos por la cara interna de los muslos. Las yemas buscaron entre ellos el manantial de la vida y se bañaron en él con un vaivén sutil y delicado. Jessica le hundió las uñas en la espalda, tensada como la cuerda de un arco. Si no se aferraba a su cuerpo, podría elevarse hacia el cielo igual que la estela de una fogata.

Keillan la miró con los ojos enardecidos de excitación bajo las cejas oscuras y perfectas. Aquel era el rostro divino que había visto en sus sueños, y ahora temía que pudiera despertar y desaparecer.

—Sentiréis algo de dolor, pero intentaré evitároslo cuanto me sea posible.
—Su voz sonó alterada y profunda.

—Hacedlo ya... —le pidió Jessica a punto de desfallecer—. ¡Ahora!

Keillan subió la mano izquierda, acarició su mejilla y luego la colocó detrás de su cuello. Y, sin apartar la vista, bajó la otra mano para encontrar el camino hacia ella.

Llegó suavemente como el amanecer que barre las tinieblas. Su luz la iluminó por dentro, cálida y soberana, hasta romper la barrera de Jessica por la fuerza de su acometida.

Jessica aspiró el aire a bocanadas, junto con los trillones de átomos que todas las mujeres habían respirado antes que ella. Entonces supo por qué el mundo gira sin descanso, pese al odio, las guerras y el sufrimiento.

Se fundió en él y recorrió las verdes praderas a una velocidad de vértigo. Los eones pasaron ante sus ojos como un suspiro, y permanecieron unidos en medio del caos, igual que lo habían estado desde el principio de los tiempos.

Una estrella hizo explosión en el extremo del vientre de Keillan, y se expandió en una oleada de calor que la alcanzó hasta el centro del pecho.

—Ahora sois mía, ¿lo sabéis?

Jessica limpió unas gotas de sudor que se deslizaron por su perfil y esperó que él las confundiera con las lágrimas que salpicaban sus mejillas.

—Lo soy, para siempre.

—Eso sí podéis jurarlo —afirmó Keillan mientras depositaba un tierno beso en sus párpados, en su frente y en sus labios—. No me importa quién sois ni de dónde venís, yo soy ahora vuestro hogar y vuestro futuro y, aunque tenga que abandonarlo todo para ponerlos a salvo, lo haré sin pestañear, pero no os dejaré marchar sola.

—¿Dónde iremos? —preguntó Jessica por puro disimulo. Podría llevarla al fin del mundo y no escucharía una queja de su boca.

—A Inveraray. A casa de Abraham Ben David. Dormid un poco, *grá mo chroí*[12]. *El sol saldrá en unas horas.*

Jessica se dejó mecer entre sus brazos, pero no sentía ningún deseo de dormir. Tenía miedo de que, si soñaba, no fuera con él.

XXIV

ROSAS DE SHARON Y HERIDAS

Jessica se removió entre las sábanas buscando el calor de Keillan. Acababa de salir de ese estado entre la vigilia y el sueño en el que lo ilusorio parece verdadero y la realidad se vuelve intangible y engañosa. Conservaba dos recuerdos, y ambos la aterraban por igual.

Había visto de nuevo la espada y sus bellos ojos, que la llamaban en la oscuridad. Pero no se trataba de la imagen serena y evocadora que había acudido a ella cuando llegó a Escocia.

Aquella arma ya no yacía en el fondo del lago a la espera de ser encontrada, sino hundida en su pecho. Él la miraba a través de un velo de muerte, mientras una mano con una marca en forma de media luna arrancaba de su cuello el amuleto envuelto en su sangre.

Ella quería alcanzarlo, pero no podía mover un solo músculo, como si una fuerza invisible y poderosa la tuviese encadenada.

Ahora necesitaba que la abrazara, que le hablara con su voz dulce y profunda, y que alejara así la terrible desazón que le había causado la pesadilla.

Debía de haber salido mientras ella dormía. ¿Cómo podía dejarla despertar sola después de su noche de bodas? Se sentó sobre sus rodillas y miró el lado vacío de la cama. Keillan había reunido los pétalos de rosa sobre las sábanas para formar una J con ellos. Jessica delineó el contorno de la inicial de su

nombre igual que él lo había hecho, con la esperanza de atrapar en él la huella de su esencia. Además de su provocativa sonrisa, lo que atrapó fue una cuartilla de papel plegada por la mitad. Aún estaba oscuro y apenas podía ver nada, así que cogió el candelero de la mesita junto a la cama y acercó la llama con cuidado.

Sus ojos se abrieron de par en par al pasearse por los sinuosos y esbeltos trazos de su escritura. Parecía una anotación musical, pero no se trataba del típico pentagrama salpicado de corcheas, blancas y negras, sino una sucesión de letras dispuestas sobre seis rayas paralelas en vertical, con indicaciones en la parte superior y cuya comprensión escapaba a su alcance. En medio de aquel jeroglífico, consiguió descifrar, no sin poco esfuerzo, unas pocas palabras escritas en inglés antiguo. Eliminó mentalmente las arcaicas terminaciones en «e» de los verbos y sustantivos, y leyó los versos que él había compuesto para ella.

Vi llorar a mi señora,
y a la Tristeza envanecerse por ello.
En sus claros ojos, que encierran todas las perfecciones del mundo,
su rostro se llenó de aflicción.
Pero una aflicción tal, que cautiva más corazones que las seducciones de
la alegría.
La Pena allí se embelleció,
la Pasión hizo las lágrimas deliciosas,
y el Silencio, más sabio que cualquier palabra.
Ella hace cantar a sus suspiros
y tan dulce tristeza a todo invade,
que mi corazón, al mismo tiempo llora y ama.

Dejó caer los brazos como si el papel de repente se hubiese transmutado en plomo. Jessica miró hacia el escritorio de Keillan. Su laúd descansaba sobre una pila desordenada de hojas amarillentas con algunas manchas de tinta.

Se levantó vestida solo con la camisa de seda. Él había alimentado el fuego con abundante leña antes de marcharse y en la habitación flotaba una atmósfera cálida y reconfortante. Lo imaginó pulsando las cuerdas con delicadeza para no hacer ruido, con la cabeza inclinada, repitiendo y rectificando en voz baja esas palabras, con aquella mirada capaz de derretirla como la mantequilla sobre el pan caliente. Pero esta vez no estarían cargadas de reproches y rencor. Cuando volviese quizás las susurrara a su oído, y de nuevo esa noche, y todas las siguientes.

—La habéis encontrado —dijo Keillan a sus espaldas.

Jessica se dio la vuelta para verlo. Su expresión era ausente, y un esbozo de sonrisa apareció en sus labios. Llevaba puesto un jubón de cuero y una larga espada sujeta a la cintura, cuyo extremo levantaba la capa de su tartán por detrás.

—Habría preferido encontraros en su lugar.

—Tenéis razón —respondió él después de mirar la cama con las sábanas revueltas. Unas pequeñas manchas rojizas resaltaban en el blanco lino—. Es una pobre retribución por el obsequio que me habéis hecho.

—¿Mi virginidad? —preguntó Jessica exasperada—. Es mucho más que eso. Algún día lo entenderéis.

Keillan fue directo hacia ella y la besó con avidez.

—Sé que guardáis un secreto. No espero nada, salvo que confiéis en mí.

—Ha ocurrido algo —afirmó Jessica—. ¿Por qué vais armado?

—Tengo que irme. No puedo deciros más.

—¿Iros? ¿A dónde?

—Por favor, confiad en mí.

—Sí, eso ya lo habéis dicho —le espetó alejándose de él—, pero creo que merezco otra respuesta.

—Esperaréis aquí hasta que regrese y no traspasaréis los muros de Broch Miadhail. Prometedlo.

—¿Al diablo con las promesas! ¡Quiero saber qué pasa contigo, y me lo vas

a decir ahora, escocés egoísta y embustero!

Keillan la miró atónito. Avanzó con gesto furioso y se detuvo a unos centímetros de su boca.

—Extraño lenguaje el que empleáis conmigo, mi señora. No volváis a utilizarlo.

—Hablaré como me dé la real gana —se encaró Jessica—. No me trates como a una estúpida, maldito *highlander* prepotente.

—Maldito y egoísta... Anoche no me llamabais así.

—¡Y no sabes cuánto me arrepiento!

Keillan soltó un bufido y se deshizo de la espada sin dejar de mirarla.

—¿Qué estás haciendo?

—Demostraros que estáis equivocada y enseñaros un par de cosas que os conviene saber.

—Sea lo que sea, olvídalo —lo retó, consciente de haber roto las reglas del juego. Se estaba comportando como una neoyorkina del siglo XXI y, si Keillan pretendía castigarla por ello, le contestaría al más puro estilo del Bronx.

—Quitaos la camisa, *mo chridhe*.

—Puedes farfullar en gaélico hasta cansarte. Ni lo sueñes.

—Está bien, lo haré yo entonces.

Jessica retrocedió y chocó con uno de los pilares de la cama. Miró hacia atrás. Allí estaba la espada envuelta en su vaina. Saltó sobre el colchón y la desenfundó lo más rápido que pudo.

—No des un paso más —le advirtió, sosteniendo el arma con las dos manos. Pesaba como una losa.

Keillan ignoró su amenaza. Soltó los cierres de su jubón y lo dejó caer al suelo. Después desató el cordón de la camisa y se la quitó tirando de ella hacia arriba.

La punta de la espada cayó hasta tocar las sábanas. Jessica contempló su torso desnudo, con los suaves y fuertes hombros, el pecho sólido y terso al mismo tiempo, y la piel dorada de su costado, inmaculada, sin ninguna marca

que la empañase.

—La herida... —murmuró Jessica—. Ha desaparecido.

Keillan la cogió por la cintura y abrió su *chèmise*.

—Al igual que la vuestra.

Jessica contuvo su respiración y siguió su mirada. Era cierto. La marca ensangrentada del *triskelion* se había desvanecido, junto con el dolor y los moretones por los golpes recibidos en el Claro.

—¿Cómo es posible?

Jessica gimió al sentir el roce de sus dedos primero, y luego el de su mano abarcar todo su seno, masajeándolo con movimientos circulares.

—Debo ir a buscar respuestas. Lo último que quiero es irme, pero tengo que hacerlo, por los dos.

—Maldito seas, Keillan, no vas a dejarme de nuevo.

—Me habéis maldecido por dos veces —dijo él con un ronroneo—, creo que merecéis un castigo, así aprenderéis a no lanzar hechizos a escoceses egoístas y más fuertes que vos.

—Dije prepotente, no fuerte. Hay una pequeña diferencia —puntualizó Jessica, enlazando sus brazos sobre su espalda.

Keillan ladeó la cabeza y curvó los labios con una mueca enérgica.

—No debisteis decir eso.

Acto seguido la tumbó de espaldas sobre el borde de la cama y la aplastó con el peso de su cuerpo.

—No me mostráis ningún respeto, esposa, y vais a pagar por ello —le dijo al oído.

—Me gustaría verlo —lo provocó Jessica.

—Aunque tal vez os perdone... —Keillan apartó el tartán y le separó las piernas—. ¿Queréis que me detenga?

Jessica creyó escuchar unos golpes en la puerta, pero pensó que serían los latidos de su propio corazón y se removió para tomar aire. Keillan se frenó y apoyó su mejilla contra la de ella.

—Lo siento —dijo con un jadeo girándola hacia él—, pero no es así como quiero amaros. Cuando vuelva, lo haré como os merecéis, sin urgencias y sin despedidas. Ahora tengo que marcharme.

Los golpes sonaron de nuevo, cada vez más insistentes.

Jessica lo empujó a un lado y se cubrió con las sábanas.

—Vete. Ibas a hacerlo de todos modos —le dijo intentando reprimir las lágrimas.

Keillan bajó la cabeza un instante. Luego alzó la vista y su rostro mostraba tal desolación que Jessica estuvo a punto de echarse en sus brazos y olvidar su orgullo.

—Será mejor que abras.

Él asintió, recogió su ropa y se puso la camisa. Luego fue hacia la puerta y la abrió con brusquedad. Angus apareció en el umbral. Echó un vistazo en dirección a Jessica y se dirigió a Keillan con una ceja arqueada.

—Creí que tenías prisa. Los caballos llevan un buen rato ensillados.

—Dame solo un momento, Angus. Deja que me despida de ella.

—¡Ya lo has hecho, maldito bastardo! —gritó Jessica arrojándole un almohadón que cayó a sus pies.

Keillan la miró con una expresión indefinible, hizo una reverencia y salió a toda prisa pasando por delante de Angus.

—No volváis a llamarlo así. Ni se os ocurra volver a hacerlo.

Jessica se quedó sola y comenzó a sentir un frío intenso. Keillan se había ido y llevaba el medallón colgado al cuello, igual que en su sueño. Cuando regresara, le pediría que se lo devolviera, y ya no dejaría que lo llevara nunca más.

XXV

UNA HERENCIA FAMILIAR

Dalavich, Broch Miadhail, Escocia. En la actualidad.

Víctor contemplaba las irisaciones del *whisky* de doce años que sostenía en un vaso sin hielo junto a la ventana de estilo Tudor de la biblioteca.

Aquel hombre había estado hablando con un discurso tranquilo y constante durante veinte minutos. Les había pedido que no lo interrumpieran y, ahora que por fin había hecho una pausa demasiado larga para ser casual, comprendió que ya no tenía nada más que decir.

Miró a Abby, sentada en el borde del sofá, con la mirada perdida en alguno de los nudos de la alfombra de Norwich que tenía a sus pies.

Víctor bebió un gran sorbo y se aclaró la garganta.

—¿No pretenderá que creamos todo eso? —preguntó, sin que su voz sonara clara o decidida—. Símbolos paganos, festividades solares... superstición, al fin y al cabo. La religión antigua murió con los celtas y, por mucho que el neopaganismo esté de moda, es solo un intento burdo e inútil por revivir el pasado. Magia de salón para desocupados, *rockeros* y alguna ama de casa insatisfecha. Mi mente racional se rebela ante tanta estupidez.

—No es mi intención convencerlos —respondió Ian levantándose para alcanzar la caja con el tabaco del magnífico aparador isabelino que estaba a sus espaldas—. Querían la verdad y ya la tienen. Créanme que, si no fuese por

Lilly, ahora estarían de regreso por la autopista o rellenando una infinidad de formularios en la comisaría del pueblo.

—En ese caso, debo darle las gracias, siempre es preferible escuchar una buena muestra de folklore local. Aunque no puedo decir que me sorprenda, tenía entendido que ustedes, los escoceses, son excelentes narradores de historias.

—En eso tiene toda la razón —afirmó su anfitrión, mientras rellenaba la pipa de cedro con extrema pericia—. Pero, en esta ocasión, no se trata de un simple cuento.

—¡Por favor! —bufó Víctor—. Viajar a otra realidad, a un mundo paralelo al nuestro... es la mayor fantasía que el ser humano ha podido imaginar desde que se irguió sobre dos piernas, además de ir en contra de todas las leyes de la física.

—Yo creo que es posible —intervino Abby por primera vez—. Solo podemos ver una cara de la Luna, y eso no la convierte en un disco plano de dos dimensiones.

—Es completamente diferente. —Víctor protestó de nuevo.

—Es un ejemplo perfecto —afirmó Ian—. La Luna siempre ha sido una esfera, y no necesita del hombre para adquirir tres dimensiones, por lo que, ahora mismo, un número infinito de ellas podrían contemplarnos sin que tengamos percepción de su existencia, igual que si fuéramos una pequeña hormiga al pie de la Torre Eiffel.

—Y tú eres esa hormiga, Víctor —declaró Abby—. Y esta vez no bromeo.

—Puedes pensar lo que quieras, pero yo no voy a basar mis esperanzas en una teoría, por llamarla de algún modo, sin que haya una sola prueba que la soporte.

—Sí que la hay —afirmó Lilly, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¿Una prueba? ¿A qué se refiere? —preguntó Víctor.

—Keillan llevaba un medallón el día que desapareció. Un *triskelion* tallado

en madera de roble. Representa la unión del pasado, del presente y del futuro, y también de la vida, la muerte y el renacimiento.

—Con todos mis respetos, señora MacArthur, creo que ustedes dos están bastante locos. ¿Qué clase de padres colgarían semejante amuleto del cuello de un recién nacido?

—Unos que aún creen en la Antigua Religión, como usted la llama.

—Está bien, ya he escuchado suficiente —dijo Víctor dejando el vaso vacío sobre una mesa—. Abby, nos vamos.

—¡No pienso marcharme! Te guste o no, estas personas son las únicas que no se empeñan en afirmar que Jessica ha muerto. Vete si quieres, yo voy a quedarme y te prometo que daré con ella, aunque tenga que bailar desnuda ante un macho cabrío, beber sangre de gallo o lo que haga la jodida falta.

—No hablarás en serio. ¿Crees que puedes traer a Jessica de vuelta solo con recitar un par de ensalmos a la orilla del lago?

—En realidad no es tan sencillo, señor Abbott —señaló Ian—. Se necesitaría mucho más que eso.

—Por supuesto, había olvidado mencionar el famoso amuleto, el cual, si no he entendido mal, se encuentra en paradero desconocido. —Víctor se sentó de nuevo y se frotó las sienes con aire cansado.

Ian sirvió más *whisky*. Le ofreció la bebida a Víctor y se acomodó frente a él con su vaso en la mano.

—Es una extraña magia la que propicia la elaboración de un buen *whisky* —dijo el escocés, haciendo girar el líquido color ámbar dentro del cristal—. Basta con una buena malta, una barrica de roble y el tiempo. Cuanto más, mejor. Sin embargo, el ser humano sufre el efecto contrario con el paso de los años. A veces pienso que debería correr por nuestro sistema circulatorio en lugar de sangre. Eso daría pleno sentido a la expresión *uisge-beatha* o «agua de vida». Es un término gaélico, ¿lo conocía, señor Abbott?

—Sí, estoy al tanto, pero, por el amor de Dios, ¿le importaría explicarme el motivo de esa disertación sobre su bebida nacional?

—Hace justamente doce años, yo disponía de una buena malta, me refiero a una buena salud, si me permite el símil, todo el tiempo del mundo y, lo que es más importante, el roble, el elemento mágico e indispensable para iniciar este viaje.

Abby saltó de su asiento y se puso en pie.

—¿Qué ha querido decir? ¿Es lo que yo creo? —preguntó excitada.

—Me ha entendido a la perfección, *lassie*.

—Pero usted ha dicho que su hijo llevaba el medallón aquel día —dijo volviéndose hacia Lilly.

—Que lo llevaba, no que desapareciera con él —respondió la pelirroja—. Todo ocurrió muy rápido. Ya se lo ha explicado mi marido. Mi hijo fue arrancado de mis brazos y no pude hacer nada para impedirlo. Cuando la tormenta o lo que fuera aquello se marchó, solo me dejó su recuerdo, su pequeña mantita hecha jirones y el cordón con el amuleto en el fondo del bote.

—Lilly sacó un pañuelo de hilo de su *blazier* y se disculpó con la excusa de ir a por más té.

Abby miró a Víctor. Por la expresión de su cara, se dio cuenta de que había reparado en el mismo detalle. La manta destrozada.

—Señor MacArthur, ¿trata usted de decir que consiguió... «viajar» usando el talismán?

Víctor se sintió como un estúpido al hacer la pregunta.

—En efecto, y casi me cuesta la vida, aunque valió la pena. Logré ver a Keillan. Solo fueron unos instantes, él tendría unos catorce años, pero lo habría reconocido entre un millón.

Abby volvió a sentarse. Comenzaba a sentirse mareada y tenía una opresión en el pecho.

—¿Cómo supo que era él?

—Imagino que tuve suerte. Llámelo coincidencia, el destino o quizás es la manera en que esto funciona. Desperté en la orilla del lago, justo en el momento en que bajaba por la colina con otros tres muchachos. Eran algo

mayores que él. Dos eran morenos, y tenían un notable parecido entre sí, pero no con Keillan. Él era mi vivo retrato a su edad. Oí cómo los llamaba «hermanos». El tercero era rubio, el más alto de todos, y al parecer era su primo.

»Me oculté detrás de un roble inmenso, ya no quedan de esos por aquí... Iban a nadar, y él se acercó para dejar su ropa. Ya tenía su propia espada y la arrojó casi a mis pies. Tuve cuidado de no moverme. Pese a su juventud, parecía muy fuerte, no quería que me confundiese con una bestia y me atravesase con aquel formidable mandoble. Se quitó la camisa, y entonces tuve la certeza de que era mi hijo. —Ian hizo una pausa y apuró el *whisky* de un trago—. Keillan tiene una marca de nacimiento en su espalda, tres anillos, tres espirales casi perfectas.

—Un *triskelion*... —murmuró Abby—. Pero ¿por qué no lo intentó de nuevo?

—Lo hice, sin éxito. Cuando me atrapó esa especie de torbellino, el calor era insoportable. Parecía el mismísimo infierno. La madera resultó dañada, quemada para ser exactos.

—Espere —dijo Víctor—. ¿Ha dicho que llevaba una espada?

—Eso he dicho. No me pregunte cómo ni por qué ha sucedido. Pero mi hijo está vivo, en el siglo XVI, aunque ni siquiera se haya movido de Broch Miadhail. Y estoy seguro de que su prometida se encuentra con él.

—¡Dios! —explotó Víctor, sorprendido por sentir celos de un hombre que llevaba muerto casi quinientos años—. No sé si es el clima de este lugar, el viento que no deja de aullar ni un segundo o tal vez el *whisky*, pero creo que nos estamos volviendo todos locos, y yo el primero por escucharlos.

—Por favor, señor MacArthur, ¿por qué ha dicho que Jessica y su hijo están juntos? ¿En qué se basa? —demandó Abby con una extraña sensación ante la idea.

Ian la miró con sus profundos ojos oscuros.

—Porque la espada que su amiga llevó al lago es la misma que portaba mi

hijo hace cinco siglos, y la misma que desenterré de la orilla de Innis Chonnel.

—Espléndido, tenemos una paradoja temporal —clamó Víctor con ironía—. Si usted encontró la espada es porque antes Jessica la devolvió a su hijo para que este pudiera perderla años después. Un razonamiento muy lógico, si no fuera porque lo más probable es que ella haya desaparecido sin más.

—Probable, posible... son solo opciones —argumentó Ian—. Pero lo acaba de afirmar usted mismo. Keillan debía perderla. Puede que haya ocurrido todo justo por ese motivo.

—¿Un objeto mágico con el poder de restablecer el orden natural de las cosas? Pues deje que le diga algo, su teoría tiene un pequeño fallo, porque Jessica pertenece a este maldito siglo —concluyó Víctor a punto de perder el control.

—Tienes que decírselo, Ian —dijo Lilly parada en la puerta con una bandeja en la mano.

—¿Aún hay más? No estoy seguro de querer escucharlo.

—Debe hacerlo, créame. —Ian se quitó un anillo de oro del dedo anular con un pequeño rubí—. Es una herencia familiar. Cójalo.

Víctor tomó la joya y la observó con impaciencia.

—Tiene algún tipo de grabado en su interior. Está bastante gastado.

—Por favor, intente leerlo.

Víctor giró la sortija entre sus dedos. Apretó los labios y se la devolvió al escocés.

—¿Qué dice la inscripción? —quiso saber Abby.

Él hizo una mueca de sarcasmo y se hundió en el sillón.

—*Jessica, Uxor Keillannis A.D. 1567.*

—¡En cristiano, maldita sea, Víctor!

—Es latín —explicó este con voz ahumada—. Su traducción exacta es «Jessica, esposa de Keillan, año de Nuestro Señor de 1567».

—Oh, Dios mío... Oh, Dios mío... —repitió Abby como en un bucle.

—Señor MacArthur —dijo Víctor inclinándose hacia él—. Antes ha dicho

que un objeto personal puede ser el detonante.

—Es solo una hipótesis, pero las viejas leyendas sobre el lago hablan de eso, y en este caso particular ha sido así. Además, deben darse ciertas circunstancias, como le dije al principio.

—Sí, lo recuerdo, las festividades solares celtas.

—Las fechas son importantes. La desaparición de Keillan ocurrió durante la festividad de Samhain, al igual que la de su prometida.

—¿Cuál es la próxima festividad?

—El 21 de diciembre, Yule, el solsticio de invierno.

—¿A dónde quieres llegar, Víctor? —preguntó Abby.

—¿No querías bailar a la luz de la luna? —contestó él clavándole sus ojos azules—. Creo que podrás hacerlo, si el señor MacArthur no tiene inconveniente en prestarnos el anillo de Jessica.

—Es muy peligroso, eso en caso de que funcione. Notará cómo es dividido en un millón de fragmentos, y cada uno de ellos lo consumirá con su propio dolor. Luego, una oscuridad absoluta y aterradora lo arrastrará en una caída sin final. Tengo una dolencia cardíaca, algo hereditario. Pero ni siquiera a usted, que es joven y fuerte, le aconsejaría semejante plan con una palmada en la espalda.

—No necesito una palmada en la espalda.

Ian lo estudió a través de una aromática nube de humo.

—El anillo es suyo, pero tengo una condición. Si logra encontrar a mi hijo, cuénteles toda la verdad. Dígales que lo queremos y que siempre tendrá un hogar al que regresar. ¿Lo hará?

—De acuerdo —prometió Víctor fijando su atención en Abby—. Pero no lo obligaré a que me escuche si no es su deseo. Ni a él ni a Jessica.

Abby leyó en sus ojos el significado de aquellas palabras y movió la cabeza con la esperanza de que los suyos no revelasen mucho más.

Ian los miró a ambos, relleno los vasos de *whisky* y levantó la mano en un brindis.

—En tal caso, bienvenidos a Broch Miadhail.

XXVI

NUNCA MÁS

Jessica salió de la habitación de lady Janet aún más abatida de lo que ya estaba. La dama parecía haber empeorado y apenas permaneció consciente el tiempo necesario para reconocerla con un rictus cansado y un débil susurro. La señora Muckairn le había administrado una infusión de dedalera y, tan pronto como la droga cumplió su efecto cardiotónico, se sumió en un apacible sueño que relajó sus tensas facciones y devolvió un leve color a sus mejillas.

Después de despedirse de ella con un beso en la frente, del que estaba segura que no se había apercibido, bajó las escaleras en dirección a las cocinas con la intención de comer algo que no fuera *porridge*, aunque sin demasiadas esperanzas de poder pasar un solo bocado.

Elsbeth, que estaba de espaldas a la puerta, se sobresaltó al escuchar su voz.

—Lo siento, no fue mi intención asustarte.

—No os disculpéis, lady Jessica, estaba distraída. Tanto ajetreo va a destrozarme mis nervios, y esos brutos de Lorne tienen la culpa —dijo con una mueca de fastidio—. Al menos, su señora me dará un respiro con sus constantes demandas por algún tiempo.

—¿Lady Elizabeth? ¿Es que ha ido a alguna parte?

—Oh, gracias a Dios, sí. Rodric me ha dicho que le ordenó preparar su caballo con bastante urgencia hace una hora.

Jessica sintió un desagradable hormigueo recorrer todo su cuerpo. Keillan se había marchado al mismo tiempo, y no podía evitar pensar en esa coincidencia. Pero no sería más que eso. Tenía que serlo. Él le había jurado que no había ocurrido nada y, aun así, su imagen juntos en el lago la golpeó como un puñetazo en el estómago. El hormigueo se convirtió de repente en una quemazón insoportable. No había llegado a explicarle por qué estaban abrazados. Pero lo de la pasada noche había sido tan maravilloso que no podía ser un simple juego, y tampoco Keillan la había tratado como si fuese un premio. ¿O sí? ¿No le dio las gracias por su «obsequio»? ¿Por qué se casó con ella entonces? ¿Solo para evitar la denuncia de Murray Campbell? Keillan le había dejado claro en otra ocasión que el bien de su clan era lo más importante... Y ya lo tenía asegurado con esta boda. Pero Jessica sintió tal felicidad al verlo aparecer en su puerta, que ni siquiera se planteó rechazarlo en ese momento o cuestionar sus motivos.

Al menos, Angus lo había acompañado. Cuando regresara, no se dejaría atrapar por su sonrisa cautivadora y las caricias de sus sensitivas manos. Se mantendría firme y exigiría respuestas. Pero ahora no sentía esa firmeza en absoluto.

—Mi señora, parecéis cansada, ¿acaso no habéis dormido bien? —preguntó Elspeth con una risita—. Me alegro por vos, son las ojeras de la felicidad.

Jessica la miró simulando timidez.

—Gracias, Elspeth. ¿Podrías darme un poco de leche, por favor?

El día transcurrió como a cámara lenta, sin que su mente dejase de girar en torno a la inesperada partida de Keillan. Pasó la mañana junto a su doncella y lady Janet, que solo despertó una vez para revolverse con un quejido y beber un sorbo de agua. Cuando la muchacha se lamentó por tener que ausentarse para llevar el almuerzo a Rodric, Jessica se ofreció a ir en su lugar, contenta de poder escapar de sus propios pensamientos.

Se dirigió a los establos, pero no estaba allí. Cruzó el patio y buscó una cara conocida, que esperaba que no fuera la de Patrick. Niall la vio a lo lejos

y se aproximó a ella con una sonrisa. Le dio unas indicaciones, y Jessica salió por la puerta que daba al jardín trasero sin que nadie la molestase.

Lo encontró en el cercado anexo a la pared Sur. Trataba de apaciguar una hermosa yegua de capa blanca bajo la atenta mirada de Ewan, que lo observaba sentado en uno de los postes de madera, con las manos juntas sobre el tartán que dejaba demasiado a la vista, mientras su roja cabellera enmarcaba unos ojos verdes, brillantes y rasgados.

El salvaje animal se sobresaltó al escuchar sus pisadas y, alzándose sobre las patas traseras, golpeó a Rodric en la cara con uno de los cascos. El moreno lanzó una maldición en gaélico y cayó aturdido al suelo.

Ewan saltó de la valla y corrió a su lado. Hincó las rodillas en tierra y le palpó el rostro con delicadeza y el ceño fruncido. Luego inclinó su cabeza hasta cubrirle la cara por completo con su pelo.

Jessica se detuvo en seco. Aquello no eran primeros auxilios. El hermano de Dougall estaba besando a Rodric apasionadamente delante de sus narices y a plena luz del día.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó con el tono más cínico que pudo articular. Gracias a Dios había ido sola. Pero ¿qué pasaría ahora con Elspeth? Con un sentimiento de pena por la que ya consideraba su única amiga, echó a andar hacia ellos sin esperar respuesta.

—*Fàg mis' am aonar!*[13] —Rodric, rojo como la grana, apartó de un empujón a Ewan, que rodó a un lado con gesto divertido.

—Me las estaba apañando bastante bien yo solo, pero gracias. —El pelirrojo le contestó a Jessica con descaro y lanzó un guiño al mellizo.

—Sí, ya lo he visto. Y puede que no haya sido la única. No puedo creer que le hagáis esto a Elspeth, Rodric. No es que os juzgue, tengo amigos gays a los que quiero con todo mi corazón, pero no voy a ser cómplice de una mentira.

Él se levantó y se acercó mostrándole la palma de las manos.

—No sé de qué amigos habláis, pero estáis equivocada. No es lo que parece.

—¿No? Entonces espero una explicación —lo retó Jessica.

Rodric la miró con sus ojos de un suave color avellana.

—Os juro que no comparto los sentimientos de Ewan. Por favor, no le digáis nada a Elspeth. Yo mismo hablaré con ella si es necesario.

Jessica supo que no estaba mintiendo. Se veía tan abatido... Sin embargo, había algo, una nota discordante que no podía identificar.

—Os dice la verdad —intervino Ewan mientras se levantaba y se sacudía el polvo de la ropa—. Muy a mi pesar, su corazón ya está ocupado y no tiene espacio para nadie más que...

—¿*N ann fhathast?*! [14] —Rodric se dirigió hacia él con un puño alzado.

—¿Basta! No sé a qué estáis jugando, ¿podéis dejarlo de una vez?!

Los dos hombres se volvieron hacia Jessica sorprendidos por su tono furibundo.

—Yo no he visto nada y no he escuchado nada, pero quiero pedir os un favor.

—No volverá a ocurrir, de eso podéis estar segura —afirmó Rodric mirando con intención a Ewan.

—No, no es eso —dijo Jessica—. Quiero que me enseñéis a montar.

—¿A montar? —preguntó el moreno con una ceja arqueada.

—Eso he dicho. Siempre me dieron miedo los caballos, y ya es hora de remediarlo. ¿Podéis hacerlo?

—Supongo que sí, pero ¿lo sabe Keillan?

—No, ni tiene por qué. Y espero que sepáis guardar un secreto —replicó Jessica con una mueca.

—Chantajista.... —canturreó Ewan.

—¿Cuándo queréis empezar? —preguntó Rodric.

—Ahora sería perfecto.

—Tendría que buscaros una silla apropiada, una con corneta fija. Creo que a lady Janet no le importará si usáis la suya. Solo tardaré un momento. — Rodric miró una vez más a Ewan y se puso en marcha hacia los establos.

Jessica se preguntó qué rayos sería una corneta fija y se volvió hacia el de Querlane.

—¿Eso es nuestro almuerzo? —preguntó este señalando el canasto que colgaba de su brazo.

—En realidad, Elspeth lo ha preparado para Rodric —le contestó con gesto acusador.

—Bueno, creo que a eso no pondrá ninguna objeción en compartirlo conmigo.

Jessica observó su expresión risueña y franca. Aquel pelirrojo era de lo más irritante, pero al mismo tiempo resultaba atractivo y seductor como un encantador de serpientes.

Ewan casi había dado cuenta del contenido del cesto cuando apareció Rodric con una hermosa yegua de aspecto recio y de baja estatura, de color pardo y manchas más oscuras en el lomo y las patas.

—Se llama Uiseag. Es noble y tiene buen temple. Justo lo que necesitáis.

—Es preciosa —dijo Jessica acariciando las crines de color crema. De pronto, comprendió el significado de «una silla apropiada». Miró su amplia falda y el apéndice incrustado en el lado izquierdo de la montura, y se alegró de que Uiseag fuese una chica tranquila, porque ella estaba como un flan. Era una mujer, y no podría montar a horcajadas y sujetarse con ambas piernas, sino de medio lado, tal y como se esperaba de una dama.

—No temáis, mi señora, sois escocesa. Lo haréis muy bien —le dijo Rodric al verla titubear.

Jessica le respondió con un intento de sonrisa y aceptó su ayuda para subir a lomos de Uiseag. Apoyó su pierna derecha en la famosa corneta, que impedía que se deslizase hasta el suelo, introdujo el pie izquierdo en el único estribo, dejó caer las manos sobre su regazo y esperó que Rodric la condujese por las riendas para habituarse al paso de la yegua. Al cabo de unas vueltas, Jessica

se sintió lo bastante segura como para pedirle llevar el control.

—No lo olvidéis. Abrazadla desde abajo con el tobillo izquierdo y haced fuerza contra el faldón apuntando el pie derecho hacia el vientre. Manteneos erguida y, a ser posible, lejos del suelo.

Jessica ignoró su sarcasmo y cogió las riendas. Hizo una ligera presión con la pierna izquierda y se puso en marcha con un trote vivaz y ligero.

—Vais demasiado rápido —advirtió Ewan desde la valla.

—¡Dijisteis que era tranquila! —gritó Jessica mientras trataba de aminorar la velocidad.

—¡Frenad! ¡Usad las riendas!

Su consejo llegó demasiado tarde. Jessica cayó al suelo en medio de una nube de polvo.

—¿Estáis bien? —preguntó Rodric ayudándola a ponerse en pie.

—No os desaniméis —dijo Ewan con un guiño—. Para ser la primera vez, habéis aterrizado con bastante elegancia. Mañana lo haréis mejor.

—Mañana... ¡Podéis estar seguro! —replicó Jessica mientras se frotaba el trasero. Acarició a Uiseag, recogió el canasto del almuerzo y salió del cercado dejando la puerta abierta tras de sí.

Cuando cruzó el portón, se dio de bruces con Angus. El guerrero la miró de arriba abajo con disgusto.

—¿De dónde venís? A Keillan no le gustará saber que lo habéis desobedecido.

Jessica se alisó el cabello con la mano y palmoteó los pliegues de la falda para eliminar los rastros de hierba.

—¿Dónde está? —le espetó—. Creí que no ibais a dejarlo solo.

—Esa era mi intención, pero me pidió que volviese junto a vos. Ahora veo por qué. No sois capaz de acatar una simple orden.

—No soy capaz de acatar nada, y mucho menos algo que no comprendo. Decidme dónde está.

Angus reflexionó un instante y tensó la comisura de los labios.

—Se dirigía al Claro cuando me hizo regresar.

Jessica se tocó el pecho a través de la lana de su corpiño, justo en el lugar donde debía estar la herida en forma de espiral.

—¿Por qué? ¿Qué ha ido a buscar allí?

—No me corresponde a mí contestaros. De todas formas, tampoco respondéis a mis preguntas.

—Ni esperéis que lo haga. Ahora, apartaos de mi camino.

Angus se echó a un lado y miró cómo atravesaba el patio con los brazos cruzados sobre la cintura.

Al llegar a su habitación, el fuego seguía ardiendo en la chimenea, pero apenas notó su calor. Un frío gélido trepó por sus huesos como una serpiente. Sobre las sábanas, aún estaban los pétalos de rosa, agrupados en forma de J, junto a la carta de Keillan. El recuerdo de otro papel arrugado vino a su memoria, pero qué diferente era su mensaje, y cómo había cambiado ella desde entonces.

—Lady Jessica, ¿puedo pasar? —preguntó Elspeth, asomando la nariz por un resquicio de la puerta. Jessica le hizo un gesto afirmativo y se guardó la nota bajo el escote.

—Os he traído un par de truchas de parte de la señora Muckairn —dijo la muchacha mientras dejaba sobre la mesilla una fuente con el jugoso pescado asado.

—Eres muy amable, Elspeth, pero comí algo del almuerzo que le llevé a Rodric.

El rostro de la joven se iluminó al escuchar el nombre del guerrero.

—¿Os dio algún mensaje para mí?

—No charlamos gran cosa —mintió—. Pero lo convencí para que me enseñara a montar, y me temo que no soy una buena alumna.

—Rodric es paciente y atento —dijo Elspeth sin ocultar su decepción—. Con él aprenderéis a hacerlo como una gran señora.

—Me conformaría con aprender de cualquier manera. —Jessica se dejó

caer de espaldas sobre el cobertor de la cama antes de que la rabia la delatara y observó el trazado a cuadros verdes y negros. Acarició el suave tacto de la lana unos segundos y se incorporó de pronto ante la sorprendida mirada de la doncella.

—Elsbeth, necesito que hagas algo por mí. Consígueme uno de esos pantalones de tartán que llevan los hombres.

—¿Unos *triubhas*? —preguntó la pelirroja con los ojos como platos.

—Sí, unos *triubhas*. Y si son de mi tamaño, mejor.

Cuando Elspeth se marchó, Jessica sacó el papel que había guardado junto a su pecho y lo desdobló. Unas palabras se destacaron sobre el color amarillento. «Vi a mi dama llorar».

Nunca más. Esta vez no iba a huir ahogada en lágrimas como en Nueva York ni a quedarse de brazos cruzados encerrada tras las gruesas paredes de su alcoba.

Miró los pétalos ya marchitos y los barrió con la mano.

—Y tú, escocés intrigante y orgulloso... Espera a que te encuentre, porque puedes estar seguro de que lo haré.

XXVII

LEANNAN NA DIATHAN

Keillan llevaba una semana fuera. Le había enviado mensajes a través de Angus, tiernos y tranquilizadores, que solo habían conseguido ponerla más furiosa y preocupada. Este se negaba a darle ninguna otra información, y Patrick había partido hacia Edimburgo al día siguiente de la marcha de su hermano, dejando la fortaleza bajo su mando. Lady Janet seguía postrada y semiinconsciente, con breves paréntesis de lucidez que Jessica aprovechaba para mostrarle su afecto, cogiendo su mano mientras le leía pasajes de la Biblia, lo que la dama agradecía con una fatigada sonrisa. Esa mañana había vuelto a preguntar por su hijo. Jessica le había mentido de nuevo, diciéndole que seguía en el Norte con el *laird*, comprando ganado, grano y otras provisiones para afrontar el crudo invierno que se avecinaba. Pero al ver su expresión de resignado desconsuelo, Jessica decidió que no continuaría engañándola. Ya estaba preparada.

Bajó el serpenteante camino que conducía al lago. La fría luz de la mañana impregnaba con un aura gris metálico las piedras y el agua cercana a la orilla. Era otro día nublado. Jessica pensó que el sol no había vuelto a brillar desde que Keillan se fue. No podía hacer nada respecto a lo primero, pero sí en

cuanto a su recién estrenado y fugitivo esposo.

—No acabo de acostumbrarme a veros de tal guisa —dijo Ewan, observando la esbelta y contorneada silueta de Jessica enfundada en los estrechos pantalones y el jubón de cuero—. Aunque debo decir que no conozco hombre o mujer que lleve el tartán de los MacArthur con tal encanto.

—Guárdate tus halagos, Ewan —le contestó Jessica divertida—. ¿No está Rodric contigo?

—Lo esperé en los establos, pero se hacía tarde, así que os tendréis que conformar conmigo. Quizás esté con Elspeth —añadió con una mueca compungida.

Jessica frunció el ceño mientras acariciaba la frente de Uiseag.

—Todos vamos en pos de algo, ¿no es cierto?

Ewan imitó su gesto mientras la observaba poner el pie en el estribo y deslizar la pierna derecha por encima de la montura.

—Y siempre se nos escurre entre los dedos cuando creemos haberlo alcanzado.

—No pienso dejar que eso ocurra —respondió Jessica clavándole su mirada color turquesa—. ¿Cómo puedo llegar desde aquí al Claro de las Hadas?

Ewan se acercó a ella con rapidez y sujetó a la yegua por la brida.

—No podéis, el camino es demasiado escarpado y tortuoso. Caeréis antes de encontrarlo.

—Encontrarlo... Sí, puedo, claro que puedo. Apártate, Ewan.

—De ningún modo —dijo él con firmeza—. Si lo hago, Keillan me privará de mis atributos masculinos, por decirlo con suavidad.

Una brisa húmeda que anunciaba lluvia sacudió las ramas de los alerces. El rumor de las hojas mecidas por el viento se fundió con el grito de Jessica.

—*¡Troit, Uiseag, troit!*

Ewan la vio alejarse por la ribera y sonrió con una mezcla de orgullo y resignación.

—Y Dougall los freirá y me los hará comer para la cena.
Luego miró hacia la colina y emitió un leve silbido.

Aquel pelirrojo insoportable no le había mentido. El sendero que subía desde el lago hasta la cresta de la colina estaba repleto de hondonadas y rocas, tan abrupto que Jessica tardó un siglo en atravesarlo. Uiseag, igual de insegura que su jinete, hollaba el aire nerviosa y rebelde.

Por fin, salió a campo abierto y reconoció la verde llanura donde Angus la había separado de Elspeth. Justo a su derecha, podía divisar los agudos tejados y la torre circular de Broch Miadhail, que la vigilaba a través de sus angostas aspilleras como un animal fantástico provisto de decenas de ojos. Se recogió el cabello en una trenza. Tenía que atravesar una gran distancia en el menor tiempo posible. Puede que Ewan la encubriese, pero estaba segura de que Niall o cualquiera de los otros soldados que estuviera de guardia daría la voz de alarma en cuanto se pusiera a la vista. Se inclinó sobre el cuello de Uiseag y le susurró con excitación:

—Ahora, pequeña, no me falles. Vuela hacia el bosque.

Dio un rápido empujón con las rodillas sobre los ijares y animó a la yegua con una orden en gaélico. Cuando esta comenzó a cabalgar, libre y sin freno, Jessica recordó el día en que se subió a aquel bote pintado de verde. Ahora no surcaba las oscuras aguas del lago, pero estaba igual de decidida a conseguir su objetivo, aunque, como en esa ocasión, solo contara con la fuerza de su voluntad.

El aire cortante hacía que se le saltaran las lágrimas a medida que se acercaba a la entrada del bosque. Uiseag levantaba puñados de barro que salían despedidos bajo sus cascos, cada vez más impetuosos y veloces. Los árboles, que antes eran una muralla difusa y lejana, parecían aproximarse como si hubiesen salido a su encuentro, con las retorcidas ramas extendidas hacia ella. Pronto los tendría encima si no hacía nada para evitarlo. Gritó la

orden que Rodric le había enseñado para frenar y tiró de las riendas, pero Uiseag agitó la cabeza resistiéndose a su impulso y continuó desbocada su carrera.

Las primeras ramas la golpearon en la cara. Jessica sintió el rastro caliente y húmedo de la sangre y se inclinó hacia delante para protegerse. Los oídos le tronaban con el chasquido de las raíces pisoteadas y el ronco estremecimiento de la tierra.

Entonces pensó que de nuevo la había tragado la tormenta. Pero Keillan ya no estaría esperándola junto a la orilla ni vería su dulce mirada al despertar, y cerró los ojos, al borde del desmayo.

—*¡Stad, làir! ¡Stad!*[15]

Jessica escuchó a su lado la voz profunda e imperiosa y unos fuertes brazos la envolvieron antes de caer.

El color esmeralda con motas doradas de sus ojos se fundió con el verde de las hojas de los robles que los rodeaban.

—Dougall... ¿esto es un sueño, o me he golpeado la cabeza?

—Una vez me hicisteis esa pregunta, ¿lo recordáis? —dijo él mientras le sujetaba la cabeza con una mano y con la otra le apartaba el cabello enredado —. Os contesté que, si así fuera, entonces no querría que amaneciese.

—Dougall, no... —Jessica intentó incorporarse, pero él se lo impidió.

—Mi respuesta sigue siendo la misma, y que Dios me ayude, porque sé que lo será para siempre.

—Ahora creo que no soy la única que se ha golpeado en la cabeza. Apartaos, por favor.

—¿Como ha hecho Keillan? ¿Por qué nunca está cuando lo necesitáis? ¿Por qué os expone de esta manera, y por qué os obstináis en perdonarlo?

—Él no me ha expuesto a nada. Si se ha marchado, no os incumbe —dijo Jessica, sin poder evitar cierto resquemor.

—Sabéis que solo quiero vuestro bien —añadió él con una sonrisa amarga —. He bajado hasta el lago a diario para veros. Cada mañana he luchado

conmigo mismo para no hacerlo, pero ya no tengo fuerzas.

Jessica negó con la cabeza. Ojalá fuese una simple y vil mentira. Todo sería más fácil. Podría odiarlo, alejarlo con una amenaza, con un insulto o simplemente con su indiferencia. Como tal vez había hecho Keillan con ella. Pero eso no cambiaba nada.

—Siempre seréis un amigo para mí —le dijo desasiéndose para ponerse en pie—. Es lo único que sé.

—Y yo sé que no queréis que me aleje. Me lo demostrasteis cuando vinisteis a mí en los establos, antes de que partiera hacia Querlane. —Dougall se levantó y avanzó en su dirección—. Decid que no fuisteis para impedirlo, porque solo os estaréis engañando.

Jessica lo miró a los ojos y tuvo miedo al ver en ellos su propio reflejo.

—Solo fui por compasión.

—Está bien —dijo él—. En ese caso, me alegro de poder alimentarla. Partiré hoy mismo hacia Flandes. Allí hay levantamientos y matanzas a diario. Si mi sangre escocesa fluye en sus canales, no os habrá de importar.

—¡No! —Jessica lo agarró por el codo—. Basta de hablar de sangre, ¿por qué queréis hacerme sentir culpable?

—Porque sé que sentís algo por mí, pero cuando lo admitáis será demasiado tarde. No os preocupéis, mi señora. Ewan vendrá en un momento y yo me marcharé para siempre, solo necesito llevar mi espada. —Dougall se soltó con brusquedad y fue hacia su caballo.

Jessica se quedó allí plantada, viendo cómo llevaba a Seabhag de las riendas. En unos segundos estaría rumbo a la costa. Jessica corrió hacia él.

—Esperad, no os vayáis.

—¿Por qué?

—Tenéis razón, me importáis.

—Eso no me basta.

—Os necesito.

—Sigue sin ser suficiente. Adiós, lady Jessica —dijo dándole la espalda.

Ella tiró de él y Dougall se giró con el rostro encendido. La cogió por los hombros y la zarandeó con violencia.

—Esta vez no me marcharé con las manos vacías.

Jessica sintió sus labios dulces como la miel y el aroma de los brezales en sus cabellos, que acariciaban su rostro igual que sus manos, con una suavidad profunda y salvaje. Su boca se abrió para él, y un lugar de su corazón se agitó como las olas del mar, hablándole del hogar, de un naufragio, de esperanza y una despedida.

Dougall la miró con sus manos enmarcando su cara.

—Podía haberos hecho feliz, sé que me queréis. Al menos podré llevarme eso conmigo.

—Os quiero, pero no os amo, y nunca lo haré —dijo Jessica temblando—. Vine aquí por Keillan, y solo estoy aquí por él. Lo esperaré todo el tiempo que me sea concedido.

—Ahora me entendéis —contestó Dougall besando sus nudillos.

Seabhadh lanzó un relincho nervioso, interrumpido por el sonido agudo del metal saliendo de su vaina.

—La Casa de Tirivadich sin un *laird*, y la de Querlane aprovechando la ventaja. Te había subestimado, Dougall, eres aún más cobarde que tu primo.

Dougall desenfundó su espada y empujó a Jessica detrás de él.

—Despide a tus hombres, Murray, y te demostraré mi cobardía con sumo placer.

—No creo que el espectáculo de ver tus intestinos expuestos sea del agrado de mi sobrina. Tira el arma, no estás en situación de exigir nada.

—Yo no soy tu sobrina. —Jessica dio un paso al frente—. Eres tan miserable como tu hijo.

—¿Qué sabes de mi hijo, bruja?

Dougall empuñó su *claymore* con las dos manos.

—Atrás, Murray, si no quieres reunirte con él en el infierno.

El *laird* de Auchinbreck palideció y tensó la mandíbula con furia.

—Sabía que no me equivocaba. Vas a morir lentamente, pero no antes que la bruja. Una sola flecha, Adair, tengo algo reservado para ella.

Dougall lanzó su cuchillo y el arquero cayó con el cuello atravesado, ahogándose en su propia sangre.

Murray Campbell pasó por encima del cuerpo sin apartar sus fríos ojos azules de Jessica.

—Ven, tienes algo que me pertenece.

—No vuelvas a dirigirte a ella —dijo Dougall con voz gélida—. Pelea conmigo.

—Me gustaría, pero no puedo perder más tiempo.

Murray dio una orden y dos soldados se arrojaron sobre él, atacándolo por ambos flancos.

Dougall levantó su espada con un grito y detuvo el primer golpe. El segundo vino por detrás. Se giró con rapidez y asestó una potente estocada que hizo tambalear a su agresor.

Jessica retrocedió hasta un roble cercano. Quizás Murray la siguiese. Dougall podía tener una posibilidad contra dos hombres, pero tres eran demasiados, incluso para él. Palpó el *sgian-dubh* que le había regalado Ewan oculto en su bota. Cogió una piedra y miró hacia el *laird*, provocándolo con todo el odio que sentía.

Dougall vio que Murray avanzaba hacia ella. Descargó su arma contra el enorme guerrero que lo hostigaba de frente y se la hundió hasta la clavícula. La sacó con dificultad y buscó de nuevo a Jessica. Sujetaba un puñal con mano temblorosa, y Murray estaba solo a un paso de ella. Tenía que protegerla a toda costa. Dobló las rodillas y recogió el arma de su anterior dueño. El otro soldado aprovechó para atacarlo desde arriba. Dougall saltó como una pantera y cruzó las dos espadas para parar el golpe. El choque de los metales lanzó al aire esquirlas incandescentes. Mantuvo los brazos en alto, con los músculos tensos hasta el extremo. Entonces escuchó el grito de Jessica. Un solo segundo de distracción que lo hizo trastabillar y caer al suelo. Una punta afilada se

clavó en la tierra junto a su hombro izquierdo. Jessica gritó de nuevo. Miró el gesto de satisfacción de aquel maldito, preparado para lanzar el siguiente embate. Dougall se arrastró y, pateándolo en los tobillos, lo derribó sobre él. La sucia sonrisa se congeló en una mueca grotesca cuando lo abrió en canal con su daga. Se lo quitó de encima, cogió su espada y corrió bañado en sangre hacia Murray.

—Detente o ella lo pagará —lo amenazó este—. Hay un arquero que está apuntando a su corazón. Ya no la necesito, no tiene lo que busco. Vas a decirme dónde está Keillan si quieres salvarla.

Dougall se detuvo y se giró hacia atrás. Era solo un muchacho, pero sostenía un arco formidable listo para disparar.

—Por favor, no digas nada, pase lo que pase —le pidió Jessica. Aún sostenía su puñal.

Él la miró conmovido. Tenía el jubón abierto y la camisa rasgada, pero sus ojos reflejaban el azul de un cielo puro y sereno. Maldijo a su primo. Si una milésima parte de aquella mirada fuese para él, se conformaría con las migajas.

—Prepárate para morir —dijo Dougall levantando la espada.

—Mala decisión —contestó Murray—. ¡Dispara!

Dougall vio el brillo de la flecha dirigirse hacia Jessica. Antes de que la alcanzara, se interpuso en su trayectoria cubriéndola con su cuerpo. Recibió el impacto justo en el centro del pecho y cayó de rodillas sobre las hojas muertas.

—¡No! —Jessica se derrumbó a su lado y le sujetó la cabeza en su regazo. El astil de madera de tejo se cimbrió con una rigidez horrible cuando los pulmones intentaron llenarse de aire. Lo rodeó entre sus dedos y presionó la herida sabiendo que la hemorragia ya había comenzado a encharcarse—. ¿Por qué lo has hecho?

Dougall entreabrió los ojos, opacos como un cristal empañado.

—*Is amhuil aisling ar beatha...*[16]—murmuró sin conseguir fijar la vista

en ella.

—No os entiendo —sollozó Jessica. La sangre se deslizó implacable y tibia a través de su mano.

—El carro de la Aurora... debí encadenarlo aquella noche —dijo él con dificultad. Contrajo los labios y cerró los ojos—. No lloréis, a *ghràidh*, fue un hermoso sueño.

—¡No! ¡Dougall! —gritó y se volvió hacia Murray—. ¡Lo habéis matado! —clamó llena de odio. Pero el señor de Auchinbreck tenía puesta su atención en un punto más allá de los alerces. Jessica giró entonces la cabeza y lo vio.

Él estaba allí, resplandeciente como un dios bajo los rayos del sol que acababa de salir y que lo rodeaba con un aura dorada.

—Es un asesino. Pero Dougall no ha muerto, solo duerme —dijo Keillan—. Soltad la espada —añadió en un susurro dirigiéndose al *laird*—, quema como el fuego del infierno al que pertenecéis.

Murray Campbell arrojó el arma al suelo y dio un paso atrás con los ojos desorbitados.

Keillan miró luego al arquero. El muchacho dejó caer el arco en el acto.

—Vete, pero no podrás esconderte de su sangre.

Jessica vio cómo huyó, con el terror grabado en su semblante. Ella misma sintió un escalofrío. Solo había pasado una semana, pero Keillan no parecía el mismo. Era su voz, pero sonaba diferente. Tenía su rostro, pero otros rasgos se reflejaban por debajo de los que ella tanto amaba.

Keillan le habló una vez más a Murray con aquel tono extraño y profundo.

—Volveremos a vernos.

Este apretó los puños, pero no dijo nada. Caminó hacia su caballo, montó y se alejó al galope sin mirar atrás.

Keillan se arrodilló junto a Dougall y, con un rápido movimiento, rompió la vara y extrajo la flecha. Jessica sorbió las lágrimas al ver que la punta barbada desgarraba la carne alrededor del orificio sin que el cuerpo que sostenía reaccionara más que con una sacudida involuntaria. Acarició el

cabello rubio, que quedó teñido de púrpura. La mano de Keillan, posada sobre el pecho inerte, también estaba bañada en sangre. Observó su palma alargada y hermosa. Más arriba, en la muñeca, lucía un tatuaje, una luna en fase creciente acostada sobre una flecha quebrada en forma de V.

Ni siquiera la miró. Vestía el mismo tartán, aunque su camisa era nueva, de lino blanco, no la azafrán que llevaba cuando se marchó. Le había crecido el cabello, negro y brillante como el ébano, que ahora se rizaba en su frente y en la nuca. Un collar rígido en forma de herradura, formado por cuerdas de oro trenzado, cubría la suave piel de su cuello. Jessica ansiaba tocarlo, pero no se atrevió. Tenía los ojos cerrados, y sus oscuras y largas pestañas se agitaban sobre los párpados como si estuviera soñando. Movía su boca de forma imperceptible, repitiendo una palabra, «*dùisg*», apenas como un suspiro que escapaba de sus labios. Cuando terminó, la hemorragia había cesado.

Ya no pudo soportarlo más y tocó su mano. Notó que estaba ardiendo antes de que él la retirara.

—Keillan, Keillan...

Los dos hombres abrieron los ojos al mismo tiempo.

—*Bheag agam*, he soñado con vos —dijo Dougall con voz somnolienta—. Viajábamos a través del océano y me abrazabais como hace un instante.

Jessica soltó un quejido y lloró con una risa nerviosa.

—Estás vivo...

Keillan alzó la cabeza para mirarla. Sus pupilas eran más negras que nunca, ardientes y oscuras como la turba en el fuego.

Dougall trató de palpar su herida. Era solo un punto brillante de rubí, justo encima del corazón.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Jessica extendiendo de nuevo su mano hacia Keillan.

—No me toquéis. —Él se levantó y dio un paso atrás.

Dougall apresó la mano de Jessica que había quedado suspendida en el aire, la apretó contra su pecho y se dirigió a su primo.

—¿Quién eres tú?

Una niña salió de la espesura, con los ojos color de hiedra y envuelta en un manto de lana verde. Jessica recordó una noche junto al lago, recién arrojada por sus frías aguas, sola y aterrada. Esa niña le había sonreído oculta entre los alerces, y aquella sensación de pánico se apoderó otra vez de ella.

—¿Queréis saberlo? —preguntó la recién llegada mientras se descubría la cabeza. Llevaba una diadema de brezo en la frente—. Lo ha hecho porque él es el *Leannan na Diathan*.

XXVIII

LARGA VIDA AL LAIRD

Abby rebuscó en la maleta abierta en el suelo. No había traído demasiada ropa. Un par de tejanos, tres jerseys y cuatro calcetines de lana, varios conjuntos de ropa interior de encaje y satén, y el pantalón y camisa de algodón que usaría como pijama. Siempre dormía desnuda, pero esa noche tal vez se acostase con el abrigo puesto, pese al fuego que ardía en la chimenea de su alcoba. Estaba congelada hasta los huesos, y la lluvia y el viento de las Highlands no tenían la culpa. La inscripción de aquel anillo y la expresión de derrota de Víctor la habían calado tan hondo que aún tenía escalofríos. La forma en que la miró después y su determinación de no presionar a Jessica más allá de su voluntad tampoco ayudaron demasiado. ¿Era un mensaje subliminal, o solo una muestra de orgullo? ¿Por qué diablos tenía que ser tan guapo? No, ese no era el motivo. Se había acostado con hombres tanto o más atractivos que él, y nunca se había sentido así.

«¡*Stop!*, Abby, propiedad privada», pensó sacudiendo la cabeza. Necesitaba su *kit* de urgencias. Encontró el neceser con la cajetilla de cigarrillos rubios, la petaca de acero inoxidable y los auriculares y el cargador de su teléfono móvil. Suficiente para pasar esa noche. O al menos, eso esperaba.

Encendió el mechero de gasolina justo cuando notó una vibración en el bolsillo trasero de sus pantalones. Miró la pantalla y sonrió con los ojos cerrados.

—¿Te molesto?

—Tú siempre me molestas, Víctor.

—Vaya, me habría decepcionado otra respuesta. ¿Puedes dormir?

—¿Acaso tú puedes?

—La verdad es que no —declaró él en tono apagado—. ¿Estás bien?

—¿Es un interrogatorio? —Abby se sentó en la enorme cama con baldaquín y vació el neceser sobre el cobertor de lana a cuadros verdes y negros. Sabía que ninguno de aquellos objetos la ayudaría ahora a conciliar el sueño.

—Solo quería asegurarme y darte las buenas noches. Te veré mañana.

—Espera —lo interrumpió Abby—. No me las des, maldita sea...

—¿No quieres que te dé las buenas noches?

—Quiero que vengas. Por favor.

Víctor hizo una pausa.

—Por supuesto. Dame un minuto.

Abby se dirigió hacia la puerta y la abrió con cuidado. Las bisagras giraron con tal chirrido que temió que despertaran a toda la casa.

—Te has retrasado. El doble —dijo con un mohín—. Y eso que nuestro excéntrico anfitrión nos ha dado habitaciones contiguas.

Víctor arqueó una ceja y le mostró una botella de *whisky single malt* que llevaba oculta bajo la chaqueta.

—Uhhh... Contrabando de licores a media noche. ¿Temes que Ian te la confisque?

—Más bien temo que se haga una idea equivocada. Puede que nos esté vigilando a través de un agujero en uno de esos retratos del corredor —susurró inclinándose hacia ella—. Tengo que pensar en tu reputación.

Abby estudió sus facciones. Bajo su tono conspirativo parecía que hablaba en serio.

—Eres todo un caballero. Adelante, estás perdonado.

Se sentaron en unos cojines junto al fuego. Víctor llenó el vaso del *verre d'eau* que había encontrado en la mesita de noche y la miró con un gesto de

complicidad.

—Tendremos que compartirlo.

—Entonces adivinarás mis pensamientos —declaró Abby.

—No creo que sea necesario. —Víctor bajó la vista unos segundos, y a ella se le erizó la piel.

—¿No lo es? —acertó a preguntar.

Él le clavó sus ojos azules, oscurecidos por las sombras de la habitación.

—Sé muy bien lo que estás pensando.

—¿Lo sabes?

—Deja de hacer eso. —Víctor rio por lo bajo—. Las damas primero.

Abby cogió el vaso, furiosa consigo misma, y lo apuró de un solo trago para no tener que contestar. ¿Por qué no encontraba las palabras adecuadas? Estaba frente a ella, sentado rodeando las rodillas flexionadas con los brazos y vestido con una sencilla camisa Oxford y unos gastados tejanos. Como un chico común y corriente, recién salido de Harvard. Nada imponente ni intimidatorio.

—Estabas sedienta...

—Te advierto que puedo aguantar más que cualquier abogado de Manhattan.

—Acepto el desafío. No soporto que me subestimen. —Víctor le guiñó mientras servía más *whisky*.

—¿Llevas una pulsera trenzada? —preguntó Abby sorprendida—. No va para nada con el *Cartier* de oro.

—La hizo Jessica. Se le dan bien estas cosas.

—¿Puedo verla?

Víctor agarró el cojín y se sentó a su lado. Subió la manga de su camisa y le mostró un cordón de cuero negro que atravesaba una pequeña esfera azul.

—Es una turquesa, una piedra viva. Cambia de tonalidad y temperatura según el estado de ánimo.

—¿Y cómo se supone que debería estar?

—Bastante más clara —explicó él con una mueca—, y más fría. Dame tu

mano.

Abby sintió el calor suave y envolvente que irradiaba la gema, igual que el cuerpo de Víctor junto al suyo.

—Aún no te he dado las gracias —dijo él.

—Jessica es mi mejor amiga. Estamos juntos en esto.

—Lo sé, por eso quiero ser sincero. —Giró la muñeca y enlazó sus dedos con los de ella—. Tengo miedo. Una parte de mí preferiría no encontrarla.

Abby también sintió miedo. Estaba mareada y aturdida, pero no era por el *whisky*. El tacto de su piel se filtraba a través de sus poros como el agua en la arena.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—El grabado. *Jessica Uxor Keillannis*. Si es cierto, ya nada tiene sentido.

—Quizás se vio obligada... Seguro que hay una explicación.

—O dos —la corrigió—. Que no me haya querido jamás o que se haya rendido. No es como tú, no tiene tu fortaleza.

Abby lo miró a los ojos y algo se desbordó en su interior. Tenía que apartarse antes de que hiciese una tontería.

—No es tan débil como piensas, ni yo tan fuerte. Por favor, suéltame.

Víctor aflojó la presión y ella se levantó con rapidez.

—Será mejor que te vayas. Estoy cansada.

Él se puso en pie y le plantó cara.

—¿A qué viene esto? Pensé que podía confiar en ti.

—No lo hagas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué has querido decir tú? ¿Eso es lo que soy? ¿Una chica dura y sin sentimientos? ¿Igual que una piedra?

—Si crees que así es como te veo, estás muy equivocada. Tienes pasión, Abby. Eres franca y directa, y no pides permiso ni te avergüenzas por ello. Y eso es algo que admiro. Más de lo que puedes imaginar.

Abby sintió un nudo en la garganta. Se giró y caminó hacia la puerta, pero él

llegó antes que ella.

—Te necesito, pequeña —le dijo con voz dulce—. Sé una niña buena y dime que seguirás a mi lado.

—No soy una niña buena.

Víctor le levantó la barbilla y la besó en la punta de la nariz.

—Mañana te habrá crecido, por mentirosa.

—Quédate para comprobarlo. No quiero estar sola. ¿Te parece lo bastante franco y directo?

Una brasa estalló con un chasquido en la chimenea, pero él no se inmutó. Abby buscó una respuesta en sus ojos, que permanecían serenos como el océano bajo la luz de las estrellas.

—¿Qué hay de tu reputación? —dijo Víctor de pronto.

—¿Y de la tuya?

—Realmente eres una chica mala —declaró él riendo—. Estoy dispuesto a sacrificarla por una amiga. Y por esa botella que hay que terminar.

—Y también porque sabes que después no serás capaz de llegar a tu habitación.

Víctor le tendió la mano y puso gesto serio.

—Ya se verá. ¿Empezamos?

Claro de las Hadas

12 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1567

—¿*Leannan na Diathan*? —preguntó Dougall—. ¿Qué diablos significa esto, Keillan?

La niña de ojos verdes avanzó hacia él con expresión amenazadora.

—Muéstrale respeto, Dougall MacArthur.

—Señor de Querlane para ti —le replicó este con un bufido.

—Él es mucho más que un *laird*, y le debes la vida.

—Él es mi esposo —intervino Jessica mirándolo a los ojos—. O al menos lo era cuando se marchó.

—Me alegra ver que no lo habéis olvidado —le respondió Keillan. Su primo sostenía su mano y, al parecer, también la había tenido entre sus brazos. Podría matarlo allí mismo, y no le faltaban ganas de hacerlo. Estaba tan hermosa... y le partía el corazón verla temblar de aquel modo.

—Márchate, Rhona —ordenó sin apartar la vista de Jessica.

—¡No! ¡Espera! —exclamó ella—. Te vi aquel día en el lago, ¿quién eres?

Keillan negó con la cabeza en dirección a la niña.

—Recuerda —dijo esta acariciando su mejilla—. La víspera de *Alban Arthuan*. —Él asintió levemente y la vio dirigirse de nuevo hacia el interior del bosque.

Jessica se soltó de un tirón.

—¿Ella sí puede tocarte? No juegues conmigo, Keillan, porque no tienes ni idea de lo que soy capaz si no me explicas qué está pasando aquí.

—Cuando os enfadáis habláis de un modo extraño —le contestó con dulzura.

—¡No estoy enfadada! ¡Estoy muy cabreada, joder!

Keillan entornó los ojos y miró a su primo.

—*Dè tha sin a 'ciallachadh?*[17]

—*Chan eil beachd,* Keillan.[18]

—¡Basta! ¡Estoy aquí, maldita sea, dejad de hablar en gaélico! —exigió Jessica—. Y tú, tú... ¡Debería irme para siempre!

—¿Es lo que ibais a hacer antes de que llegasen los Campbell? ¿Marcharos con Dougall?

—¿¿Qué?! Has estado desaparecido siete días con sus noches, ¿cómo tienes la cara dura de acusarme?

Dougall se colocó junto a ella y le dedicó a Keillan una sonrisa torcida.

—La habría llevado conmigo si no hubieses aparecido. Sus labios están hechos para ser besados, no para suplicarte. Y me alegro de habérselo recordado.

—¿Lo habéis besado?

Jessica dudó un instante.

—Sí —le contestó alzando la barbilla—. Él no me ha prohibido que lo toque, como acabas de hacer tú.

Keillan la miró tratando de ocultar cualquier rastro de emoción. Pero ella conocía de memoria cada uno de sus rasgos. La curva perfecta de su boca era una línea tensa y, detrás de las largas pestañas, sus pupilas oscuras encerraban una tempestad. Y sabía que estaba a punto de estallar. Lo vio dirigir su mirada a Dougall, que le respondió con una expresión desafiante y provocadora.

—Os lo advertí, mi señora, sois mía. No digáis nada más. —Keillan sacó su puñal y pasó por su lado sin rozarla.

—¡Espera! —gritó Jessica—. ¡Estaba furiosa! ¡No es esa clase de beso! ¡Por favor!

—Por los doce Apóstoles, otra vez no —dijo el rubio en tono cansado mientras desenfundaba la espada.

—Estamos de acuerdo —respondió Keillan—. Me diste tu palabra. Vete ahora que estás a tiempo.

—Pensaba hacerlo, pero no la dejaré sola contigo después de lo que he visto.

—Lo que has visto no es nada. No me obligues a repetírtelo.

Dougall se liberó de la capa de su tartán y empuñó el arma con las dos manos.

—No sé cómo lo hiciste antes, pero yo no soy como ese cobarde. Si quieres mi espada, tendrás que venir a por ella.

Jessica se interpuso entre los dos.

—¡Aparta el arma, Dougall! ¡Y tú, Keillan, entérate de una vez! ¡No soy un juguete! —le espetó con rabia—. Creo que solo te intereso porque tu primo me quiere. Él no me habría abandonado a la mañana siguiente de convertirse en mi esposo. Y tú actúas de una forma tan extraña que apenas te reconozco. ¿Qué demonios te ha llamado esa niña? ¿Quién es ella y dónde has estado todo este tiempo?

—No puedo decíroslo —contestó él bajando el puñal.

—Entonces, quizás debí elegirlo a él en tu lugar. —Jessica miró a Dougall. Tenía los labios apretados y los ojos brillantes, y pensó que había ido demasiado lejos.

—Tenéis razón —dijo Keillan—. Yo no os puedo ofrecer más que peligro e incertidumbre. Marchaos si es lo que queréis.

—No quiero irme, ¿no lo entiendes? Soy Jessica MacArthur de Tirivadich, tú lo dijiste: «Yo seré un escudo para ti como tú eres el mío». No me importa a lo que me tenga que enfrentar, siempre que estés conmigo. Tomaré lo que me ofrezcas, pero no me dejes nunca más. Nunca, ¿lo oyes?

Keillan murmuró una maldición en gaélico, dio un paso adelante y la atrajo hacia él con urgencia envolviéndola por la cintura.

—No tenéis ni idea de cuánto os he echado de menos, *mo bhana-bhuidseach*. No volváis a dudar de mí.

Jessica levantó la barbilla y lo rodeó con las manos entrelazadas en su cuello.

—Eres un escocés egoísta y prepotente.

Keillan le sonrió con el ceño fruncido.

—Soy vuestro marido y voy a llevaros a casa. Veremos si allí os atrevéis a repetirlo.

Dougall enfundó su espada y fue en busca de Seabhag, que esperaba atado al tocón de un roble. No soportaba verlos juntos, pero estaba determinado a quedarse. Al menos, hasta descubrir qué le había ocurrido a su primo durante esa semana. Tenía que asegurarse de que ella estaría bien. Pero no quiso reconocer que aún mantenía su esperanza intacta.

Cuando regresaba llevando al caballo de las riendas, se dio de bruces con un jinete.

—Si pensaba que el día no podía estropearse más, estaba equivocado —le dijo a Rodric con fastidio.

—Ese es Fitheach, ¿está Keillan aquí?

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no ha venido Ewan contigo?

Rodric le contestó con voz apagada.

—Tengo que hablar con él.

Keillan escuchó las pisadas a su espalda y besó a Jessica en la frente antes de separarse. Rodric estaba allí parado, con una rodilla en tierra y la cabeza inclinada sobre su espada clavada en el suelo.

—Mi señor Keillan MacArthur de Tirivadich, hijo de Duncan MacArthur de Tirivadich, hijo de Charles MacArthur de Tirivadich.

Rodric alzó la vista y extendió el brazo hacia Keillan.

—Dios y San Andrés bendigan al *laird* de Broch Miadhail .

Keillan abrió su mano y Rodric le entregó el anillo de Patrick manchado de sangre.

Un viento frío que bajó desde la montaña comenzó a agitar las copas de los árboles y formó un remolino con las hojas secas del suelo. Jessica acudió junto a él para abrazarlo, pero se detuvo al ver que sus ojos estaban más allá de su alcance, fijos en los de Dougall, que lo miraba con la misma furia contenida.

—Di las palabras, primo —dijo este dándole su arma.

Keillan cerró los ojos y besó la cruz formada por los gavilanes y la hoja. Luego la levantó hacia el cielo y rugió el grito de guerra del clan MacArthur.

—*¡Eisd! ¡O'Eisd!*[19]

XXIX

YO SERÉ TU ESCUDO

Víctor movió la cabeza a un lado para apartar las ramas del arbusto tras el que se escondía. Estaba tumbado bocarriba sobre un suave lecho de musgo, con Abby acurrucada junto a él conteniendo la respiración, a la espera de que los jinetes pasasen de largo sin notar su presencia. Podía sentir su latido descompasado y el aliento tibio y dulce bajo su cuello. Acababa de amanecer, y una fría brisa le agitaba el cabello, acariciando sus fosas nasales con el suave tacto de una pluma. Giró la cabeza de nuevo para evitar que el cosquilleo lo hiciese estornudar. La había traído aquí, y ahora debía protegerla, cualquiera que fuese el peligro que los acechaba más allá de la escarpada ladera del lago.

Ella protestó por su alejamiento envolviéndolo con sus piernas y el brazo izquierdo. Cuando se volvió para calmarla con un susurro, el rostro de Jessica lo miró con gesto suplicante y pronunció el nombre que tanto odiaba: «Keillan, mi amor, despierta».

Víctor abrió los ojos. Abby dormía enroscada contra él, con los cabellos negros y sedosos esparcidos sobre su pecho. Apartó su mano con cuidado de no despertarla, y se deslizó fuera de la cama sin hacer ruido. La habitación estaba helada y todavía a oscuras. Caminó desnudo hacia la chimenea y encontró su ropa tirada en el suelo junto a la de Abby y la botella de *whisky* vacía.

Se puso los vaqueros y se agachó para reavivar el fuego con un poco de leña. Estaba descalzo, y no recordaba dónde había dejado la camisa, al igual que la mayor parte de lo que había ocurrido esa noche. Un trozo de madera humeante saltó al filo del hogar. Cogió el atizador y lo empujó dentro con brusquedad.

—Parece muy antiguo —dijo Abby sentada en la cama—. Deberías tener más cuidado.

Víctor se puso en pie y dejó con desgana la barra de hierro en un rincón.

—Creo que ya es un poco tarde para eso —le contestó con voz tensa.

Abby intentó leer en su mirada, pero él bajó la vista al cabo de unos segundos.

—Te advertí que no confiaras en mí, pero tú no me escuchaste.

—No se trata de ti —replicó Víctor sacudiendo la cabeza.

—No, claro que no. Se trata de ti y de Jessica. Y yo soy una zorra hipócrita y egoísta por dejar que ocurriera.

—No me has entendido, Abby. La culpa es solo mía. No voy a consentir que te insultes por ello.

—También puedo llamarte cabrón condescendiente si eso te hace sentir mejor.

Víctor se mesó el cabello y caminó hacia la cama. Se sentó en el borde y Abby se cubrió con las sábanas hasta la barbilla.

—Eres injusta —le dijo con una sonrisa que iluminó sus ojos azules—. No soy condescendiente.

—Pero aquí estamos. Si no te hubiese pedido que te quedaras...

—Yo quise quedarme. —Víctor cogió su mano y la apretó con fuerza—. La cuestión es por qué lo hice.

—¿Porque te emborraché tal vez?

—Para, Abby. Te dije que sería sincero. Es cierto que no recuerdo todo, y no sabes cuánto lo lamento, porque lo que sí sé es que fue hermoso.

—Hermoso y equivocado —murmuró ella—. Siento haber roto tu paz

interior, solo tienes que borrar esos restos de tu memoria.

—Sigues sin comprender. Esa paz ya no existe, se la llevó una tormenta hace más de una semana y, desde que leí la inscripción de ese anillo, dudo mucho que pueda recuperarla. Yo soy el egoísta, pequeña.

La fría luz de la mañana se reflejó sobre el torso de Víctor. Abby sintió envidia de los débiles rayos que acariciaban la piel suave de sus hombros y los musculosos brazos. Sabía que bastaría un leve empujón para inclinar la balanza. Tenía el ceño fruncido y las manos temblorosas, que aún encerraban la suya sobre su frente. Él esperaba una respuesta, y ella vio la gema color turquesa en su muñeca.

—Nunca lo averiguarás si no lo intentas —le susurró alejándose de él—. Usa el anillo y encuentra a Jessica. Es lo único que importa.

Víctor la miró en silencio y soltó su mano después de volver a besarla.

—Entiendo que no quieras acompañarme.

—Será mejor así —dijo Abby notando cómo se resquebrajaba su corazón—. Ahora es mejor que te vayas, antes de que el señor MacArthur nos descubra y nos invite a marcharnos por conducta inapropiada. Creo que eso de ahí es tu camisa.

Lo observó mientras terminaba de vestirse. ¿Por qué no se apresuraba? Si tardaba un minuto más no sería capaz de contenerse. Le gritaría que no se marchase, y luego saltaría sobre él como una pantera sobre su presa. Y él no se defendería. Estaba segura.

Víctor abrió la puerta y los goznes crujieron con un sonido penetrante, como el impacto que le había causado su mirada cálida y su sonrisa bajo ese mismo umbral unas horas antes. Sus ojos ahora eran sombríos, y sus labios estaban tensos cuando se dirigió a ella.

—No es lo único que me importa.

Abby bajó las sábanas hasta la sinuosa curva de los senos y las sujetó con la palma extendida sobre el pecho.

—Tampoco eres el único egoísta. Estamos en paz.

Broch Miadhail, Claro de las Hadas

El camino estaba enfangado y lleno de charcos. Una lluvia repentina había descargado una cantidad ingente de agua, y Jessica tiritaba como un recién nacido bajo el jubón de cuero empapado. Uiseag seguía nerviosa y avanzaba con dificultad, hundiendo los cascos en el barro en lugar de obedecer sus órdenes para salir al trote. Keillan cabalgaba delante junto a Rodric, con un cielo plomizo sobre sus cabezas, surcado por el vuelo de unas aves de alas negras y siniestras.

Nunca había visto cuervos tan de cerca. Cuando recordó de qué se alimentaban, Keillan se giró para mirarla, como si hubiese leído sus pensamientos. De repente, la muerte dejó de ser una idea abstracta y aséptica, encerrada entre las tapas de un libro o las blancas paredes de un hospital. Era real, despiadada y salvaje como la vida de aquellos hombres que no tenían asegurado el siguiente amanecer. Keillan era uno de ellos, marcharía a la guerra a la cabeza de su clan como nuevo *laird*, y ella no podría hacer nada para impedirlo.

Sus ojos se cruzaron solo un instante. Luego él dirigió un gesto a Dougall casi imperceptible, y este asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—*Stad*, Uiseag —dijo Dougall con voz firme mientras le arrebatava las riendas a Jessica.

—¿Qué estáis haciendo?

—Vendréis conmigo.

—¿Ir con vos? ¿A dónde?

—A Querlane. Keillan cree que allí estaréis a salvo, y yo estoy de acuerdo.

—No iré a ningún sitio que no sea Broch Miadhail —respondió ella con serenidad—. No voy a dejarlo cuando más me necesita.

Dougall curvó los labios y le clavó su mirada de un verde intenso y brillante.

—Os equivocáis. Ahora necesita un ejército, no estar preocupado por vos.

—No podéis decidir por mí —se rebeló Jessica—. Y él tampoco.

—Sí que puede, es vuestro *laird*.

—Pero antes es mi esposo, y de donde yo vengo no dan órdenes. —Cogió las riendas de un tirón y hundió las rodillas en los ijares de la yegua. Uiseag obedeció en el acto y corrió emitiendo un relincho profundo hasta alcanzar a Keillan.

—Si piensas que vas a deshacerte de mí, ya puedes ir olvidándolo —le dijo Jessica situándose a su lado.

Rodric se alejó unos metros, manteniendo la distancia con Dougall, que avanzó hacia ellos sin prestarle atención.

—¿Tan difícil es alejarla de aquí? —le preguntó Keillan con una mueca incrédula.

—Inténtalo tú mismo si lo ves tan sencillo —resopló Dougall—. Cuando cambia a ese extraño acento, puedes jurar que no hay nada que hacer.

—¿Qué pasa contigo? —explotó Jessica—. Hace un momento querías matar a Dougall porque me había besado, y ahora quieres que me separe de ti para ir con él. ¿Estás loco?

Keillan apretó los labios y con una rápida maniobra se interpuso entre ella y su primo.

—Sí, estoy loco. De preocupación, de odio y también de celos. Pero nada me enloquece más que la idea de ponerlos en peligro. No es fácil para mí, y vos no me estáis ayudando. Obedeced, si es que os importo algo.

—¿Que obedezca? —le espetó—. Claro que obedeceré. —A continuación, bajó de su montura y la despidió con una palmada en el anca. La yegua salió al galope, y Keillan bufó y retuvo a Fitheach en su intento por seguirla.

—Si Dougall me lleva a la fuerza, me arrojaré del caballo. Y esta vez no estarás cerca para curarme.

Jessica tendió la mano hacia él. Keillan tensó la mandíbula y la miró con los ojos llenos de amor. Sacudió la cabeza derrotado, y la izó agarrándola por la cintura. La abrazó contra su pecho y la besó en el cuello mientras la empujaba hacia sus caderas.

—Siempre estaré cerca de vos —le susurró al oído—. Y haré lo que sea por defenderos, no volváis a hablar así.

El calor de su respiración traspasó la delgada tela de su camisa. Jessica cerró los ojos y se dejó acunar mientras cabalgaban al paso hacia las lindes del Claro.

Ewan salió a su encuentro a lomos de Uiseag.

—La encontré cerca del muro Sur. Estaba aterrada.

A Jessica no le pasó desapercibida la mirada de advertencia de Keillan. Ewan movió la cabeza para indicarle que lo había entendido y luego se inclinó ante él.

—Lo siento mucho, mi *laird*.

Su hermoso rostro estaba desfigurado por un enorme corte desde el labio superior hasta la base de la nariz. La sangre, que se había secado en su mayor parte, formaba una costra densa y oscura, excepto cerca de la boca, donde unas gruesas gotas afloraban a la superficie, seguramente por el esfuerzo al hablar. Jessica pensó que el dolor debía de ser horrible, y decidió no hacer ningún comentario.

—Conserva tus fuerzas, Ewan —dijo Keillan—. Las vas a necesitar.

Dougall observó a su hermano y una oleada de rabia congestionó sus facciones.

—Y espero que sea muy pronto. Te juro que enviaré al infierno a quien te hizo eso.

Ewan miró a Rodric de soslayo.

—No será necesario.

Reanudaron la marcha en silencio. Cuando llegaron a la explanada que se encontraba extramuros de Broch Miadhail, Jessica se aferró con fuerza al brazo de Keillan.

Las humildes construcciones de piedra y techumbre de brezo estaban completamente calcinadas, y sus restos ennegrecidos se desplomaban a su paso entre una cortina de humo espeso e irritante. Algunos hombres del clan

aún se afanaban en retirar los cuerpos de los que habían caído luchando, en medio de un silencio amargo, roto por los sollozos de las mujeres que habían sobrevivido. Otras eran sacadas de las casas sin ventanas en donde habían sucumbido por asfixia o por el fuego.

—Esos diablos atrancaron las puertas —masculló Dougall.

—Oh, Dios mío —dijo Jessica, observando un pequeño bulto envuelto en una manta de basta lana que habían depositado en el suelo.

—No mires —le advirtió Keillan demasiado tarde. Una manita, pálida y manchada de hollín, asomó entre los pliegues que la brisa había levantado.

—Sácame de aquí, por favor. —Jessica cruzó las manos sobre el vientre. Una náusea desgarradora ascendió por su garganta y acalló su deseo de gritar. Era mejor así. Keillan ya tenía suficiente carga sobre sus espaldas y ella había tomado una decisión. Solo esperaba ser lo bastante fuerte para llevarla a cabo.

Dougall se colocó a su lado y le ofreció un odre de piel curtida.

—Esto os ayudará.

El sabor áspero del *whisky* la quemó por dentro, pero calmó sus nervios y las ganas de vomitar.

Keillan esperó a que ella bebiera una vez más. Cuando terminó, cogió el cuero y se lo devolvió a Dougall.

—Ánimo, *mo chridhe*. Casi hemos llegado.

Los portones se abrieron a la orden de los centinelas que vigilaban la entrada. Cruzaron bajo las dovelas del arco principal y entraron en el patio de armas. Los estaban esperando. Soldados, hombres, mujeres y niños en brazos de sus madres. Jessica advirtió que ninguno lloraba. El clan entero permanecía en pie sobre las piedras grises que habían sido lavadas, erguidos y orgullosos, pese al caos y la destrucción visible en todos los rincones.

Angus, a la cabeza del grupo, sacó su espada y arrodillándose apoyó su frente en la guarda cruzada. El sonido del acero al salir de las vainas vibró con estridencia en el espacio cerrado y, uno a uno, todos los guerreros lo imitaron.

Dougall, Rodric y Ewan desmontaron y ocuparon su lugar con los demás. Jessica estaba temblando, pero sabía que ya no había vuelta atrás. Se soltó del brazo que la retenía y se deslizó de la silla con rapidez. Ewan levantó la cabeza al escuchar que su primo la llamaba y, antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, ella le arrebató la espada por la empuñadura. La sujetó con las dos manos y se giró hacia Keillan, que la miró sin entender. Jessica le sostuvo la mirada, acercó el arma a sus labios y besó la unión de los gabilanes con la hoja.

—Yo seré un escudo para ti como tú eres el mío, ¿recuerdas? Este es ahora mi clan, tú eres mi *laird*, y ni una guerra o mil batallas me separarán de ti.

Keillan bajó del caballo y fue directo hacia ella.

—No sabéis lo que habéis hecho.

—Sea lo que sea, no me arrepiento —dijo Jessica apoyando la punta afilada en el suelo.

—No estéis tan segura. Me acabáis de jurar obediencia delante de todos. No creo que eso os haga muy feliz.

Jessica miró a su alrededor. Todos la observaban expectantes. Angus le dirigió un gesto de apreciación.

—Ponme a prueba.

—Os amo por encima de todas las cosas, pero no me retéis —dijo él con una sonrisa contenida.

Entonces escuchó la voz de Ewan, que sonó profunda y grave.

—¡Larga vida al *laird* y lady Broch Miadhail!

Un estruendo de gritos y vítores se extendió como un eco por los muros de la fortaleza.

Keillan la abrazó y recordó la última vez que la vio en ese patio. Había llegado herida, era la prometida de Dougall, y él no había podido sino observar desde los establos cómo caminaba a duras penas ayudada por Elspeth.

Ahora era suya, y su primo no iba a interferir nunca más. La cogió en brazos

y se abrió paso entre los murmullos y beneplácitos de sus parientes. Rhona le había dicho que ella habría de sufrir por su causa. Le habló de un sacrificio y que pagaría un alto precio por amarlo. Mientras subía los escalones que llevaban a la alcoba, se juró a sí mismo que la protegería con su vida y le evitaría cualquier sufrimiento. Y también pensó qué iba a decirle cuando le preguntase por Elspeth.

XXX

SHALOM ALEJEM

Cuando Keillan llegó al final de las escaleras, Jessica estaba tan callada que parecía dormida, como aquella vez que la había llevado desde el Gran Salón tras el anuncio de su compromiso con Dougall. La había torturado con las seis cuerdas de su laúd para abandonarla después delante de esa misma puerta. Dejarla sola en aquel corredor sombrío, con el corazón roto, le había partido el suyo, y ahora tendría que verla sufrir de nuevo. Se preguntó por qué su memoria se obstinaba en castigarlo con tales recuerdos, y decidió que no era un balance justo por todo lo que ella tendría que pasar al quedarse a su lado.

Giró el pomo, entró en la habitación y la depositó con suavidad sobre la cama, igual que había hecho en su noche de bodas. Ella lo miró fijamente y acarició su mano cubierta de cicatrices.

—Oh, Keillan, ¿cómo ha podido ocurrir todo esto? ¿Es que no tenías ya suficiente?

Él bajó la cabeza. Su cabello negro, que ya comenzaba a crecer, se agitó en una negación al ver el anillo de Jessica.

—Ni siquiera dio tiempo a grabarlo. Nunca lo tuvimos de nuestra parte, y puede que jamás lo tengamos. No dispongo de medios para afrontar una guerra, nuestro clan está casi destruido y mi familia rota.

—No es cierto. —Quería contarle la verdad, que había llegado hasta aquí porque otro MacArthur, un descendiente suyo, encontraría su espada dentro de

quinientos años. De pronto comprendió. Ella la trajo de vuelta, y ahora estaba oculta en algún lugar de la fortaleza, no enterrada en la orilla del lago. Si él no la empuñaba de nuevo, nada de esto podría estar ocurriendo—. Escúchame, Keillan —dijo incorporándose de un salto—. Tienes que buscar la espada.

—¿La espada que me regaló mi padre? —preguntó sorprendido.

—Ahora eres el *laird*, ocupa el lugar que te corresponde. Lucharás y le darás esperanza a tu gente, le darás un futuro.

Keillan sonrió a su pesar.

—Habláis como una digna señora de Broch Miadhail, mi pequeña hechicera rubia. Mi madre no se equivocaba en absoluto.

— Lady Janet... Debo ir con ella enseguida. ¿Dónde está Elspeth? La necesito.

—Avisaré a la señora Muckairn, os ayudará a vestiros.

—¿La señora Muckairn? —preguntó Jessica—. No entiendo... debe de estar desbordada atendiendo a los heridos. ¿Por qué no puede venir Elspeth?

Keillan apretó los labios, la miró a los ojos y cogió su mano.

—No... —dijo Jessica con un hilo de voz—. Dime que no le ha pasado nada malo, por favor. Dime que no está muerta.

—No ha perdido la vida, pero sí el deseo de vivir —respondió él—. Ewan la encontró demasiado tarde en los establos. Esos malnacidos ya la habían atacado brutalmente. Solo pudo hacerles pagar por ello.

—¿Atacado? ¿Quieres decir que...?

—Lo siento, *mo chridhe*. Sé que la queréis de verdad.

Jessica recordó cómo había mirado el hermano de Dougall a Rodric, y la terrible herida de su rostro. Sintió una oleada de agradecimiento y pesar por el insolente y bravo pelirrojo, a través del profundo horror que le crecía en las entrañas. Su única amiga había sido violada y, para una mujer del siglo XVI, significaba un estigma tan invariable como la muerte. Con la pérdida de su virginidad de manera tan espantosa, había perdido también su honor y toda posibilidad de llevar una vida feliz y respetable. Sabía que Ewan y Keillan la

protegerían con su silencio, pero estaba segura de que Rodric ya no se casaría con ella. Ahora entendía que prefiriese estar muerta.

—No podéis hacer nada por ella ahora. Os avisaré cuando despierte.

Jessica asintió con un gesto resignado y le acarició la suave piel del cuello. Keillan se inclinó sobre ella y emitió un gruñido sordo.

—Alto ahí, mi señor, antes tenéis que explicarme varias cosas. Por ejemplo, esto.

Sus dedos estaban aferrados al collar en forma de herradura trenzada con cuerdas de oro.

Keillan se apoyó con los codos para mantener el equilibrio.

—Es un *torques* —dijo como si fuese suficiente explicación.

Jessica sabía que era una joya celta, no recordaba si de la Edad de Bronce o de Hierro. En cualquier caso, era una reliquia asociada con el poder y la divinidad, demasiado antigua incluso para ese siglo. El hecho de que él la llevase después de una semana de ausencia y de lo ocurrido en el Claro la tenía desconcertada. Y Keillan no iba a irse de rositas.

—Un símbolo digno de un príncipe o de un dios —afirmó mientras deslizaba la mano hacia su costado—. No intentes confundirme, no soy tan sumisa ni tan ignorante.

—Tendréis que confiar en mí.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no podré contestar todas vuestras preguntas porque ni yo mismo conozco las respuestas. Pero sí sé que la verdad puede haceros daño, hasta el punto de que queráis alejaros de mí.

Jessica recibió sus palabras como una cuchillada en el corazón, porque sabía que él hablaba de su propio dolor.

—Nada conseguirá alejarme, y mucho menos la verdad. Si puede hacerme daño o no es asunto mío.

—Os equivocáis. Ahora todo lo vuestro me pertenece.

Keillan se echó sobre ella y la besó con avidez. Sus labios eran tan dulces y

bruscos al mismo tiempo que Jessica casi olvidó respirar.

—Os lo ruego, quedaos aquí —lo oyó susurrar junto a su oído—. Y, sobre todo, no bajéis al patio. Regresaré lo antes posible.

Cuando Jessica recobró el aliento, él ya se había apartado para dirigirse hacia la puerta.

—¡Espera! Solo quiero saber una cosa. ¿Quién es esa niña?

Keillan se paró en seco y esbozó una especie de sonrisa.

—Alguien muy cercano. Alguien que sabe quién soy.

Lo había hecho otra vez. Se preguntó por qué no podía sentir rabia por dejarla más aturdida de lo que ya estaba y cómo diablos le había quitado su anillo.

—Lady Jessica, despertad, el agua no tardará en enfriarse.

Jessica, hundida entre dos almohadones de plumas, abrió un ojo y la señora Muckairn ocupó todo el campo de visión.

—El *laird* me pidió que os atendiera, ya que Elspeth... bien, ya sabéis.

¿El *laird*? Le llevó unos segundos averiguar que se refería a Keillan. Se había quedado dormida, y la realidad le cayó encima como una tromba.

—Ya ha anochecido, ¿qué hora es?

—Son las seis, mi señora. Puedo traeros algo de comer, hoy no se servirá la cena en el Gran Salón. El clan está de duelo esta noche —se lamentó el ama de llaves, mientras extendía sobre la cama una *chèmise* limpia y sacaba del baúl la falda y el corpiño de tartán.

Jessica se despojó de la ropa manchada de barro y comenzó a tiritar. Todos habían perdido a alguien. Hizo un rápido examen mental sobre cuántas caras conocidas había podido ver en el patio y cuántas estaban ausentes, y el resultado fue desolador.

—No es necesario, señora Muckairn, no tengo apetito —respondió conteniendo de nuevo las náuseas.

—¿Os encontráis mal? —preguntó el ama de llaves con el ceño fruncido.

—Estoy perfectamente. Démonos prisa, quiero ver a lady Janet y a Elspeth.

La noble dama estaba sentada junto a la ventana cuando Jessica entró en su habitación.

—Hija mía, acercaos, aún estoy algo débil.

La observó con un nudo en la garganta. Estaba vestida de terciopelo negro, como el día de su llegada, y sostenía el crucifijo de plata que pendía de una larga cadena desde la cintura. Ahora ella era testigo de ese luto renovado, que cubría el rostro de la viuda como una máscara transparente y etérea, incapaz de añadir más huellas de sufrimiento. Las rodillas apenas podían sostenerla, y se arrodilló junto a ella.

—Oh, lady Janet, no sabéis cómo lo lamento. No es justo.

—La muerte siempre es justa. Nos acompaña desde que nacemos, y nunca falla en sus designios. Es la vida la que nos traiciona. Pero no será así para vosotros —dijo la viuda con una nota de desafío—. Levantaos, lady Broch Miadhail, no debéis inclinaros ante mí.

Jessica se incorporó y arrastró una banqueta cercana. Las palabras se agolpaban en su cabeza sin encontrar una vía de salida. De cualquier modo, lady Janet no aceptaría ningún tipo de compasión o derrota.

—Os prometo que no quedarán impunes.

—No, no lo harán. Pero tengo que haceros una advertencia respecto a mi hijo. Su batalla no es solo contra los Campbell.

Jessica notó cómo todas las alarmas saltaban en su interior.

Lady Janet aferró la cruz con ambas manos.

—En el fondo de vuestro corazón sabéis de qué hablo. Ya la habéis visto, siempre vigilando sus pasos y rondando como un fantasma, igual que su madre.

—Os referís a esa niña...

—Rhona. —Lady Janet casi escupió su nombre.

—¿Quién es ella?

—No escuchéis sus mentiras —le dijo desviando la vista hacia la ventana

—. Corté su cabello aquella noche mientras estaba inconsciente, oculté su espada, y aun así lo persigue sin descanso. No dejéis que se le acerque siquiera.

Jessica sintió que toda la habitación daba vueltas a su alrededor.

—¿Qué quiere de él? Decídmelo, por favor.

Lady Janet permaneció en silencio, con la mirada perdida en la bruma que caía sobre el patio de armas. Jessica no estaba segura de que hubiese escuchado su pregunta. Se levantó y se interpuso entre ella y los opacos cristales de la vidriera.

—Lady Janet, ¿qué quiere de Keillan?

—Su vida —le contestó hundiendo en ella una mirada de acero—. Que renuncie a todo lo que ama, a su familia, a su clan, y a vos.

Jessica retrocedió hasta la pared en busca de un punto de apoyo. Nada tenía sentido y, sin embargo, todo resultaba ahora tan claro... Él había luchado consigo mismo cuando la encontró esta mañana. No había dejado que lo tocara y su frialdad la había herido en lo más profundo. Luego la había besado y todo lo demás desapareció como una hoja arrastrada por el viento. Pero Rhona no le había dicho adiós, sino que esperaba su regreso.

¿Cuáles fueron sus palabras? Era gaélico... *Alban*... No podía recordarlo, y el vértigo y las náuseas la golpearon de nuevo.

La expresión de la viuda le hizo dudar si había gritado realmente.

—Lady Janet, es Elspeth. —La señora Muckairn irrumpió en la alcoba—. Acaba de despertar.

—¡Elspeth! ¿Cómo está? —preguntó Jessica.

—Sufre mucho —contestó el ama de llaves retorciéndose las manos—, y ha preguntado por vos.

—Id con ella—dijo lady Janet—. Vuestra presencia la confortará.

Jessica advirtió que se había llevado la mano al pecho.

—Por favor, volved a la cama. Yo me ocuparé de todo —añadió con énfasis. La dama le dirigió una mirada de alivio. Las dos sabían que no estaba

hablando únicamente de Elspeth.

La pobre muchacha yacía de medio lado, con las piernas encogidas sobre el vientre y la vista fija en la fría pared de piedra. No hizo ningún movimiento cuando Jessica se sentó a su lado en la pequeña cama.

—Estoy aquí, amiga —le susurró, intentando que su voz no se quebrase. Tenía el rostro hinchado por los golpes y varias heridas en la boca, como si la hubiesen mordido. Le apartó el cabello hacia atrás con cuidado de no lastimarla y descubrió con horror las huellas azuladas de unos dedos sobre la garganta.

Elspeth la miró con los ojos vidriosos y trató de ocultar las marcas del cuello.

—Quisieron matarme, y casi lo consiguieron. ¿Por qué no estoy muerta? ¿Por qué tuvo Ewan que detenerlos?

—Shhh... no digas eso. El dolor pasará, te pondrás bien, y entonces saldremos juntas a recoger hierbas y pasear por el lago, ¿no te gustaría? Y aún tienes que enseñarme el gaélico —le dijo con las lágrimas a punto de delatarla.

—Oh, lady Jessica, no me importa el dolor, pero Rodric... Vos no sabéis...

—¿Qué ocurre con él?

Elspeth se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar con desconsuelo.

—No fue capaz de tocarme. Ewan le pidió que lo ayudase, pero él hizo esa mueca de asco y se marchó sin más. Después me desmayé, es lo único que recuerdo.

Jessica palideció, y luego notó que la cara le ardía.

—Que le den a Rodric. Te juro que se va a arrepentir.

Lady Broch Miadhail pensó que era una buena ocasión para desobedecer al *laird*. Salió sin hacer ruido para no despertar a Elspeth y bajó las escaleras decidida a encontrar al guerrero moreno, aunque tuviese que registrar toda la fortaleza.

¿Cómo se atrevía a tratarla de ese modo? Tras aquella puerta, había dejado hundida en la miseria a la muchacha más dulce y honesta que había conocido. Elspeth no se merecía su desprecio. Y él no la merecía a ella. Lo obligaría a disculparse si fuese preciso, o tendría que afrontar las consecuencias.

Cuando llegó al Gran Salón, que estaba desierto y casi a oscuras, la rabia había cedido ante la pena y la tensión acumuladas.

—«Cuídate mucho de hacer llorar a una mujer, pues Dios cuenta todas sus lágrimas».

Jessica intentó enfocar la vista a través de las sombras. Una figura alta, envuelta en una capa que rozaba el suelo, avanzó hacia ella como si flotara.

—Es del Talmud. Me llamo Abraham Ben David, y vos debéis ser *g'viyra*^[20] *Jessica*.

—¿Me conocéis? —preguntó ella sorprendida. *Antes hubiera esperado encontrar un espectro entre aquellos muros que a un judío.*

—Soy amigo de vuestro esposo, acabo de llegar de Inveraray —dijo el desconocido con una voz grave y un fuerte acento extranjero—. *Me envió un mensaje para darme la noticia de su matrimonio. Sois tal y como él os describió, y doy gracias a Hashem por haberle dado esperanza, ahora que tanto la necesita.*

Jessica quiso decirle que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Ni siquiera estaba segura de que él la dejase intentarlo.

—Es un placer conoceros, Abraham Ben David. *Acompañadme, buscaré a mi esposo, querrá veros enseguida.*

—Una de las sirvientas ha dicho que Keillan está en la capilla, un lugar en el que no seremos bien recibidos, sin duda.

Jessica se giró para averiguar el origen de aquella voz aterciopelada y

tan extraña como la del hombre que tenía delante.

El judío caminó hacia la muchacha morena, que miraba a Jessica con la barbilla alzada. Sus ojos eran oscuros y brillantes, al igual que los cabellos, que se ondulaban sueltos bajo un fino velo azul hasta tocar su cintura. Estaba envuelta en seda y ricas joyas de oro, pero no las necesitaba para parecer más atractiva. Incluso sin ellas resplandecía como la luz de la luna en la oscuridad del salón, y Jessica no pudo evitar sentir celos por la forma en que pronunció el nombre de Keillan.

—Perdonad a mi hija, lady Jessica. A veces parece olvidar que le debemos la vida a un cristiano.

—Os equivocáis, aba^[21], mi corazón no se inclina a olvidarlo. Soy Rebeca Bat Abraham Ben David. Que la paz sea con vos —añadió en un tono que a Jessica le provocó el efecto contrario.

—Lo mismo os digo, Rebeca —le respondió con idéntica inflexión—. Aunque hoy no la encontraréis en Broch Miadhail. Es un día muy triste para todos.

—Mi esposa tiene razón, pero me alegro de que estés aquí. Shalom alejem. Sé más que bienvenido, amigo mío.

Keillan se dirigió hacia Abraham y le dio un cálido abrazo que este respondió con alegría después de vencer su sorpresa y reserva. Jessica también estaba asombrada. Recordó las palabras de Elspeth cuando se refirió a su señor como un hombre excepcional. Ningún cristiano de la época mantendría un contacto físico con un judío, y mucho menos expresaría un afecto tan sincero como el que acababa de presenciar. Sintió que no podría amarlo más, hasta que lo vio inclinarse ante la exótica muchacha y besarla en la mejilla con ternura. En ese instante habría sido capaz de arrancarle su hermosa cabeza.

—Alejem Shalom —contestó el recién llegado—. Vine a entregarte un regalo de bodas, pero ningún presente tiene sentido en medio de tanta adversidad. Solo puedo rasgar mis vestiduras y cubrirme de cenizas.

Keillan se volvió hacia Jessica con aquella mirada por la que ella le perdonaría cualquier cosa. Después se dirigió de nuevo al judío.

—Sí existe ese regalo, y eres el único que puede proporcionármelo.

—Dime qué es, y será tuyo.

—Un ejército, Abraham Ben David. Eso es lo que necesito.

Broch Miadhail, en la actualidad.

Abby cogió su mochila y metió dentro todo lo necesario para pasar el día fuera. A excepción del teléfono móvil. Si Víctor intentaba localizarla, tendría que conformarse con una locución de fuera de cobertura. Se había cruzado con él cuando salía del baño que compartían al final del pasillo y el encuentro no pudo ser más desastroso. Acababa de darse una ducha, y solo llevaba una escueta toalla anudada bajo los marcados abdominales. Casi se le paró el corazón cuando le sostuvo la puerta y le indicó con un gesto travieso que entrase. Quería explicarle el funcionamiento del calentador y la particular disposición de los grifos, que estaban colocados a la inversa, para evitar que se escaldara. Como si su temperatura corporal pudiese subir más. Luego él se había sacudido el agua del cabello con aire distraído y le había sonreído sin poder ocultar el rastro de culpabilidad en sus increíbles ojos azules.

De cualquier modo, los dos fueron conscientes de que podría ocurrir de nuevo. Jess no lo merecía, por mucho que fuese la esposa de un antepasado de su anfitrión o su nuera, no lo tenía muy claro.

Lo que sí sabía era que, por primera vez, sentía algo parecido al amor, y ese algo estaba empezando a doler de verdad.

Necesitaba un café desesperadamente, pero prefería conducir hasta el establecimiento más cercano con el estómago vacío antes que compartir el desayuno con Víctor. Lo más probable era que se atragantase con el *bacon*, le arrojase su taza encima, o que ella misma se arrojase sobre él. Y aún faltaban dos meses para Yuly o como diablos se pronunciara esa festividad pagana del

solsticio de invierno. Lo mejor sería marcharse a un hotel hasta ese día.

Sacó del fondo de la maleta el otro teñano y un suéter de color verde musgo. Si Víctor iba tras ella, siempre se podría camuflar detrás de un roble. Bajó al piso inferior casi de puntillas, sin dejar de llamarse cobarde y ridícula, pero la tarima del suelo crujía a cada pisada con un chirrido grotesco y agudo como la risa de una hiena.

—Maldita cabrona —farfulló con los ojos cerrados.

—¿Se refiere a la vieja caldera? —preguntó Ian risueño apoyado en el descansillo—. Espero que no se haya quemado, la veo algo colorada.

«Todos brujos». Abby se preguntó por qué acudía a su mente esa frase de *La semilla del diablo*.

—Eh... esto... ha dado en el clavo —le contestó con una mueca—. Pero no se preocupe, el aire fresco de la mañana o una buena cellisca escocesa me dejarán como nueva.

Ian soltó una sonora carcajada.

—No hay que ser tan extremista, bastará con hielo y té tibio. Por favor, acompañeme.

Abby lo siguió en piloto automático. Si tenía que simular una quemadura de tercer grado para poder salir de allí, lo haría encantada.

Ian abrió una pesada puerta rematada en un arco ojival. Cuando se hizo a un lado, se encontró de frente con Víctor sentado a una enorme mesa junto a Lilly. Él levantó la cabeza de su plato y le dedicó una mirada que casi la hace entrar en combustión espontánea.

—Lilly, querida, ¿podrías enfriar un poco de té para nuestra invitada? Parece que ha sufrido un pequeño percance con el agua caliente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora MacArthur—. Tiene la cara roja como un tomate, venga aquí enseguida.

A Abby solo le quedó obedecer y dirigirse hacia una silla vacía al lado de Víctor. Este se levantó y fue a su encuentro con gesto preocupado.

—¿Qué ha ocurrido, pequeña?

—Mejor no preguntes.

Revolvió el espantoso *pudding* de Lilly mientras aguantaba una servilleta empapada sobre la mejilla y la sonrisa burlona del dueño de la casa. No sabía cómo, pero era seguro que estaba al tanto de todo. ¿Se dedicaría a espiarlos? Ahora sí que deseaba marcharse, aunque no entendía por qué se lo había impedido antes. Apartó el plato y la servilleta a un lado y apuró su taza de café.

—Habrá que ir a Glasgow —dijo Ian de repente—. Necesitan monedas de la época, armas y un atuendo apropiado. Un *feileadh mòr* para usted, Víctor, y un *earasaid* para su amiga. Por supuesto, con los colores de nuestro clan. No queremos que los tomen por espías, ¿no es cierto? —añadió arqueando una ceja hacia Abby.

—Ella no vendrá conmigo.

Víctor la miró con los labios apretados. Abby intentó confirmar sus palabras, pero se quedó tan muda como los demás.

—Deben ir ambos —declaró el escocés después de una pausa.

—¿Por qué motivo? —preguntó Víctor en tono escéptico.

Ian se reclinó contra el respaldo de terciopelo verde y tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Hay tantos que no sabría por dónde empezar.

—Hágalo por el principio —le pidió Abby.

—De acuerdo, el que más me preocupa es el anillo. Víctor no puede usarlo, y no me refiero a que se lo cuelgue al cuello con una cadena. Se trata de un objeto personal de Jessica, que llevó en su dedo durante un tiempo que desconocemos y que posiblemente tuviese un valor sentimental para ella.

—Eso es solo una suposición —afirmó Víctor incómodo—. No me imagino que la causa de ese apego sea un matrimonio celebrado Dios sabe en qué condiciones con un desconocido de las Tierras Altas.

—Suponga la causa que más le guste, pero, si lo que sospecho es cierto, es necesario un vínculo afectivo entre el propietario del objeto y su portador. Y

perdone si le parezco crudo, usted no tiene ninguno con Jessica.

—Soy su prometido, maldita sea —dijo Víctor poniéndose en pie.

—Ella ni siquiera le mencionó —intervino Lilly—, pero tanto mi marido como yo supimos que huía de algo. La cuestión es que Abby es el único lazo lo bastante fuerte como para establecer contacto con Jessica.

Víctor sacudió la cabeza y caminó hacia la ventana.

—Tal vez la señorita Abbot no esté dispuesta a seguir adelante. Me he comportado de forma imperdonable con ella —dijo volviéndose para mirarla—. Sería injusto pedirle más. Correré el riesgo yo solo.

El azul intenso de sus ojos la arrastró como un golpe de mar. Y ya era demasiado tarde para tratar de volver a su isla. Bebería el agua salada y se dejaría acariciar por la espuma, aunque eso significase morir de sed.

—No hay nada que perdonar, Víctor. Haré todo lo que esté en mi mano para que encuentres a Jessica. Por supuesto que iré contigo.

—Magnífico —celebró Ian con alivio—. Eso facilitará las cosas, además de ciertos detalles que más adelante les explicaré.

—No —dijo Víctor—. Basta de sorpresas. Diga ahora lo que tenga que decir.

—Bueno, es solo una pequeña coartada. ¿No esperará presentarse ante Keillan clamando ser el prometido de su esposa, y al mismo tiempo viajar en compañía de otra mujer? A usted lo enviarían a un calabozo en el mejor de los casos, y a ella... digamos que dudarían de su honestidad.

—¿Qué diablos ha pensado? ¡Me está poniendo de los nervios! —estalló Abby levantándose del asiento.

—Está bien, está bien —la tranquilizó Ian—, la solución es muy sencilla. Solo tienen que escoger un parentesco. Marido y mujer, o hermanos. Luego podrán contar la verdad. Si es que mi hijo quiere escucharlos —añadió a media voz.

Abby recogió su mochila del suelo y se la colgó a la espalda con gesto resuelto.

—Siempre quise tener un hermano. No tengo nada en contra de un marido, excepto si es el mío. ¿Y tú, Víctor, qué opinas?

—Tengo tres hermanas a las que no veo desde que mi padre murió. Creo que no podría ser más afortunado, aunque realmente llevásemos el mismo apellido.

—Está decidido, entonces —dijo ella con los ojos brillantes—. ¿Me acompañas a Glasgow, hermanito?

—Solo si yo conduzco, pequeña.

Ian los miró y sonrió por lo bajo.

—No es necesario que sea hoy. Aún tenemos tiempo de sobra.

Abby sacó un cigarrillo y lo encendió mientras se dirigía hacia la ventana. La tormenta pronto se descargaría sobre las altivas colinas y el espejo bruñido del lago. Tal vez, aquellas aguas dormidas despertarían una vez más de un sueño de siglos.

—Se equivoca, señor MacArthur. No tenemos tanto tiempo.

XXXI

ANAM CHARAID

Broch Miadhail

13 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1567

El féretro de Patrick, cubierto con un paño mortuorio de terciopelo negro y rodeado de cuatro cirios en las esquinas, fue depositado sobre el frío suelo de piedra ante el altar de la capilla de Broch Miadhail. Keillan lo veló toda la noche junto a Dougall y Angus, recibiendo a la numerosa comitiva de parientes y deudos que acudieron a presentarle sus respetos como nuevo señor de Tiridavich y a despedir con una oración al difunto *laird*. Jessica no pudo permanecer a su lado como ella deseaba. Lady Janet había consumido las pocas fuerzas que le quedaban arrodillada frente a los restos de su hijo, ocultos bajo la tapa de roble, calcinados y solo reconocibles por el anillo de oro que había sobrevivido al fuego. Cuando Jessica la vio besar el crucifijo de su rosario y llevarse la mano al pecho con el rostro ceniciento, no esperó más. Pasó su brazo alrededor de la cintura de la viuda y la ayudó a incorporarse con un gesto cariñoso, dispuesta a obligarla a retirarse a descansar. La dama exhaló un suspiro de resignación y asintió con la cabeza. Jessica, sin soltarla, se giró entonces hacia Keillan, de pie en la parte opuesta destinada a los hombres. Él tenía los ojos clavados en ella, mirándola con intensidad. Su boca se movió de forma imperceptible, pero pudo leer en sus

labios un «gracias» y dos palabras en gaélico que se posaron en los suyos y que ella respiró como si fuera su aliento, con el mismo aroma de los ramilletes de brezo y lavanda esparcidos por el suelo. «*Mo chridhe*» la había llamado, y era tan cierto... Su corazón ya no le pertenecía, se expandió dentro de su pecho con una oleada de amor y luego se contrajo de pesar al mismo ritmo que el de Keillan. A través de la gasa de su velo de luto le dedicó una sonrisa. Quería decirle tantas cosas..., pero no era el momento. Se inclinó ante el ataúd de Patrick y atravesó con lady Janet el pasillo central. De regreso a su alcoba, una brisa helada y oscura la estremeció hasta los huesos.

Al amanecer, el frío todavía la acompañaba, al contrario que Keillan. Extendió el brazo a la derecha en busca de un vestigio de su calor, sin esperanzas de encontrarlo. El fustán de terciopelo azul estaba perfectamente estirado al otro lado de la cama. Ya hacía nueve días que era su esposa, y la única noche que pasaron juntos fue la de bodas. Jessica tiró del cobertor, se lo echó sobre los hombros y caminó descalza hacia la ventana arrastrándolo por el suelo. Observó los corrillos de hombres que ya comenzaban a congregarse en el patio de armas, murmurando con la cabeza gacha, envueltos en sus *feileadh mòr* bajo la mortecina luz de una mañana gris y húmeda. Los colores del clan se veían tan pálidos y desvaídos como sus rostros; algunos, marcados con los estragos de los años y las luchas continuas, firmes y serenos por la cotidiana presencia de la muerte. Otros, más jóvenes, estaban contraídos con la sed de la venganza y la rebeldía ante una espera tan humillante como dolorosa. Todos iban armados y todos acudirían a la llamada de Keillan. También el grupo de desconocidos que vestían un tartán verde y azul, y no cesaban de acariciar el mango de sus espadas con una expresión de rabia. Jessica sintió el aire que se filtraba a través del viejo marco de roble. Después de una semana de ausencia, había recuperado a su esposo el día exacto en que él perdía a su hermano y su clan era casi destruido. Si Abby

estuviese aquí, le hablaría de serendipias y señales del destino. Necesitaba a su amiga más que nunca, pero Keillan era ahora su vida. No le importaba lo que ella hubiese perdido, había sido su decisión, pero él ya no iba a perder más. Después del funeral hablaría con lady Janet. Aunque desconocía sus motivos para ocultar la espada, tenía que hacerla entrar en razón. Se refrescó con el agua de la jofaina, se peinó con el cepillo de plata y cerdas de jabalí que formaba parte del ajuar que la viuda le había regalado, se calzó los escarpines y se puso un sencillo vestido de lana negro. Cuando por fin logró ajustarse la cofia y el velo frente a los pequeños cristales rectangulares de la vidriera, esta le devolvió un reflejo distorsionado y difuso, como el de un fantasma.

Antes de bajar las escaleras, fue a ver a Elspeth. Lady Janet había dispuesto que fuese trasladada del pequeño habitáculo que solía ocupar junto a las cocinas a una alcoba cercana a la suya. La muchacha dormía plácidamente. Bajo la fina capa de miel, la magulladura de sus labios tenía mucho mejor aspecto. Se inclinó para darle un beso en la frente y un aroma dulzón y picante atravesó sus fosas nasales. «Camomila y ajo», pensó. Levantó los bordes del gorro de dormir sujeto a la barbilla con suaves cintas de lino, y descubrió un emplasto sobre la mejilla derecha. Aún aparecía hinchada, pero no tanto como la noche anterior. La besó con cuidado de no despertarla y bendijo a la señora Muckairn para sus adentros.

—Duerme tranquila —susurró—. Todo está bien.

En ese momento, Elspeth abrió los párpados con dificultad. Un pequeño derrame teñía de rojo sus hermosos ojos verdes. La miró sin verla, los cerró enseguida y se acurrucó hecha un ovillo sobre su costado.

—No es cierto. Ya viene...

Jessica la oyó con perfecta claridad. La joven volvió a caer en un profundo sueño, quizá con la ayuda de algún filtro de hierbas que provocaba un efecto hipnótico. Pero a ella le causó un escalofrío, y bajó las escaleras preguntándose cuántas probabilidades habría de que la señora Muckairn

hubiese dopado a Espelth.

El cortejo fúnebre esperaba a que Keillan diese la orden de ponerse en marcha. Él estaba de espaldas, con los hombros tensos frente a un carruaje de madera de fresno pintada de negro y enganchado a dos caballos de tiro del mismo color. Jessica caminó en su dirección, a la vez que uno de aquellos desconocidos que había visto desde la ventana. Era un hombre ya entrado en años, corpulento y con el cabello tan negro como el de Fitheach, al que llevaba sujeto por las riendas. Su tartán presentaba un enorme desgarró a la altura del pecho, y un fleco de hilos verdes y azules ondeaba al viento igual que un estandarte. Lo vio posar una mano en ellos con devoción y la otra en el hombro de Keillan. «Una divisa de guerra», reconoció ella entonces.

—Es la hora —dijo el pelirrojo.

—Lo sé. —Keillan se giró hacia Jessica—. Mi señora, él es Malcolm MacVicar, un aliado y un amigo.

Ella lo saludó con un movimiento de cabeza.

—A sus pies, lady Broch Miadhail —la saludó el hombre sin más ceremonias—. Debemos irnos ya —añadió dirigiéndose a Keillan—. Si estalla la tormenta, nos sorprenderá en medio del lago.

Jessica miró el carruaje sin poder evitar un estremecimiento.

—Pensaba que nuestro destino es la parroquia.

El pelirrojo arqueó las cejas.

—¿El cementerio de la vieja iglesia? Patrick fue un león en vida, no merece ser pasto de los lobos en la muerte.

—Todos los MacArthur de Tiridavich son enterrados bajo la protección de Santa Fyndoca, en la isla de Inishail. —Keillan miró las nubes grises que cubrían el cielo y luego a Jessica—. Como mi padre y mis hermanos. Como yo, algún día... —Sus ojos la acariciaron un instante y acto seguido le tendió la mano—. ¿Montarás conmigo, *mo chridhe*?

Jessica vio el anillo del *laird* que brillaba en su dedo. Ella no tenía el suyo y, por lo que acababa de escuchar, tampoco un lugar reservado en aquella isla santa junto a su marido. Se mordió los labios para no preguntarle por qué y aceptó su ayuda para subir a lomos de Fitheach mientras las palabras de Elspeth retumbaban en sus oídos. «Ya viene».

—*¡Iomar am bàta!*

Al grito de Angus, los remeros comenzaron a bogar rumbo al norte. La embarcación, que no disponía de velas, era de pequeño calado, y el casco, grácil y ligero, albergaba dos filas de bancadas. Dougall había recibido el honor de ocupar el primero de los asientos, seguido por Ewan y Rodric. Keillan y Jessica acompañaban los restos de Patrick en el centro del navío en un completo silencio. Él sostuvo su mano durante el principio del trayecto, hasta que se levantó para cambiar unas palabras con Angus. Al volver, se encerró en sus pensamientos con la vista clavada en el horizonte. Jessica hizo lo mismo y se limitó a observar el paisaje hasta donde la bruma le permitía. Cuando se aproximaban a un montículo de piedras y madera podrida que flotaba cerca de la orilla, se giró hacia él. Para su sorpresa, también tenía su atención fija en aquel punto.

—¿Qué es? —preguntó.

Keillan tardó unos segundos en contestar.

—Es un *crannog*, un islote hecho por la mano del hombre.

—¿Es artificial? ¿Quién lo construyó? ¿Cuándo? —Jessica intentó traspasar su coraza, pero solo consiguió que se revolviere incómodo.

—En la antigüedad. Sus moradores lo utilizaban como refugio. Desaparecieron hace siglos.

—¿Fueron los druidas?

Keillan tensó la mandíbula.

—Nadie lo recuerda. —Volvió a besar su mano y se puso en pie—. Creo

que hemos llegado.

El sendero que conducía a la capilla era un camino de tierra bordeado de helechos y jacintos silvestres. Después del invierno, todo estaría tapizado con campanillas azules inclinadas sobre la espesa hierba. Pero hacía un frío intenso, y los labios de Jessica y la punta de sus dedos parecían haber robado el color de la primavera. Se arrebujó en su *earasaid* unos pasos por detrás de Keillan, que portaba el féretro en sus hombros con la ayuda de los otros hombres. Todos sus intentos por acercarse a él habían sido en vano, a excepción de unos pocos monosílabos y respuestas esquivas. Se irguió para que no la confundieran con uno de esos tallos marchitos y una punzada le atravesó el vientre seguida de una náusea.

—¿Puedo caminar con vos? —Dougall frunció el ceño—. ¿Os encontráis mal?

—Estoy bien —respondió Jessica tomando aire.

Dougall miró hacia delante y movió la cabeza.

—Aún falta mucho y no podéis engañarme.

Jessica cerró los ojos para combatir el vértigo. Cuando sintió que era elevada de repente, los abrió de par en par.

—Soltadme, no es necesario —le exigió. Luego recordó la ocasión en que la había obedecido para dejarla caer sobre la cama y suavizó su voz. Entonces, solo trataba de protegerla, igual que ahora—. De veras, me siento bien.

—No lo dudo —dijo él echando a andar con una sonrisa.

—¿Por qué tengo siempre la impresión de que os burláis de mí?

—Jamás. Antes me arrojaría sobre mi propio *sgian-dubh*.

Jessica se aferró a su cuello después de mirarlo a los ojos. No debería haber preguntado.

—Esta vez no voy a desaparecer, mi señora. No hasta que toda esta locura termine.

La presión de su mano alrededor de su cintura se hizo más fuerte.

—Los Campbell... —dijo ella—. ¿Creéis que Keillan los atacará pronto?

—A los dos nos consume el ardor de la venganza, no es eso lo que me preocupa. Keillan tiene la *doble visión* desde niño, es un *taibhsear*, todos lo saben, pero si alguien más supiera lo que hizo en el Claro... Es otro tipo de fuego el que temo, el de una hoguera.

Jessica perdió el poco color que le quedaba en las mejillas. Ella ocultaba un secreto que podría espantar al más bravo de aquellos guerreros, pero su papel era el de una simple marioneta, una hoja arrastrada por el viento sin control sobre su dirección. El misterio que rodeaba a Keillan era muy distinto. Lo había visto dominar la voluntad de otros hombres solo con la fuerza de su palabra. La capacidad de curar las heridas con el roce de sus manos, como la quemadura en su seno con la que aquel diablo rubio la había marcado, todo ello podría tener una explicación más o menos metafísica. Para lo que no podía encontrar ninguna era para su propio rescate y el de Dougall de las garras de la muerte. Jessica negó con la cabeza. No podía ser..., era demasiado poder. Imposible...

—Dougall, Murray Campbell lo vio todo...

—Tranquila, mi señora, no hablará. Sabe que Keillan también podría hacerlo en su contra, lo que nos da una gran ventaja, si actuamos con rapidez.

—¿Actuar? ¿Cómo? —preguntó Jessica.

—Clavando su cabeza en una pica en las mismas puertas de Auchinbreck, con la ayuda de Dios y de ese hereje que mi primo tiene por amigo.

Ya no había marcha atrás. La efigie de Cristo en la cruz esculpida en una losa de piedra la miró con un gesto de dolor y sumisión, mientras que otra figura le ofrecía el Cáliz, acompañada de cuatro caballeros. Dougall la dejó en pie sobre el suelo sagrado a la vez que retenía su mano.

—Id a su lado, *bheag agam*, yo siempre estaré junto al vuestro.

Ella se soltó con más brusquedad de la que pretendía y rectificó con una sonrisa cansada.

—Yo no importo, Dougall, pero Keillan sí que os necesita. Si comprendéis

esto, espero contar con vos.

Dougall asintió y la siguió al encuentro de los demás, reunidos en torno al padre Stewart y una fosa recién excavada. Keillan la observó un instante y, cuando iba a decirle algo, Angus se adelantó para entregarle la espada de su hermano, en presencia de Dougall, Rodric y Malcolm. Jessica lo vio arrodillarse delante de ellos con el rostro abatido a la par que sereno. El sonido de su voz profunda la sorprendió cuando intentaba apartar la extraña sensación de que aquella escena era muy similar a la grabada en la roca.

—Cristo, ya que fuiste tú quien compró el alma, a la hora de ceder la vida, a la hora de verter el sudor, a la hora de derramar la sangre, a la hora de equilibrar la viga, a la hora de cortar la respiración, a la hora de dictar la sentencia, acoge a tu siervo Patrick. *Mo anam charaid*, que el fuerte Miguel, Alto Rey de los santos ángeles, prepare para ti el camino hacia el reino del Hijo de Dios.

El resto de la ceremonia transcurrió con rapidez bajo un cielo ya casi ennegrecido. Jessica fue la última en echar un puñado de tierra, después de que Angus recitase el *lorg-sligne*, que mencionaba a cada uno de los jefes que habían precedido a Patrick. Cuando el nombre de este cerró aquella lista de hombres muertos, el de Keillan fue pronunciado junto a la bendición de San Andrés y el lema de los MacArthur, *Fide et opera*: con fidelidad y trabajo. Después, todos comenzaron a retirarse para emprender el camino de vuelta con el padre Stewart a la cabeza, excepto Dougall, que tenía la vista fija en las sombras que rodeaban los muros más allá de la capilla.

—No estamos solos —murmuró, a la vez que aferraba la empuñadura de su espada.

Keillan siguió su mirada y apretó con fuerza la mano de Jessica. Un resplandor metálico brilló frente a ellos y el bramido de un trueno se diluyó en el sordo crujido de armas, escudos y una voz suave y oscura como la pluma de un mirlo.

—Si estas piedras hablaran, clamarían tu verdadero nombre. Deja atrás a

Keillan MacArthur, *Leannan na Diathan*. Debes cumplir tu destino.

Rhona movió la cabeza esperando su respuesta. Tras ella, un grupo de hombres permanecía en pie, desplegado en una imponente hilera. Todos eran jóvenes, pero emanaban un halo de mayestática presencia, con el *torques* dorado en el cuello y envueltos en sus capas de piel de lobo, igual de negras que sus ojos. Cuando uno de ellos se adelantó con una espada desenfundada, Jessica distinguió un tatuaje en el dorso de su mano, a la altura de la muñeca. Una luna creciente sobre una flecha quebrada en forma de *V*.

—Deja que ella se marche, Rhona —dijo Keillan cortándole el paso al guerrero—. Te juro por mi vida que los dioses serán satisfechos.

—¡No! —gritó Jessica cuando él la soltó para acercarse a la niña—. Maldita seas, ¿qué demonios quieres de él?

Dougall sacó su arma y apuntó a Rhona y al otro hombre, sin dejar de vigilar a los demás que los cercaban.

—Angus no andará muy lejos —declaró—. Tú y yo juntos, primo. Solo tenemos que ganar tiempo.

—Guarda la espada, *a charaid* —dijo Keillan.

Dougall resopló mientras se colocaba delante de Jessica para protegerla.

—Estoy de acuerdo con tu esposa, no vas a irte con esa bruja.

—Es una orden, obedece a tu *laird* por una vez. —Keillan le habló con una extraña dulzura, pero su voz resonó en los oídos del rubio con la misma fuerza de la tromba de agua que empezó a caer en ese momento.

Dougall bajó el brazo, consternado.

—Hermano —le dijo Keillan clavando sus ojos en Jessica, que lo miraba con impotencia—. Prométeme que la cuidarás. Siempre lo hiciste —añadió con una triste sonrisa—, no como yo.

—No voy a jurarlo por mi vida —respondió Dougall—. Yo lo juro por ella.

Jessica apartó a Dougall y se dirigió a Keillan.

—No puedes abandonar a tu clan ahora —le dijo sin reconocer su propia voz—. Si no es por mí, quédate por ellos, te necesitan.

—Creedme, solo me marcho por vos.

Jessica oyó sus palabras y una pesada niebla atravesó sus ojos y anegó su corazón.

—Dadle las gracias, mujer, y partid en paz —dijo Rhona—. No os conviene alteraros en vuestro estado.

Keillan palideció y cerró los puños y sus párpados.

—Mírame —le exigió Jessica—. ¡Mírame si te atreves! ¿De qué está hablando?

—Una vida crece en vuestro vientre. Es un milagro —dijo él acariciándola con sus ojos negros.

—¿Una vida? —repitió ella paralizada—. No puede ser...

—Eso pensaba, hasta que os abracé ayer en el Claro y pude sentirla.

Jessica notó cómo su corazón latía a un ritmo frenético. La niebla se disolvió y corrió por sus mejillas.

—Tú lo sabías, y aun así... Pero tienes razón, es un milagro porque eres incapaz de sentir nada.

Keillan bajó la cabeza y la lluvia se deslizó entre su ensortijado cabello azabache hacia la palma de su mano. El agua no consiguió apagar el brillo del rubí engastado en oro.

—*Jessica, Uxor Keillannis* —dijo él—. Dádselo a nuestro hijo y marchaos lejos de aquí. Regresad a vuestro hogar.

Jessica sorbió las lágrimas y tomó el anillo.

—Este es mi hogar y este es mi clan. Voy a defenderlos a él y a mi hijo. No será un bastardo y un cobarde como su padre.

Dougall la cogió por los hombros y la cubrió con su tartán.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, primo.

—Salvaros de una muerte segura —intervino Rhona—. No tentéis vuestra suerte.

Jessica se colocó el anillo y miró a Keillan. Cuánto lo odiaba y cuánto lo amaba. Tuvo que contenerse para no acariciar su hermoso rostro, arrojarse a

sus brazos y besar sus dulces labios, abiertos bajo una agitada respiración. Jessica quiso creer que la había llamado de nuevo con aquellas tiernas palabras en gaélico, pero ningún sonido salió de ellos. *Mo chridhe...* susurró Jessica en su lugar. ¿Podría sostenerse con el amor que ella sola sentía? ¿Le bastaría para no desfallecer, o él mismo la ahogaría en un mar sin esperanzas? Tomó la mano de Dougall y le contestó a la niña sin mirarla, mientras se hundía por última vez en los profundos ojos de Keillan.

—Soy lady Broch Miadhail. Tú no eres nadie, y no puedes darme órdenes.

XXXII

UN ACTO DE FE

*B*roch Miadhail, en la actualidad

—¿Estabas llorando?

Abby ajustó el cordón que cerraba la bolsa de piel de ciervo, la dejó sobre la cama y se giró hacia Víctor.

—¿Una puerta cerrada no significa nada para ti?

—No, si puedo escucharte a través de ella. —Él avanzó unos pasos más.

—Malgastas el tiempo conmigo —dijo Abby—. Ni siquiera te has vestido aún.

Víctor resopló y agarró su mano, oculta en uno de los amplios bolsillos de la falda de tartán verde y negro. Vio el anillo de Jessica en el dedo corazón, lo llevó hasta su boca y besó sus nudillos.

—Estabas llorando —afirmó—. No quiero que vuelvas a hacerlo a escondidas, ¿lo entiendes? Si quieres llorar, que sea sobre mi hombro.

Abby se secó las lágrimas. Aquella alianza era solo una pequeña pieza de metal, pero suficiente para interponerse entre ambos. El nombre de su amiga estaba grabado a fuego y era el verdadero destinatario de ese beso. El otro, el de Keillan, suponía un acertijo difícil de desentrañar. El hijo de Ian y un hombre del Renacimiento. Cerró los ojos y evocó los de su anfitrión, oscuros, aterciopelados y ardientes. Todavía tenía una posibilidad.

—¿Quieres hacerme feliz? —le dijo levantando la barbilla.

—Por supuesto —respondió Víctor rotundo—. Haré lo que sea para verte reír otra vez.

Abby apoyó la cabeza en su hombro y él la abrazó lentamente, con suavidad.

—No llesves esos horribles pantalones a cuadros, sino el tartán —susurró ella a su oído—. Hoy hace un viento del demonio.

Víctor le acarició el cabello, que caía suelto bajo un pañuelo de muselina blanca.

—Cuenta con ello, pequeña, pero te prometo que me vengaré.

La vetusta biblioteca se había convertido durante las dos últimas semanas en un improvisado centro de operaciones. La sólida mesa de roble estaba repleta de libros encuadernados en piel de carnero, que Ian había extraído de sus anaqueles, sin devolver después a su lugar. Un sinfín de notas, esquemas y diagramas completaban el ordenado caos que iba a permitir a Abby y Víctor desenvolverse como unos auténticos y devotos católicos escoceses del siglo XVI. Como las cuartillas con plegarias en latín y la lista de expresiones gaélicas más comunes, que a duras penas consiguieron memorizar. Junto a ellas, en un pequeño atril de retorcida palillería, descansaba una delicada vitela con la genealogía de los señores de Tiridavich, desde el gran Iain, decapitado en 1427 por orden de James I, hasta el último jefe conocido, un tal Patrick, que murió en Jamaica tres siglos después sin descendencia.

Keillan y Jessica no aparecían en ninguno de los documentos de la época. Sin embargo, la existencia del anillo con la inscripción representaba una esperanza para todos y, tal vez, la prueba de que no estaban viviendo una locura colectiva ante una simple y dolorosa desaparición.

Abby, acomodada en uno de los dos sofás cerca de la chimenea con una taza de té en las manos, sacudió los hombros para repeler esa cruda posibilidad y

el frío que acompañaba a aquella noche del solsticio de invierno, la más larga del año. Mientras observaba a Ian y Lilly, ocupados en reagrupar los objetos y enseres repartidos por el suelo y la mesita baja, tuvo la impresión de encontrarse en medio de una estrafalaria sala de embarque. El otro viajero, Víctor, había renunciado a sentarse junto al fuego y a un humeante Earl Grey en favor de un vaso de *whisky* que sostenía apoyado de espaldas al aparador isabelino de la entrada. Estaba envarado y, lo más seguro, congelándose. Pero también estaba imponente, con la fina camisa de lino que se adhería a su piel y marcaba sus músculos, y el *feileadh mòr* de los MacArthur, el tartán de una sola pieza cuya capa colgaba por detrás de la cintura con descuido y le cubría las poderosas piernas hasta las rodillas. El muy tonto no era consciente de su atractivo, y no iba a ser ella quien se lo revelara. Bastante ridícula se había sentido cuando la sorprendió llorando. Él creyó que estaba asustada, y era muy cierto. ¿Qué ocurriría cuando Jessica lo viera, cuando conociera la verdad? Apretó la taza con fuerza, el té estaba helado.

—Señorita Parker, ¿ha oído lo que le he dicho? —Ian la estudió con gesto preocupado.

—Perdón, estaba muy lejos de aquí...

—De eso se trata —dijo el escocés—. No lo conseguirá con este equipaje.

—¿Ha vaciado mi bolsa? —preguntó ella incrédula.

—Las dos bolsas, pero solo usted ha obviado el principal punto de la lista.

—La lista... —repitió Abby.

Víctor despegó una hoja de la pared, caminó hacia ella con aire triunfal y se sentó a su lado con las piernas separadas.

—La lista —le dijo entregándole la nota.

Abby apartó los ojos del suave vello castaño de sus muslos y enfocó el título que rezaba «Prohibido», y al que Víctor, en un acto desleal, había agregado con rotulador rojo: «Especialmente para Abby».

—Nada de objetos del siglo XXI —le susurró él al oído. Cuando se retiró para dedicarle una sonrisa burlona, Abby lo fulminó con la mirada.

—¿De veras tengo que atravesar un agujero espacio-temporal de más de cuatrocientos años y corretear por las Highlands sin bragas?

—No se preocupe, querida —dijo Lilly en tono conciliador—, una *chèmise* interior de lino cumplirá su función mejor que el encaje. Y, por supuesto, también deberá dejar aquí el tabaco.

—Claro —bufó Abby—. Así evito la tentación de despatarrarme al sol con las faldas hasta el cuello mientras me fumo un cigarrillo.

—Siempre nos quedará el *whisky*, pequeña.

Víctor se arrepintió en el acto de sus palabras y miró expectante a Abby.

—Creo que ya es la hora —dijo ella—. Acabemos de una vez.

En el embarcadero, la enorme luna llena proyectaba su luz sobre el agua, que se mecía serena bajo un reflejo de plata. El viento se había calmado, y el ulular de las aves nocturnas resonaba como un siniestro diapasón para recordarles que el tiempo se estaba consumiendo.

—*Iessica, Uxor Keillannis*. —Ian estrechó la mano de Abby y acarició el anillo con su pulgar—. Entrégueselo a nuestro hijo y regresen a casa.

Su voz le llegó en un eco distante, más joven y con un acento diferente. Trató de buscar una fórmula de despedida, pero solo movió la cabeza y miró a Víctor, que la esperaba con el brazo extendido junto a un bote.

—Disponen de veinticuatro horas —apuntó Lilly—. Si no lo consiguen, quedarán atrapados hasta *Imbolc*, la fiesta del fuego.

—Sí, lo sé —respondió Abby—. Coincide con mi cumpleaños, el 1 de febrero.

—Soplaremos las velas con Jessica, te lo prometo —dijo Víctor—. ¿Nos vamos?

Navegaron hacia el centro del lago hasta que la silueta de los MacArthur se

convirtió en una mancha cenicienta en la orilla. A Abby le recordó aquellas figuras petrificadas bajo la lava del Vesubio.

—Los últimos días de Pompeya... —murmuró.

—¿Decías algo? —le preguntó Víctor después de apagar el motor.

—Nada, olvídalo. Una referencia cinematográfica. Me ocurre siempre en momentos de crisis.

Él le sonrió y fue a sentarse a su lado en la proa.

—No se mueve una sola hoja —dijo cruzando las manos sobre su tartán—. ¿No debería de haber una especie de tormenta o algo parecido?

—Esperaremos. —Abby se reclinó contra el casco y comenzó a girar el anillo sobre su dedo. Al cabo de unas cien vueltas, Víctor habló de nuevo.

—Es de locos, no puedo creer que estemos haciendo esto.

—¿No? Pues ya es algo tarde para arrepentirse —respondió ella—. No me vengas ahora con esas.

—Quiero tener fe, Abby, pero no la encuentro. Solo sé a ciencia cierta que Jessica desapareció en este mismo lago hace casi dos meses. ¿Cómo se supone que he de actuar ahora?

Abby palpó la rugosa piel de ciervo de las bolsas, enlazó los cordones alrededor de su muñeca y se puso en pie.

—Con un acto de fe, Víctor. Es lo único que tenemos.

—Vuelve a sentarte, Abby —dijo él incorporándose con rapidez—. No quiero perderte a ti también.

La embarcación dio una sacudida cuando ella retrocedió. Una suave brisa se levantó en ese momento. Abby se apartó el cabello negro de la cara y observó el agua, igual de oscura. Antes de que él pudiera evitarlo, saltó por la borda y se hundió en medio de un gran remolino. Víctor se lanzó tras ella, pero no pudo escuchar el horrible crujido de la madera al quebrarse ni el sordo estruendo que se tragó hasta la última de las astillas.

Broch Miadhail, 21 de diciembre del año de Nuestro Señor de 1567

Lady Janet estaba arrodillada en su reclinatorio cuando vio a Jessica aparecer en su alcoba, con las facciones rígidas y la mano apoyada en el vientre.

—¿Aún persiste el dolor? —preguntó la viuda incorporándose con sorprendente agilidad.

—Puedo soportarlo. Ambas podemos.

Lady Janet caminó hacia ella y le acarició la mejilla.

—Keillan se marchó, pero no estamos solas, ¿no es cierto?

—Muy cierto, Dougall se quedó para asumir la capitánía de guerra — declaró Jessica con la voz quebrada, y supo en el acto que no podía engañarse a sí misma ni a lady Janet.

—Querida mía, debéis descansar, los dos primeros meses son los más delicados. Pero, sobre todo, debéis tener fe.

Jessica negó con la cabeza.

—¿Cómo podéis pedirme que descanse sin más? ¿Cómo podéis pedirme que tenga fe? Necesito saber toda la verdad, lady Janet. Os lo ruego, decidme quién es esa niña y qué tiene que ver con vuestro hijo. —Jessica no pudo contener las lágrimas. Ni siquiera podía pronunciar su nombre—. Por favor, decídmelo o me volveré loca.

La viuda cogió la cadena de su rosario y pasó los dedos por las cuentas de plata, una por una, hasta alcanzar el crucifijo.

—Keillan no es hijo mío, pero lo quiero como si hubiese nacido de mis entrañas. Rhona es su hermana, y su madre, Sorcha, era un bruja que lo vendió por un puñado de monedas.

Jessica se aferró a uno de los postes de la cama y se sentó en su borde. A través de su vista nublada, la luz se filtró como un latigazo. Ahora entendía la amargura con que Angus la recriminó por llamar bastardo a Keillan. Y en Inishail volvió a repetir el insulto. ¿Lo sabría él? ¿O solo su madre y su padrino? Sin embargo, allí parado bajo la tormenta, a ella le pareció tan triste,

tan joven, tan indefenso... «Dios mío», pensó Jessica al recordar sus palabras acerca de Rhona: «Es alguien muy cercano, alguien que sabe quién soy». La carga que Keillan llevaba sobre sus hombros era sobrehumana. Todo iba cobrando sentido, pero con un resultado terrible y espantoso. Y no iba a volcar ese peso en lady Janet.

Esta se sentó junto a ella, cogió sus manos y las cubrió con la suyas.

—Yo había dado a luz un niño muerto —comenzó a explicar—. Pasé dos días inconsciente y casi me cuesta la vida. Cuando desperté, Duncan, mi marido, me entregó a Keillan envuelto en su propio tartán, como el verdadero hijo del *laird*. Rezamos por el alma del que se marchó y nos prometimos dos cosas: que no lo olvidaríamos y que nadie sabría jamás de él, excepto la señora Muckairn, que me asistió en el parto. Ahora teníamos un bebé fuerte y hermoso, mucho más que cualquiera de sus hermanos. Me miró con sus dulces ojos y sentí en mi corazón que me había elegido para ser su madre, que todo iba a estar bien. Fue como si realmente le hubiese escuchado decirlo.

Jessica hizo un gesto de asentimiento. Conocía muy bien aquella voz.

—Era un niño travieso y valiente al que todos seguían en sus correrías. Astuto como un lobo y alegre como una ardilla. Con siete años comenzó a dar muestras de su don, y me pregunté si la marca en forma de triple espiral de su espalda no se debía a un extraño antojo, sino a algún tipo de conjuro mágico. No en vano su madre era una hechicera. Elspeth solía acudir a la choza que compartía con su hija junto al lago en busca de hierbas, hasta que se lo prohibí.

—Para que no descubriera su secreto... —dijo Jessica.

—Sorcha vino una noche de septiembre —continuó lady Janet—, y exigió ver a su hijo. Tuvo la osadía de presentarse en el Gran Salón. Gracias a la Providencia, Keillan aún no había regresado de una cacería. Angus la echó después de amenazarla con llevarla ante el conde de Argyll. Bastó con mencionar la hoguera para mantenerla alejada de Broch Miadhail.

—Pero con Rhona no funcionó...

—Al día siguiente su madre murió asesinada, al igual que mi esposo y mis hijos. Entonces comenzó a perseguirlo.

Jessica intentó asimilar toda aquella información de una forma racional, por llamarlo de alguna manera, mientras una idea perturbadora martilleaba en su cabeza como una insistente gota de agua. De pronto, esta se convirtió en una avalancha de barro sucio y pegajoso.

—Lady Janet, me dijisteis que la guerra de Keillan no era solo contra los Campbell, pero creo que no hay nada más que una. —Jessica decidió que era necesario contarle lo que sabía—. Sorcha no vino por Keillan, vino en busca de un medallón por orden de Murray Campbell, una talla de madera con el símbolo de un *triskelion*. Tenéis razón, hay una magia muy potente en todo esto.

Lady Janet la miró sin entender.

—Pero Keillan nunca ha tenido tal medallón, solo lleva un crucifijo, un regalo de su padre.

—Oh, sí que lo tiene —afirmó Jessica—. Alguien se lo entregó además de otro collar, un *torques* muy antiguo —añadió sin revelar en qué circunstancias lo vio aparecer con él al cuello. No estaba preparada para hablarle de lo sucedido en el Claro, y tampoco quería recordar su rapto.

—No he podido protegerlo en absoluto... —se lamentó la viuda—. Rhona me dijo que, si quería salvar su vida, tenía que entregarle la espada y sus cabellos. Me negué a lo primero, pero no sirvió de nada, y ahora solo me queda mi fe.

—¿Dónde está la espada, lady Janet?

La dama se levantó cansada, se dirigió hacia su reclinatorio y alzó la cortina de terciopelo rojo que adornaba la capilla. Allí estaba, apoyada en la pared bajo el retablo de la Virgen.

Jessica fue a su encuentro. Observó un instante el suave mango forrado de cuero y lo empuñó con decisión. No sintió nada, Keillan estaba ya muy lejos, y los Campbell iban a pagar por ello.

—Os equivocáis, lady Janet. Tenemos el arma más poderosa.

Dougall protestó en gaélico, en inglés y en un dialecto consistente en resoplidos y sonidos guturales.

—No, mi señora, os quedaréis en Broch Miadhail como todas las damas, podéis rezar o maldecirme, pero no voy a permitir que vengáis conmigo.

—Creo que este es de mi talla —dijo Jessica mientras se paseaba por la sala de armas y admiraba un peto de reluciente acero templado.

—*A Dhia*, por Dios, os juro que cuando todo esto acabe me encerraré en Querlane para no tener que soportaros más, o mejor, en un monasterio. Así no podréis visitarme.

Jessica se giró y se deshizo del tocado francés que sujetaba su cabello. Este cayó como una cascada de oro sobre sobre la seda de su escote. Caminó en su dirección y se plantó frente a él.

—¿Acaso soy como todas las damas?

Dougall la miró en silencio, atrapado por su visión. El azul turquesa de sus ojos era una trampa de la que solo pudo escapar para caer en la de sus labios encendidos y atrayentes.

—Ya sabéis la respuesta —consiguió decir.

—Perfecto. —Jessica lo premió con un beso en la mejilla—. Saldremos antes de que amanezca.

Mantuvo su sonrisa hasta que completó el tramo de escaleras que llevaba a su alcoba. Abby estaría orgullosa. Provocativa, fuerte e indiferente. Cada vez se parecía más a ella. Entró en el dormitorio oscuro y helado y su gesto se desdibujó en la soledad de aquellas paredes, con la sospecha de que jamás podría ser como su amiga. Cuando unas manos cálidas y hermosas la envolvieron por detrás, estuvo segura. En verdad, la fe era la fuerza más poderosa. Y no necesitaba otra.

XXXIII

VIDA

—Había olvidado vuestro calor —susurró Keillan—. Por favor, no os mováis, dejad que me devuelva a la vida. —Sus brazos la envolvieron por la cintura y acarició su vientre, mientras la besaba en el cuello y los hombros.

Jessica no lo obedeció más de lo imprescindible. Se giró hacia él y le entregó aquellos besos multiplicados por mil. Los que acababa de recibir y todos los que había guardado durante su ausencia.

Keillan atrapó su rostro y mordió sus labios, ávido de su aliento y de su lengua, la misma que lo había llamado cobarde. Pero ahora los dos hablaban el mismo lenguaje. Luchó para separarse un instante y lo consiguió, más hambriento que antes.

—*Grá mo chroí* —dijo apoyando su frente en la suya—. Me engañé al creer que la muerte me daría consuelo, aunque fuese para cambiarla por vuestra vida y la de nuestro hijo. ¿Estáis dispuesta a enfrentarla conmigo, perdonaréis mis mentiras?

—Nunca me mentisteis —sollozó Jessica—, pero yo sí lo hice, no soy la persona que creéis.

—Yo tampoco lo soy. Solo quiero saber si me aceptáis, sea quien sea.

Jessica lo miró a través de la luz de la luna que se filtraba por la ventana. No encontró el brillo del *torques*, sino el de sus ojos, sinceros y ardientes. Allí estaba toda la verdad.

—*Tha gaol agam ort*, te amo, Keillan.

—Por Dios —gruñó él mientras la levantaba en volandas—, cómo he echado de menos ese acento.

Caminó hacia la cama y la acostó sobre el cobertor de tartán sin liberarla de su abrazo.

—Será la primera vez que os tome sobre nuestros colores, es todo un honor —dijo arqueando las cejas.

Jessica vio el hoyuelo de su sonrisa y resopló.

—Será la segunda vez que me tomes. En total. Quítate la ropa enseguida, escocés engreído.

Keillan la calló con un beso y se apoyó en sus rodillas para quitarse la camisa. Luego se inclinó sobre Jessica y comenzó a desatarle los cordones del corpiño con una sola mano, mientras arrastraba con la otra las capas de tela hasta su cintura.

—Demasiadas trampas para mi escasa paciencia. Ayudadme, *mo chridhe*, o no respondo de vuestro vestido.

Ella se incorporó y soltó con un tirón las últimas cintas que la aprisionaban.

—Ya estamos iguales. Mi falda a cambio de la vuestra.

Keillan le acarició los senos hinchados y sensibles.

—Ahora mismo os perdonaría cualquier cosa —bufó—, pero vais a arrepentiros por llamar «falda» a mi *kilt*.

—No lo creo. —Jessica se aferró a su cuello y lo provocó con la turgencia de sus pechos, deslizándolos con suavidad sobre su torso—. Te rendirás a mí sin remedio. ¿Tengo razón?

Keillan le arrancó las enaguas y la lana que las recubría. La agarró por las caderas y la sentó sobre él con las piernas abiertas.

—Vuestro ataque es terrible, aunque nada tiene que hacer contra el mío. Estáis perdida —dijo con la voz ronca—. Completamente perdida. —Reafirmó sus manos y la atrajo hacia sí con un empujón delicado, pero firme.

Jessica lo abrazó al sentirse llena, inundada por él. Estaba dentro de su

cuerpo y de su alma, ocupando todo el espacio, expandiéndose con ella hacia las alturas y hacia el abismo, en un movimiento estático que los unía más y más en cada embestida. Él era el Sol y ella la Luna. Una lluvia de estrellas corrió por sus muslos y Jessica, exhausta, se refugió en sus brazos y formuló un deseo:

—No dejes que nada nos separe, mi amor, ni siquiera la muerte.

Keillan la dejó dormir después de arroparla con las pieles que había al pie de la cama. Se vistió con rapidez sin poder apartar la vista de ella y la besó con ternura sobre el cabello desparramado por la almohada. Se dirigió a la puerta y la abrió sin hacer ruido.

—¿No me pediste que te guardara el secreto? —le preguntó Dougall con gesto irónico desde el pasillo.

Keillan se ajustó el cinto que sujetaba su arma en la vaina y curvó los labios.

—Eso fue lo que te pedí, no que me guardaras las espaldas. ¿Qué haces aquí?

Dougall se adelantó y puso una mano sobre su hombro.

—Hermano, si creías que el mayor de tus problemas es que tu esposa embarazada quiera escalar los muros de Auchinbreck, algo me dice que estás muy equivocado.

Llegaron al Gran Salón, donde varias criadas ya estaban disponiendo los desayunos. Keillan avanzó entre las mesas aún vacías seguido de Dougall, y se detuvo al llegar a la última.

—Soy Keillan MacArthur, señor de Tiridavich. Tengo entendido que queríais verme.

El recién llegado se giró y le clavó sus ojos azules.

—Así es, espero que no sea mal momento.

—Vuestro nombre, señor —dijo Keillan impaciente.

—Mi nombre es Víctor Grant, y la dama que me acompaña es mi hermana. Pero en realidad busco a mi pariente, lady Jessica.

Dougall soltó un bufido y sujetó la mano de Keillan, aferrada a la empuñadura de su espada.

—Ya habíamos oído hablar de vos —intervino—. Sed bienvenido, señor, al igual que vuestra bella hermana.

Abby se levantó y ejecutó una graciosa reverencia.

—¿Sería posible que me acompañéis ahora a ver a prima?

—No será necesario —dijo Jessica desde la puerta, antes de correr hacia ella para fundirse en un abrazo.

Abby se desmoronó en un llanto histérico. Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas arrastrando a su amiga.

—Sabía que te encontraría, sabía que no estabas muerta —dijo con una mezcla de risas, hipo y lágrimas.

—Mi querida Abby, no puedo creer que estés aquí. Pero has venido, ¡has venido!

Víctor se acercó y tendió la mano hacia Jessica.

—Yo también me alegro de verte. Me han parecido siglos desde que te fuiste.

Las dos mujeres se levantaron sin dejar de abrazarse.

—En cambio a mí se me ha hecho un suspiro —dijo Jessica con frialdad—. Es lo que ocurre cuando eres feliz. —Luego se separó de Abby con una sonrisa y fue al encuentro de Keillan.

—Él es mi esposo, y el motivo por el que estoy aquí —afirmó a la vez que lo cogía de la mano.

—Hay cosas que no sabes, Jessica, déjame explicarte, por favor —dijo Víctor.

Keillan lanzó una mirada a Dougall y dio un paso adelante.

—No sé lo que pretendes, pero no me gusta tu tono ni tus intenciones. Ni siquiera me gusta tu nombre.

El aludido correspondió al gesto de Keillan y se encaró con él.

—Y a mí no me importa si te gusta o no. ¡Ella es mi maldita prometida!

Keillan lo observó en silencio unos segundos, al igual que los demás.

—Márchate ahora mismo o te mataré —le dijo por fin en un susurro.

—Tú ya estás muerto —replicó Víctor con desprecio—. Al menos, de donde yo vengo.

—¡No! —gritó Jessica—. Cállate, Víctor, no tienes ningún derecho. No he decidido quedarme solo por él, sino también por nuestro hijo, ¿lo entiendes ahora?

Abby se acercó a su falso hermano.

—Déjalo, Víctor, no era solo eso lo que nos trajo hasta aquí, ¿recuerdas?

—No le has dicho nada... Él no sabe nada... —dijo este dirigiéndose a Jessica. Iba a añadir algo más, pero se mordió los labios y salió del salón dejando atrás a Abby.

—Entonces se lo diré yo —dijo ella. Acto seguido alzó su mano y se la mostró a Keillan—. No es posible —murmuró al ver que el anillo había desaparecido de su dedo.

—¿Qué tienes que decirme, mujer?

Jessica la miró con un nudo en la garganta.

—Te lo ruego, Abby, no sé qué está pasando, pero dame un respiro —le dijo con un gesto de súplica—. Te necesito, amiga, prométeme que te quedarás, al menos un tiempo. Aunque solo sea por él —añadió mientras acariciaba su vientre.

Abby escuchó el murmullo de voces que comenzó a llenar el salón, pero ninguna era la de Víctor.

—Claro que me quedaré, por ti y por él. Además, no falta mucho para mi cumpleaños.

Keillan cogió a Jessica por la cintura y realizó una reverencia ante Abby.

—A sus pies, mi señora. Bienvenida a Broch Miadhail.

Fin de la primera parte

FIN

Glosario

Loch: Término gaélico escocés. «Lago».

Ben Cruachan: Montaña de 1126 metros, que es el punto más alto en la región de Argyll y Bute.

Lassie: Palabra gaélica que significa «muchacha».

Broch Miadhail: Torre noble.

Porridge: Término gaélico escocés. Plato típico escocés similar a las gachas, elaborado con avena hervida en agua o leche.

Earasaid: Término gaélico escocés. Manto típico usado por las mujeres en Escocia desde mediados del siglo XVI, correspondiente al «gran *kilt*» masculino, confeccionado en lana, en color liso, a rayas, o a cuadros. Se ajustaba a la cintura con un cinturón, y llegaba hasta los tobillos. La parte superior se podía dejar suelta hacia atrás, llevada sobre los hombros como un chal, o sobre la cabeza como una caperuza.

Verdugado: Falda con aros rígidos de mimbre, metal, etc., que llevaban las mujeres debajo de la basquiña u otras faldas para ahuecarlas; fue muy usado en Europa entre los siglos XV y XVII.

Cofia francesa o French hood: Tocado femenino de origen francés, muy popular en las clases altas europeas durante el siglo XVI, compuesto por una cofia rígida en forma de media luna y un velo, habitualmente negro, sujeto en la parte posterior. Llegó a Inglaterra de la mano de Anne Boleyn en 1522, que se había criado en Francia.

Breid caol: Término gaélico escocés. Pañuelo que tradicionalmente llevaban las mujeres casadas en las Highlands sobre la cabeza, a modo de velo.

Ite, Missa est: «Marchad, es la despedida». Frase en latín que se usa al final de la misa católica. El término litúrgico «misa» proviene del latín «missa», que significa «despedida».

Stiom: Término gaélico escocés. Banda de seda, lino o lana, que llevaban las mujeres solteras anudada sobre la cabeza como símbolo de virginidad.

Sgian-dubh: Término gaélico escocés. «Cuchillo escondido».

Coisich: Término gaélico escocés. «Adelante».

Sporran: Término gaélico escocés. «Monedero» o «bolso». Es un complemento tradicional del traje típico de las Tierras Altas de Escocia, similar a la faltriquera o a un zurrón, una especie de riñonera para los tradicionales *kilts*, que carecen de bolsillos. Fabricados de cuero o pelo, suelen tener una ornamentación más o menos elaborada de plata. Se lleva colgado de una cadena o cinturón sobre el kilt.

Féileadh-mór: O «gran kilt». Consiste en dos piezas de espesa lana, cosidas juntas para alcanzar una longitud de cinco metros, y que llevaban los hombres en las Highlands ya en la primera mitad del siglo XVI. Para colocárselo, primero tenían que plegarlo en el suelo hasta reducirlo a 1'5 m. Se ajustaba por la mitad con un cinturón, y la otra mitad se cruzaba sobre el pecho con un broche o alfiler, o bien se dejaba caer suelto por detrás.

Samhain: Término gaélico escocés. «Fin del verano». Festividad de origen celta, vigente en Europa hasta la aparición del cristianismo, y celebrada en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre para festejar el fin de la temporada de cosechas. Se le suele llamar el «Año Nuevo Celta», que abre paso a la estación oscura y a otro mundo.

Uiseag: Término gaélico escocés. «Alondra».

Triubhas: Prenda de vestir masculina para las piernas y la parte inferior del abdomen, semejante a unos pantalones, confeccionados en tartán. Utilizados

desde 1538 durante el invierno en las Tierras Altas, ya que el *kilt* era poco práctico en un clima tan frío.

A ghràidh: Término gaélico escocés. «Mi amor».

Dùisg: Término gaélico escocés. «Despierta».

Verre d'eau: Término francés. Juego de botella, vaso y platillo que se coloca en la mesilla para poder beber durante la noche.

Shalom alejem: Saludo hebreo. «La paz sea contigo».

Dlobe visión: Lit.: «Second Sight». En la tradición de las Tierras Altas de Escocia, el don de la profecía a través de visiones y sonidos extrasensoriales. Es de origen hereditario, y se transmite en un patrón autosómico dominante en ciertas familias.

Agradecimientos

A todas las mujeres que me han inspirado con su fortaleza y entusiasmo para alcanzar un sueño, las del pasado, las del presente y las del futuro. A todas las que me apoyaron para cumplir el mío compartiendo las mismas emociones.

A la música, a las voces de aliento, a la ayuda en negro sobre blanco tan suave como una caricia, pese a la distancia. A mis queridas Sonia A. Kirchen, Cristina Marcos, Dublineta Eire Perceval, Mar Deneb y María Beatobe.

A mi editora, Lola Gude, nuestro ángel particular del sello Selecta de Penguin Random House.

Y a las mujeres más importantes de mi vida, mis hijas Inmaculada y Alejandra, mi madre y mi hermana.

Rossalyn Callum.

Si te ha gustado

El corazón del Highlander

te recomendamos comenzar a leer

Besos de vértigo

de *Marian Arpa*



Prólogo

Querida Dany:

Lamento mucho haber estado tanto tiempo sin escribirte ni una letra, pero he tenido algunos problemas. No te preocupes; ya está todo solucionado.

Me secuestraron unos narcotraficantes y por poco no lo cuento. Me volvía loca al pensar en mi pequeñín. Suerte que todo se solucionó. Me rescataron antes de que esos delincuentes me hicieran lo que tenían planeado para mí.

Luego, el destino me tenía otra de sus jugarretas guardadas: el padre de mi hijo vino a trabajar a la aldea donde estaba y, al enterarse que tenía un hijo, me declaró la guerra; pensó que lo había engañado. Viví un infierno al verlo con otra. Yo que pensaba que no era celosa, pues reconozco que sí lo soy. Le hubiese sacado los ojos a esa lagarta con mis propias uñas. No lo resistí y volví a España.

Víctor me siguió y me demostró que todo lo que había hecho en Colombia era por el mismo motivo que yo: estaba celoso de Antón. Pensaba que él y yo, ya sabes, que éramos pareja.

Cuando me lo contó y nos dimos cuenta de lo idiotas que habíamos sido, del tiempo que habíamos perdido, todo cambió. Soy muy feliz con él, vamos a casarnos dentro de poco, me gustaría que te pudieras escapar de las garras de papá para asistir a mi boda. mamá ya me ha dicho que vendrá, así podríamos estar las tres juntas otra vez, aunque fuera por unas pocas horas.

Cariño, deje la carta a medias y hasta hoy no he podido volver a ponerme en ello. Mamá y yo te echamos mucho de menos el día de mi boda, pero no quiero que te preocupes por nosotras; comprendo que te fue imposible despistar a papá. Ya llegará el día en que puedas hacer lo que quieras sin tener que darle explicaciones.

Tengo la gran alegría de decirte que volverás a ser tía: Víctor y yo hemos decidido volver a Kenia antes de que me sea imposible viajar. Él se dedicará a su profesión y yo seguiré trabajando para la revista.

Espero que pronto puedas ir a visitarme; aquello te encantará. Esa tierra es fantástica, y las personas que viven allí son muy amables y encantadoras, te gustarán.

Además, ya es hora de que tu sobrino conozca a su tía.

Te quiero hermana.

Claudia

Unas semanas más tarde, ya en Kenia, Claudia recibía la carta de su hermana.

Querida Claudia:

Me alegro mucho de tu reciente boda, espero que seas muy feliz. Y estoy deseando conocer a este pequeño sobrino que has traído de América y ahora te has llevado a la otra punta del mundo; y soy feliz por la gran noticia de que pronto me harás tía de nuevo.

Lo que lamento es no haber podido escaparme para asistir a tu boda, pero últimamente papá pasa mucho tiempo en casa, dice que le deben vacaciones. Y me tiene agobiada con sus continuas exigencias de que termine más y más cuadros.

Ya no lo aguanto más. En cuanto cumpla dieciocho años, me largo. Papá se está volviendo cada vez más tirano, me controla, aunque él lo niega.

El otro día mis amigas me entretuvieron en la calle y lo vi espiándome a lo lejos cuando estaba a punto de entrar en clase. Lo he pensado mucho y no aguanto más; en cuanto sea mayor de edad, me vuelvo a España con mamá.

Y ya que entonces seré dueña de todo lo que he trabajado, del dinero que han producido mis cuadros, espero poder convencer a mamá para que vayamos las dos a visitarte.

Mucho me temo que este año escaso que me queda para mi cumpleaños se me hará eterno. Estoy deseando conocer estas tierras de las que tanto me hablas. El otro día, estaba en la biblioteca y entre en internet, busqué «Kenia», me pasé varias horas viendo unos maravillosos paisajes y lo que cuentan las personas que han estado allí. Cuando vaya, llevaré la maleta cargada de lienzos; solo de ver las fotografías me entraban ganas de ponerme a pintar.

Ya es hora de que conozca algo más que estas cuatro paredes en las que vivo.

*Espero con ansias el momento en que podamos estar juntas de nuevo.
Te quiero. Dale un beso muy grande a mi sobrino.*

Dany

«Estaban destinados a encontrarse. Si para alcanzar el cielo antes debes bajar al infierno, ¿cuánto te atreverías a sacrificar?».

En las Highlands de Escocia, atrapada en un tiempo de luchas y superstición, encontrará su destino y a Keillan MacArthur, el último de su clan, un hombre del Renacimiento, un guerrero culto y sensible marcado por profundas heridas. Y hermoso como un dios.

¿Podrá Jessica sanar el corazón del highlander? Cuando la antigua magia despierte para mostrarle que nada es como parece, deberá hacer una elección.

Rossalyn Callum es el seudónimo de la autora cordobesa Rosa María Calvo Luque. Correctora de textos y lectora voraz desde la infancia, vive en la ciudad andaluza con su marido, dos hijas, un perro y dos cobayas. A través de la plataforma Wattpad, presentó el borrador de su primera novela, *El corazón del highlander*, un *time travel* desde el Nueva York contemporáneo hasta el año 1567 en las Highlands escocesas, basado en un hecho real, en el que combina el romance y la ambientación histórica con pinceladas *chick-lit* de la narrativa más actual, y que recibió un premio Watty 2016 con solo siete capítulos publicados. Desde entonces, ha participado en varias antologías junto a otros autores, ha sido jurado en diversos concursos literarios, colaboradora en revistas digitales y traductora. Rossalyn adora la historia, la música antigua, la magia y el chocolate, y busca la forma de saltar las barreras del tiempo para unir el pasado y los mundos imaginarios con la realidad.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Ross Callum

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-54-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo X

[1] *Aquí tenéis, mi señora.*

Capítulo XII

[2] Con Calma.

Capítulo XIII

[3] Mi corazón.

Capítulo XIV

[4] Me habéis roto el corazón.

Capítulo XVI

[5] Mi hechicera.

Capítulo XVIII

[6] Oh, Dios, ayúdame.

Capítulo XIX

[7] Bien hecho, amigo mío.

[8] Mi pequeña,

Capítulo XX

[9] Gracias.

Capítulo XXII

[10] Os deseo lo mejor.

[11] Tienes mi bendición.

Capítulo XXIII

[12] Amor de mi corazón.

Capítulo XXVI

[13] ¡Déjame en paz!

[14] ¿Todavía sigues?

Capítulo XXVII

[15] ¡So, yegua, so!

[16] Nuestra vida es como un sueño.

Capítulo XXVIII

[17] ¿Qué significa eso?

[18] No tengo ni idea, Keillan.

[19] ¡Escuchad, escuchad!

Capítulo XXX

[20] Tratamiento de cortesía en hebreo.

[21] Padre.

Índice

El corazón del Highlander

I. La prometida

II. Serendipia

III. El chico de Harvard

IV. Bienvenidos a Escocia

V. Broch Miadhail

VI. Loch Odha

VII. Sit tibi terra levis

VIII. El carro de la aurora

IX. De acuerdos y mentiras

X. Alea iacta est

XI. Lo volvería a hacer

XII. La salamandra en el juego

XIII. Mo chridhe

XIV. El precio de un beso

XV. Lachrimae

XVI. Ninguna gloria del mundo

XVII. La flecha y la daga

XVIII. Saldar una deuda

XIX. Un asunto de honor

XX. Secretos revelados

XXI. Guardar las apariencias

XXII. Tienes mi bendición

XXIII. Un juramento

XXIV. Rosas de Sharon y heridas

XXV. Una herencia familiar

XXVI. Nunca más

XXVII. Leannan na diathan

XXVIII. Larga vida al Laird

XXIX. Yo seré tu escudo

XXX. Shalom Alejem

XXXI. Anam charaid

XXXII. Un acto de fe

XXXIII. Vida

Glosario

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ross Callum

Créditos